

50 MAY/JUN 2008

# NEW LEFT REVIEW

Tariq Ali *Afganistán*

Benedict Anderson *Sale Suharto*

Robin Blackburn *La crisis de las hipotecas subprime*

Liu Shih-Diing *Macao, colonia casino*

Perry Anderson *Made in USA*

Alberto Toscano *Impunidad soberana*

Alexander Cockburn *Proyectos deshonestos*

Kees van der Pijl *Ideologías atlánticas*

2	<i>Contenidos</i>
	<b>Artículos</b>
5	<i>Tariq Ali</i>
23	<i>Benedict Anderson</i>
53	<i>Robin Blackburn</i>
97	<i>Liu Shih-Diung</i>
113	<i>Perry Anderson</i>
	Afganistán
	Sale Suharto
	La crisis de las hipotecas <i>subprime</i>
	Macao, colonia casino
	<i>Made in USA</i>
	<b>Crítica</b>
125	<i>Alberto Toscano</i>
134	<i>Alexander Cockburn</i>
141	<i>Kees van der Pijl</i>
	Impunidad soberana
	Proyectos deshonestos
	Ideologías atlánticas

*Editor de la edición en castellano*  
*Traducción*

Carlos Prieto del Campo  
José María Amoroto Salido, Nuria Cortés Ruiz, Pedro Fermín Maguire, Paloma Monleón Alonso, Francisca Ocón Ruiz, Cristina Piña Aldao, Raúl Sánchez Cedillo

*Editor*  
*Editorial Committee*

Susan Watkins  
Tariq Ali, Perry Anderson, Gopal Balakrishnan, Emilie Bickerton, Robin Blackburn, Robert Brenner, Malcolm Bull, Alexander Cockburn, Mike Davis, Peter Gowan, Tom Mertes, Francis Mulhern, Julian Stallabrass, Jacob Stevens, Tony Wood, JoAnn Wypijewski

*Deputy Editor*  
*Assistant Editor*  
*Publishing Director*  
*Online Publisher &*  
*Subscriptions Director*  
*Editorial & Publishing Assistant*

Tony Wood  
Emilie Bickerton  
Kheya Bag  
Johanna Zhang  
Tom Hazeldine

© New Left Review Ltd., 2008  
© Ediciones Akal, S. A., 2008  
para lengua española  
Sector Foresta, 1  
28760 Tres Cantos  
Madrid - España  
Tel.: 918 061 996 / Fax: 918 044 028  
[www.akal.com](http://www.akal.com)  
ISSN: 1575-9776-50  
Depósito legal: M-2599-2000  
Impreso en Cofás, S. A.  
Móstoles (Madrid)



MINISTERIO  
DE CULTURA

Esta revista ha recibido una ayuda de la Dirección General del Libro, Archivos y Bibliotecas para su difusión en bibliotecas, centros culturales y universidades de España, para la totalidad de los números editados en el año 2007.

# CONTENIDOS

## ARTÍCULOS

### **TARIQ ALI: Afganistán**

Las razones del callejón sin salida en el que se encuentra Occidente en Afganistán no se encuentran ni en la falta de tropas ni en la escasez del tesoro imperial, ni tampoco en la obstrucción paquistaní, sino en la propia naturaleza del régimen de ocupación. Tariq Ali escribe sobre los resultados reales del proceso de «construcción del Estado» en el Hindu Kush, cuando un país destrozado es sometido a las actividades predatorias combinadas de las ONG y la OTAN.

### **BENEDICT ANDERSON: Sale Suharto**

¿Qué explica la extraordinaria longevidad del «Nuevo Orden» de Indonesia y cuáles son los legados de tres décadas de dictadura? Benedict Anderson desgrana la carrera de Suharto, desde el ejército colonial al capitalismo corrupto de sus secuaces, y explora las consecuencias de su dominio –político, social, cultural– para un presente desorientado y amnésico.

### **ROBIN BLACKBURN: La crisis de las hipotecas *subprime***

Cuando las reverberaciones del maltrecho mercado hipotecario alcanzan la economía real, Robin Blackburn revela los orígenes de la crisis en los territorios opacos de la financiarización, repasando los precedentes de las burbujas tecnológica e inmobiliaria y los orígenes del *crash* de 1929, así como las advertencias lanzadas por algunos de los protagonistas más avezados de los nuevos mercados, para acabar proponiendo iniciativas para que la crisis invite a pensar otros modelos dotados de un efecto socialmente redistributivo.

### **LIU SHIH-DIING: Macao, colonia casino**

La transformación del antiguo enclave portugués de Macao en la capital del juego de Asia oriental gracias a la alianza de las elites locales y los empresarios de Las Vegas, bajo la mirada aprobadora de Pekín. Una orgía de actividad inmobiliaria en medio de crecientes desigualdades y de una corrupción rampante son los resultados de esta descolonización bajo luces de neón.

### **PERRY ANDERSON: Made in USA**

Demoleadora crítica del penúltimo secretario general de Naciones Unidas, Kofi Annan, y del funcionamiento de esta institución como comparsa de

las decisiones geoestratégicas de Estados Unidos y de su necesidad de legitimar su política exterior mediante un organismo concebido a principios de la década de 1940 para gestionar su hegemonía en el mundo de posguerra.

### **ALBERTO TOSCANO: Impunidad soberana**

Alberto Toscano reseña el libro de Danilo Zolo, *La giustizia dei vincitori. Da Norimberga a Baghdad*. Un jurista florentino analiza el desarrollo del sistema de Derecho internacional punitivo concebido tras la Segunda Guerra Mundial y su despliegue durante la década de 1990 por Occidente para imponer la justicia de los «vencedores».

### **ALEXANDER COCKBURN: Proyectos deshonestos**

Alexander Cockburn reseña el libro de Sudhir Venkatesh, *Gang Leader for a Day. A Rogue Sociologist Crosses the Line*. Memorias etnográficas de la vida y el tiempo pasado con traficantes, prostitutas y residentes supervivientes de los South Side Projects de Chicago.

### **KEES VAN DER PIJL: Ideologías atlánticas**

Kees van der Pijl reseña el libro de Walter Russell Mead, *God and Gold. Britain, America and the Making of the Modern World*. Las tradiciones de flexibilidad pragmática como explicación de la ascendencia de la angloesfera y tal vez como fundamento para una redefinición de la política exterior estadounidense.



CLACSO

DONACION INSTITUCIONAL  
A BIBLIOTECAS DE  
CENTROS AFILIADOS

# AUTORES

**BENEDICT ANDERSON:** autor de *Imagined Communities* (1983) y *The Spectre of Comparisons* (1998); su libro más reciente es *Under Three Flags* (2006); véase también *NLR* 1, 3, 5, 9, 27, 28 y 29.

**LIU SHIH-DIING:** enseña ciencias sociales en la Universidad de Macao.

**KEES VAN DER PIJL:** enseña relaciones internacionales en la Universidad de Sussex; sus libros más recientes son *Nomads, Empires, States* (2007) y *Global Rivalries from the Cold War to Iraq* (2006); véase también *NLR* 37.

**ALBERTO TOSCANO:** enseña sociología en Goldsmiths, Universidad de Londres; autor de *The Theatre of Production* (2006).

## AFGANISTÁN

## El espejismo de la guerra buena

Rara vez ha habido una exhibición tan entusiasta de unidad internacional como aquélla con la que se recibió la invasión de Afganistán en 2001. El apoyo a la guerra era universal en las cancillerías de Occidente, incluso antes de que se hubiesen declarado sus objetivos y parámetros. Los gobiernos de la OTAN se apresuraron a afirmar que eran «todos para uno». Blair voló por todo el mundo, tratando de ganar adeptos para la «doctrina de la comunidad internacional» y las oportunidades de mantenimiento de la paz y construcción nacional en el Hindu Kush. Putin acogió de buena gana la ampliación de las bases estadounidenses a lo largo de las fronteras meridionales de Rusia. Todos y cada uno de los partidos mayoritarios occidentales respaldaron la guerra; todas y cada una de las cadenas de comunicación –con BBC World y CNN a la cabeza– se convirtieron en su altavoz. Tanto para los Verdes alemanes como para Laura Bush y Cherie Blair, se trataba de una guerra por la liberación de las mujeres de Afganistán<sup>1</sup>. Para la Casa Blanca, de un combate por la civilización. Para Irán, de la inminente derrota del enemigo wahabí.

Tres años más tarde, cuando el caos se intensificaba en Iraq, Afganistán se convirtió por comparación en la «guerra buena». Había estado legitimada por Naciones Unidas –aunque la resolución no se aprobara hasta después de que dejaran de caer las bombas– y respaldada por la OTAN. Mientras que las diferencias tácticas se habían agudizado respecto de Iraq, en Afganistán podían resolverse. Primero Zapatero, luego Prodi y, a continuación, Rudd, compensaron la retirada de tropas de Iraq enviándolas a Kabul<sup>2</sup>. Francia y Alemania pudieron ensalzar allí sus papeles de pacifica-

---

<sup>1</sup> A decir verdad, el único periodo en la historia afgana en el que se concedió a las mujeres igualdad de derechos y de educación fue entre 1979 y 1989, la década en la que gobernó el país el Partido Democrático Popular de Afganistán, respaldado por las tropas soviéticas. A pesar de ser un régimen represivo en muchos sentidos, en los frentes de la salud y la educación se hicieron verdaderos progresos, al igual que en Iraq bajo Sadam. De ahí la nostalgia del pasado entre los sectores más pobres de la sociedad de ambos países.

<sup>2</sup> En una visita a Madrid después de la victoria electoral de Zapatero en marzo de 2008, un alto funcionario del gobierno me informó de que unos meses antes de las elecciones habían considerado una retirada total de Afganistán, pero que Estados Unidos había sido más astuto,

dores o civilizadores. A medida que los atentados suicidas aumentaban en Bagdad, Afganistán se convertía –para los demócratas estadounidenses, deseosos de demostrar sus credenciales «securitarias»– en el «verdadero frente» de la guerra contra el terror, defendida por todos los candidatos presidenciales estadounidenses en la carrera hacia las elecciones de 2008, con el senador Obama presionando a la Casa Blanca para violar la soberanía pakistaní cuando fuera necesario. Con mayor o menor firmeza, China, Irán y Rusia apoyaron la ocupación de Afganistán, aunque en el caso de esta última hubiera siempre un fuerte elemento de *Schadenfreude* [alegría por el mal ajeno]. Los veteranos soviéticos de la guerra afgana estaban asombrados de ver cómo Estados Unidos repetía ahora sus errores en una guerra aún más inhumana que su precedente.

Entretanto, el número de civiles afganos asesinados ha superado varias decenas de veces los 2.746 que murieron en Manhattan. El desempleo ronda el 60 por 100 y las tasas de mortalidad de madres, bebés y niños se encuentran entre las más altas del mundo. Las cosechas de opio se han disparado y los «neotalibanes» se están haciendo cada año más fuertes. Nadie pone en tela de juicio el hecho de que el gobierno de Karzai no controla ni siquiera su propia capital y menos aún ofrece un ejemplo de «buen gobierno». Los fondos de reconstrucción desaparecen en los bolsillos de los amigos o se gastan en pagar los breves contratos de asesores occidentales. Los policías son predadores en lugar de protectores. La crisis social se agudiza. Los comentaristas occidentales evocan cada vez más claramente el espectro del fracaso, por lo general, para alentar a *encore un effort* [un esfuerzo más]. Un editorialista de *The Guardian* lo resume así: «La derrota parece posible, con todas las terribles consecuencias que acarrearán»<sup>3</sup>.

Dos son los argumentos principales, con frecuencia superpuestos, que se proponen para explicar «qué es lo que fue mal» en Afganistán. Para los imperialistas liberales, la respuesta se puede resumir en tres palabras: «no es suficiente». La invasión organizada por Bush, Cheney y Rumsfeld se hizo a precios de saldo. La consigna del Pentágono de dejar «poca huella» supuso que hubiera menos tropas de las necesarias sobre el terreno en 2001-2002. El compromiso financiero con la «construcción estatal» fue insuficiente. Aunque puede que ya sea demasiado tarde, la respuesta es invertir más tropas y más dinero: «muchos miles de millones» durante «muchos años», en opinión del embajador estadounidense en Kabul<sup>4</sup>. La segunda respuesta –propuesta por Karzai y la Casa Blanca pero difundida por los medios

---

prometiéndole a España que iban a proponer al jefe de su ejército como comandante de las fuerzas de la OTAN y que una retirada de Kabul desbarataría esta posibilidad. España se echó atrás, para descubrir después que la habían engañado.

<sup>3</sup> «Failing State», *The Guardian*, 1 de febrero de 2008; véase también «The Good War, Still to Be Won» y «Gates, Truth and Afghanistan», *The New York Times*, 20 de agosto de 2007 y 12 de febrero de 2008, «Must they be wars without end?», *The Economist*, 13 de diciembre de 2007; International Crisis Group, «Combating Afghanistan's Insurgency», 2 de noviembre de 2006.

<sup>4</sup> *The New York Times*, 5 de noviembre de 2006.

de comunicación occidentales en general— puede resumirse en una palabra: Pakistán. Ninguno de estos argumentos se mantiene en pie.

### *Fracasos políticos*

Es verdad: en Kabul hubo una sensación de alivio cuando se derrocó al emirato wahabí de los talibanes. Aunque durante su mandato se habían restringido los expolios y la producción de heroína, se había mantenido a raya a los señores de la guerra y, en gran medida, se había restaurado el orden en un país sacudido por guerras internacionales y civiles desde 1979, el resultado final había sido una dictadura social implacable, con un nivel de control sobre la vida cotidiana de la gente corriente que hacía que el régimen clerical de Irán pareciera una isla de progresismo. El gobierno talibán cayó sin un combate serio. Islamabad, comprometido oficialmente con la causa estadounidense, impidió cualquier enfrentamiento frontal<sup>5</sup>. Algunos fanáticos talibanes cruzaron la frontera hacia Pakistán, mientras que una facción más independiente, fiel al mulá Omar, se fue a las montañas para prepararse para un combate futuro. Kabul quedó desguarnecido; el corresponsal de guerra de la BBC entró en la capital antes que la Alianza del Norte. Lo que muchos afganos esperaban entonces de un gobierno sucesor era un nivel de orden parecido, menos la represión y las restricciones sociales, y una liberación del espíritu del país. En lugar de ello, se les obsequió con un triste espectáculo que acribilló todas sus esperanzas.

El problema no era la falta de fondos, sino el propio proyecto de construcción estatal de Occidente, un proceso exógeno por naturaleza, que se proponía construir un ejército capaz de eliminar a su propia población, pero incapaz de defender a la nación de potencias exteriores; una Administración civil sin control sobre la planificación o la infraestructura social, que están en manos de ONG occidentales, y un gobierno en el que Washington marca el paso de la política exterior. Un proyecto, además, sin ninguna relación con las realidades sobre el terreno. Tras la caída del gobierno talibán, reaparecieron cuatro grandes grupos armados como fuertes actores regionales. En el norte, más industrializado y rico en gas, limítrofe con las repúblicas centroasiáticas de Uzbekistán y Tayikistán, estaba al mando el caudillo uzbeko Rashid Dostum, con su capital en Mazar-i-Sharif. Primero aliado de los comunistas, luego de los talibanes y en los últimos tiempos de la OTAN, el general Dostum dio su última muestra de lealtad masacrando entre 2.000 y 3.000 prisioneros talibanes y árabes bajo la mirada de aprobación de los servicios de inteligencia estadounidenses en diciembre de 2001.

---

<sup>5</sup> En los medios de comunicación occidentales de la época se minimizó el decisivo papel que desempeñó Pakistán para conseguir esta «victoria». A los ciudadanos se les contó que quienes habían liberado Afganistán habían sido las unidades de elite de las Fuerzas Especiales y los «especialistas» de la CIA; después del éxito cosechado allí, se les podía enviar a Iraq.



No demasiado lejos de Dostum, en las montañas al noreste del país, una región rica en esmeraldas, lapislázuli y opio, el fallecido Ahmed Shah Masoud había construido una organización combatiente de tayikos que, durante la ocupación soviética, tendía regularmente emboscadas a las tropas en la carretera de Salang que conectaba Kabul con Tashkent. Masoud había sido dirigente del ala armada de la Jamaat-i-Islami [sociedad islámica] de Burhanuddin Rabbani, que operaba en tándem con un dirigente islamista aliado, Abd al-Tabb Sayyaf (ambos habían sido profesores de *sharia* en la Facultad de Derecho de la Universidad de Kabul en 1973, donde se incubaron estos movimientos). Recibieron financiación de Arabia Saudí hasta 1993, cuando esta última empezó a retirar gradualmente su apoyo a los talibanes. Masoud mantuvo una semiindependencia durante el periodo talibán, hasta su muerte el 9 de septiembre de 2001<sup>6</sup>. Los seguidores de Masoud se encuentran en la actualidad en el gobierno, pero, en lo que a la OTAN respecta, no se les considera dignos de confianza al cien por cien.

En el área occidental del país, protegida por el vecino Irán, se extiende la antigua ciudad de Herat, en otro tiempo un centro de conocimiento y cultura donde florecían los poetas, los artistas y los eruditos. Entre las muchas obras ilustradas allí a lo largo de tres siglos, se encuentra una versión del siglo xv del clásico *Miraj-nameh*, una narración fechada en la alta Edad Media acerca de la ascensión del Profeta al cielo desde la Cúpula de la Roca y los castigos que vio cuando pasó por el infierno<sup>7</sup>. La Herat moderna está dominada por el caudillo chíi Ismail Khan. Antiguo capitán del ejército inspirado por la Revolución islámica de Irán, Ismail alcanzó una fama inmediata tras dirigir una revuelta militar contra el régimen prosoviético en 1979. Apoyado por Teherán, desarrolló una poderosa fuerza que unía a todos los grupos chíes y que hostigaría a los rusos durante toda su estancia. A decenas de miles de refugiados de esta región (donde se habla un dialecto persa), se les brindó trabajo, alojamiento y entrenamiento en Irán. Desde 1992-1995, la dirección de la provincia tomó un rumbo autoritario. Era un régimen severo: la estúpida desfachatez de Ismail Khan pronto empezó a alejar a sus aliados, mientras que sus políticas de elevados impuestos y reclutamiento militar forzoso levantaron

---

<sup>6</sup> Masoud había sido uno de los rostros preferidos por los periódicos y revistas de París durante la guerra soviético-afgana, por lo general retratado como un Che Guevara anticomunista rudamente romántico. Su pertenencia al grupo islamista de Rabbani y su visión reaccionaria sobre la mayoría de temas sociales apenas se mencionaban. Pero por más que presentara a sus partidarios de Occidente una imagen de masculinidad incorruptible, no se comportaba de acuerdo con la misma en su país. Las violaciones y el comercio de heroína no eran infrecuentes en las áreas bajo su control.

<sup>7</sup> Las deslumbrantes ilustraciones estaban exquisitamente caligrafiadas por Malik Bakshi en alfabeto uighur. Hay 61 dibujos en total, creados con gran amor para el Profeta del islam. Éste aparece pintado con rasgos centroasiáticos y se le ve volando hacia el cielo sobre un corcel mágico con cabeza de mujer. Hay también ilustraciones de un encuentro con Gabriel y Adán, un retrato de huríes en las puertas del Paraíso y de bebedores de vino que reciben su castigo en el infierno. Hay estudiosos europeos que sugieren que posiblemente una traducción latina temprana de este poema fue una fuente de inspiración para Dante.



la ira de las familias campesinas. Para cuando los talibanes se hicieron con el poder en 1996, el caudillo había perdido ya todo el apoyo. Herat cayó sin combates y los talibanes apresaron a Ismail, que no escapó hasta marzo de 2000. Entretanto, sus seguidores cruzaron la frontera hacia Irán, donde permanecieron aguardando su momento hasta que, en octubre de 2001, pudieron regresar bajo la cobertura de la OTAN.

El sur vuelve a ser otra historia. Los pueblos pashtun fueron los más castigados por los combates de las décadas de 1980 y 1990<sup>8</sup>. El rápido crecimiento de la población, aparejado a los trastornos de la guerra y a la pérdida resultante de ganado, aceleró el hundimiento de la economía de subsistencia. En muchas regiones, ésta fue sustituida por el cultivo de adormidera y el dominio de bandoleros y hombres fuertes. A principios de la década de 1990, tres combativos grupos sunníes habían ganado preponderancia en la región: los talibanes, el grupo dirigido por Ahmed Shah Masoud de la provincia de Panjsher y los seguidores de Gulbuddin Hekmatyar, antes hijo predilecto de Pakistán y al que los saudíes habían preparado

<sup>8</sup> La etnografía de Afganistán ha generado un debate estadístico muy politizado. Hay un estudio realizado durante seis años por una fundación noruega que probablemente sea el más preciso. Esta encuesta indica que los pashtunes componen aproximadamente el 63 por 100 de la población, a los que se sumaría un 12 por 100 de tayikos, en su mayoría de lengua persa, un 9 por 100 de uzbekos y un 6 por 100 de hazaras, en su mayoría chiíes: WAK Foundation, Noruega, 1999. El *World Factbook* de la CIA habla, en cambio, de un 42, un 27, un 9 y un 9 por 100 respectivamente. La reducida minoría de no musulmanes, de religión hindú y sij, en su mayoría tenderos y comerciantes en Kabul, fueron desplazados por los talibanes; algunos murieron asesinados y miles de ellos huyeron a India.

para ser el nuevo líder. La *yihad* había terminado hace tiempo y ahora los *yihadistas* andaban como el perro y el gato, en una brutal lucha de poder donde el control sobre el narcotráfico constituía el principal objeto de la disputa. Bajo el segundo mandato de Benazir Bhutto, el apoyo militar que Pakistán brindó a los talibanes se demostró decisivo. Pero el derrocamiento del gobierno del mulá Omar en el invierno de 2001 dio lugar al resurgimiento de muchos de los gángsteres locales cuyos actos de pillaje éste había controlado en parte hasta ese momento.

### *La unción de Karzai*

Washington asignó a Zalmay Khalilzad, su enviado especial afganoestadounidense en Kabul, la tarea de montar un nuevo gobierno. La capital estaba tomada por milicias rivales, unidas exclusivamente por su oposición a los talibanes derrocados, y era preciso complacer a sus representantes en todos los planos. El candidato para la presidencia de la Alianza del Norte, Abdul Haq de Jalalabad, había sido convenientemente apresado y ejecutado por los talibanes en octubre de 2001, cuando entró en el país con un pequeño grupo desde Pakistán. (Sus seguidores alegaron que la CIA y la ISI, descontentos con sus lazos con Rusia e Irán, le habían traicionado y habían dado el chivatazo al mulá Omar.) Otro candidato antitalibán evidente era Ahmed Shah Masoud; pero también había terminado asesinado —a manos de un terrorista suicida de procedencia desconocida— dos días antes del 11 de septiembre. De haber vivido, Masoud habría sido sin duda el candidato de la Unión Europea para la presidencia de Afganistán; el gobierno francés emitió un sello con su retrato y el aeropuerto de Kabul lleva su nombre. Nadie sabrá nunca si hubiera resultado un cliente de tanta confianza como el protegido transferido por Khalilzad, Hamid Karzai.

Consciente de que Estados Unidos no podría dirigir el país sin la Alianza del Norte y sus apoyos en Teherán y Moscú, Khalilzad moderó la retórica emancipatoria y se concentró en la seria empresa de la ocupación. La coalición que construyó se parecía a un pulpo ciego, con extremidades en su mayoría tayikas y Karzai haciendo las veces de su ojo ciego. El presidente afgano procede de la tribu de los pashtunes de Durrani asentados en Kandahar. Su padre había ocupado una posición subalterna en el gobierno de Zahir Shah. El joven Karzai apoyó a los muyahidines contra Rusia y, más tarde, fue seguidor de los talibanes, aunque rechazó su oferta de convertirse en el embajador de Afganistán en las Naciones Unidas, prefiriendo trasladarse y trabajar para la UNOCAL [Union Oil Company of California]. Allí respaldó a Khalilzad, que por entonces representaba a CentGas en su intento de construir un gasoducto para transportar gas desde Turkmenistán hasta Pakistán e India, cruzando Afganistán<sup>9</sup>.

---

<sup>9</sup> El consorcio de CentGas, constituido en 1997, incluía a UNOCAL, Gazprom, Hyundai y compañías petrolíferas de Arabia Saudí, Japón y Pakistán. A finales de 1997, una delegación tali-

Después de su nombramiento como presidente provisional, el diario saudí *Al-Watan* publicó un revelador perfil de Karzai, donde afirmaba que había sido un títere de la CIA desde la década de 1980, experimentando una mejora permanente de su estatus en el tablero afgano al cabo de pocos años:

Desde entonces, los lazos de Karzai con los estadounidenses no se han cortado en ningún momento. Al mismo tiempo, estableció vínculos con los británicos y con otras facciones europeas e internacionales, en especial después de convertirse en viceministro de Exteriores en 1992 a raíz de la toma del poder por parte de los muyahidines afganos y del derrocamiento del régimen prosoviético de Najibullah. Karzai no vio contradicciones entre sus vínculos con los estadounidenses y su apoyo al movimiento talibán en 1994, cuando los estadounidenses apoyaron –en secreto y a través de los pakistaníes– la toma del poder por parte de los talibanes para poner fin a la guerra civil y la división de facto de Afganistán debido al fracaso de la experiencia de gobierno del país a cargo de Burhanuddin Rabbani<sup>10</sup>.

Karzai fue debidamente instalado en el gobierno en diciembre de 2001, pero la intimidación con las redes de inteligencia estadounidenses no llegó a traducirse en autoridad o legitimidad doméstica. Karzai no abrigaba ilusiones acerca de su popularidad en el país. Sabía que su vida biológica y política dependía enormemente de la ocupación y exigió una guardia de marines o mercenarios estadounidenses en vez de un destacamento de seguridad procedente de su propia base étnica pashtun<sup>11</sup>. Ha habido al menos tres intentos fallidos de golpe de Estado en 2002-2003 por parte de sus aliados de la Alianza del Norte; fueron rechazados por la FIAS [Fuerza Internacional de Asistencia para la Seguridad], que estaba dedicada sobre todo a garantizar la seguridad de Karzai –aunque también proporciona una gráfica ilustración de dónde residen sus apoyos<sup>12</sup>–. Un concurso presidencial organizado con gran boato por empresas de relaciones públicas occi-

---

bán recibió todos los honores en su visita a la oficina central de UNOCAL, con la esperanza de firmar un contrato para el gasoducto de dos mil millones de libras. De acuerdo con el *Sunday Telegraph* («Oil Barons Court Taliban in Texas», 14 de diciembre de 1997), «parece que se ha conseguido que los guerreros islámicos accedan a cerrar el trato no a través de delicadas negociaciones, sino gracias a la hospitalidad texana de toda la vida. Vestidos con los tradicionales *shalwar kameez*, chalecos afganos y amplios turbantes negros, la delegación de alto rango recibió un trato VIP durante su estancia de cuatro días». El proyecto se suspendió en 1998, a causa de la división entre los talibanes acerca de quién debería quedarse con el proyecto de gasoducto: el mulá Rabbani prefería la oferta de la compañía argentina Bridas, mientras que el mulá Omar se demostraba un firme partidario del acuerdo bajo dirección estadounidense. Pero los contactos entre Estados Unidos y los talibanes se mantuvieron hasta mediados de 2001, tanto en Islamabad como en Nueva York, donde los talibanes mantenían un «departamento diplomático» presidido por Abdul Hakim Mojahed.

<sup>10</sup> BBC Monitoring Service, 15 de diciembre de 2005.

<sup>11</sup> La fallecida Benazir Bhutto planteó la misma exigencia de protección estadounidense a su vuelta a Pakistán, pero en su caso la petición fue vetada por Islamabad.

<sup>12</sup> Barry Mccaffrey, «Trip to Afghanistan and Pakistan», US Military Academy Memorandum, West Point, Nueva York, 2006, p. 8.

dentales en octubre de 2004 –justo a tiempo para las elecciones estadounidenses– no consiguió reforzar el apoyo al presidente títere dentro del país. La costumbre de Karzai, consistente en colocar a sus parientes y protegidos en cargos de gobernadores provinciales o de jefes de policía, ha empujado a muchas comunidades locales a aliarse con los talibanes, en tanto que principal fuerza antigubernamental. En Zabul, Helmand y otros lugares, los insurgentes no tenían más que «acercarse a las víctimas de los hombres fuertes favorables a Karzai y prometerles protección y apoyo. Los intentos de los ancianos locales de buscar protección en Kabul no obtuvieron ningún resultado una y otra vez, dado que los malhechores disfrutaban del apoyo directo estadounidense o de la simpatía de Karzai»<sup>13</sup>.

Tampoco es ningún secreto que el hermano pequeño de Karzai, Ahmad Wali Karzai, se ha convertido en uno de los magnates de la droga más ricos del país. En una reunión con el presidente de Pakistán en 2005, mientras Karzai se lamentaba de la incapacidad de Pakistán para poner fin al contrabando interfronterizo, Musharraf sugirió que tal vez Karzai podría dar ejemplo controlando las actividades de su hermano. (El odio recíproco que se profesan los dos estrechos aliados de Washington es sobradamente conocido en la región.)

### *Nuevas desigualdades*

Otro de los motivos que está alimentando el resentimiento es el comportamiento de una nueva elite arremolinada en torno a Karzai y las fuerzas de ocupación, que se ha especializado en llevarse las mejores partidas de la ayuda exterior para crear sus propias redes criminales de soborno y patrocinio. La corrupción de este estrato crece cada mes como un tumor abandonado a su proliferación. Los fondos occidentales son desviados para construir estrambóticas viviendas para los encargados autóctonos de hacer el trabajo sucio de las potencias occidentales. Los escándalos inmobiliarios estallaron ya en 2002, cuando los ministros del gobierno se concedieron a sí mismos y a sus compinches inmuebles en Kabul, donde los precios del suelo se habían disparado, puesto que los ocupantes y sus seguidores tenían que vivir conforme al estilo al que estaban acostumbrados. Los compañeros de Karzai, protegidos por las tropas de la FIAS, construyeron sus grandes chalets desde los que pueden disfrutarse las mejores vistas de las casuchas de adobe de los pobres. Los crecientes asentamientos chabolistas de Kabul, donde la población ha aumentado ahora a una cifra aproximada de 3 millones de personas, son una muestra de la crisis social que se ha tragado el país.

---

<sup>13</sup> Antonio Giustozzi, *Koran, Kalashnikov and Laptop. The Neo-Taliban Insurgency in Afghanistan*, Londres, 2007, p. 60. La corrupción y la brutalidad de la recién creada Policía Nacional afgana es uno de los motivos que a los ojos de muchos explican también el giro de la población contra el gobierno de Karzai.

La ciudad antigua ha sufrido cruelmente en los últimos treinta años. Jade Maiwand, la modernizada «Oxford Street» abierta en el centro de la ciudad en la década de 1970, quedó reducida a escombros durante la guerra de 1992-1996. Un arquitecto afgano-estadounidense describe cómo Kabul ha pasado implacablemente

de ser una capital moderna a convertirse en cuartel general militar y político de un ejército invasor, en sede asediada del poder de un régimen títere, en línea de frente de un conflicto entre facciones (cuyo resultado ha sido la destrucción de dos tercios de su masa urbana), en campo de pruebas del fanatismo religioso que eliminó de la ciudad las últimas capas de vida urbana, y en objetivo de una guerra internacional contra el terrorismo<sup>14</sup>.

Sin embargo, estas enormes desigualdades nunca se habían puesto de manifiesto a tal escala hasta ahora. Una mínima parte de los supuestos 19 mil millones de dólares en «ayuda y reconstrucción» ha podido llegar a la mayoría de los afganos. La red de suministro eléctrico es hoy peor que hace cinco años, y mientras que los ricos pueden usar generadores privados para alimentar sus aparatos de aire acondicionado, calefactores de agua caliente, ordenadores y televisiones vía satélite, los kabulíes normales «padecieron un verano sin ventiladores y se enfrentan a un invierno sin calefacción»<sup>15</sup>. De resultas de ello, cientos de afganos sin domicilio se están literalmente muriendo de frío cada invierno.

Luego están las ONG, que se precipitaron en el país como langostas después de la ocupación. Tal como informa un observador:

Se estima que unos 10.000 miembros de ONG han convertido Kabul en el Klondike durante la fiebre del oro, donde han construido bloques de oficinas, han forzado el aumento de los alquileres, viajan en todoterrenos blindados y se gastan cantidades extraordinarias del dinero ajeno, esencialmente para sí mismos. Sólo reciben órdenes de una agencia lejana, pero lo mismo sucede con el ejército estadounidense, la OTAN, la ONU, la UE y el gobierno afgano, supuestamente soberano<sup>16</sup>.

Hasta los partidarios de la ocupación han perdido la paciencia con estos organismos, y algunos de los candidatos más votados para la Asamblea Nacional en 2005 hicieron del ataque a los mismos el plato fuerte de sus campañas. Peor aún, a juicio de un especialista estadounidense, «sus actividades generosamente subvencionadas han puesto de manifiesto la pobreza y la ineficacia de la Administración civil y han desacreditado a los

<sup>14</sup> Ajmal Maiwandi, «Re-Doing Kabul», presentado en la London School of Economics, 11 de julio de 2002.

<sup>15</sup> Barnett Rubin, «Saving Afghanistan», *Foreign Affairs* (enero-febrero de 2007).

<sup>16</sup> Simon Jenkins, «It takes inane optimism to see victory in Afghanistan», *The Guardian*, 8 de agosto de 2007.

representantes locales a los ojos de la población local.<sup>17</sup> No sorprende entonces que los empleados de las ONG comenzaran a ser objetivo de los insurgentes, también en el norte, y se vieran obligados a contratar la protección de mercenarios.

En resumen: incluso en las estimaciones de los especialistas e instituciones occidentales, la «construcción de la nación» en Afganistán ha sido defectuosa desde que comenzó su andadura. Hasta ahora tan sólo ha producido un presidente títere que para sobrevivir depende de mercenarios extranjeros, una fuerza de policía corrupta y abusiva, una judicatura «inooperante», un próspero estrato criminal y una crisis social y económica cada vez más grave. Hay que tener una fe ciega para sostener que «más de lo mismo» será la respuesta a los problemas de Afganistán.

### *¿Un incremento de tropas en Afganistán?*

El argumento según el cual la solución consiste en enviar más tropas de la OTAN es igualmente insostenible. Todos los datos indican que la brutalidad de las fuerzas de ocupación ha sido una de las principales causas del aumento de la capacidad de reclutamiento de los talibanes. La potencia aérea estadounidense, a la que los soldados estadounidenses en territorio inhóspito llaman «*Big Daddy*», pierde cualquier rasgo paterno cuando se trata de atacar las aldeas pashtun. Entre los afganos ha cundido una furia generalizada ante el número de bajas civiles, muchas de las cuales son niños. Ha habido numerosos incidentes de violación y maltrato de mujeres por parte de soldados de la FIAS, así como bombardeos de aldeas y misiones de búsqueda y captura indiscriminadas. El comportamiento de los mercenarios extranjeros que apoyan a las fuerzas de la OTAN es igualmente malo. Hasta los observadores comprensivos admiten que «su consumo de alcohol y el patrocinio de un número cada vez mayor de burdeles en Kabul [...] está provocando el enfado y la rabia»<sup>18</sup>. A esto podrían añadirse las muertes por torturas en la prisión de Bagram, bajo dirección estadounidense, y la resucitación de la ley de seguridad de la época soviética, bajo la cual los detenidos son condenados a penas de 20 años sobre la base de acusaciones sumarias de las autoridades militares estadounidenses. Todo esto crea una sed de dignidad que sólo puede ser saciada por una auténtica independencia.

Los discursos acerca de la «victoria» suenan cada vez más huecos para los oídos afganos. Muchos de los que detestan a los talibanes están tan enfadados por los fracasos de la OTAN y el comportamiento de sus tropas que se alegran de que haya cierta oposición. Lo que al principio fue conside-

<sup>17</sup> S. Frederick Starr, «Sovereignty and Legitimacy in Afghan Nation-Building», en F. Fukuyama (ed.), *Nation-Building Beyond Afghanistan and Iraq*, Baltimore, 2006, p. 117.

<sup>18</sup> Barnett Rubin, «Proposals for Improved Stability in Afghanistan», en Ivo Daalder *et al.* (eds.), *Crescent of Crisis. US-European Strategy for the Greater Middle East*, Washington DC, 2006, p. 149.

rado por algunos habitantes como una acción de policía necesaria contra al-Qaeda a raíz de los ataques del 11-S, es percibido ahora por una creciente mayoría en la región como una ocupación imperial a todos los efectos. Los últimos informes han señalado uno tras otro que la impopularidad del gobierno y el comportamiento «irrespetuoso» de las tropas de ocupación han producido como resultado una nostalgia del tiempo en que los talibanes estaban en el poder. La represión deja a la gente sin más opción que la de apoyar a los que intentan resistir, en particular en una parte del mundo en la que la cultura de la venganza está arraigada. Cuando toda una comunidad se siente amenazada, ello refuerza la solidaridad, con independencia del carácter o la debilidad de aquellos que se defienden. Esto no sólo es válido para las áreas rurales. Las protestas de masas en Kabul, cuando varios civiles murieron atropellados por un vehículo militar estadounidense, señalaron los objetivos evidentes:

Los alborotadores corearon eslóganes contra Estados Unidos y el presidente Karzai y atacaron el edificio del Parlamento, las oficinas de medios de comunicación y organizaciones no gubernamentales, las residencias diplomáticas, los burdeles, hoteles y restaurantes que supuestamente servían alcohol. La policía, buena parte de la cual había desaparecido, se demostró impotente, poniendo claramente de manifiesto la vulnerabilidad del gobierno ante la violencia de masas<sup>19</sup>.

Tal como los británicos y los rusos tuvieron ocasión de comprobar en carne propia durante los dos últimos siglos, a los afganos no les gusta ser ocupados. Si unos talibanes de segunda generación están creciendo en la actualidad y creando nuevas alianzas, la razón no estriba en que sus prácticas religiosas sectarias se hayan vuelto populares, sino en que son el único paraguas disponible para la liberación nacional. Al principio, el cuadro medio talibán que huyó a través de la frontera en noviembre de 2001 y emprendió una actividad guerrillera de baja intensidad al año siguiente, tan sólo atrajo a un pequeño número de nuevos reclutas procedentes de las madrasas y los campos de refugiados. A partir de 2004, un número creciente de jóvenes waziríes se radicalizó por las incursiones de la policía y los militares pakistaníes en las áreas tribales, así como por los ataques devastadores por parte de aviones «zánganos» no tripulados del ejército estadounidense. Al mismo tiempo, el movimiento comenzó a conseguir un apoyo activo de los mulás de las provincias de Zabul, Helmand, Ghazni, Paktika y Kandahar, y luego en las ciudades. En 2006 circularon informes que señalaban que mulás de Kabul que antes apoyaban a los aliados de Karzai estaban pronunciándose ahora contra los extranjeros y el gobierno; en las provincias fronterizas del noreste, Takhar y Badakshan, se escucharon llamamientos a la *yihad* contra los ocupantes.

La principal fuente de los nuevos reclutas talibanes, según una estimación reciente bien informada, se ha localizado en «las comunidades contraria-

<sup>19</sup> B. Rubin, «Saving Afghanistan», cit.



das por las autoridades locales y las fuerzas de seguridad». En Kandahar, Helmand y Uruzgan, los compinches de Karzai –gobernadores de distrito y provinciales, jefes de seguridad, jefes de policía– estaban perfectamente preparados para dar el chivatazo a las tropas estadounidenses en contra de sus rivales locales, así como para someter a estos últimos al acoso y la extorsión. En tales circunstancias, los talibanes son la única defensa disponible. (Según el mismo informe, los propios talibanes han afirmado que las familias desplazadas a los campos de refugiados a causa de los ataques aéreos indiscriminados estadounidenses contra sus aldeas han sido su principal fuente de reclutamiento). En 2006 el movimiento estaba consiguiendo el apoyo de comerciantes y empresarios de Kandahar, y emprendió allí una mini «ofensiva del Tet» ese mismo año. Una razón que se ha manejado para explicar el creciente apoyo que reciben en las ciudades es que los talibanes de nuevo cuño han relajado sus constricciones religiosas, al menos para los varones –abandonando la obligatoriedad de la barba y la prohibición de la música– y han mejorado su propaganda: produciendo cintas de casete y CD de cantantes populares, y DVD de las atrocidades estadounidenses e israelíes en Iraq, Líbano y Palestina<sup>20</sup>.

Así pues, el resurgimiento de los talibanes no puede achacarse tan sólo al fracaso de Islamabad en el control de la frontera, o de los enlaces de «mando y control», como afirman los estadounidenses. Aunque la ISI desempeñó un papel decisivo en la llegada al poder de los talibanes en 1996 y en la retirada de 2001, ya no tienen el mismo grado de control sobre un movimiento más difuso y generalizado, en el que ha sido la ocupación la que se ha encargado de hacer las labores de sargento de reclutamiento. Echar la culpa de los problemas internos a los «intrusos» es una estrategia colonial tradicional: Karzai es un especialista de ese enfoque. En todo caso, las funciones de desestabilización funcionan en la otra dirección: la guerra en Afganistán ha creado una situación crítica en las dos provincias fronterizas con Pakistán, y la utilización del ejército pakistaní por parte del Mando Central Estadounidense (CENTCOM) ha dado pie al terrorismo suicida en Lahore, donde la AFI (Agencia Federal de Investigación pakistaní) y el Instituto de Guerra Naval han sido objetivos terroristas de los partidarios de los insurgentes afganos. La mayoría pashtun en Afganistán siempre ha mantenido vínculos estrechos con sus paisanos pashtunes en Pakistán. La frontera actual fue una imposición del Imperio británico, pero nunca ha dejado de ser porosa. Resulta prácticamente imposible construir una valla texana o un muro israelí en la frontera montañosa y en su mayor parte no señalizada que separa los dos países.

### *Viejos modelos*

Por supuesto, la ocupación actual de Afganistán recuerda las operaciones coloniales en la región, no sólo a los afganos, sino a algunos mitómanos oc-

---

<sup>20</sup> A. Giustozzi, *Koran, Kalashnikov and Laptop*, cit., pp. 42, 69.

cidentales –británicos, por regla general, pero con algunos imitadores subcontinentales– que intentan sacar lecciones del viejo modelo; el presupuesto es que los británicos eran «buenos imperialistas» que tienen mucho que enseñar a los brutos e impacientes estadounidenses. En su mayoría, los administradores británicos eran racistas hasta la médula, y su autoproclamada «competencia» implicaba la imposición eficaz del *apartheid* social en todas las colonias que controlaban. Podían ser igualmente brutales en África, Oriente Próximo e India. Aunque la promesa de una mejora civilizatoria era necesaria en tanto que justificación ideológica, entonces como ahora, los hechos del legado colonial hablan por sí solos. En 1947, el año en que los británicos abandonan la India, la abrumadora mayoría de los hijos de la medianoche\* eran analfabetos, mientras que el 85 por 100 de la economía era rural<sup>21</sup>.

El problema no eran las malas intenciones o las iniciativas chapuceras, sino la presencia imperial en cuanto tal. Hoy los editorialistas citan mucho a Kipling instando a imprimir una «huella» occidental más pronunciada en Afganistán, pero hasta él era plenamente consciente del odio que sentían los pashtunes hacia los británicos, y otro tanto escribió en uno de sus últimos informes desde Peshawar a la *Civil and Military Gazette* de Lahore en abril de 1885:

Pashtunes, afridis, logas, kohistanis, turcomanos y un centenar más de variedades de la turbulenta raza afgana se reúnen en una vasta reserva humana entre la Puerta Edwardes y la Ghor Khutri. Cuando pasa un inglés, todos se giran para mirarle con el ceño fruncido, y en muchos casos escupen abundantemente en el suelo una vez que ha pasado. Un rufián fornido y barrigón, con la cabeza afeitada y el cuello arrugado y pliegues de grasa repletos de hoyuelos, se muestra particularmente entusiasta en este rito religioso, no dándose por satisfecho con una ejecución superficial, sino expectorando con todas sus fuerzas, lo que debe resultar tan refrescante para sus compañeros como asqueroso para el europeo.

Una de las muchas razones del resentimiento histórico de los pashtunes fue la quema del famoso bazar de Kabul, un triunfo de la arquitectura mogol. Ali Mardan Khan, un célebre gobernador, arquitecto e ingeniero, construyó el mercado central *chahr-chatta* (de cuatro lados), cubierto y con soportales, en el siglo xvii conforme al modelo de los existentes en las viejas ciudades musulmanas euro-árabes, como El Cairo, Damasco, Bagdad, Pa-

---

\* Alusión a Salman Rushdie, *Mignight Children*, novela publicada en 1981 [ed. cast.: *Hijos de la medianoche*, Barcelona, Nuevas Ediciones de Bolsillo, 2005]. [N. del T.]

<sup>21</sup> «La renta per cápita era de aproximadamente una vigésima parte del nivel que presentaban entonces los países desarrollados [...] El analfabetismo llegaba al 84 por 100 y la mayoría (60 por 100) de los niños entre 6 y 11 años no acudía a la escuela; las enfermedades epidémicas (malaria, viruela y cólera) estaban generalizadas y, en ausencia de un buen servicio de salud pública y de instalaciones de alcantarillado, las tasas de mortalidad (27 por 1000) eran muy altas», Dharma Kumar y Meghnad Desai (eds.), *Cambridge Economic History of India*, vol. II: c. 1757-c. 1970, Cambridge, 1983, p. 23.

lermo o Córdoba. Fue considerado único en la región; en Lahore o Delhi no se construyó nada de la misma escala. El bazar fue deliberadamente destruido en 1842 por el «Ejército de castigo» del general Pollock, recordado como uno de los más asesinos, saqueadores y salteadores que llegaron a Afganistán, dentro de una competición que continúa estando disputadísima. Derrotados en varias ciudades y obligados a evacuar Kabul, los británicos castigaron a sus ciudadanos borrando del mapa el mercado. Aún no sabemos lo que quedará de Kabul cuando los actuales ocupantes se retiren finalmente, pero la creciente masa de asentamientos ilegales miserables indica que se dispone a convertirse en una de las principales nuevas capitales del «planeta de ciudades miseria»<sup>22</sup>.

La ocupación occidental de Afganistán se enfrenta ahora a cinco problemas aparentemente intratables e interrelacionados. Los fracasos sistémicos de su estrategia de «construcción de la nación», la corrupción de sus agentes locales, la creciente alienación de grandes sectores de la población y el reforzamiento de la resistencia armada se ven agravados por las distorsiones provocadas por la industria del opio y la heroína en la economía del país. Según los cálculos de la ONU, los narcóticos suman el 53 por 100 del PIB del país, y los campos de amapola continúan extendiéndose. Alrededor del 90 por 100 de la oferta mundial de opio procede de Afganistán. Desde 2003, la misión de la OTAN no ha llevado a cabo ninguna tentativa seria de provocar una reducción de este lucrativo comercio. Los propios partidarios de Karzai no tardarían en desertar si sus actividades en ese ámbito se vieran desbaratadas, y la cantidad de ayudas públicas necesarias durante muchos años para promover la agricultura y la industria artesanal y reducir la dependencia del cultivo de la amapola exigiría un conjunto de prioridades completamente distinto. Sólo un utópico surrealista podría esperar que los países de la OTAN, ajetreados con la privatización y la desregulación de sus propias economías, se embarcaran en proyectos de desarrollo nacional a gran escala.

### *Los objetivos de la OTAN*

Casi no hace falta decir que el bombardeo y la ocupación de Afganistán han sido un fracaso desastroso –y predecible– a la hora de capturar a los autores del 11-S. Esto sólo podría haber sido el resultado de una labor policial eficaz, no de una guerra y una ocupación militar internacionales. Todo lo que ha sucedido en Afganistán desde 2001 –y no digamos en Iraq, Palestina y Líbano– ha tenido el efecto contrario, tal como han confirmado reiteradamente los propios informes de inteligencia de Occidente. Según el informe de la Comisión Oficial sobre el 11-S, la primera respuesta del mulá Omar a las exigencias de Washington de que Osama Bin Laden fuera entregado y al-Qaeda se viera privada de su santuario fue «no nega-

<sup>22</sup> Mike Davis, «Planeta de ciudades miseria», *NLR* 26 (marzo-abril de 2004), p. 13.

tiva»; él mismo se había opuesto a todo ataque de al-Qaeda contra objetivos estadounidenses<sup>23</sup>. Pero mientras el mulá intentaba ganar tiempo, la Casa Blanca puso fin a las negociaciones. Necesitaba una rápida guerra de venganza. Afganistán había sido elegido como primera escala de la «guerra global contra el terrorismo», cuando Iraq ya era el objetivo principal de la Administración. La avalancha de «conmoción y pavor» durante seis semanas que llegó después no fue más que un redoble para la próxima intervención en Iraq, que carecía de todo fundamento en Afganistán. Como cabía esperar, el ataque tan sólo dio a los líderes de al-Qaeda la posibilidad de desaparecer en las montañas. Describir la invasión como una «guerra de autodefensa» para la OTAN constituye una burla del Derecho internacional, que se vio pervertido para convertir un ataque que obtuvo un éxito inesperado y casual, protagonizado por un pequeño grupúsculo terrorista árabe, en una excusa para un impulso militar estadounidense sin restricciones en Oriente Próximo y en Eurasia central.

Ahí encontramos los motivos de la práctica unanimidad entre los creadores de opinión occidentales que coinciden en que la ocupación no sólo debe continuar, sino que debe expandirse —muchos miles de millones durante muchos años—. No han de buscarse en las recónditas montañas de Afganistán, sino en Washington y Bruselas. Tal como resume *The Economist*, «la derrota no sólo supondría un golpe terrible para los afganos, sino» —y lo que, por supuesto, es más importante— «también para la Alianza Atlántica»<sup>24</sup>. Como siempre, la geopolítica se impone por encima de los intereses afganos en el cálculo de las grandes potencias. El acuerdo sobre la implantación de bases firmado por Estados Unidos con el representante del gobierno afgano en Kabul en mayo de 2005, colocado por Estados Unidos, da al Pentágono el derecho a mantener una presencia militar masiva a perpetuidad en Afganistán, lo que incluye potencialmente los misiles nucleares. Washington no está tratando de establecer bases permanentes en esta tierra inhóspita y preñada de peligros tan sólo en nombre de la «democratización y el buen gobierno», como quedó claro tras las declaraciones del secretario general de la OTAN, Jaap de Hoop Scheffer, en la Brookings Institution en febrero de este año: una presencia permanente de la OTAN en un país que limita con las ex repúblicas soviéticas, China, Irán y Pakistán era algo demasiado bueno como para permitir que se pierda<sup>25</sup>.

Desde un punto de vista más estratégico, Afganistán se ha convertido en un teatro central para la reconstitución y la extensión del control occidental de la política de poder sobre el orden mundial. Proporciona, en primer lugar, una oportunidad para que Estados Unidos minimice sus pro-

<sup>23</sup> *The 9.11 Commission Report*, Nueva York, 2004, pp. 333-334; 251-252.

<sup>24</sup> «Must there be wars without end?», *The Economist*.

<sup>25</sup> «Afghanistan and NATO. Forging the 21<sup>st</sup> Century Alliance», 29 de febrero de 2008; disponible en el sitio web de la Brookings Institution.

blemas convenciendo a sus aliados para que se impliquen más aún en Iraq. Tanto Clinton como Obama han insistido en que Estados Unidos y sus aliados «han de alcanzar una mayor unidad de propósitos en Afganistán. El resultado último del esfuerzo de la OTAN para estabilizar Afganistán y el liderazgo estadounidense de ese esfuerzo bien podrían afectar a la cohesión de la Alianza y a la capacidad estadounidense de determinar el futuro de la OTAN»<sup>26</sup>. Además de esto, ha sido el ascenso de China lo que ha provocado que los estrategas de la OTAN propongan una enorme expansión del papel de la alianza militar occidental. Antaño centrada en el área euroatlántica, un ensayo reciente publicado en la *NATO Review* sugiere que «en el siglo XXI la OTAN debe convertirse en una alianza fundada en el área euroatlántica, dedicada a proyectar la estabilidad sistémica más allá de sus fronteras»:

El centro de gravedad del poder en este planeta se está moviendo inexorablemente hacia el este [...] La región Asia-Pacífico aporta numerosos elementos dinámicos y positivos a este mundo, pero por el momento el rápido cambio que experimenta no es estable ni está engastado en instituciones estables. Hasta que no se logre ese objetivo, la responsabilidad estratégica de los europeos y norteamericanos, así como de las instituciones que han construido, consiste en allanar el camino [...] la efectividad de la seguridad en un mundo así es imposible sin legitimidad y habilidad al mismo tiempo<sup>27</sup>.

El único modo de proteger el sistema internacional que ha construido Occidente, continúa el autor, consiste en «revigorizar» la relación transatlántica: «No puede haber seguridad sistémica sin seguridad asiática, y no habrá seguridad asiática sin un papel fuerte de Occidente en la región».

Estas ambiciones todavía no se han realizado. En Afganistán hubo airadas manifestaciones callejeras contra la firma del acuerdo sobre el establecimiento de bases militares estadounidenses por parte de Karzai, una clara indicación, por si fuera necesario, de que la OTAN tendrá que llevarse a Karzai si llegan a retirarse. Uzbekistán respondió pidiendo a Estados Unidos que sacara sus bases y su personal fuera del país. Hay constancia de que los rusos y los chinos han protestado enérgicamente en privado, y han emprendido operaciones militares conjuntas en los respectivos territorios por primera vez: «la preocupación por los claros planes estadounidenses de establecimiento de bases permanentes en Afganistán y Asia Central» fue una causa importante de su acercamiento<sup>28</sup>. Con menor vigor, Irán respondió aumentando los impuestos a la exportación, lo que provocó el parón de la construcción en Herat<sup>29</sup>.

<sup>26</sup> Paul Gailis, «NATO in Afghanistan», CRS Report for Congress, 23 de octubre de 2007.

<sup>27</sup> Julian Lindley-French, «Big World, Big Future, Big NATO», *NATO Review*, invierno de 2005.

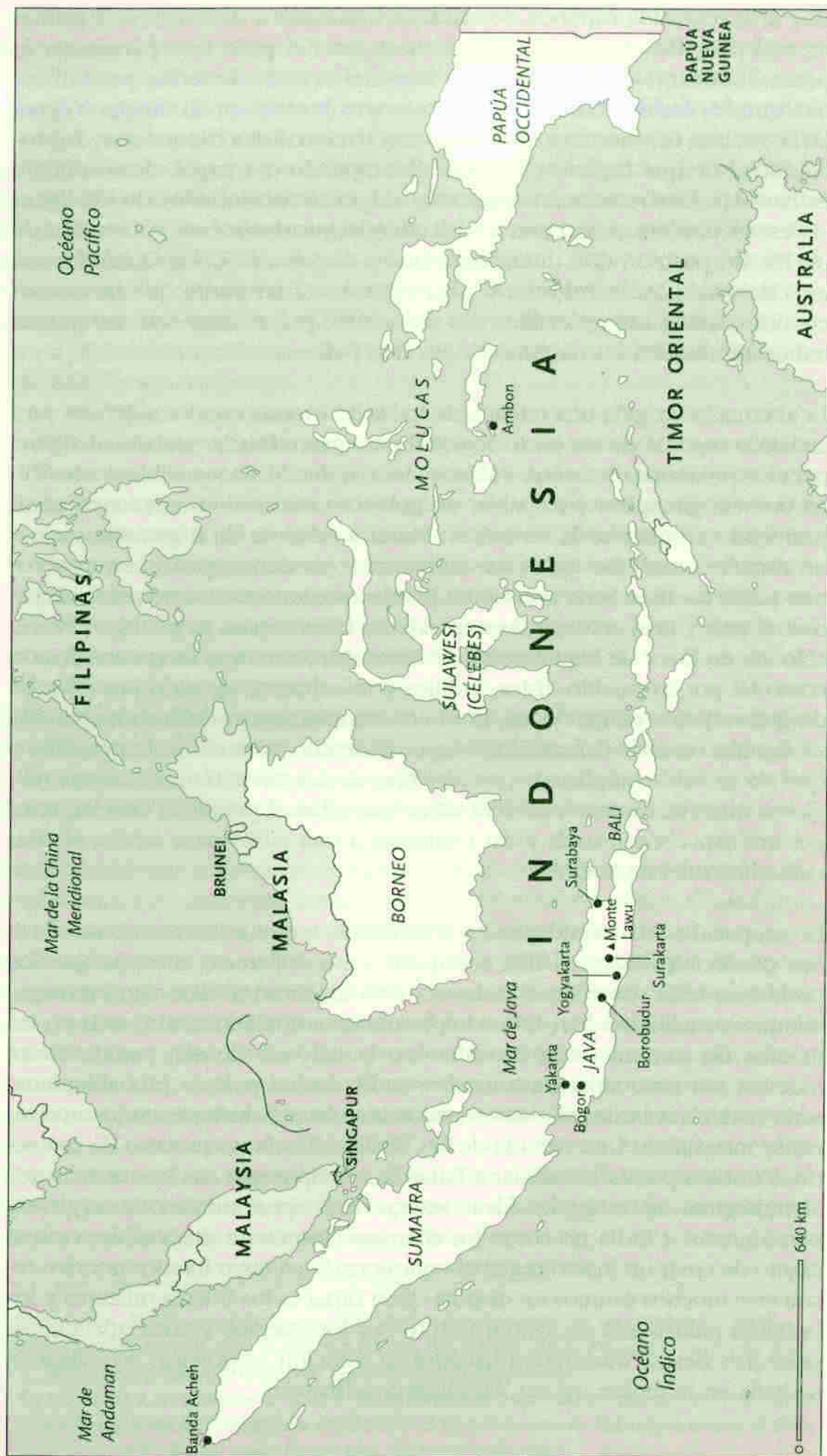
<sup>28</sup> B. Rubin, «Proposals for Improved Stability in Afghanistan», cit.

<sup>29</sup> En respuesta a las súplicas de Karzai, Teherán propuso un tratado que prohibiría las operaciones extranjeras de inteligencia conducidas desde cada uno de los países contra el otro; cuesta creer cómo Karzai pudo firmar esto sin partirse de risa.

Hay al menos dos caminos de salida del atolladero de Khyber. El primero y el peor de todos sería la balcanización del país. Ésta parece ser la pauta dominante de la hegemonía imperial por el momento, pero mientras que los kurdos en Iraq y los kosovares y otros en la antigua Yugoslavia estaban dispuestos a convertirse en nacionalistas clientelistas, la probabilidad de que tayikos y hazaras desempeñen ese papel efectivamente es bastante más remota en Afganistán. Algunos funcionarios de inteligencia estadounidenses han estado discutiendo informalmente la creación de un Estado pashtun que una a las tribus y disuelva la Línea Durand, pero esto desestabilizaría Pakistán y Afganistán hasta tal punto que las consecuencias serían impredecibles. En todo caso, por el momento no parece haber interesados en ninguno de los dos países.

La alternativa exigiría una retirada de todas las fuerzas estadounidenses, precedida o seguida de un pacto regional para garantizar la estabilidad afgana para los próximos diez años. Pakistán, Irán, India, Rusia y posiblemente China podrían garantizar y respaldar un gobierno nacional en funciones, comprometido a preservar la diversidad étnica y religiosa de Afganistán y crear un espacio en el que todos sus ciudadanos puedan respirar, pensar y comer todos los días. Sería preciso un plan socioeconómico serio para reconstruir el país y proporcionar las necesidades básicas para su pueblo. Esto no sólo iría en favor de los intereses de Afganistán, sino que sería considerado como tal por su pueblo, física, política y moralmente agotado por décadas de guerra y dos ocupaciones. La violencia, arbitraria o deliberada, ha sido su destino durante demasiado tiempo. Quieren que termine la pesadilla y que no se vea reemplazada por otro tipo de horrores. Los extremistas religiosos no tendrán una verdadera influencia sobre el pueblo si deciden romper una paz consensuada y dar comienzo a una *yihad* para recrear el emirato talibán del mulá Omar.

La ocupación estadounidense ha contribuido a que esa tarea no sea fácil. Sus predecibles fracasos han reavivado a los talibanes, mientras que los pashtunes están uniéndose cada vez más en torno a ellos. Sin embargo, aunque los talibanes han sido completamente asimilados a al-Qaeda en los medios de comunicación occidentales, la mayoría de sus partidarios se mueven por preocupaciones locales; su evolución política probablemente sería paralela a la de los domesticados islamistas pakistaníes si los invasores se marcharan. Una retirada de la OTAN facilitaría un proceso de paz serio. También podría beneficiar a Pakistán, siempre que sus líderes militares abandonaran las estúpidas ideas acerca de la «profundidad estratégica» y consideraran a India no como un enemigo sino como un posible socio al objeto de crear un marco regional cohesionado en cuyo interior podrían resolverse muchos asuntos en disputa. ¿Son capaces los líderes militares y los políticos pakistaníes de agarrar el toro por los cuernos y sacar adelante su país? ¿Les dejará Washington hacerlo? La solución es política, no militar. Y se halla en la región, no en Washington o Bruselas.



## SALE SUHARTO

### Necrológica para un tirano mediocre

En 1971, la maquinaria presidencial indonesia informaba a la población de que Suharto y su esposa planeaban construirse un mausoleo en una estribación del monte Lawu, el dormido volcán sagrado de 3.000 metros que se yergue al este de la ex ciudad real javanesa de Surakarta<sup>1</sup>. El emplazamiento se había escogido con mucho cuidado, situada respetuosamente unos metros por debajo de las tumbas anteriores de la dinastía de los Mangkunegaran: el segundo más insignificante de los cuatro pequeños principados de Java Central instituidos por la autoridad colonial a finales del siglo XVIII y comienzos del XIX. La señora Tien Suharto –para entonces ya conocida popularmente como Tientje (Diez por Ciento)– reivindicaba cierta relación con la pequeña dinastía, que apenas había sobrevivido a la revolución de 1945-1949. Para Suharto, que siempre insistió en que era de simple procedencia campesina, pero de quien se rumoreaba que era hijo ilegítimo de un magnate chino, el emplazamiento representaba un avance social; y normal, ya que la hipergamia fue común entre los oficiales del ejército en la década de 1940 y después, y las familias eran tradicionalmente matrilocales. Aun así, la construcción de este caro e inaudito mausoleo para los futuros muertos tenía en sí algo de espeluznante, ya que Suharto era por aquel entonces un hombre sano de 50 años.

Visité Surakarta en la primavera de 1972, después de que la Administración de Suharto hubiera descubierto que había entrado en el país por métodos indirectos y me hubiera informado de que me deportarían. Tras varias negociaciones, me concedieron dos semanas para resolver asuntos y despedirme de los amigos. Me hice a la carretera con mi vespa y paré brevemente en Surakarta para comer en el agradable parque de atracciones de la ciudad. Por aquel entonces, los «blancos» jóvenes en vespa que también hablasen indonesio con fluidez eran una verdadera curiosidad, de modo que mi mesa estuvo enseguida rodeada de lugareños. Cuando surgió el tema del mausoleo, pregunté a mis nuevos conocidos qué les parecía. Tras un silencio incómodo, un anciano inte-

---

<sup>1</sup> Me gustaría hacer constar mi gratitud a mis amigos Ben Abel y Joss Wibisono por sus comentarios y críticas tan útiles.



ligente y flaco respondió, en javanés: «Parece una tumba china». Todos soltaron una risita disimulada. El hablante tenía dos cosas en mente: primera, que en contraste con las tumbas musulmanas, incluidas las de los grandes, que son muy sencillas, las tumbas chinas son o eran tan elaboradas y caras como los socialmente competitivos dolientes podían permitirse. En segundo lugar, en la poscolonia muchos cementerios chinos habían sido arrasados por las excavadoras para dejar sitio a proyectos de construcción de «gama alta» por el Estado y por constructores, especuladores y promotores privados.

Durante el largo mediodía de la dictadura de Suharto, desde la década de 1970 a la de 1990, al mausoleo le sucedieron tres cosas. Se llenó gradualmente, casi hasta estallar, con los restos de los familiares más o menos aristocráticos de Tientje, pero ninguno de Suharto; estaba fuertemente custodiado por una unidad de paracaidistas de los Boinas Rojas que habían organizado las enormes masacres contra la izquierda en 1965-1966; y se convirtió en atracción turística, en especial para autobuses de escolares, de modo que siempre estaba atestado de aldeanas que vendían camisetas, gorras de béisbol, tentempiés, bebidas y abanicos de bambú plegados. Una cosa no ocurrió: incluso después de que Tientje se uniera a sus parientes, poco antes del hundimiento económico de 1997, el mausoleo nunca se volvió sagrado ni mágicamente poderoso. Cuando por fin me permitieron volver al país, en 1999, a menudo fui a observar el lugar. No había paracaidistas, ni autobuses de niños, sólo un desesperado puñado de vendedores, un melancólico cuidador y el olor de un edificio decadente que ya había soportado un cuarto de siglo de monzones anuales. Queda por ver qué le pasará al lugar ahora que por fin Suharto se ha unido a su esposa. Para parafrasear a Walter Abish: ¿cuánto tiene de chino?

Si el mausoleo marcó una versión precoz de la «muerte prevista» de Suharto, yo capté una variación posterior en Yakarta hace unos años. Había estado entrevistando a un anciano comunista javanés, que en otro tiempo había ocupado un alto cargo en el periódico del partido, *Harian Rakyat* (Diario del Pueblo), y pasado muchos años en el grotesco gulag de Suharto. Al final de la entrevista, para animarlo, le pregunté de pasada si creía que Suharto moriría pronto. Funcionó, pero no como yo esperaba. Con una gran sonrisa, me contestó: «¡Ni mucho menos! Tardará mucho, y con mucho sufrimiento». ¿Cómo podía estar tan seguro? Respondió que el secreto del enorme poder de Suharto, la enorme riqueza y la notable longevidad política, era que, en sus primeros años de adulto, un renombrado chamán le había insertado bajo la piel una serie de *susuk* en puntos cruciales del cuerpo. «Pero el chamán ha muerto hace bastante», dijo con satisfacción mientras seguía su camino. Hay una vieja creencia de que dichos *susuk*—diminutos fragmentos de oro puro, impregnados de hechizos mágicos—dan riqueza, poder y larga vida al portador. Pero hay una advertencia: para que un hombre muera en paz y pronto, hay que retirarle los *susuk*, y esto sólo puede hacerlo el chamán que los insertó. De lo contrario, la muerte será una agonía interminable.

¿Qué tipo de hombre era? ¿Cómo consiguió gobernar su país sin mucha oposición sería durante más de tres décadas? Los comienzos de Suharto fueron muy humildes. Nacido en junio de 1921 en un aldea cercana a Yogyakarta, en Java central, se alistó en el ejército colonial holandés (KNIL) a los 19 años; era aproximadamente la época en la que la Wehrmacht invadía Holanda y la reina Guillermina y su gobierno se escabullían a Londres. El KNIL, como sus hermanos de otras colonias europeas, estaba preparado para reprimir la rebelión interna, no para combatir contra enemigos externos, y tenía una organización racista: oficiales principalmente holandeses y euroasiáticos, y suboficiales y soldados rasos nativos y con una educación muy limitada. El propio Suharto no había terminado la secundaria en un colegio musulmán privado. En menos de dos años, sin embargo, había ascendido al rango de sargento, todo lo que en general habría podido ascender. En ese momento, los ejércitos de Hirohito invadieron las Indias Holandesas y el KNIL se rindió prácticamente sin luchar (excepto la pequeña rama aérea). Pero en octubre de 1943, cuando Suharto tenía sólo 22 años, el ejército japonés en Java, temiendo un asalto aliado, formó una pequeña fuerza militar auxiliar llamada los Peta<sup>2</sup> para apoyar la planeada resistencia de guerrillas. Suharto se alistó de inmediato en dicha fuerza, y en 1945 había alcanzado el segundo rango disponible más elevado: comandante de compañía.

Tras la rendición japonesa a MacArthur y la apresurada proclamación de la independencia indonesia por los experimentados políticos nacionalistas Sukarno y Hatta, se estableció un ejército nacional. Estaba compuesto por ex miembros del KNIL, de los Peta y de diversos grupos juveniles armados por los japoneses, pero con los oficiales de los Peta en posición dominante. Había, naturalmente, una enorme inflación de mandos: un enjambre de generales y coroneles con antecedentes inmediatos de tenientes y sargentos. Suharto se unió a la fiebre y, en la primavera de 1946, era teniente coronel. Más importante es que lo destinaron a las afueras de Yogyakarta, que se convirtió en la incipiente capital de la república cuando los británicos y los holandeses capturaron Batavia-Yakarta, a comienzos de 1946. En el nuevo ejército no había muchos que hubieran servido en el régimen holandés y en el japonés en el espacio de sólo seis años, pero Suharto era uno de ellos, y se benefició de la experiencia. En 1946, a los 25 años, ya era un militar de rango relativamente elevado.

Es entonces cuando puede decirse que empezó su carrera política. La noche del 27 de junio de 1946, un grupo de militares armados, indirecta-

---

<sup>2</sup> Acrónimo de Pembela Tanah Air (Defensores de la Madre Patria), el nombre expresaba el plan japonés de atraer el nacionalismo local a la defensa del imperio. Hay un claro paralelo con la creación japonesa casi contemporánea del Ejército de Independencia Birmano para ayudar a luchar contra los británicos.

mente relacionados con la «oposición» política (una mezcla de nacionalistas de preguerra, la mayoría de los cuales había colaborado con los japoneses), raptó al primer ministro civil Sutan Sjahrir, acusándolo de debilidad al enfrentarse a la vuelta de los holandeses. Sukarno asumió el control directo del gobierno y exigió la liberación inmediata de Sjahrir, que finalmente se produjo. Pero los conspiradores —respaldados abiertamente por el comandante militar de Yogyakarta y menos abiertamente por el comandante en jefe, el general Sudirman, de 31 años— se retiraron al puesto de mando de Suharto. Desde allí intentaron lanzar el 3 de julio un golpe de Estado, que sin embargo fue fácilmente sofocado. Los civiles implicados fueron (brevemente) a la cárcel, al igual que el comandante militar de Yogyakarta, pero Sudirman se aseguró de que no se viera afectado ningún otro militar. Aun así, el golpe podría haber acabado con la carrera militar de Suharto, que a partir de entonces tuvo mucho cuidado.

### *El ascenso al poder*

Desde el otoño de 1945 hasta enero de 1948, el núcleo directivo de la coalición de partidos gobernante en Indonesia constaba de una variedad de socialistas y comunistas, incluidos algunos retornados de Holanda que habían participado en la clandestinidad contra los nazis. No estaban «contaminados» por la colaboración con los japoneses, una baza fuerte en el país e internacionalmente. También se creía que, dado que el primer gobierno holandés después de la liberación estaba liderado por socialistas, había una oportunidad de establecer una ruta diplomática hacia la independencia. En 1947, sin embargo, el gobierno holandés había virado a la derecha, y en julio de ese año un gran ataque militar causó a la nueva república considerables pérdidas tanto territoriales como de acceso al mundo exterior. Los socialistas y los comunistas se vieron obligados a aceptar un acuerdo provisional muy desventajoso en enero de 1948, y cayeron del poder, sustituidos por una coalición de musulmanes y «nacionalistas laicos (principalmente burgueses y pequeños aristócratas)». Mientras tanto, la Guerra Fría se estaba estableciendo y la izquierda se radicalizaba en todo el Sudeste asiático, abandonando el parlamento y recurriendo a los medios militares para llegar al poder (o recuperarlo).

En el verano de 1948, en Indonesia acechaba una guerra civil entre la izquierda y sus diversos adversarios, y ambos bandos estaban respaldados por unidades militares y milicias armadas. Sudirman intentó superar la crisis nombrando dos mediadores: Wikana, el entonces gobernador civil comunista de Java Central, y Suharto. En 1963 entrevisté a Wikana en Yogyakarta, adonde se había retirado después de ser marginado por los líderes más jóvenes del partido. El amable anciano me dijo que Suharto había sido excelente, no había tomado partido y había hecho lo posible por evitar la guerra entre los partidarios armados del gobierno y de la oposición, sin conseguirlo. La guerra civil (que se libró sólo en las áreas republicanas de Java) fue breve pero sangrienta, y la izquierda quedó

completamente aplastada. Buena parte de los líderes murieron en acción o ejecutados después de rendirse.

Tras la transferencia formal de la soberanía, a finales de 1949, el nuevo miembro de Naciones Unidas afrontaba una situación enormemente difícil. La economía colonial había quedado devastada por el dominio japonés en tiempo de guerra y la lucha militar con los holandeses retornados. Las enormes movilizaciones populares que empezaron contra los japoneses y continuaron durante la «revolución» crearon un gran conjunto de población que esperaba ser recompensada por sus sacrificios. Pero la poco poblada parte oriental del archipiélago había sido ocupada después de la guerra primero por Australia y después por los holandeses, de modo que el activismo republicano era difícil en aquella zona. Además, el acuerdo indonesio-holandés, supervisado por Estados Unidos, exigía que la república devolviese las propiedades de preguerra a los capitalistas holandeses. Por último, ningún partido político había conseguido siquiera acercarse a monopolizar el levantamiento revolucionario. En consecuencia, se fundó una democracia constitucional de partidos, que permitió incluso a los comunistas supervivientes reconstruir su fuerza. Se podría decir también que no había alternativa, dada la geografía del país; el ejército era poderoso, pero no tenía fuerza aérea y tampoco una marina digna de ese nombre.

En este entorno, Suharto empezó a hacerse notar, mediante un ataque anfíbio con éxito contra los pro holandeses y otros disidentes de las Célebes. Esto a su vez le valió el nombramiento en 1957 (a los 36 años) de comandante militar de Java Central, una posición clave en la jerarquía del ejército. Entonces cometió otro error grave, no tanto político (era muy cuidadoso) como económico. Él y su personal de confianza se involucraron con ciertos magnates chinos de dudosa reputación en extensas operaciones de contrabando y otros negocios. Esto hizo que lo cesaran del Alto Mando. (Dos de estos amigos chinos se convirtieron más tarde en secuaces clave durante la dictadura.) Pero por lo general los ejércitos cuidan a los suyos, y a Suharto lo destinaron a la escuela de oficiales de Bandung, donde hizo una buena tarea, y después de eso fue nombrado comandante de la Reserva Estratégica del Ejército, planeada como fuerza de choque del Alto Mando contra disidentes provinciales y otros «enemigos nacionales». A comienzos de la década de 1960 mandó las operaciones conjuntas para liberar a «Papúa Occidental» del colonialismo residual holandés. No se produjo una victoria militar, porque los estadounidenses intervinieron diplomáticamente contra los holandeses, pero la prensa trató a Suharto como una especie de héroe nacional. Cuando Sukarno decidió, en 1963-1964, iniciar un enfrentamiento militar con la Federación Malaya organizada por Londres, Suharto fue nombrado subcomandante, y en secreto (temiendo el poder creciente del Partido Comunista en Java) inició contactos con el «enemigo». Para entonces tenía un rango tan alto que era el sustituto automático del comandante general del ejército, Yani, cuando éste se encontraba en el extranjero.

Mientras tanto, la polarización política entre derecha e izquierda aumentaba con rapidez, al tiempo que la hiperinflación insertaba una mentalidad de *sauve qui peut* que todavía perdura. Es un indicio de la tendencia de Suharto al secretismo y la maniobra el que para entonces fuese un jefe del ejército de confianza (sus contactos secretos con el espionaje malayo e, indirectamente, con la CIA estaban bien ocultos incluso para Yani) y en apariencia leal a Sukarno.

### *Engaño, masacre, golpe de Estado*

La crisis explotó por fin la mañana del 1 de octubre de 1965, cuando un pequeño grupo de oficiales, principalmente de graduación intermedia, secuestró y mató a seis altos generales, acusándolos de planear el derrocamiento de Sukarno. La mayoría de estos oficiales desafectos mantenía desde hacía tiempo relaciones personales con Suharto, y es prácticamente seguro que le habían informado de sus planes. No hicieron ningún intento de capturarlo, aunque tenía el mando operativo de todas las unidades militares experimentadas de la capital. Y Suharto tampoco hizo el menor esfuerzo por advertir a Yani y a sus compañeros de lo que estaba en marcha. Por el contrario, aplastó a los conspiradores con facilidad y proclamó que eran herramientas del Partido Comunista.

Casi todos los oficiales militares implicados en lo que entonces se llamó «el golpe» —aunque los propios autores afirmaron que protegían a Sukarno de un golpe militar dirigido por la CIA— fueron ejecutados, mediante penas de muerte dictadas por tribunales irregulares o fuera de toda legalidad. Sólo uno sobrevivió (apenas) a la dictadura. El coronel Abdul Latief, juzgado y sentenciado a cadena perpetua, probablemente evitase la ejecución por su larga y estrecha relación con la familia de Suharto; quizá interviniese Tientje. Tras soportar 32 años de cárcel y de sufrimientos inimaginables (se permitió que las heridas que sufrió en la detención se infectaran hasta que la mitad del cuerpo se le llenó de larvas), Latief fue liberado por el sucesor de Suharto, Habibie, pero sufrió un infarto cerebral que lo paralizó. Cuando lo entrevisté, poco antes de su muerte, buena parte de lo que decía era ininteligible. Pero cuando le pregunté cómo se había sentido la tarde del 1 de octubre, cuando Suharto había aplastado el «golpe», dijo, de manera entrecortada pero clara: «Traicionado».

Con los medios de comunicación clausurados, excepto los portavoces del ejército, el grupo de Suharto publicó fotografías de los cadáveres descompuestos de los generales muertos y anunció que degeneradas sexuales de la Organización de Mujeres Comunistas les habían arrancado los ojos y cortado los testículos con navajas de afeitar. (Unos años después, por accidente, descubrí la autopsia redactada por los médicos, que declaraba que los generales sólo tenían heridas de bala y golpes de fusil, con los ojos y los genitales intactos.) A lo pocos días, todas las sedes comunistas de Yakarta habían sido ocupadas o destruidas. El 17 de octubre, el cuer-

po de elite de los Boinas Rojas llegó a Java Central y empezó los asesinatos masivos de hombres y mujeres de izquierdas. La misma matanza empezó en Java Oriental con la llegada de los paracaidistas a mediados de noviembre, y en Bali cuando aterrizaron a mediados de diciembre<sup>3</sup>.

En todos los casos, el ejército reclutó la temidísima y asesina ayuda de las «organizaciones de base» de los múltiples enemigos del Partido Comunista. La estrategia de implicar a grandes cantidades de civiles en las masacres perseguía dos objetivos. En primer lugar, permitía al ejército anunciar, y a un buen número de periodistas extranjeros creer, que los ciudadanos habían «enloquecido» a gran escala. En segundo lugar, garantizaba que nunca hubiera una investigación de las matanzas, porque las manos de los civiles también estaban ensangrentadas. Nadie sabe realmente cuántos murieron; las cifras ofrecidas varían del medio millón a los dos millones. En su lecho de muerte, el para entonces marginado general Sarwo Edhie, que dirigió a los Boinas Rojas en 1965-1966, declaró incluso que había sido responsable de la muerte de tres millones de personas<sup>4</sup>. Y nadie sabe realmente cuántos permanecieron en la cárcel durante años sin juicio y en las condiciones más sórdidas, pero ciertamente el número superó el medio millón. El aparato de espionaje fue también suficientemente astuto como para atraer la ayuda de comunistas capturados, algunos bastante importantes, que traicionaron a sus camaradas e incluso participaron en su tortura. A finales de ese año, el Partido Comunista estaba completamente destruido; para siempre, dicen.

El presidente Sukarno se esforzó en vano por poner fin a las matanzas y reunir a sus partidarios, pero ya no tenía acceso a los medios de comunicación. A comienzos de marzo de 1966, paracaidistas vestidos de civil rodearon el palacio, donde se estaba celebrando un consejo de ministros de emergencia, irrumpieron en el consejo y detuvieron a quince ministros, mientras Sukarno huía a su «palacio de verano» en Bogor. La tarde del 11 de marzo, tres generales lo visitaron y le exigieron que firmase un

---

<sup>3</sup> Las masacres iban destinadas principalmente contra las bases comunistas, fácilmente identificables porque el partido era legal desde la independencia y participaba activamente en la política electoral. Estas bases estaban, numéricamente hablando, concentradas en las áreas rurales de Java Oriental y Central, en Bali y en el cinturón de plantaciones del norte de Sumatra. Las ciudades fueron golpeadas con menos dureza, probablemente porque eran más fáciles de controlar, y también más visibles para los ojos extranjeros vigilantes. Las áreas rurales mencionadas se habían convertido en zonas de turbulencia a comienzos de la década de 1960, cuando la Liga Campesina Comunista y la Juventud Popular llevaron a cabo las denominadas «acciones unilaterales» para intentar aplicar la legislación de reforma agraria progresista de 1960, que en gran medida había sido sabotada por los terratenientes influyentes, los musulmanes y los «nacionalistas laicos». También hay que decir que, a comienzos de la década de 1960, el Partido Comunista cometió a menudo el error de «hablar a gritos, al mismo tiempo que tomaba los palillos para comer».

<sup>4</sup> *50 Tahun Merdeka dan Problema Tapol/Napol* (50 años de independencia y el problema de los presos políticos), publicado por Masyarakat Indonesia untuk Kemanusiaan, Yakarta, 1995, p. 591.

documento que transfería todo el poder ejecutivo a Suharto. A punta de pistola, Sukarno firmó la carta de autorización que daba al general, que había jurado lealtad a su presidente, la oportunidad de reemplazarlo al año siguiente, y que lo mantuvo bajo arresto domiciliario hasta su muerte, en 1970. Curiosamente, el original de esa famosa carta nunca se ha visto en público, y se dijo que se había perdido. Muchos años después, tras la caída de Suharto, un joven ayudante de Sukarno que estaba con él esa noche dijo a la prensa que el documento firmado estaba descuidadamente escrito a máquina en papel oficial del Estado Mayor del Ejército.

Esta vez Suharto había alcanzado el pleno poder desde el punto de vista «jurídico», pero siguió profundizándolo en los años inmediatamente posteriores. Todas las instituciones estatales, incluidas las Fuerzas Armadas, fueron masivamente purgadas de «comunistas», «simpatizantes de los comunistas», sukarnoístas y otros subversivos. Ningún gobernante del archipiélago había tenido jamás tal oportunidad de llenar la burocracia, el poder legislativo, el sistema judicial y los organismos paraestatales de partidarios, ya fuesen sinceros u oportunistas. Esta tendenciosidad inicial se mantuvo después sistemáticamente: a comienzos de la década de 1990, el número de burócratas triplicaba el de 1970.

Consciente de las sutilezas del protocolo en la «comunidad internacional», Suharto no eliminó por completo el sistema de partidos, pero obligó a todos los partidos musulmanes enfrentados entre sí a unirse en un único Partido del Desarrollo Unido, dirigido por un taimado oportunista reclutado por la agencia personal de espionaje político de Suharto, financiado (modestamente) por el régimen, y con la prohibición de usar símbolos religiosos durante las campañas. Lo mismo ocurrió con el resto de los partidos supervivientes que toleraron, los diversos protestantes, católicos y nacionalistas laicos conservadores, que se comprimieron en el Partido Demócrata Indonesio, también financiado por el régimen y dirigido por hombres nombrados por los servicios secretos. El régimen no tuvo problemas para obtener mayorías de dos tercios en todas las «elecciones» celebradas hasta la caída del dictador, gracias a un partido estatal (aunque no se denominaba «partido») que incluía a todos los miembros de la burocracia civil, el ejército, la policía, «tecnócratas» varios y periodistas y académicos mercenarios.

### *¿Desarrollo?*

Suharto tenía dificultades por todas partes. Al final del denominado régimen revolucionario de Sukarno, Democracia Guiada (1959-1965), la economía estaba en ruinas, con una tasa de inflación asombrosamente elevada. Pero la fortuna y Washington estaban con el general. En un momento en el que la guerra de Vietnam «iba muy mal» y una enorme cantidad de soldados estadounidenses estaba a punto de cruzar el Pacífico, Suharto había destruido por completo el mayor Partido Comunista del mundo

después de los de URSS y China. La elite política estadounidense le estaba profundamente agradecida por esto. Además, Indonesia tenía una situación estratégica y enormes recursos minerales y forestales; los nuevos yacimientos de petróleo empezaban a ser productivos. Suharto comprendió lo que tenía que hacer: el sistema jurídico fue rápidamente renovado para abrir al capital occidental la mayoría de las puertas que Sukarno había intentado cerrar. En consecuencia, los estadounidenses reunieron a los europeos occidentales y a los japoneses para crear un Grupo Intergubernamental sobre Indonesia, que durante muchos años se dedicó en esencia a pagar el presupuesto de desarrollo indonesio<sup>5</sup>. La formación de la OPEP y el enorme aumento del precio del petróleo en 1973 dieron a Suharto riquezas con las que hasta entonces no había soñado. A finales de la década de 1960, el gobierno empezó la destrucción sistemática de las selvas primarias del país por capitalistas corruptos y militares predilectos, así como por empresas extranjeras. El principal beneficiario de todo esto fue el propio dictador, de quien en general se piensa que disponía de unos 73.000 millones de dólares en diversas cuentas a mediados de la década de 1990<sup>6</sup>. Por no decir nada de sus avariciosos hijos y de los múltiples parientes cercanos y secuaces.

Durante las décadas de 1970 y 1980, Suharto tuvo en Occidente muchos admiradores por lo que consideraban su sincera campaña para modernizar la economía indonesia, promover un crecimiento rápido, instituir la Revolución Verde en el campo, frenar el rápido aumento de la población y expandir esa «clase media» de la que tan comúnmente se cree que es la precursora de la verdadera democracia. Estas afirmaciones no están en absoluto completamente equivocadas, pero es necesario observarlas comparativamente, en especial si recordamos las enormes subvenciones proporcionadas a lo largo de dos décadas por el Grupo Intergubernamental sobre Indonesia. Las comparaciones más obvias son con los vecinos de

---

<sup>5</sup> Suharto fue pronto tratado como un personaje de la realeza por Reino Unido, cuyos traficantes de armas se enriquecieron enormemente gracias al comercio con Indonesia. Le siguió Australia, con los ojos puestos en los enormes yacimientos de petróleo submarinos dispersos frente a la isla de Timor.

<sup>6</sup> La psicología que hay tras esta asombrosa acumulación es un enigma interesante. Los gustos personales de Suharto eran muy sencillos, y no mantenía un caro harén de amantes. Se encontraba visiblemente incómodo en los países extranjeros, y no es fácil imaginárselo en medio de los ricos de Los Ángeles o de la Riviera. Parece que se consideraba un buen *pater familiae*, que mimaba a sus hijos, especialmente a la hija mayor y al hijo pequeño, «Tommy», que se dio un tiempo de lujo en la cárcel (tras la caída de su padre) por organizar el asesinato del juez del Tribunal Supremo que le molestaba. En la liberal década de 1950, el político sumatrés independiente Muhammad Yamin explicó con entusiasmo por qué, siendo ministro de gobierno, había ordenado la compra de pianos para todos los colegios del país: quería una vida cómoda para sus descendientes «hasta la séptima generación». En Indonesia hay una creencia general de que hasta los chinos prudentes raramente pueden mantener su riqueza durante tres generaciones. Los hijos y los nietos, acostumbrados al lujo y los vicios habituales, malgastan con rapidez la fortuna familiar. Es posible que Suharto pensara cuánto dinero tendría que acumular para financiar el despilfarró de sus propios descendientes durante siete generaciones.



Indonesia, Malasia y Filipinas. Si se pone en primer lugar la salud, a comienzos del siglo XXI los tres países tenían aproximadamente la misma esperanza de vida (hombres cerca de los 70, mujeres poco más de 70). Pero las estadísticas de mortalidad infantil son muy distintas: Indonesia presenta 33 muertes por 1.000 nacidos vivos, Filipinas cerca de 23 y Malasia 17. Por otra parte, gracias a políticas extremadamente invasoras y coercitivas, la tasa de crecimiento natural de la población era del 1,38 por 100 en Indonesia, del 1,78 por 100 en Malasia y del 1,95 por 100 en Filipinas. (La alfabetización en los tres países rondaba el 90 por 100.)

Las economías muestran diferencias mucho mayores. Si se divide la población activa entre los sectores agrario, industrial y de servicios, la comparación es la siguiente: Malasia, agricultura 14,5 por 100, industria 36 por 100 y servicios 49,5 por 100; Filipinas, 36 por 100, 16 por 100 y 48 por 100; Indonesia, 46,5 por 100, 11,8 por 100 y 41,7 por 100. El PIB per cápita de los tres países rondaba los 12.100 dólares en Malasia, los 5.100 en Filipinas y los 3.600 en Indonesia. De hecho, dada la enorme desigualdad que predomina especialmente en Filipinas e Indonesia, el «producto» anual real para el conjunto de la población es sustancialmente menor de lo que las tres cifras sugieren. Lo más llamativo, en un contexto más amplio, es que casi todos los países cuyas monedas se vieron seriamente dañadas por la crisis asiática de 1997-1998 han recuperado hoy más o menos su antigua posición respecto al dólar. La mayor excepción es Indonesia, donde el «hundimiento» del tipo de cambio se mantiene en gran medida sin alteraciones.

### *El tormento de Timor Oriental*

Había otros frentes en los que el control de Suharto se debilitaba. De ellos, el más importante era la «seguridad interna», y Timor Oriental, su ejemplo más claro. Cuando en 1974 cayó por fin la dictadura portuguesa, él estaba convencido de que los operativos «negros» de sus agencias de espionaje podían manipular la política interna de la entidad en descolonización para evitar que el partido Fretilin «comunista» tomara el poder. Pero el juego le falló. Tras una guerra civil breve y sangrienta instigada por Indonesia, el Fretilin subió de hecho al poder y se apresuró a frustrar a Yakarta declarándose Estado independiente. Tras una vacilación inicial, Suharto, que gozaba de un mar de dinero del petróleo, optó por la invasión militar, seguida de la anexión. Todos los mensajes de Estados Unidos eran positivos. Ford y Kissinger llegaron a Yakarta en vísperas de la expedición, y se dice que Kissinger le comentó a Suharto: «Simplemente hágalo deprisa». Casi todas las armas usadas para la invasión eran estadounidenses, pero Washington hizo la vista gorda ante lo que era una clara trasgresión del tratado de armas existente entre ambos países, que especificaba que éstas no se podían usar en el exterior. Los estadounidenses tenían otra razón para ser complacientes: en un acuerdo secreto, Suharto había permitido (en contra del Derecho internacional) que submarinos nucleares estadounidenses atravesasen el estrecho de Timor sin salir a la

superficie, evitando así la vigilancia aérea soviética. Unas semanas antes de la invasión, un equipo de alto nivel formado por operativos del espionaje militar y civil, en gira propagandística por Estados Unidos, se dejó caer por la Universidad de Cornell. Cuando le pregunté a uno de ellos sobre los planes para Timor Oriental, la respuesta satisfecha fue: «No se preocupe, se habrá acabado en unas cuantas semanas».

La invasión inicial fue tal desastre que los aviones indonesios bombardearon a sus propias tropas de tierra en varios lugares. Dos años después, el Fretilin todavía controlaba más de la mitad del territorio de esta semiisla. Jimmy Carter, el presidente de los «derechos humanos», envió entonces en secreto a Suharto algunos aviones modelo OV-10 Bronco por los que tanto tenía que responder en Vietnam. Éstos invirtieron la marea. Miles y miles de timoresees huyeron a los valles controlados por los indonesios. Allí los apañaron en «campos de reasentamiento», y muchos de ellos murieron de hambre y enfermedades. Pero la resistencia nunca cedió, recuperó gradualmente su fuerza y empezó una constante penetración clandestina de los valles.

Suharto probó todo aquello que se le ocurrió, pero nada llegó a funcionar. El terreno de Timor Oriental, famosamente árido, carecía de recursos minerales y no disponía apenas de bosques; su población era desesperadamente pobre y en gran medida analfabeta. Los profesores odiaban que los destinaran allí, al igual que los burócratas. Los intentos de establecer emigrantes de otras islas fracasaron ante la hostilidad popular y el sabotaje intermitente. El único producto de exportación de alta calidad del territorio, el café, se convirtió en monopolio militar. El problema más profundo era que en Timor Oriental los indonesios, a menudo comprendiéndolo a medias, ocupaban la posición de los colonialistas. De ahí la queja colonial regular de que los timoresees orientales eran «unos ingratos», un lenguaje que habría sido tabú en cualquier otra parte de la propia Indonesia. Además, Timor Oriental no podía acomodarse en la habitual alegación de «nuestra lucha secular contra los holandeses» de la ideología nacionalista y los libros de texto. Peor aún, eran católicos en medio de una población con un 90 por 100 de musulmanes. De manera irritante, el Vaticano se negó a fusionar a los sacerdotes de Timor Oriental con la maleable y a menudo cobarde jerarquía católica indonesia.

Pero había otro factor que en general pasaba desapercibido. En la época de la revolución indonesia de 1945-1949, prácticamente todos los soldados se encontraban en la veintena. Tan grande y tan joven era su fuerza que no se abrió una academia militar hasta 1957. La primera promoción se graduó en 1960 y sólo tenía recuerdos infantiles de la lucha contra los holandeses. Habían sido tenientes inexpertos, sin una función importante que desempeñar, durante las masacres de la izquierda a mediados de la década de 1960. Timor Oriental, su primera experiencia bélica, se produjo diez años después, cuando ya se encontraban en la treintena. Dado que les justificaron la invasión como una campaña contra el comunismo, el modelo que les dieron fue el de 1965-1966: nada de piedad, tortura,

quema de aldeas, violaciones, duras operaciones de espionaje y, más notoriamente, en el espíritu de 1965, la organización y la financiación de milicias paramilitares de desposeídos, que se acostumbraron a usar métodos ante los que en ocasiones hasta los oficiales del ejército retrocedían. Característicamente, el Estado Mayor del Ejército preparó un manual secreto sobre técnicas de tortura eficaces y cómo evitar que los atrapasen poniéndolas en práctica. Uno de los jóvenes comandantes más conocidos, que había conseguido emboscar y matar al primer jefe militar del Fretilin, Nicolau Lobato, se había grabado a sí mismo pisando triunfante el cadáver de su enemigo. A los periodistas ocasionales les decía que algunas tardes combatía el aburrimiento volviendo a pasar la cinta.

En noviembre de 1991, las manifestaciones cada vez más audaces de los jóvenes de Dili, la pequeña capital, fueron respondidas con una explosión de asesinatos característicamente brutal y estúpida. Por desgracia para Suharto, un joven y valiente periodista inglés llamado Max Stahl consiguió grabar el derramamiento de sangre y sacar la cinta clandestinamente del país. La circulación internacional de la película destruyó de la noche a la mañana las afirmaciones constantes del régimen de Suharto a la «comunidad internacional» de que el problema de Timor Oriental estaba «solucionado» y animó muchísimo a la resistencia. La captura de Xanana Gusmão, el heroico sucesor de Lobato, ya no podía manejarse con una ejecución rápida. Encarcelado en Yakarta, con el prestigio intacto, se convirtió en héroe incluso para algunos jóvenes opositores indonesios, que bromeaban «Ojalá Xanana fuera nuestro presidente».

Los mismos métodos y la misma falta de éxito marcaron las campañas de exterminio militar empleadas por el régimen en Aceh y Papúa Occidental. Aceh había sido una provincia próspera y tranquila en la década de 1970 y comienzos de la de 1980, pero el descubrimiento de un gran yacimiento de gas natural llevó a la creación de enclaves de explotación, fuertemente vigilados y llenos de trabajadores y gerentes llevados de otras partes de Indonesia. Se estableció el gobierno militar; siguió la resistencia armada, a la que se respondió con los mismos métodos que en Timor Oriental. El final fue un punto muerto terriblemente costoso en el que ni el ejército ni la resistencia tenían capacidad para vencer. Resultó que algunos de los mandos de la resistencia de Aceh se habían formado con los Boinas Rojas. Más o menos lo mismo se podía decir de Papúa Occidental, donde capitalistas corruptos amigos de Suharto, depredadores de la riqueza maderera, y conglomerados mineros occidentales trabajaban en un enorme coto vedado en el que durante toda la dictadura se mantuvo una pequeña resistencia armada.

A largo plazo, todas estas aventuras minaron el prestigio y la confianza en sí misma de una generación más joven de dirigentes militares, ninguno de los cuales se convirtió en héroe al estilo de los veteranos de la generación anterior. La crisis asiática de 1997 dio una asombrosa evidencia de cómo se había vaciado la institución. Los periódicos del ejército, que nadie más que

los militares estaba dispuesto a leer y que dependían de grandes subvenciones, se vieron obligados a cerrar y no reaparecieron. Tras la caída de Suharto, los periódicos informaron de que el jefe de los servicios secretos militares estaba siendo investigado por falsificar grandes cantidades de dinero. Cuando los periodistas le preguntaron al general por esto, él respondió cautivadoramente: «Miren, ¿qué podía hacer yo? Nuestro presupuesto estaba reducido a nada y el alto mando no podía darme más dinero, pero estaban todas estas milicias de Timor Oriental a las que hacía mucho tiempo que no se les pagaba y que se estaban alterando bastante». Y así pasó a convertirse, brevemente, en comandante del Ejército.

### *Padre de la quiebra*

Los secretos del ultrasecretista presidente –fallos de seguridad, fracaso en la industrialización, errores financieros, fracaso como padre (todos sus hijos salieron monstruos o nulidades), incluso fracaso político– fueron emergiendo poco a poco. Porque la ironía de la historia de Suharto es que al final fue derrotado por las fuerzas que hicieron posible su larga dictadura. A comienzos de la década de 1990, Washington lo había convencido de que «abriera» más su país al capital financiero mundial. Muchísimo dinero rápido fluyó a una plétora de nuevos bancos turbios, fundados para aprovechar esta repentina bonanza. Para entonces, Suharto vivía un tiempo prestado. Indonesia se había convertido en importador neto de petróleo, y las selvas habían desaparecido hacía tiempo. El desarrollo industrial local era débil y el sistema educativo llevaba años en decadencia. Cuando estalló la «crisis asiática», Indonesia fue más golpeada que los demás países. En pocas semanas, la rupia perdió cuatro quintas partes de su valor de cambio. Docenas de bancos quebraron. Millones de personas perdieron su trabajo. La deuda nacional se disparó de manera vertiginosa. Sus aduladores lo habían halagado siempre con el título de *bakau pembangunan* (padre del desarrollo), pero a comienzos de 1998 el amargo humor local lo había convertido en *bapak pembangkrutan* (padre de la bancarrota). Nada demostró con más crueldad este Waterloo que las fotos del cansado dictador sentado ante su mesa mientras el *capo* del FMI, con los brazos doblados, permanece tras él, el ultimátum simbólicamente en la mano.

¿Qué iba a hacer? La idea que condujo al apartamiento de Suharto en 1998 podría formularse de dos modos muy distintos. El primero es cultural. Suharto no tenía dotes oratorias, casi siempre había salido del paso con los tediosos discursos llenos de estadísticas y plagados de estereotipos que le escribía, en indonesio burocrático, la Secretaría de Estado. Como ha señalado John Roosa, nadie recuerda una sola frase acuñada por Suharto en treinta y tres años en el poder (¿Siad Barre? ¿Franco?). Probablemente ni siquiera pensase en indonesio, que había tenido que adquirir ya cerca de los veinte años. Ocasionalmente, sin embargo, bajaba la guardia, en especial cuando estaba furioso. Unas cuantas almas valientes se burlaban de su indonesio por el acento javanés, la gramática importa-

da del javanés y los estereotipos morales javaneses. Una vez, enfurecido por las críticas de los estudiantes a uno de los «proyectos» más extravagantes de su esposa, espetó que él *gebuk* a quien se atreviera a criticarla. *Gebuk* es la palabra javanesa para decir que «molería a alguien a palos». En otra ocasión, dirigiéndose en privado a un grupo de ambiciosos aduladores que dirigían su Liga Juvenil Nacional, muchos de ellos no javaneses, asombró a sus oyentes con una larga digresión acerca de los significados místicos de las letras en el alfabeto javanés (la Secretaría de Estado se aseguró de que esta curiosa perorata no se publicase). Al final de su dictadura, lo convencieron para que ayudara a un experto periodista a escribir su autobiografía. Lo que surge de estas páginas es un ardiente resentimiento: resentimiento contra todos los que lo consideraban un novato estúpido, poco preparado y místico, manipulado por sus ayudantes y demás. El motivo central es «yo, y sólo yo, lo decidía todo». Pero el rencor lo llevó inesperadamente a afirmar —de manera correcta— que en 1983 había ordenado personalmente ejecutar a varios miles de pequeños delincuentes<sup>7</sup>. El libro acababa de salir cuando Suharto se lo pensó mejor y ordenó su retirada, un caso raro de dictador que prohíbe su propio libro.

De hecho, era javanés hasta la médula, y en secreto consultaba a chamanes y astrólogos, visitaba cuevas, tumbas y otros lugares con poderes mágicos. A finales de 1997, enormemente sacudido por el hundimiento financiero, Suharto hizo saber a la prensa que estaba dispuesto a *lèngsèr kaprabon* y convertirse en *pandito*. Las palabras javanesas son una especie de tópicos sacados de las viejas crónicas de los reyes javaneses y del repertorio aún más antiguo del teatro de sombras, basado en el *Mahabharata* y el *Ramayana*. *Lèngsèr kaprabon* puede traducirse como «abdicar del trono», mientras que *pandito* significa gran sabio (místico). En efecto, el gran rey, ya anciano, traspasa el reino a su sucesor y acaba sus días convertido en sabio reverendo y consejero. La expresión fue recibida con amargo regocijo entre sus muchos enemigos jóvenes, que no creyeron ni una palabra. De hecho, probablemente él la dijera convencido, al menos en ese momento. Porque en ella Suharto dejó salir lo que muchos sospechaban desde hacía tiempo, que en algunos estados de ánimo se consideraba un monarca, y quizá realmente esperaba desempeñar una función clave posterior como hombre sabio en lo que fuese que viniera después.

### *El cálculo de la sucesión*

La segunda razón por la que Suharto decidió retirarse fue directamente política, sazónada con varias cucharadas de concentrado de rencor. Fuerte

---

<sup>7</sup> El régimen había insistido oficialmente en que estos asesinatos, claramente de estilo militar, eran resultado de guerras turbias entre bandas. Las habladurías populares decían que la mayoría de estos pequeños bandidos eran agentes electorales pagados por el general Ali Murtopo, durante mucho tiempo jefe de espionaje político de Suharto, que se estaba creciendo y pronto fue exiliado como embajador en Kuala Lumpur, donde murió de infarto cerebral.

hasta el fin, «les» demostraría lo que pasaría sin él. Reelegido presidente por última vez –por unanimidad, como siempre– en marzo de 1998, había escogido como compañero de campaña al ingeniero aeronáutico Habibie<sup>8</sup>. Era algo nuevo y notable, ya que en las dos décadas anteriores el vicepresidente siempre había sido un (inocuo) general retirado. Habibie, nacido en las Célebes, se consideraba a menudo un charlatán amistoso y superficial, que había convencido al dictador para que gastase ingentes cantidades de dinero en crear una industria de aviación exportadora similar a la empresa alemana Messerschmitt, donde el ingeniero había trabajado durante muchos años. Estados Unidos (en la persona de Boeing) se aseguró de que estos planes no alcanzaran nunca criterios «internacionales»; en cualquier caso, el hundimiento de 1997 había puesto fin a toda la empresa.

Pero la candidatura de Habibie también tenía otro fin. A finales de la década de 1980 y en la de 1990, Suharto sentía cada vez más que las fuerzas armadas podían estar escapando de su control. Por ello empezó a manipular las promociones de alto rango en el ejército: en el primer caso, el nulo hermano de Tientje, y después un yerno visiblemente desequilibrado y con tendencias fascistas; y en el segundo, ex ayudantes personales, a quienes los chistes militares denominaban *prawira piningit*. *Prawira* significa «oficial» en javanés, mientras que *piningit* hace referencia a la antigua tradición aristocrática de recluir a las hijas, después de su primera menstruación, hasta poderlas casar bien. En consecuencia, «oficiales vírgenes».

Pero Suharto pensaba también cómo crear un contrapeso político al activo cuerpo de altos oficiales, una generación más joven que la suya. La solución fue notable. Durante buena parte de su dictadura, Suharto se había mostrado visiblemente hostil al islam político. En la década de 1970, su jefe de espías, Ali Murtopo, había creado un Komando Jihad, formado en parte por presos liberados y desesperados del fracasado movimiento rebelde para establecer un Estado islámico de la década de 1950 y comienzos de la de 1960. Algunos de estos tristes mercenarios habían perpetrado un atentado con bomba, mal organizado, contra parte del Borobudur, la famosa *stupa* budista del siglo IX en Java Central. Al régimen le venía bien tener en secreto a «terroristas islámicos» en su nómina. Después, de repente, en la vejez, Suharto llevó a su familia a un lujoso peregrinaje, muy difundido, a La Meca, de donde volvió no sólo convertido en *Hayi* sino con un nombre nuevo y completamente ficticio: ¡Muhammad!

---

<sup>8</sup> De acuerdo con lo establecido en la Constitución, los presidentes de Indonesia no se elegían por votación popular, sino por la Suprema Asamblea Consultiva del Pueblo, compuesta por todos los miembros del Parlamento, más una falange de representantes de diversas regiones y grupos funcionales, elegidos por... el presidente. Era algo cómodo para Suharto, que no tenía talento en la tribuna. El sistema no se cambió hasta hace cinco años. El actual presidente, el general (retirado) Susilo Bambang Yudhoyono, es el primero elegido directamente por los votantes indonesios.

Habibie recibió entonces órdenes de crear lo que se conoció brevemente como la Liga de Intelectuales Musulmanes Indonesios (ICMI). El ingeniero aprendía con rapidez. Antes había asombrado a los devotos musulmanes indonesios residentes en Estados Unidos diciéndoles que el profeta era similar a un televisor, que transmite fielmente los programas de Alá a los espectadores serios. Pero los intelectuales musulmanes, excluidos del poder durante décadas, se apresuraron a unirse al ICMI, también con intenciones maquiavélicas. Suharto podría desear utilizarlos, pero ellos también lo utilizarían, y eran mucho más jóvenes. Resultó que el ICMI, que no tenía base social ni religiosa, desapareció en una nube de humo cuando la dictadura se vino abajo. Pero el cálculo de Suharto había sido que, aunque Habibie tuviera apoyo general de los musulmanes en contrapeso al ejército, sería demasiado débil como para no necesitar pedir instrucciones y ayuda al gran sabio.

En esto el ex dictador se vio gravemente decepcionado. Habibie, una figura afable y locuaz, muy consciente de la enorme hostilidad de la población hacia Suharto después de su caída, emprendió el camino por su cuenta; y se dice que Suharto nunca volvió a hablarle. Liberó a casi todos los presos políticos supervivientes (incluido el coronel Abdul Latief) y puso fin prácticamente a toda la censura de los medios de comunicación. De esto surgió un torrente de insultos contra el gran sabio, exigencias de que se lo juzgase por sus delitos y un fuerte impulso a favor de la «reforma total» del sistema político. Habibie también empezó a organizar las primeras elecciones libres que Indonesia había experimentado desde 1955. Más asombroso aún, aceptó que se permitiese a Timor Oriental celebrar un referendo sobre su futuro, vigilado por Naciones Unidas. Al principio, el Ejército reaccionó con furia ante esto, pero después le dijo a Habibie que, con ayuda de sus milicias notablemente violentas, podían garantizar que los nativos optasen por la ciudadanía indonesia. Por desgracia para ellos, no habían tenido en cuenta el engaño de Xanana. Contra una vehemente oposición dentro de la resistencia, había recomendado desde la cárcel a todos los timorese orientales que apoyasen masivamente a la máquina electoral del ex dictador en las elecciones nacionales celebradas en junio de 1999. Tan enorme fue el éxito de esta maquinaria en el territorio ocupado que los espías militares habían bajado la guardia; se quedaron lívidos y perplejos cuando la gran mayoría de la población votó a favor de la independencia en el referendo celebrado dos meses después.

En retrospectiva, la breve presidencia de Habibie tuvo muchos momentos buenos. Por desgracia, creyó que éstos lo hacían merecedor de un mandato completo como verdadero presidente, en cuyo punto sus activos se desplomaron y se vio obligado a volver a su segunda *patria*, el Reich unido creado por Kohl. A partir de entonces, Suharto desapareció de la vista pública, eludiendo con éxito las exigencias de que se lo juzgara gracias a los informes médicos de que estaba demasiado enfermo y demasiado senil para enfrentarse a los tribunales. Y la elite política que él había creado tampoco estaba muy ansiosa de perseguir a alguien que conocía todos sus miserables secretos.

A partir de finales de 1980, yo preguntaba a los jóvenes visitantes indonesios y a los nuevos estudiantes que llegaban a la Universidad de Cornell: «¿Quién es el indonesio vivo al que más admiras?». Casi invariablemente, reaccionaban rascándose la cabeza, como si la pregunta fuese ridícula. A veces un joven mencionaba con dudas a un cantante popular cuyas letras eran ligeramente críticas con la situación. Uno o dos mencionaron a Pramoedya Ananta Toer, el mayor escritor del país, cuya obra estuvo prohibida durante el Nuevo Orden de Suharto.

Si la misma pregunta se hubiera planteado en la década de 1950, las respuestas habrían sido completamente distintas: muchos «héroes» de los movimientos nacionalista e islámico de la era colonial y de la revolución seguían vivos y públicamente activos. El contraste señala un legado fundamental de la larga dictadura: la producción de una clase política abrumadoramente tímida, corrupta y mediocre. Resentido, suspicaz y taimado, el dictador se aseguró de que ningún adversario potencial, ya fuese militar o civil, pudiera desarrollar una base social o política independiente. Hasta sus despreciables ministros creían que estaban vigilados. El amigable e inteligente hijo de uno de estos ministros me evitó estudiadamente durante sus primeros tres años en Cornell, por orden del padre. Pero en su último año, ya adaptado a las normas universitarias estadounidenses, se volvió de repente muy amigable. Su padre, confesó, le había prohibido mencionar nada remotamente político cuando telefonara a casa, porque estaba seguro de que las líneas estaban intervenidas. Bien preparado en algunos aspectos, el chico resultó no saber casi nada de la historia de su país y no había leído nunca los muchos libros importantes sobre la política de Indonesia.

Suharto aterraba a la gente, no sólo por su historial sangriento, sino también por su comportamiento: frío, silencioso, enmascarado, excepto las ocasionales erupciones de furia verdadera o fingida. Pero con el respaldo internacional también adquirió los recursos necesarios para comprar gente a escala masiva. En los primeros años del régimen, fueron los demás generales los principales beneficiarios de su largueza, pero después de 1973 y de la OPEP, fueron cada vez más los denominados tecnócratas, economistas e ingenieros de muy distintos tipos, los que se convirtieron en los habitantes (no chinos) más ricos del país, al recibir el control de los ministerios de Petróleo y Gas, Industria Básica y Ligeras, Economía, Comercio Exterior, Trabajo y demás. No tenían base política y eran fiablemente leales y sumisos.

En sus últimos años, sin embargo, fue en los musulmanes (a menudo de ascendencia árabe), en especial tecnócratas e intelectuales musulmanes, en los que recayó la cornucopia. Toda una generación y media de políticos creció dentro de la cultura política autoritaria, corrupta y clientelista de Suharto y la absorbió. A él le gustaba enfrentarlos entre sí, pero no toleraba ninguna retórica sustancial o inflamatoria. Deliberadamente o no, creó con el tiempo la oligarquía nacional indonesia de hoy: buscapleitos pero relacio-



nada entre sí por matrimonio; competitiva pero evitando cualquier conflicto interno serio; sin ideas pero decidida a aferrarse a lo que tiene a cualquier precio. Ésta es la principal razón por la que Suharto permaneció por encima de la ley después de su caída y por la que sus hijos, excepto el asesino Tommy, siguen controlando muchas de las emisoras de televisión, las carreteras de peaje y otros activos estratégicos del país. Lo crucial es que esta oligarquía nacional y sus adláteres son en gran medida incapaces de pensar fuera de la caja del anterior régimen. Los cínicos bromean con que antes había un gran Suharto; ahora hay cientos de suhartitos.

¿Cómo sobrevivió la oligarquía a las exigencias populares de reforma después de las protestas masivas que surgieron como resultado de la crisis financiera de 1997? Una de las razones fue la asentada fragmentación del electorado, que recuerda a las elecciones de 1955. El mayor ganador en 1999 fue el partido «nacionalista laico» liderado por Megawati, la perezosa y obesa hija de Sukarno. Pero no consiguió ni siquiera un tercio de los votos y perdió respaldo en las siguientes elecciones. Todos los gobiernos desde entonces han tenido que ser de coalición.

En segundo lugar, bajo las normas constitucionales heredadas de la era Suharto, el presidente no se elegía por votación popular (hasta 2004) sino que lo seleccionaba la Asamblea Consultiva Suprema del Pueblo, dominada por los partidos. Tras las elecciones nacionales de 1999, cuando la marea reformista estaba aún alta, este organismo nombró a Abdurrahman Wahid, cuyo partido obtuvo el 10 por 100 de los votos, en parte por su popularidad entre los reformadores, pero principalmente porque era demasiado débil para impedir que le llenasen el gobierno de ministros nombrados por todos los demás partidos políticos y por el ejército, con Megawati como vicepresidenta. Muy pagado de sí mismo («He recibido un mensaje de Dios convocándome a la presidencia»), Wahid se sintió humillado por su posición e intentó alejarse mediante intervenciones conspicuas en los asuntos internos del Ejército, un cambio drástico de su gabinete y otras maniobras. Sólo duró año y medio, transcurrido el cual todos los partidos excepto el suyo propio acordaron presentarle una moción de censura y retirarlo del cargo. Cuando Megawati lo sucedió, prometió y proporcionó un gobierno «arco iris», en el que todos los partidos (si se incluye un renegado del de Wahid que se convirtió en ministro de Defensa) tenían su cuota. El objetivo de la oligarquía se había alcanzado: un parlamento sin oposición y todas las camarillas de los partidos compartiendo las gratificaciones del poder. La hija de Sukarno no era en ningún caso una figura enérgica, pero la absoluta falta de iniciativas creativas durante los tres años de su presidencia se debió también a lo que Dan Slater ha denominado adecuadamente la cartelización del sistema político<sup>9</sup>.

<sup>9</sup> Slater ha escrito un artículo teóricamente complejo y a menudo muy divertido sobre la política de alto nivel en Indonesia desde Suharto: «Indonesia's Accountability Trap: Party Cartels and Presidential Power after Democratic Transition», *Indonesia* 78 (octubre de 2004).

El tercer factor fue la perspectiva general de la oligarquía, que temía movilizaciones populares fuera de su control, aceptaba plenamente el orden internacional neoliberal y no tenía ningún interés por nada que le oliera a izquierda. Los líderes del Ejército no sólo aceptaron el cartel sino que fueron actores muy importantes en él. No obstante, a medida que la popularidad de los partidos declinaba visiblemente, la oligarquía se sintió obligada a cambiar el método de elección del presidente, abriendo el cargo a los sentimientos del electorado nacional. Por eso, en 2004, Susilo Bambang Yudhoyono, un modesto pero inteligente general (retirado) javanés, miembro clave, entre bambalinas, de la oligarquía y ministro de Seguridad y Defensa de Megawati, se convirtió en el primer presidente indonesio elegido por votación popular. Pero el partido que creó para sí mismo no funcionó bien, y el presidente ha sucumbido en gran medida a la lógica de la cartelización: pasividad, incorporación sistemática de cualquier posible oposición parlamentaria y división católica de los emolumentos en su legado. No es muy probable que salga reelegido en 2009, pero su sustituto no será muy distinto, a menos que se produzca un levantamiento popular, algo que por ahora no se vislumbra en el horizonte.

Característicamente, cuando Suharto murió por fin el 27 de enero de 2008, el presidente presidió lloroso el entierro, organizó las cosas con los hijos de Suharto, que son propietarios de muchas emisoras de televisión, de modo que no se aireasen noticias «negativas» sobre el muerto, y ordenó que las banderas del país ondearan a media asta durante una semana. Por suerte, en muchos lugares esta orden se rechazó con desdén.

### *Máscaras de fe*

El segundo gran legado está relacionado con los partidos políticos y sus competidores. Como muchos militares, Suharto despreciaba a dichos partidos y, como hemos visto, corrompía y castraba a aquellos a los que toleraba. Aparte de eso, no les prestaba atención. Dado que los partidos legales estaban completamente marginados y no influían para nada en la política, soportaban su impotencia sin atraer mucho apoyo político ni canalizar la protesta social. En estas condiciones, la población comprendió enseguida que las únicas instituciones a las que Suharto procuraba habitualmente sobornar o suprimir directamente eran las basadas en la religión. Después de todo, uno de los estandartes ideológicos bajo los que se había organizado la matanza de comunistas era la batalla primordial contra el ateísmo. La religión de Suharto era el característico sincretismo javanés de islam, misticismo budista hindú y animismo chamánico; pero normalmente esto se ocultaba a la ciudadanía.

Los cristianos, aun siendo una pequeña minoría, tenían altas cualificaciones educativas: herencia del favoritismo estatal de la era colonial y de la energía misionera. En general aduladores, ansiosos de protección contra el imaginario fanatismo musulmán, fueron útiles para la cínica campaña

ideológica de «unidad» nacional establecida por Suharto. Pero también tenían un apoyo crucial en Roma, Europa occidental y, sobre todo, Estados Unidos. Los católicos no constituían un verdadero problema, porque su poder tenía su base principalmente en Java y sus jerarquías era fáciles de comprar o de intimidar. El protestantismo era una historia muy distinta. En el periodo colonial, el evangelismo protestante tuvo sus principales éxitos con grupos minoritarios de regiones remotas o montañosas, que se dividieron en diferentes sectas con distintos patrocinadores extranjeros. De ahí que incluso en el periodo colonial el protestantismo se asociara íntimamente con las etnias de las islas exteriores, creando «Iglesias» etno-culturales separadas para los toba batak, los karo batak y los amboneses, los toradyanos y demás. Es revelador que los periódicos de más circulación en Yakarta durante el régimen de Suharto estuvieran controlados por católicos y protestantes: los más fácilmente intimidados y por consiguiente los más tolerados. No pasó mucho tiempo antes de que el obsequioso *Kompas* católico fuese denominado discretamente *Kempes* (plano, como un neumático), y el protestante *Sinar Harapan* (Luz de esperanza), *Sirna Harapan* (Adiós a la esperanza).

En cuanto a la enorme mayoría musulmana, Suharto siguió de cerca el consejo del archipámpano de los estudios islámicos coloniales holandeses, C. Snouck Hurgronje (que tuvo el valor de viajar a La Meca disfrazado de peregrino): darles todo lo que quieran siempre que no sea político. De ahí que, hasta la década de 1990, Suharto donase enormes cantidades de dinero para la construcción de mezquitas de alta tecnología al estilo neoárabe burgués, colegios, obras benéficas y subvenciones para peregrinos aéreos a la Ciudad Santa, al tiempo que reprimía brutalmente cualquier manifestación del islam político.

Hoy, cualquier visitante serio a Indonesia debería visitar la hermosa mezquita antigua de Surabaya, dedicada a Sunan Ampel, de quien se dice que fue uno de los nueve fundadores del islam en el país. Está situada en el centro de la ciudad vieja, junto a los barrios árabe y chino tradicionales. Los visitantes encontrarán una civilizada advertencia contra quien perturbe la paz de muchos vecinos cansados y trabajadores. Esta mezquita es, que yo sepa, la única significativa del país que sigue usando la hermosa voz humana desnuda para llamar a los fieles a la oración. En todas las demás, y éste es otro legado de Suharto, las llamadas a la oración se realizan *fortísimo* con la ayuda de grandes altavoces, y a menudo perezosamente sacadas de cintas magnetofónicas.

La relativa inmunidad de las instituciones religiosas frente a la creciente insistencia de Suharto en su propia forma de *Gleichschaltung* tuvo consecuencias que él no previó. Todo tipo de intereses políticos, económicos, étnicos e incluso delictivos que, en otras circunstancias, habrían gravitado en torno a los partidos políticos se agruparon en torno a las diferentes sectas religiosas. El último periodo de Suharto contempló así la aparición de algo inimaginable antes de que él subiera al poder: matones protestantes,

extorsionistas católicos, mercenarios musulmanes. Tras su caída, las consecuencias se hicieron sangrientamente evidentes. Los matones amboneses protestantes que desde hacía tiempo controlaban parte de los burdeles, bares y casas de juego de Yakarta fueron expulsados por bandidos musulmanes que proclamaban ruidosamente la moral musulmana<sup>10</sup>. Obligados a volver a Ambon, los derrotados hampones protestantes convencieron a casi todos los protestantes locales de que habían sido víctimas de la agresión musulmana.

Mientras tanto, la corrupta pero mística Iglesia protestante local de la era colonial estaba siendo debilitada por fanáticos misioneros evangélicos estadounidenses o alemanes, que proporcionaban los necesitados servicios sociales pero insistían en que el islam era obra de Satanás. El estallido de un cruel conflicto religioso en las Molucas, que nunca antes había experimentado algo similar, lo inició una masacre protestante de toda una aldea musulmana; no sorprende que la prensa occidental no informase al respecto. Tampoco sorprende que la alianza de los bandidos con los protestantes fanáticos hiciera que otros bandidos y fanáticos acudieran en cantidades considerables «al rescate» de sus compañeros musulmanes. La policía y el ejército, que deberían haber evitado el consiguiente derramamiento de sangre, se dividían a menudo de acuerdo con sus tendencias religiosas. El resultado fue una feroz guerra civil en las Molucas, de la que sólo se beneficiaron los bandidos.

### *Armas y activos*

Suharto creyó con razón hasta el fin que la única institución indonesia capaz de derribarlo era el Ejército. Tras las masivas purgas de 1966 y 1967, podía estar seguro del leal apoyo de un cuerpo de oficiales ahora completamente anticomunista, compuesto sobre todo por gente de su propia generación: «veteranos de la Revolución». Aun así, tomó precauciones añadidas. La más llamativa fue una política de asignaciones presupuestarias que de ningún modo bastaba para un ejército moderno, en especial un ejército en el poder. (En diversos momentos de las décadas de 1980 y 1990, altos cargos del Ejército llegarían a decir en público que el presupuesto sólo cubría la tercera parte de sus necesidades.) Esto también proporcionó a periodistas, estudiosos y, por supuesto, dirigentes extranjeros pruebas verosímiles de que la democracia estaba en camino, en algún punto de la carretera de ladrillos amarillos. La solución económica fue ingeniosa y tenía sus raíces en el breve periodo posterior a 1949 en el que Indonesia fue una democracia constitucional. El país estaba desesperadamente empobre-

---

<sup>10</sup> Su jefe, explicando una visita posterior al Gran Satán a expensas del Estado, declaró que sólo iba a ver a sus hijos, cómodamente establecidos en universidades menores de California. También es característico de estos matones musulmanes no mostrar nunca el menor interés por los problemas de los famosamente devotos achehneses.

cido después de las ruinas de la depresión, la ocupación japonesa y la revolución, y las exigencias a las que estuvieron sometidos diversos gobiernos débiles fueron sustanciosas. Algunos comandantes militares provinciales, que se dirigían hacia la categoría de caudillos militares, empezaron a crear sus propios presupuestos ocultos protegiendo a contrabandistas, controlando los ingresos locales por exportación y practicando la extorsión, en especial a los empresarios chinos, a quienes, no obstante, les compensaba pagar a los comandantes. Hemos observado antes que Suharto se introdujo en este juego a mediados de la década de 1950.

El gran cambio, sin embargo, se produjo en 1957. Las elecciones libres celebradas en 1955 habían demostrado que ningún partido político podía atraer a más de la cuarta parte del electorado, pero que aproximadamente el 77 por 100 de los votos iba a parar a cuatro grandes partidos, tres de ellos con base en la populosa isla de Java. Los tres eran un denominado partido nacionalista laico, un partido musulmán «tradicionalista» y el Partido Comunista, mientras que el cuarto, un partido «islámico moderno», era fuerte sobre todo en las áreas no javanesas. Que los dos partidos islámicos (por lo general) mutuamente hostiles no pudieran obtener juntos ni siquiera una pequeña minoría en un país en el que supuestamente el 90 por 100 de la población es musulmana señala la verdadera peculiaridad de Indonesia en el mundo islámico actual.

Antes de la llegada política —en general pacífica— del islam a mediados del siglo xv —ochocientos años después de que el Profeta y sus sucesores inmediatos hubieran alcanzado éxitos militares asombrosos en Oriente Próximo y en el litoral del Mediterráneo—, en la antigua Java dominaba desde hacía siglos una mezcla ecléctica de hinduismo, budismo mahayana y animismo local. Prácticamente todos los grandes monumentos que aportan a Indonesia sustanciales ingresos turísticos son preislámicos. La llegada de los holandeses a principios del siglo xvii ayudó a bloquear cualquier transformación árabe-musulmana profunda. Así, incluso hoy, los javaneses se dividen entre musulmanes «modernos» (principalmente urbanos), que no tienen paciencia con el sincretismo y la superstición, musulmanes «tradicionalistas» (principalmente rurales), cuya perspectiva es nacionalista y sincrética, y musulmanes «estadísticos», que se circuncidan, casan y entierran de acuerdo con los ritos musulmanes, pero cuya verdadera fe sigue mostrando vestigios de la perspectiva religiosa de la antigua Java. En 1955, los nacionalistas laicos y los comunistas competían por los votos de los musulmanes «estadísticos», mientras que los votantes musulmanes activos se dividían entre tradicionalistas y modernos.

El gobierno salido de las elecciones era necesariamente inestable, débil e incapaz de frenar la expansión del caudillismo en las islas Exteriores\*, que

---

\* Término utilizado por algunas fuentes para referirse a las islas del archipiélago indonesio que no son Java ni Madura. Otras fuentes, sin embargo, utilizan el término para referirse a

cada vez asumía más características etnolingüísticas locales. Entre bambalinas, la CIA, alarmada por la sorprendente fuerza electoral de los comunistas y por la retórica antiimperialista del presidente Sukarno, buscaba una gran rebelión que pudiera librarse de Sukarno e instaurar un régimen derechista respaldado por el Ejército. En marzo de 1957, se declaraba en el país la ley marcial. En el otoño se rompieron las relaciones entre el centro y la oposición de las islas Exteriores.

Al mismo tiempo, Sukarno, cada vez más enfurecido por la obstinación holandesa de aferrarse, con apoyo estadounidense, a Nueva Guinea Occidental, decretó la nacionalización de todas las empresas holandesas y la expulsión de casi todos los ciudadanos holandeses. El Alto Mando, aprovechando las competencias que le atribuía la ley marcial, se hizo cargo del enorme galimatías de fábricas, bancos, empresas de exportación e importación, minas, transportes y plantaciones holandesas, y enseguida se movió para inmovilizar a los sindicatos adjuntos, dominados por los comunistas. De un golpe, el Ejército se incautó así de casi todo el sector «avanzado» de la economía y usó estos recursos para ganar la guerra civil que estalló a comienzos de 1958, a pesar de la fuerte ayuda de la CIA a los rebeldes. La mayoría de estas empresas fueron parceladas y mal gestionadas o efectivamente saqueadas, aportando una gran contribución a la crisis económica que deshizo la Democracia Guiada de Sukarno.

Como ya se ha señalado, Suharto tenía muchos más recursos que ofrecer que su predecesor, mientras que el abrumador poder político ayudó al Ejército a construir un enorme y ruinoso imperio económico independiente del presupuesto nacional, a menudo con la cooperación de magnates chinos. No fue, sin embargo, un imperio efectivamente centralizado, ya que el Ejército organizaba territorialmente hasta la aldea, y cada nivel depredador creaba sus propias fuentes de financiación. Además, las empresas privadas más grandes fueron obligadas a aceptar «unidades de seguridad», supuestamente para protegerlas de unas convulsiones laborales apenas existentes, pero en realidad como agentes de una extorsión sistemática y jerárquica.

Pero esto no fue todo, ni mucho menos. Durante las dos primeras décadas del gobierno de Suharto, los oficiales militares fueron «catapultados» a todos los ministerios estatales y paraestatales, y generales y coroneles ocuparon los cargos más importantes de la burocracia civil territorial. Las fuerzas armadas disponían en el Parlamento de un gran bloque elegido por Suharto y dominaban la maquinaria electoral, Golkar, que siempre ganó las elecciones sin dificultad. Quizá lo más importante de todo fuese que el cuerpo de oficiales estaba en esencia por encima de la ley. Ni un solo alto mando fue sometido a juicio por corrupción o abuso de poder, y mucho menos por asesinato.

---

todas las islas del mismo excepto Java, Madura, Bali y Sumatra; otras fuentes todavía afirman que se refieren a todas excepto Java y Bali o excepto Java, Madura y Bali. *[N. de la T.]*

Sin embargo, como también hemos visto, a mediados de la década de 1980 los últimos veteranos de la revolución se habían retirado, sustituidos por antiguos cadetes de la Academia Militar. Éstos se habían adaptado plenamente al régimen, pero no habían conseguido un solo momento de «gloria», y ni un solo general de la nueva generación disfrutó de prestigio público independiente. Después de que cayese Suharto y Habibie pusiera fin a la estricta censura del orden anterior, los medios de masas comenzaron a llenarse de devastadoras noticias sobre las fechorías y la brutalidad del Ejército.

El movimiento popular antimilitar tuvo durante un breve tiempo fuerza suficiente como para librarse del bloque militar designado en el Parlamento y devolver buena parte de la burocracia a manos de civiles<sup>11</sup>. Pero otros legados de Suharto han permanecido. El cuerpo de oficiales sigue estando en gran medida por encima de la ley, la organización territorial del Ejército no se ha deshecho y, tras las enormes pérdidas sufridas en la crisis financiera de 1997, los soldados se aferran incluso más ferozmente a sus empresas extrapresupuestarias. Pero el drástico descenso del prestigio del Ejército y la calidad mediocre de sus mandos parecen descartar en un futuro predecible una vuelta al dominio militar.

### *Amnesia nacional*

Dado que el legado cultural de Suharto es un asunto vasto y complicado, tiene sentido práctico centrarse aquí sólo en dos iniciativas políticas cruciales. La primera y más importante fue la introducción de un nuevo sistema ortográfico para el idioma nacional, inaugurado en 1972-1973. Oficialmente, esta política se justificó como modo de abrir un mercado de impresión común con Malasia. Pero el verdadero motivo era el de marcar una ruptura decisiva entre lo escrito bajo la dictadura y todo lo escrito antes. Sólo había que leer el título de un libro o panfleto para saber si era espléndidamente moderno o un residuo irrisorio del sukarnoísmo, el constitucionalismo, la revolución o el periodo colonial. Cualquier interés por los materiales de la vieja ortografía era automáticamente sospechoso. El cambio fue lo bastante grande como para convencer con facilidad a los jóvenes de que los «viejos» materiales impresos eran demasiado difíciles de descifrar y, por lo tanto, que no valía la pena molestarse con ellos<sup>12</sup>.

<sup>11</sup> Este éxito fue posible en parte gracias al apoyo de los partidos políticos, ansiosos por cubrir los escaños parlamentarios dejados vacantes por los soldados.

<sup>12</sup> Desde finales del siglo XIX, el régimen colonial había intentado con éxito relativo crear una ortografía estándar para el malayo/indonesio basada en las normas ortográficas holandesas. El movimiento revolucionario adoptó una forma simplificada de este sistema ortográfico colonial sustituyendo, de manera muy sensata, la extraña «oe» holandesa por «u». Un ejemplo sencillo demostrará lo alcanzado por la «Nueva Ortografía Mejorada» de Suharto: «Busco una chaqueta especial», en otro tiempo *saja tjari djas chusus*, se convirtió en *saya cari jas khusus*.

El resultado efectivo fue una especie de obliteración histórica tal que el conocimiento de la historia del país por las generaciones más jóvenes procedía en gran medida de las propias publicaciones del régimen, en especial de los libros de texto. No hace falta decir que las décadas de actividad anticolonial contra los holandeses desaparecieron en gran medida. La revolución cambió su nombre por el de Guerra de Independencia, en la que sólo los militares desempeñaron funciones significativas. El periodo posrevolucionario de la democracia constitucional fue abruptamente rechazado como la creación de políticos civiles, que imitaban estilos occidentales en lugar de indonesios. Todo esto tenía algunos aspectos cómicos. Por ejemplo, la valiente pero desesperada rebelión comunista contra el régimen colonial holandés en 1926-1927 fue descrita como la primera de una serie de traidoras conspiraciones comunistas que culminaron el 1 de octubre de 1965.

En la década posterior a la caída de Suharto, se ha producido cierta tentativa de reescribir estos libros de texto, pero en general predomina la inercia. Muchos libros antes prohibidos se han reeditado (anacrónicamente, en la ortografía de Suharto), pero su mercado se limita básicamente a estudiosos e intelectuales. La ignorancia general del pasado es probablemente mayor que en cualquier momento del pasado siglo.

La segunda política, relacionada con la primera, se refiere a la minoría china de Indonesia. Muy poco después del 1 de octubre, los medios de comunicación del régimen afirmaron que los cerebros del «intento de golpe comunista» habían recibido un gran cargamento clandestino de armas de la RPCH, y que el presidente del partido, D. N. Aidit, había actuado a requerimiento de Pekín. Siguió el saqueo de la embajada China y la suspensión de relaciones diplomáticas hasta 1990. Bajo Sukarno, la única organización política sustancial de la minoría china, conocida como Baperki, había sido firme partidaria del presidente, que disfrutaba de excelentes relaciones con Pekín. El Baperki se había alineado también con el Partido Comunista y los nacionalistas laicos de izquierda. Esta organización fue después prohibida, muchos de sus líderes encarcelados y un número significativo de chinos ordinarios asesinados.

Suharto profundizó esta política prohibiendo los colegios chinos y cualquier uso de la caligrafía china, e imponiendo el cambio casi obligatorio de los nombres personales chinos por apelativos de aspecto más indonesio. Ni que decir tiene que la justificación de todo esto fue que había que asimilar mejor a los chinos y que se convirtieran en otros ciudadanos indonesios más. Pero, en realidad, los chinos quedaron casi por completo excluidos del poder político. La discriminación fue abundante y sistemática en las universidades, la función pública y las fuerzas armadas. A lo largo de los 32 años de dictadura, sólo un chino llegó a ministro, y esta figura, nombrada sólo dos meses antes de la caída de Suharto, era un notorio capitalista secuaz suyo.

Por otra parte, desde el punto de vista económico y financiero, Suharto se rodeó de un pequeño grupo de magnates chinos que, además de servirle



de vendedores ambulantes, construyeron imperios empresariales enormes y prósperos. (Algunas de estas personas, oliendo los vientos, empezaron a transferir sus activos a Singapur, Hong Kong, Australia y otras partes varios años antes del desplome de 1997.) La política le convenía al manual del dictador, quien respetaba la inteligencia china y sabía que la riqueza de los chinos no podía convertirse en un poder político peligroso. Los indonesios «nativos» eran otra historia.

Por debajo del nivel de los capitalistas amigos y corruptos, los chinos, enfrentados a la exclusión de la mayoría de las demás opciones aparte de la práctica privada de la medicina y la abogacía, se concentraron con energía en el comercio e inflaron las filas de una clase media ya tímida. La concentración se hizo tan grande que interiorizaron en parte el viejo estigma de ser «animales económicos». Pero se dieron unas cuantas excepciones impresionantes: Soe Hok Gie, un destacado estudiante opuesto al Partido Comunista y al régimen populista y autoritario de Sukarno, fue el único a finales de 1960 que denunció en público las masacres de 1965-1966; el abogado protestante Yap Thiam Hien fue tan valiente en la defensa de los derechos humanos que acabó convertido en icono nacional. Dedé Oetomo, al volver de sus estudios superiores en Estados Unidos, tuvo la valentía de anunciar que era «gay» y durante dos décadas trabajó sin descanso para ayudar a las víctimas del sida y aumentar los derechos cívicos de gays, lesbianas y transexuales. El dramaturgo Riantiarso se atrevió a escribir y poner en escena obras y musicales con tintes políticos, que pronto eran prohibidas. No obstante, las políticas de Suharto hicieron a los chinos más vulnerables que nunca a la envidia y el odio populares, y su caída estuvo marcada por salvajes revueltas antichinas en Yakarta y en la vieja ciudad real de Surakarta.

¿Y después de Suharto? Políticamente, los chinos no tienen un vehículo político propio, aunque son económicamente importantes para todos los grandes partidos actuales. Sólo dos chinos, que yo sepa, han ocupado el cargo de ministros de gobierno. El más importante, Kwik Kian Gie, fue rápidamente cesado por su honradez personal y sus contundentes ataques contra la corrupción, en general, y las actividades de los tenaces capitalistas chinos próximos al régimen, en particular. La discriminación sigue siendo generalizada. Los jóvenes chinos saben todavía menos de la historia indonesia que sus homólogos «nativos», y eso es aplicable también a la historia de los chinos en Indonesia. Muchos padres, todavía traumatizados por sus experiencias durante el régimen de Suharto, intentan enviar a los jóvenes a estudiar al extranjero, a menudo con el sueño de seguirlos en la emigración permanente. Un cambio notable, sin embargo, es que no ha habido ninguna revuelta antichina significativa en los pasados diez años, que, por lo demás, han contemplado mucho derramamiento de sangre interétnico e interreligioso. Pienso que la explicación irónica es que la minoría china, quizá un 1 por 100 de la población y dispersa por el archipiélago, es demasiado pequeña para importar en la política electoral abierta en la que estos conflictos mayores están implicados; bajo

Suharto, con su rígido control de la esfera pública, los chinos se consideraban los objetivos menos peligrosos para la ira y el resentimiento social.

### *Los hijos de 1965*

El partido comunista, como hemos observado, quedó completamente destruido: física, política y moralmente. Los supervivientes de más edad, con años de encarcelamiento, no se ponen de acuerdo sobre qué ocurrió en 1965 o a quién debería responsabilizarse. Nadie, ni siquiera en el extranjero, ha intentado realizar un análisis serio de la historia posrevolucionaria del partido. Hasta hoy, los antiguos miembros de cualquier organización controlada por los comunistas y sus familias tienen que llevar un documento de identidad que marque este estigma. La mayoría son muy pobres, habiendo perdido todas sus propiedades después de 1965. Están excluidos de muchas ocupaciones significativas, de las instituciones educativas, de la burocracia y del parlamento.

Hasta el final mismo del régimen de Suharto, sus servicios militares y de espionaje siguieron advirtiendo, en términos amenazadores, de la existencia de un «Partido Comunista latente» y, de manera más idiosincrásica, de una peligrosa «organización sin organización». En apariencia inconscientes, incluso hoy, de la caída de la Unión Soviética y de los regímenes comunistas de Europa oriental, y del éxito delirante de los «partidarios de la vía capitalista» en China, los generales de derechas y las organizaciones musulmanas «modernas» siguen discursando sobre las conspiraciones comunistas. Nadie sabe cuándo acabará esta interminable persecución.

No obstante, están ocurriendo cosas interesantes. Durante su breve presidencia al principio de este siglo, Abdurrahman Wahid, el independiente y carismático líder de los musulmanes «tradicionalistas», se pronunció con firmeza a favor de la reconciliación *à la* Mandela y del fin de la estigmatización. Incluso pidió al Parlamento que eliminase la prohibición constitucional del marxismo y de los escritos marxistas. Sus muchos enemigos se aseguraron de que esta solicitud se rechazase, pero la prohibición ya no se aplica seriamente. Hoy se encuentran en las librerías muchos libros sobre el marxismo y de comunistas muertos, como D. N. Aidit, ejecutado sumariamente hace cuarenta y tres años. La caída de Suharto ha abierto el camino a muchas publicaciones que afirman —a veces con pruebas, a veces basándose en el rumor y los signos místicos— que el verdadero cerebro del 1 de octubre de 1965 fue el propio Suharto. Estos textos circulan con bastante libertad.

La evolución más sorprendente se ha producido en un lugar inesperado: entre los jóvenes intelectuales y activistas sociales del «islam tradicional», que en muchos aspectos están demostrando ser mucho más modernos que los «modernos». Siguiendo el ejemplo de Wahid, se les puede ver, incluso en áreas rurales remotas, visitando y ayudando a viejos comunistas empo-

brecidos y a sus familias. Dicen que están haciendo este trabajo como reparación por la conspicua y feroz participación de sus mayores en las masacres de 1965. No hace mucho, en la antigua capital republicana de Yogyakarta se celebró una reunión amistosa entre mujeres del sector islámico tradicionalista y mujeres supervivientes del bando comunista. Las musulmanas escucharon comprensivamente a las ancianas comunistas que hablaban de sus sufrimientos en 1965 y más tarde. Todo iba bien hasta que una de las víctimas empezó a describir con detalle cómo la violaron y la torturaron. En ese punto, una de las jóvenes musulmanas se levantó con el rostro pálido, murmuró unas palabras ininteligibles y se desmayó. Más tarde resultó que por la descripción había podido identificar al sádico: era su padre.

Es posible, probable de hecho, que Wahid, un político muy astuto, tomara sus iniciativas con la idea de conseguir votos de las familias ex comunistas<sup>13</sup>. Sabía que a los musulmanes modernos y a la maquinaria electoral residual de Suharto no les interesa –por decirlo suavemente– este electorado. También creía que el renacido partido nacionalista laico, suponiendo que las víctimas no tenían otra parte adonde ir, sentía que no necesitaba hacer llamamientos ni concesiones. La líder de su partido, Megawati (los bromistas la llaman Miniwati), hija de Sukarno, ha repudiado el legado ideológico del padre y despliega un punto de vista profundamente conservador y pequeñoburgués. Todo esto significa que no hay un partido político serio que represente nada remotamente de izquierdas. Y tampoco hay una posibilidad inmediata de que esta situación cambie, en especial dado el ambiente internacional actual.

La vieja base social del Partido Comunista ha cambiado enormemente en los pasados cuarenta años. La población trabajadora fabril se ha vuelto –por razones bien conocidas– muy feminizada y basada en contratos de trabajo cortos. La organización es muy limitada y la antigua división social en líneas casi religiosas se mantiene. Las mentalidades corporativistas siguen dominando en la burocracia. Probablemente sea revelador que uno de los héroes modernos de los trabajadores sea una heroína, una valiente sindicalista de Java oriental que fue violada y asesinada por el ejército local por oponerse de manera persistente y manifiesta a sus emplea-

---

<sup>13</sup> Probablemente, un cálculo similar estaba tras su espectacular decreto (emitido cuando todavía era presidente) de que el Año Nuevo chino, conocido localmente como Imlek, fuese a partir de ese momento fiesta nacional. Durante la mayor parte del periodo de Suharto, las celebraciones públicas del Imlek estuvieron prohibidas. Tal vez sorprendiera a Wahid que su decreto tuviese una magnífica acogida, no sólo entre los chinos sino especialmente entre los jóvenes indonesios no chinos. No cabe duda de que las películas de Hong Kong, Taiwán y, más recientemente, la República Popular China, y la publicidad, las series y los documentales de viajes televisivos, han influido mucho. Lo que en la década de 1950 se consideraba expresión cultural de un grupo étnico a menudo menospreciado, se ve ahora como parte de una cultura general del espectáculo y del turismo. En los viejos tiempos era común que los chinos ricos contratasen a jóvenes y pobres no chinos para bailar la famosa danza del león. La práctica se ha recuperado, pero con un espíritu de diversión festiva de estilo carnavalesco.

dores y a sus «unidades de seguridad». Los campesinos siguen, pero la presión poblacional, el robo de tierras y las atractivas sugerencias de los medios de comunicación de masas han llevado a muchos ellos, en especial los jóvenes y activos, a las ciudades. Las organizaciones campesinas son pequeñas y débiles. Al final de la era de Suharto y en los años inmediatamente posteriores a la caída del dictador, se fundaron muchas ONG entusiastas e idealistas (toleradas hasta cierto punto por las autoridades, por su pequeño tamaño). Pero la vuelta de los partidos políticos al poder y la celebración con éxito de una serie de elecciones libres desde 1999 han llevado a muchos miembros de las ONG a participar en los partidos políticos convencionales. Otras dependen demasiado de «patrocinadores» ignorantes y satisfechos con la tendencia del norte como para ser capaces de realizar un trabajo muy creativo.

### *¿Latencia?*

Algo dice el que, en 2007, Indonesia se citara a menudo como la sociedad más abierta y democrática del Sudeste asiático. La competencia no era excesiva: Tailandia bajo un régimen militar, interminables regímenes autoritarios en Birmania, Laos, Malasia, Vietnam y Singapur, y el régimen escandalosamente corrupto y violento de Gloria Arroyo Macapagal en Filipinas. Con la melancólica ayuda del tsunami, en Aceh se hizo la paz, y un ex rebelde inteligente y pacífico es ahora el gobernador de la provincia. Quizá agotadas por el derramamiento de sangre de años anteriores, las Molucas están bastante calmadas. Se han hecho concesiones a los papuanos. La importante ley de descentralización, aprobada por el Parlamento en la cumbre de la corta oleada de «reformas» que siguió a la caída de Suharto, ha traspasado el poder y el dinero a las elites regionales, a quienes los escépticos denominan mini Suhartos. El extremismo islámico es una fuerza gastada. La prensa es bastante libre, aunque en su mayoría conservadora.

Pero hay otro fenómeno que debe resaltarse. El sistema educativo indonesio es hoy en su mayor parte un lúgubre pantano. Hasta quizá comienzos de la década de 1960, los maestros de Primaria y Secundaria, aun estando muy mal pagados, eran figuras locales respetadas, en parte por su enérgica participación en la superación del analfabetismo generalizado y en parte por las contribuciones que muchos habían hecho al movimiento nacionalista en la era colonial. La palabra cotidiana para «maestro», *guru*, todavía tenía una impresionante aura tradicional. Durante las masacres de 1965 y 1966, el grupo ocupacional en proporción más golpeado fue el de esos maestros de Primaria y Secundaria. Sus sustitutos de emergencia fueron una masa de lugareños y lugareñas carentes de interés y de preparación que querían a toda costa un puesto de funcionario y que, por supuesto, eran completamente leales al régimen que los contrató. Fue esta falange la que realmente provocó el miasma generalizado de la corrupción funcional en las escuelas: soborno, «dinero de té», malversación de los presupuestos de los colegios, etcétera.

Esta generación se ha jubilado por fin, pero son responsables de la contratación de sus sucesores. (A menudo he preguntado a jóvenes a cuál de sus profesores de instituto recuerdan con afecto o admiración. Por lo general, la reacción es de incredulidad ante mi ingenuidad.) Suharto no tenía tiempo para los estudiantes, pero fomentó la expansión de cientos de fábricas de diplomas que aumentaron el desempleo. Incluso en las mejores universidades, hace tiempo que ha dejado de comentarse el absentismo de los profesores: actividades complementarias, especulación inmobiliaria, «proyectos de investigación» basura financiados por el Estado son los atractivos habituales. No hay mejor prueba del legado educativo de Suharto que el que la elite política envíe incluso a sus hijos más torpes y antisociales a que los domen y los instruyan en el extranjero. Esto no significa que el país carezca de jóvenes muy inteligentes, sino que muchos de ellos son en parte autodidactas y dependen más unos de otros y de Internet que de sus profesores.

Uno de los *bons mots* más sarcásticos de Winston Churchill era «mientras haya muerte, hay esperanza». Cada año, el número de jóvenes que sólo recuerdan vagamente o que no recuerdan en absoluto cómo era el *Neue Ordnung* de Suharto crece a buen ritmo. Es agradable que, después de medio siglo, Pramoedya Amanta Toer haya encontrado sucesor. El joven sudanés Eka Kurniawan ha publicado dos novelas asombrosas en la pasada media década<sup>14</sup>. Si se consideran sus argumentos y personajes a menudo espantosos, se podría decir que no hay esperanza. Pero la tremenda belleza y elegancia de su lenguaje, y la exuberancia de sus imágenes, proporcionan la enorme alegría de ver los primeros copos de nieve levantar sus pequeñas cabezas hacia un cielo invernal.

---

<sup>14</sup> Eka, gran admirador de Pramoedya, escribió su gran tesis académica, publicada hace tiempo, sobre la compleja relación del escritor con el «realismo socialista». Las dos novelas son *Cantik Itu Luka* [«Hermosa», una herida] (2002) y *Lelaki Harimau* [Tigre hombre] (2004). La primera es una enorme recapitulación surrealista, bastante extraña, del pasado medio siglo de historia indonesia ambientada en una especie de Macondo situado en algún lugar de la costa sur de Java. La segunda es una brillante, bien tejida y terrorífica tragedia de aldea, también ambientada en algún lugar de ese árido litoral. Tengo entendido que ambas novelas empiezan a traducirse a otros idiomas.

## LA CRISIS DE LAS HIPOTECAS *SUBPRIME*

En el verano de 2007 muchos de los más preeminentes bancos de Estados Unidos y Europa se vieron afectados por el hundimiento del valor de los títulos con garantía hipotecaria que ellos mismos habían creado y que, para sorpresa de muchos, resultaron ser una parte importante de su patrimonio<sup>\*</sup>. La morosidad provocaba así una crisis de crédito, pues la respuesta de las instituciones financieras fue acumular caja y elevar sus exigencias antes de prestar a las demás. Entre julio de 2007 y marzo de 2008, los bancos de inversión y los brókeres de Wall Street sufrieron una sangría en su patrimonio de 175 millardos de dólares, y en marzo Bear Stearns, el quinto más grande, fue «rescatado» por JP Morgan Chase a precio de ganga y con una ayuda de la Reserva Federal de 29 millardos en garantías. Muchos de los demás han sobrevivido a base de vender grandes porciones de acciones preferentes, con tipos de rendimiento bonificado garantizados, a un conjunto de «fondos soberanos» propiedad de los gobiernos de Abu Dhabi, Singapur, Corea del Sur y China, entre otros.

Para fines de enero de 2008 ya se habían inyectado en los bancos 75 millardos de dólares de nuevo capital, pero no fue suficiente. En Reino Unido, el súbitamente creciente coste de la liquidez destrozó el modelo de negocio de un gran banco hipotecario, desembocando en la primera crisis de pánico financiero del país en 150 años y obligando al canciller británico a conceder casi 60 millardos de libras en préstamos y garantías a los depositantes, primero, y a nacionalizar la empresa, Northern Rock, después. En los últimos días de enero, Société Générale, famosa por su habilidad en ingeniería financiera (es más, ganadora en ese mes del deseado Derivatives Bank of the Year Award de la revista *Risk*), informaba de que un operador deshonesto había hecho perder al banco más de 7 millardos de dólares. La dirección de Société Générale empezó a desentrañar las terribles posiciones tomadas por su agente el 21 de enero, contribuyendo a elevar notable-

---

<sup>\*</sup> Este artículo está dedicado a la memoria de Andrew Glyn (1943-2007), cuya sabiduría, generosidad y espíritu crítico se echan profundamente de menos. Quiero agradecer a Yally Avrahampour, Jane D'Arista, Duncan Foley, Max Gasner, John Grahl, Geoffrey Ingham y Julia Ott sus valiosos comentarios y sugerencias.

mente la volatilidad de las bolsas y, según parece, a que la Reserva Federal adoptase al día siguiente una decisión de emergencia, la de reducir el tipo de interés en 75 puntos básicos.

La gestión del riesgo en el mundo financiero, del riesgo sistémico especialmente, presentaba evidentemente serias deficiencias. Parte importante del problema era que instituciones financieras de las que constituyen el corazón del sistema habían hecho uso de un sistema bancario secundario opaco para ocultar gran parte del riesgo que estaban asumiendo. Citigroup, Merrill Lynch, HSBC, Barclays Capital y Deutsche Bank habían asumido mucha deuda y prestado fondos ajenos contra títulos colaterales desesperadamente pobres. Antes de la desregulación en Estados Unidos y de las privatizaciones del Reino Unido en la década de 1990, la Glass-Steagall Act de 1933 habría impedido a los bancos de inversión estadounidenses trabajar en el mercado financiero minorista, y el Northern Rock habría seguido siendo una sólida y aburrida entidad hipotecaria.

El detonante de la restricción crediticia fue el crecimiento de la morosidad entre los tenedores estadounidenses de hipotecas *subprime* en el último trimestre de 2006 y a principios de 2007, cuando los tipos de interés fueron aumentados para proteger la caída del dólar, lo que condujo a la quiebra de varias grandes instituciones hipotecarias en los meses de febrero y marzo de 2007. Pero sólo se empezó a valorar la verdadera envergadura de las dificultades a finales del verano. Curiosamente, el primer banco en informar de la existencia de un problema fue Deutsche Bank, que se vio forzado a salir al rescate de dos fondos especializados en valores inmobiliarios en el mes de julio. En octubre, el Tesoro de Estados Unidos impulsó a tres de los mayores bancos de Wall Street (Merrill Lynch, Morgan Stanley y Bank of America) a constituir un fondo de 70 millardos de dólares para tratar de establecer inequívocamente el valor de los activos amenazados. No funcionó. Los analistas se quejaron: «El camino que han iniciado de retirar la crema de la superficie no resuelve el problema de que el fondo esté envenenado»<sup>1</sup>.

A finales de 2007, ante la persistencia de la crisis crediticia, los bancos centrales inyectaron grandes cantidades de liquidez en el sistema financiero global, pero el impacto fue temporal y los bancos siguieron reacios a prestarse entre sí. Lawrence Summers, antiguo secretario del Tesoro estadounidense, avisó de que se avecinaba una «restricción crediticia crítica», como si la parálisis de seis meses hubiera sido una mera bagatela. Este peligro surgiría de la «dañada» base de activos de los grandes bancos, si no se inyectaba más capital<sup>2</sup>. El desastre de las *subprimes* y la sequía crediticia, consecuencias ellas mismas de unas condiciones deterioradas, estaban ace-

---

<sup>1</sup> «Some Wonder if Stabilization Fund Will Work», *The New York Times*, 12 de noviembre de 2007.

<sup>2</sup> Lawrence Summers, «Beyond Fiscal Stimulus», *Financial Times*, 28 de enero de 2008.

lerando el deslizamiento hacia la recesión en Estados Unidos y en la economía mundial. El 10 de febrero, Henry Paulson, secretario del Tesoro, confirmó que los problemas de crédito seguían siendo «serios y persistentes», y que se esperaban más<sup>3</sup>. El 29 de febrero, dos banqueros de inversión sénior, David Greenlaw (Morgan Stanley) y Jan Hatzius (Goldman Sachs), y dos economistas, Anil K. Kashyap (Chicago) y Hyun Song Shin (Princeton), publicaron un estudio titulado «Leveraged Losses», que estimaba con precaución que las pérdidas por la crisis de las *subprimes* podrían totalizar los 400 millardos de dólares y causar una caída del PIB de entre el 1 y el 1,5 por 100<sup>4</sup>. Se podría pensar que el título del trabajo hace referencia principalmente a la difícil situación de millones de hogares hipotecados, pero, como veremos, la lógica destructiva de los activos sobreapalancados estaba afectando también a los grupos financieros.

El presidente de Estados Unidos y el Congreso acordaron rápidamente un paquete de medidas de estímulo por importe de 150 millardos de dólares, y el 11 de marzo los bancos centrales del mundo se reunieron para ofrecer a la banca 200 millardos de dólares en condiciones favorables. Pero esos supuestos dueños del universo parecían apresados por una maquinaria celestial que no controlaban. El 16 de marzo la Reserva Federal intervino para evitar el colapso de Bear Stearns y acordar su compra por JP Morgan Chase a una pequeña fracción de su precio anterior. A los demás bancos de inversión se les ofrecieron, por primera vez, préstamos directos a tipos bajos y con débiles garantías colaterales.

La crisis de liquidez se presentó como el clímax de un largo periodo de desequilibrios globales de auténtico vértigo y de burbujas de activos. El miedo a la recesión había impulsado a la Reserva Federal estadounidense a mantener bajos los tipos de interés en el periodo 2001-2006, lo que, a su vez, preparó el marco para préstamos fáciles y baratos. Financieros y hombres de negocios de todo el mundo vieron en los hogares estadounidenses, «los consumidores en última instancia», el vastísimo mercado que iba a permitir el mantenimiento del *boom* global. Robert Brenner hizo una descripción impresionante de los fallos estructurales y las turbulencias sistémicas en la economía global en la *NLR* en 1998. En un valioso epílogo a *The Economics of Global Turbulence* escrito en 2006 subrayó que el *boom* artificial que se registró en 2002-2006 no había conseguido elevar los bajos niveles de rentabilidad e inversión. Mientras que la productividad del trabajo se elevó durante esos años, la remuneración de los asalariados no lo hizo. La importación de productos chinos baratos hizo algo más sencillo el mantenimiento del *boom*, pero el ingrediente fundamental que explica la prosperidad de los consumidores fue la facilidad para endeudarse

<sup>3</sup> Michael Phillips y Yuka Hayashi, «Markets at Risk for Additional Shocks», *The Wall Street Journal*, 11 de febrero, 2008.

<sup>4</sup> David Greenlaw, Jan Hatzius, Anil K. Kashyap y Hyun Song Shin, «Leveraged Losses. Lessons from the Mortgage Market Meltdown», presentado en el US Monetary Policy Forum el 29 de febrero de 2008.



que se les concedió. Brenner caracterizó las políticas de la Reserva Federal y del Tesoro estadounidenses de fomento de la demanda como «keynesianismo de mercado»<sup>5</sup>. Ofreciendo además otras consideraciones, Andrew Glyn y Giovanni Arrighi reconocieron también que la economía de burbujas del periodo 1995-2007 no estaba bajo control y que los aspectos financieros habían quedado fuera del alcance de los reguladores<sup>6</sup>.

Según los datos del *Flow of Funds* de la Reserva Federal, la deuda total en la economía de Estados Unidos creció desde el 255,3 por 100 del PIB en 1997 hasta el 352,6 en 2007, registrándose el mayor aumento en el sector hogares y en el financiero. La deuda de los hogares pasó del 66,1 por 100 del PIB al 99,9 por 100, pero el crecimiento más rápido fue el registrado por la deuda asumida por los bancos y otras entidades financieras, que pasó de representar un 63,8 por 100 del PIB en 1997 a un 113,8 en 2007<sup>7</sup>. Estos incrementos de la deuda fueron alimentados por sucesivas burbujas de activos.

A pesar de su famosa frase sobre la «exuberancia irracional» de 1996, Alan Greenspan, presidente de la Reserva Federal, no impuso medidas serias para pinchar la burbuja accionarial de finales de los años noventa. Desde el Tesoro, Robert Rubin y Lawrence Summers hicieron aún menos, con Summers insistiendo en que había que ver el espectacular aumento de los precios de las acciones como un aumento del ahorro estadounidense<sup>8</sup>. A principios de la década de 2000, Washington encontró poderosas razones para aplicar una política monetaria más relajada: deseaba tanto diseñar un «aterrizaje suave» como demostrar que el poderío estadounidense no se había visto afectado por el terrorismo. Inflar la capacidad adquisitiva de los consumidores estadounidenses se convirtió en prioritario en términos de seguridad nacional. Después del 11 de septiembre de 2001, los norteamericanos tenían el deber patriótico de asumir más deuda, y los bancos y los reguladores del mercado debían hacerlo posible.

Los bancos fueron impulsados a financiar el consumo por la caída registrada en su papel tradicional de custodios de depósitos y ahorros que fondos de pensiones y fondos de inversión iban asumiendo en forma creciente, y por la disminución de ingresos provenientes de su actividad

---

<sup>5</sup> Robert Brenner, *The Economics of Global Turbulence. The Advanced Capitalist Economies from Long Boom to Long Downturn, 1945-2005*, Londres y Nueva York, 2006. Sobre el creciente endeudamiento de las personas y las empresas, véanse pp. 157-159, 276-278 [ed. cast. de próxima aparición en *Cuestiones de antagonismo*, Ediciones Akal].

<sup>6</sup> Andrew Glyn, *Capitalism Unleashed*, Oxford, 2006, y Giovanni Arrighi, *Adam Smith in Beijing*, Londres y Nueva York, 2007 [ed. cast.: *Adam Smith en Pekín*, Madrid, Akal, 2007].

<sup>7</sup> Federal Reserve Bank, *Flow of Funds*, Washington DC, 2008. El significado de estas cifras se estudia en un importante trabajo de Jane D'Arista, «Broken Systems. Agendas for Financial and Monetary Reform», presentado en la 17th Annual Iman Minsky Conference, celebrada el 17 de abril de 2008.

<sup>8</sup> Véase Robin Blackburn, *Banking on Death or Investing in Life. The History and Future of Pensions*, Londres y Nueva York, 2002, p. 218.

financiera tradicional. Entre 1997 y 2007, el peso de los activos de las instituciones de depósito en el total de los activos del sector financiero cayó abruptamente, pasando del 56,3 al 23,7 por 100, mientras que el peso de los fondos de pensiones y los fondos de inversión se elevaba desde el 21 por 100 hasta el 37,8. Liberados por la desregulación, los bancos encontraron nuevos negocios en la conversión de la deuda de los consumidores en títulos comercializables y su posterior venta a los fondos (o a otros bancos). Para financiar esta operación, la misma banca asumió más deuda, suponiendo alegremente que el rendimiento de tales títulos iba a estar desahogadamente por encima del correspondiente coste de endeudamiento y que, en cualquier caso, los venderían pronto a algún otro, en un modelo que se denominó «de crear y distribuir». Era difícil para cualquiera saber qué estaba pasando o hasta qué punto podían estar justificados tales supuestos, porque gran parte de esas transacciones figuraba sólo en el «balance de situación invisible» de los bancos del «sistema bancario opaco»<sup>9</sup>. Jane D'Arista sostiene que esas tendencias contribuyeron también a minar las herramientas tradicionales de la política monetaria, dado que éstas, especialmente los cambios en los tipos de interés y las grandes dosis de liquidez extra, actúan en y mediante su impacto en bancos e instituciones de depósito<sup>10</sup>.

En las páginas que siguen, interpreto la crisis de crédito como una crisis de financiarización o, dicho de otra manera, como una crisis de ese arriesgado nuevo mundo del apalancamiento, desregulación e «innovación financiera» que Alan Greenspan celebra en su reciente autobiografía. Muestro cómo buscar mercado en casi cualquier terreno ha conducido a la pesadilla del banquero, aquélla en la que los activos fundamentales no pueden ser valorados. Insto a que se preste atención a las ideas de Fischer Black, el improbable inventor de las finanzas estructuradas, que previno contra sobrecargarse de riesgo cuando declinó ser miembro fundador de Long Term Capital Management. Voy a evocar tanto la respuesta del *New Deal* a la bancarrota financiera como el crecimiento del crédito al consumo en el mundo de posguerra, antes de plantear, como conclusión, qué se puede hacer.

## I. DENTRO DEL SISTEMA BANCARIO OPACO

Los bajísimos tipos de interés vigentes en Estados Unidos durante el periodo 2001-2006 fueron muy lucrativos para la banca, permitiéndole asumir más deuda, mejorar las condiciones de su negocio y aumentar el volumen

<sup>9</sup> La naturaleza del «balance de situación invisible» se estudiará más adelante, pero el concepto está tomado de Salih N. Nefci, «FX Short Positions, Balance Sheets, and Financial Turbulence», en John Eatwell y Lance Taylor (eds.), *International Capital Markets. Systems in Transition*, Oxford, 2002, pp. 277-296.

<sup>10</sup> J. D'Arista, «Broken Systems», cit., pp. 8-10.

del mismo. Patrocinó *hedge funds* [fondos de alto riesgo] y compras de empresas, elaboró sus propios instrumentos financieros con base hipotecaria, organizó el aseguramiento de bonos y suministró líneas de crédito a sus propios *structured investment vehicles* [instrumentos para inversiones estructuradas] (SIV) y *conduits*<sup>11</sup>. Estas apuestas se apalancaron generalmente con cucharadas extras de deuda, mientras algunas instituciones, los bancos de inversión y los *hedge funds*, se endeudaban para comprar activos con valores de hasta treinta veces su capital. Así es como los protagonistas de la crisis de 2007-2008 se convirtieron en grupos altamente apalancados, frecuentemente endeudados unos con otros como veremos más adelante. Las dificultades de los bancos en estas nuevas condiciones tienen al menos un elemento en común con la precaria situación de los compradores de viviendas fuertemente hipotecadas. En ambos casos los prestatarios se encuentran aprisionados entre costes crecientes e ingresos menguantes derivados de un mercado en declive. Primero fueron los compradores de viviendas los que tuvieron que hacer frente a tipos de interés más altos, en 2006-2007. Luego la banca y sus peculiares *conduits* llevaron a un incremento aún más intenso en los costes de endeudamiento en agosto de 2007. Los sofisticados y pródigamente pagados profesionales de las finanzas deberían, al menos, haber detectado el problema, pero parecen haber sido abducidos por sus propios juegos de prestidigitación.

En palabras de un informe del *Financial Times* de finales de 2007:

Mientras los inversores analizan con detalle nombres bien conocidos de la actividad industrial, puede que haya un espectro silenciosamente al acecho: el estado del poco conocido sistema bancario «en la sombra». En esta década ha surgido una plétora de instituciones e instrumentos opacos en los mercados americano y europeo que han alcanzado un nivel importante en el suministro de crédito<sup>12</sup>.

Este sistema «oculto» se expandió con rapidez durante las décadas de 1990 y 2000 como consecuencia de la desregulación que permitió a muchas instituciones financieras asumir funciones bancarias y que relajó las condiciones para la solicitud y concesión de crédito. Como continuación del colapso de Enron, se puso de manifiesto que muchos bancos de primera fila habían ayudado a los incautos inversores y a los reguladores de la empresa diseñando la creación de un montón de instrumentos específicos fuera de balance. Para sorpresa de muchos, la legislación posterior no solamente no los prohibió taxativamente, sino que permitió, al amparo de la regla 46-R de la *Sarbanes-Oxley Act*, el mantenimiento de instrumentos fuera de balance siempre que el grueso de las recompensas y los riesgos

<sup>11</sup> *Conduits*, sociedades pertenecientes a entidades financieras que se usan para sacar del balance de situación activos o carteras de riesgo. [N. del T.]

<sup>12</sup> Gillian Tett y Paul Davies, «Out of the Shadows. How Banking's Secret System Broke Down», *Financial Times*, 17 de diciembre de 2007.

recayera en otros<sup>13</sup>. Mientras que otros inversores sufrían riesgos, los bancos, como propietarios de las SIV, han aprendido la dura lección de que los productos financieros estructurados pueden generar pérdidas menos controlables que los activos simples, cuyo valor no puede caer nunca por debajo de cero.

### *Valoraciones de fantasía*

Martin Wolf ha comparado los altos beneficios de la banca en 2006 con el rendimiento del capital a largo plazo. Mientras éste se encontraba en el entorno del 7 por 100, los beneficios de los bancos estadounidenses, alemanes, franceses e italianos rondaban el 12 por 100, y los bancos ingleses obtenían el 20<sup>14</sup>. Estas altas tasas de rentabilidad reflejan apalancamiento, «escasa» capitalización y asunción de riesgos. El milagro de la banca ha descansado siempre en el hecho de que sus activos líquidos son mucho menores que los excepcionales préstamos que conceden, lo que es consecuencia de su función de creadora de crédito. Los bancos centrales, como prestamistas en última instancia, están para cumplir una función aseguradora frente a las crisis bancarias, como demostró con reticencia el Banco de Inglaterra cuando, con ayuda del Tesoro británico, rescató a la Northern Rock, o la Reserva Federal cuando subvencionó la venta de Bear Stearns.

Se supone que los bancos centrales controlan los riesgos mediante el establecimiento de calificaciones estrictas de los activos y de los ratios capital/préstamos concedidos. Para los bancos británicos, el capital de categoría 1 era sólo del 4 por 100 del pasivo total pendiente al cierre de 2007. Los bancos estadounidenses afirman estar más capitalizados, al alcanzar entre el 8 y el 9 por 100 de la mencionada categoría, aunque Citigroup había caído hasta el 7,3 por 100 en aquel momento, y se supone que deben mantenerse por encima del 8 por 100. Tales niveles de capitalización no son generosos y, aun así, resultan engañosos en tanto que esconden problemas causados por la locura de la actividad crediticia fuera de balance, con apalancamiento invisible y pasivos calificados como activos. Esto se puso de manifiesto cuando los bancos se vieron obligados a reconocer el colapso del sistema bancario «en la sombra», formado por SIV fuera de balance, *conduits* y *hedge funds* patrocinados por ellos mismos. El colapso «a cámara lenta» reflejó las fechas de cierre de balance y las normas de divulgación de la información. Los SIV mantenían decenas de millardos de dólares de derivados de crédito, a precios de modelo, que reflejaban gran optimismo o incluso verdadera fantasía. Sin embargo, cada cierto tiempo los contables de la banca tienen que seguir el criterio

<sup>13</sup> Floyd Norris, «Why Surprises Still Lurk After Enron», *The New York Times*, 29 de febrero de 2008.

<sup>14</sup> Martin Wolf, «Why Banking Remains an Accident Waiting to Happen», *Financial Times*, 28 de noviembre de 2007.

del «valor actual de mercado», es decir, asignarles valor de mercado. Los mejores activos, activos de «categoría 1», son los que pueden ser valorados sin más que consultar una pantalla de Bloomberg, en la que aparecen los precios de cada momento. Los valores de los activos de «categoría 2» están basados en un modelo que los relaciona con un índice de activos comercializados similares. Los de «categoría 3» están basados, simplemente, en modelos no directamente relacionados con elementos comercializados, es decir, en una especie de trabajo de averiguación y adivinación o, en situaciones de crisis, en deseos y oraciones.

En agosto de 2007, los instrumentos con garantía hipotecaria eran difíciles de vender y los basados en hipotecas *subprimes* no se admitían ni regalados. Nunca habían sido calificados como de categoría 1, pero ya no alcanzaban siquiera la 2. El 8 de noviembre *The Economist* escribió: «Ahora, entre las empresas de Wall Street, el creciente nivel de títulos de categoría 3 es superior al capital de los accionistas»<sup>15</sup>. En el caso del Citigroup, sólo sus obligaciones colaterales (CDO)<sup>16</sup> tenían un valor superior al del patrimonio del banco, lo que forzó a éste, en las semanas siguientes, no sólo a buscar nuevos inversores sino a ofrecerles acciones preferentes o «convertibles», que diluyeron notablemente las posiciones de los anteriores accionistas, dado que un bono convertible es aquel que tiene prioridad en la distribución de rentas de la empresa, pero se convierte en una acción una vez que se supera un determinado precio de referencia<sup>17</sup>. En abril de 2008, el FMI estimó que era probable que las pérdidas totales alcanzasen los 945 millardos de dólares: «La banca global se va a ver obligada a soportar aproximadamente la mitad de las pérdidas agregadas potenciales, entre 440 y 510 millardos, y las compañías de seguros, los fondos de pensiones, fondos del mercado monetario, *hedge funds* y otros inversores institucionales, el resto»<sup>18</sup>. Sin embargo, esos fondos, especialmente los de seguros y pensiones, tienen también grandes participaciones accionariales en los bancos, por lo que además sufrirán fuertes pérdidas indirectas. Es más, la mayor parte de sus pérdidas serán «daños colaterales», ya que sus tenencias directas de CDO *subprime* serían mínimas.

Los bajos tipos de interés incitaron a muchos propietarios de viviendas a endeudarse más, refinanciando las hipotecas sobre sus propiedades. Como Robert Brenner demostró, las burbujas de activos –primero acciones tecnológicas y luego casas– ayudaron a mantener el espejismo de una

<sup>15</sup> «CDOH no!», *The Economist*, 8 de noviembre de 2007.

<sup>16</sup> *Collateralized Debt Obligation* (CDO), títulos respaldados por un *pool* de bonos, préstamos y otros activos. [N. del T.]

<sup>17</sup> «Breaking Views. To Raise More Capital, Citigroup Is Shoving Aside its Shareholders», *The Wall Street Journal*, 16 de enero de 2008.

<sup>18</sup> FMI, *Global Financial Stability Report. Containing Systemic Risks and Restoring Financial Soundness*, Washington DC, abril, 2008, p. 12. La estimación de pérdidas hecha por el FMI es casi el doble de la de D. Greenlaw *et al.*, «Leveraged Losses», cit., principalmente porque su cobertura es más global y amplia.

economía boyante y el crecimiento del consumo, pero sólo a costa de un endeudamiento personal y empresarial creciente<sup>19</sup>. Hacía tiempo que las empresas no financieras –especialmente las de automoción– ofrecían créditos al consumo como único medio de mantener el volumen de ventas. Ahora son los propietarios de inmuebles los que se ven incentivados a tratar sus casas como cajeros automáticos. A finales de 2003, alrededor del 18 por 100 de la renta disponible de los consumidores estadounidenses se destinaba al servicio de la deuda. Y aun así, ni la Reserva Federal ni la Securities and Exchange Comision (SEC) se plantearon regular la titulación hipotecaria. Los que se sentían acaudalados podían convertirse en promotores inmobiliarios, mientras que la mayoría, con sus ingresos fijos, aspiraba al confortable estilo de vida presente en la TV y en los catálogos publicitarios. Los tipos de interés *low teaser*<sup>20</sup> llevaron a millones de pobres a pensar que podrían poseer un hogar. A finales de 2007, la pérdida de valor de las viviendas y la deuda de los consumidores rondaban la marca del billón de dólares. Durante algún tiempo, las financieras se habían aliado con los minoristas para distribuir a diestro y siniestro tarjetas de las llamadas de oro y platino, para tratar de hacer crecer el endeudamiento de los consumidores y poder cargar un 18 o 20 por 100 anual sobre un dinero por el que la banca estaba pagando 3 o 4 por 100.

En febrero de 2008, después de más de un año de precios alicaídos, el número de propietarios de inmuebles en Estados Unidos con patrimonio negativo subió hasta los 8,8 millones, la décima parte del total<sup>21</sup>. Como los inmuebles parecen ser tan buena garantía, la deuda hipotecaria total era de unos 11 billones de dólares, de los que algo más de la décima parte era o *subprime* o los igualmente dudosos «Alt A», cuyo perfil del riesgo está entre las *prime* y las *subprime*<sup>22</sup>. La deuda de las tarjetas de crédito subió hasta casi rozar el billón de dólares, y la de los automóviles un poco menos, hasta alrededor de los 700 millardos. En estos casos, el activo que respalda el préstamo es, realmente, la capacidad adquisitiva del comprador, no la nevera o el coche.

### ¿Es contagioso?

¿Cómo de grave puede llegar a ser? Mucho, creen algunos. Nouriel Roubini, de la Stern School of Business (NYU), ha estimado un total de pérdidas posibles para la economía estadounidense que alcanza varios billones

<sup>19</sup> Robert Brenner, *The Boom and the Bubble*, London y Nueva York, 2002, pp. 146-152 [ed. cast.: *La expansión económica y la burbuja bursátil*, Madrid, Akal, 2003].

<sup>20</sup> Los *teaser periods* hacen referencia a tipos de interés variables y particularmente bajos en los primeros periodos, que pueden inducir a los prestatarios a pensar que el crédito correspondiente es más ventajoso de lo que realmente es. [N. del T.]

<sup>21</sup> Edmund Andrews y Louis Uchitelle, «Rescues for Homeowners in Debt Weighed», *The New York Times*, 22 de febrero de 2008.

<sup>22</sup> «Alt A» son hipotecas en las que el perfil del riesgo está entre *prime* y *subprime*. [N. del T.]

nes de dólares. Martin Wolf lo describe como una fórmula para «la madre de todas las crisis»: el estallido de la burbuja podría llevarse por delante entre 4 y 6 billones de riqueza de los hogares; las pérdidas de las hipotecas *subprime* se situarían en los 250-300 millardos; habrá morosos en los créditos al consumo, una caída en la valoración de las aseguradoras de bonos, disolución del mercado de la propiedad comercial, bancarota de un gran banco, colapso de empresas compradas mediante emisión de deuda, una ola de hundimientos de empresas (una «cola gruesa» de empresas tiene baja rentabilidad y mucha deuda), la agonía del sistema financiero en la sombra, colapso de precios de las acciones, una cascada de fracasos de *hedge funds* y una grave crisis de liquidez. Después de todo esto, uno apenas necesita añadir nada al «círculo vicioso de pérdidas [...] contracción [...] y ventas a precios de saldo»<sup>23</sup>.

Wolf insiste en que éste es un guión posible –de hecho, la predicción sobre la bancarota de un gran banco se hizo realidad menos de un mes después de ser formulada– y en que la interconexión global será muy fuerte: Wall Street estomuda, una economía estadounidense debilitada es atacada por un mal virus y el mundo entero coge la gripe. Desde luego que algunos de estos desastres pueden ser más suaves de lo temido, y las autoridades tratarían de controlar cada uno de los elementos de la catástrofe; pero, según Roubini, los reguladores carecen de los instrumentos adecuados para evitar los daños. De hecho, algunos de los problemas de hoy provienen de intentos pasados de demorar el inevitable reconocimiento de pérdidas. Y si no se reconocen las pérdidas y se expropian las acciones subordinadas, se seguirá sin conocer con certeza dónde son necesarias nuevas inyecciones de capital y se podrá producir una situación de estancamiento económico, como sucedió en Japón en la década de 1990<sup>24</sup>.

### *Cadena de irresponsabilidades*

¿Cómo se ha llegado a esta situación de riesgo? La fuente de los problemas que emergieron en 2007, aunque sobre algunos ya se había prevenido, no descansa sólo en el déficit de Estados Unidos o en la política de la Reserva Federal de dinero fácil. El origen se encuentra también en unas complejas instituciones, una cadena de incentivos desastrosos y conflictos de intereses entre acreedores y gestores que han acibillado un sistema superextendido de intermediación financiera. Tomemos, para empezar, los incentivos relativos a los famosos CDO sobre hipotecas *subprime*. Las nuevas hipotecas *subprime* crecieron desde 160 hasta 600 millardos de dólares entre 2001 y 2006, cuando ya representaban la quinta parte de las hipotecas originales.

<sup>23</sup> Martin Wolf, «America's Economy Risks the Mother of All Meltdowns», *Financial Times*, 20 de febrero de 2008.

<sup>24</sup> Jean-Charles Rochet, en *Why Are There So Many Banking Crises? The Politics and Policy of Bank Regulation*, Princeton, 2008, pp. 4-5, 28-33 y 284, destaca la renuencia de las autoridades políticas y financieras a reconocer pérdidas y realizar expropiaciones.

El operador responsable de este crecimiento recibía generosas comisiones por cada nuevo préstamo, pagadas por anticipado, pero expresadas como porcentaje de la amortización a realizar a lo largo de varios años. Los brókeres suscribieron felices cientos de miles de «ninjas» (acrónimo de «no income, no job and no assets»: sin ingresos, sin trabajo, sin activos). Este comportamiento se veía directamente estimulado por la estructura de incentivos y por una legislación aprobada en la década de 1960 que había reducido los estándares exigibles a los salarios bajos y a los desempleados sin considerar las probables consecuencias. La visión de la Administración Bush de la «sociedad de la propiedad» se basó de alguna manera en codicilos de la *Great Society* de Johnson para animar a los pobres a solicitar créditos hipotecarios en el momento álgido de una burbuja inmobiliaria. La calidad de las previsiones hechas para los hipotecados más pobres era manifiestamente inadecuada –no estaban asegurados– y soslayaba también el problema real, que es la verdadera extensión de la pobreza en Estados Unidos y la locura de imaginar que puede ser barrida agitando la varita mágica de la creación de deuda<sup>25</sup>. Ciertamente, los prestatarios de *subprimes* fueron inducidos a acuerdos inherentemente malos por unos *teaser rates* bajos que no guardaban relación con los grandes pagos no incluidos en el resultado del ejercicio que les iban a ser exigidos.

Las apuestas que encerraban las hipotecas basura iban a ser enormemente agravadas por los bancos de inversión que compraban la deuda hipotecaria para revenderla, supuestamente de acuerdo con el modelo de «crear y distribuir» (adquirir la deuda, titularla y venderla). Como explicaba un artículo de *The Wall Street Journal*,

las comisiones y las tasas por adelantado están firmemente establecidas en Wall Street. Los bancos de inversión cobran cuando se firma una fusión de un millardo de dólares. Las empresas que crean complejos nuevos títulos van a porcentaje. Las consultorías calibran el riesgo de un nuevo bono contra comisiones *front-end*, que se cobran en el momento de la compra o de lanzamiento al mercado de un producto<sup>26</sup>.

Y ya, para completar el cuadro, habría que añadir que no son sólo los que construyen y venden títulos respaldados por activos los que recolectan tales tasas. El mismo día en que su patrón anunciaba una reducción en el valor nominal de más de 8 millardos de dólares, el director gerente

<sup>25</sup> Louis Hyman, «The Original Subprime Crisis», *The New York Times*, 26 de diciembre de 2007.

<sup>26</sup> Charles Forelle y Jeanné Whalen, «US Financiers' Pay Spurs Financial Crunch», *The Wall Street Journal*, 17 de enero de 2008. Esto es parte de un problema de incentivos estructurales evidente en burbujas anteriores. En un artículo premonitorio, dos economistas financieros, Franklin Allen y Gary Gorton, prevenían contra los defectos en el diseño de los esquemas de incentivos, que impulsan a los financieros a sumarse a la moda especulativa incluso si saben que, finalmente, acabará en una zanja. «Churning Bubbles», *Review of Economic Studies* LX, 4 (1993), pp. 813-836.



de un banco de inversión explicaba que el ejecutivo sénior (del banco) dedicado a evaluación de riesgos había recibido, el año anterior, una bonificación de 21 millones de dólares por su participación en la gran bonanza de CDO. Más aún. Ese ejecutivo seguía sin informar directamente al consejo del banco.

### *Los rendimientos del riesgo*

El colapso de las *subprimes* ilustra perfectamente los peligros de la financiarización y de lo que he llamado el «capital gris», grandes nubes de ahorros institucionalizados, incluidas pensiones privadas, confiados a *insiders*, esto es, gestores estrechamente vinculados a la industria financiera. He explicado previamente cómo la máquina de crecimiento de los años 1990 y 2003-2006 amplió las desigualdades y se basó en montañas insostenibles de deuda<sup>27</sup>. En cierto momento, el peso de la cancelación de la deuda extinguiría las perspectivas de más crédito. Adormecidos por el éxito, los bancos se enfrentaron a un *Minsky moment*<sup>28</sup> en el que los nuevos riesgos e inestabilidades de un capitalismo financiarizado estallarían a través de los mercados<sup>29</sup>.

Los propios bancos se endeudaban para comprar a los prestamistas de *subprimes*, algunos incluso con condenas por «préstamos rapaces», porque eso les daba acceso a lo que más deseaban, activos basura. Supuestamente habían descubierto cómo limitar su propio riesgo, titulizando deudas de poca calidad como CDO y vendiéndolas a sus clientes. La deuda con mayor riesgo era potencialmente mucho más rentable que la buena, porque esta última es cara y no puede valer nunca por encima de la par, mientras que el valor de la primera se encontraba sometido a un fuerte descuento, y el optimismo respecto a las previsiones de cobro y la ingenuidad de las «finanzas estructuradas» condujeron a altos precios de reventa<sup>30</sup>.

<sup>27</sup> Véase Robin Blackburn, «Finance and the Fourth Dimension», *NLR* 39 (mayo-junio de 2006) [ed. cast.: «Las finanzas y la cuarta dimensión», *NLR* 39 (julio-agosto de 2006), Madrid, Akal] y *Age Shock. How Finance Is Failing US*, Londres y Nueva York, 2006, especialmente pp. 175-181 [de próxima aparición en «Cuestiones de antagonismo», Ediciones Akal].

<sup>28</sup> El término *Minsky moment* hace referencia al punto del ciclo del crédito en el que los inversores tienen problemas de *cash flow* a causa de la espiral de deuda en que han incurrido para financiar instrumentos especulativos. [N. del T.]

<sup>29</sup> Hyman Minsky sostenía que los mercados financieros capitalistas tenían tendencia a devenir uniformemente más frágiles durante un *boom*. Esto es así, entre otras razones, porque los bancos se acostumbran a la baja morosidad y a magros márgenes de seguridad y porque tales *booms* tienden a generar efectos Ponzi, así llamados por Charles Ponzi, autor de un esquema de pirámide. Véase el ensayo de H. Minsky «The Financial Instability Hypothesis», en Charles Kindleberger y Jean-Paul Laffargue (eds.), *Financial Crises. Theory, History and Policy*, Cambridge, 1982, pp. 1-39. Para una interesante discusión sobre Minsky, véase el valioso y reciente libro de Geoffrey Ingham *The Nature of Money*, Cambridge, 2004, pp. 159-162.

<sup>30</sup> Tony Jackson, «Crazy Crisis May Herald the End of New Derivative Folly», *Financial Times*, 24 de diciembre de 2007.

Con acceso directo a las hipotecas *subprime*, los bancos y los *hedge funds* habían aumentado el margen para hacer lotes de CDO, de manera que supuestamente diversificaban y aseguraban el riesgo. Miles de hipotecas se consolidaban en un único instrumento, y el consiguiente conjunto de deuda se subdividía en diez tramos, cada uno de los cuales representaba un derecho sobre las rentas resultantes de las hipotecas subyacentes y donde el tramo más bajo representaba la de mayor riesgo de impago, la segunda los siguientes activos más pobres y así hasta las categorías superiores, que eran las que tenían el menor riesgo de impago. El tramo más bajo de las CDO, denominado el «patrimonio», era a la vez vulnerable y valioso y atraía buenos rendimientos, mientras que el tramo intermedio también prometía una buena rentabilidad. Los tramos sénior, el 70 o 75 por 100 superior, eran más difíciles de vender, porque la remuneración y (se pensaba) el riesgo eran bastante bajos. La vulnerabilidad de los distintos tramos a la morosidad se limitaba asegurándolos a tipos que variaban de acuerdo con la percepción del riesgo de impago. Nótese que una característica del proceso de titulización y división en tramos es que los tenedores de cada uno de ellos no conocerán qué hipotecas específicas poseen hasta que quede clara cuál es la tasa de fallidos en un periodo determinado. Según cuáles fueran los términos concretos de cada lote, los distintos tipos de tenedores podían encontrarse también, si se produjera un pico de morosidad muy elevada, vinculados unos con otros en formas extrañas e inesperadas.

Las generalmente boyantes condiciones de 2003-2006, con bajas tasas de morosidad y reducidos tipos de interés, hacían que el aseguramiento de CDO fuera barato. Los CDO, aseguraban al comprador quienes montaban los lotes, van acompañados de un seguro protector y todo el paquete está calificado como «triple A» por las agencias calificadoras. La complejidad de los CDO con su seguro acompañante hacía que todo el derivativo de crédito fuera un producto difícil de valorar. Las porciones no vendidas podían ser «vendidas» a precios de modelo a SIV o *conduits* montados con crédito del propio banco. Esos precios reflejaban confianza en los bancos y en las agencias calificadoras que habían producido y evaluado los productos. En lo más alto del *boom* de CDO, las agencias calificadoras estaban obteniendo la mitad de sus rentas de esas comisiones<sup>31</sup>. Los SIV eran instrumentos fuera de balance, de manera que la participación del banco en ellos era un activo, mientras que los pasivos confinados en otro sitio no se mostraban. Los inversores institucionales podían ser persuadidos de comprar la supuestamente alta calidad de los SIV, títulos negociables a corto plazo, permitiendo a los intermediarios adquirir activos a más largo plazo, de peor calidad y generando beneficios combinando ambos. Entre esos últimos activos se encontraban grandes cantidades de hipotecas, deuda de tarjetas de crédito, préstamos de estudiantes y otros. Como los CDO, los SIV están divididos en tramos, guardando el banco el capital.

---

<sup>31</sup> «The Moody's Blues» (editorial), *The Wall Street Journal*, 15 de febrero de 2008.

Durante alrededor de cinco años, a los que negociaban con SIV y *conduits* les fue muy bien explotando la combinación entre el rendimiento de los títulos a corto que vendían a los inversores y el de la base de activos SIV de títulos a su favor. Pero esto se acabó en agosto de 2007 y los bancos se quedaron con un producto enfermo<sup>32</sup>.

### *¿Ignorancia del mercado?*

Mientras duró la fiesta, los grandes bancos no encontraban suficientes hipotecas para alimentar sus cadenas de producción de CDO. La pasión de los bancos por adquirir hipotecas *subprime* se hizo tan intensa que estimuló a los brókeres a rebajar los controles exigidos por la «diligencia debida». A cambio de inmunidad, Clayton Holdings, una empresa que evaluaba los préstamos de muchos bancos de inversión, entregó documentos a Andrew Cuomo, fiscal general de Nueva York, que mostraban que sus clientes, los bancos, le habían permitido aceptar muchas «excepciones» a las condiciones normales para la concesión de créditos y luego ocultar una parte importante de las mismas. El informe detalla irresponsabilidades en serie<sup>33</sup>.

La complejidad de los CDO y CDS (*credit default swaps, swaps* de créditos fallidos, los instrumentos financieros que aseguran a los tenedores de bonos) genera nuevos riesgos: riesgo de documentación, riesgo operativo, riesgo de valoración, riesgo de contrapartida, riesgo de liquidez y riesgos de relaciones entre todos ellos. En los momentos cumbres del alza de CDO y CDS, cada semana se empaquetaban y calificaban miles de bonos hipotecarios. A veces el trabajo de oficina subyacente se retrasaba, se saltaba alguna de las fases o se alteraba el orden de las tareas, lo que producía complicaciones inesperadas. El 15 de noviembre de 2007 se informó de que un juez de Ohio había rechazado catorce embargos de lotes de hipotecas solicitados por los inversores, basándose en que no habían sido capaces de demostrar la propiedad de los bienes que estaban tratando de confiscar<sup>34</sup>.

Los prestamistas tradicionales de *subprimes* habían tendido a cubrir determinadas localidades respecto a las que recopilaban información detallada. Tenían también equipos para valorar a los prestatarios potenciales de acuerdo a criterios bastante complejos, y cobradores que mantendrían el contacto con el tenedor de la hipoteca. Pero los grandes brókeres hipotecarios y los bancos de inversión tenían un *modus operandi* distinto. En

---

<sup>32</sup> Para conocer cómo funcionan los SIV, véase BCA Research, Special Report: *A Vicious Circle of Credit Retention*, Montreal, 12 de febrero de 2008, p. 8.

<sup>33</sup> Jenny Anderson y Vikas Bajaj, «Loan Reviewer Aiding Enquiry into Big Banks», *The New York Times*, 27 de enero de 2008.

<sup>34</sup> Gretchen Morgenson, «Foreclosures Hit a Snag for Lenders», *The New York Times*, 15 de noviembre de 2007.

los días de J. P. Morgan, los bancos valoraban la «confianza» más que las garantías. Pero entonces trabajaban con un número relativamente restringido de personas ricas y de empresas. El crecimiento de la deuda individual ofrecía un mercado vasto, pero con poco margen para el conocimiento y el juicio individuales. Fair Isaac y otras agencias de evaluación de la capacidad personal de crédito pensaban que el valor de cualquier consumidor en términos crediticios se podía resumir en un único número de tres dígitos, que reflejaría la probabilidad estadística de morosidad<sup>35</sup>. Prestamistas y brókeres aprendieron a manipular los resultados. Como el crecimiento del patrimonio negativo elevaba los fallidos, ese algoritmo se hizo poco fiable. En tiempos normales, los que tuvieran hipotecada su casa se habrían sentido muy preocupados por la necesidad de seguir pagando. Pero para los casi nueve millones o más de tenedores con patrimonio negativo, el atractivo de, simplemente, abandonarla resultaba grande. Tan pronto como ven que su propiedad vale menos que su deuda, se sienten inducidos a dejar las llaves en el cajetín del correo, renunciar al activo y eludir la deuda<sup>36</sup>.

Los emisores de hipotecas deberían haber ignorado las valoraciones de Fair Isaac y tomado nota del riesgo de mercado. Después de todo, las tasas de morosidad están más fuertemente correlacionadas con el ciclo de negocios que cualquier otro elemento. Pero este factor se ignoró, como se ignoraron las señales de que las valoraciones de los créditos se estaban deteriorando. En un mercado que había estado creciendo durante años, había aún dinero por ganar aceptando que todavía se mantendría un poquito más, lo suficiente como para «distribuir». Y fueron muchos los que creyeron que los ciclos económicos se estaban haciendo tan suaves, y la acción anticíclica de las autoridades monetarias tan fuerte y efectiva, que la morosidad de los consumidores iba a disminuir.

Los bancos de inversión estaban jugando al juego rápido de «pasa la cerilla». De acuerdo con la visión globalizadora de un mundo plano, sin fluctuaciones, los préstamos podían ser adquiridos un día, empaquetados durante la noche en India y vendidos al día siguiente a inversores institucionales, con un perfil de riesgo tanto mejor cuanto más rápida fuera la venta. Pero en 2006 la oferta de CDO superó la demanda. Muchos fondos públicos y fondos de pensiones de «prestación definida» se negaron a comprar CDO porque les entraron sospechas o porque no estaban seguros de cómo iban a resultar. Pero los fondos de inversión y los planes de pensiones «401(k)» resultaron a menudo peor servidos por sus gestores. También había demanda procedente de otras instituciones financie-

---

<sup>35</sup> Jan Kregel, «Minsky's Cushions of Safety. Systemic Risk and the Crisis in the US Subprime Mortgage Market», Levy Economics Institute of Bard College, Policy Brief no. 93, enero, 2008, p. 11.

<sup>36</sup> Dean Foust y Aaron Pressman, «Credit Scores. Not-So-Magic Numbers», *Business Week*, 7 de febrero de 2008; Nicole Gelinas, «The Rise of the "Mortgage Walkers"», *The Wall Street Journal*, 8 de febrero de 2008.

ras, especialmente de *hedge funds* a los que atraía el hecho de que los CDO aparecieran acompañados de impresionantes calificaciones crediticias y pudieran ser usados indirectamente para reforzar su activo. A muchos de los mismos grandes bancos empezaron a gustarles las cualidades decorativas de este oro para incautos. Incluso sabiendo que la morosidad estaba acechando, creyeron que podrían protegerse contra ella o invertir sólo en los tramos bien protegidos. Es más, el brazo gestor del dinero en los bancos tenía margen para inclinar hacia los derivados bien calificados a sus clientes institucionales menos precavidos. Así, en enero de 2008, el secretario de la Municipalidad de Springfield (MA) se quejó de que Merrill Lynch, gestor del fondo municipal, les hubiera vendido CDO por un precio total de 13,9 millones de dólares haciéndoles creer que eran activos seguros. En noviembre de 2007 sólo valían 1,2 millones de dólares. Temeroso de las consecuencias para su reputación, Merrill Lynch recompró los activos a su precio de venta<sup>37</sup>.

### *Temblores*

Una secuencia prolongada de fechas de cierre de balances vinculados a diferentes servicios y productos financieros retrasó el impacto de la crisis de las *subprimes*. El terremoto no se produjo de golpe. La tasa de fallidos saltó en la segunda mitad de 2006. En febrero de 2007 resultó claro que la morosidad estaba en un nivel que hacía probable que afectara a Countrywide, uno de los mayores brókeres hipotecarios de Estados Unidos. En un movimiento impulsado por la Reserva Federal, Bank of America se ofreció a rescatarlo y garantizar su actividad, pero el proceso de acuerdo llevó meses. A principios de marzo de 2007, la Bolsa de Nueva York suspendió New Century Financial, una empresa que había tomado obligaciones de seguros de los tramos sumergidos de la deuda hipotecaria de la mayoría de los grandes bancos.

Los tramos de CDO en los SIV y *conduits* estaban ya etiquetados como «residuos tóxicos» por los *insiders*. En el contexto de una crisis crediticia y de alza en la morosidad hipotecaria, esa frase tan colorista tenía un significado muy preciso. Los tramos CDO habían pasado de ser firmemente rentables a convertirse en una fuente de pérdidas, en tanto que su rentabilidad caía por debajo del interés que habían prometido a los inversores en las *conduits*. Como propietarios beneficiarios de SIV y *conduits*, los bancos tenían que encontrar alguna forma de hacer frente a sus obligaciones con los tenedores de papel comercial que había sido emitido en su nombre. La venta de hipotecas titulizadas y de otros títulos a su favor era imprescindible, pero nadie quería comprarlas. Los «activos apalancados» se convirtieron en un tormento cuando el valor de los activos se hizo negativo.

---

<sup>37</sup> Craig Karmin, «Merrill Faces Fraud Allegations», *The Wall Street Journal*, 1-2 de febrero de 2008.

En la época de financiarización, los hogares habían sido impulsados a comportarse como si fueran empresas, tomando, por ejemplo, una segunda hipoteca porque el valor de sus hogares había crecido. Pero muchos fueron prudentes, conscientes de que querían seguir viviendo en su hogar. Los intermediarios financieros, en mucha mayor medida que los hogares, ajustaron activamente sus balances como respuesta a los cambios en los precios de los activos. Excepción hecha de la ostentación en sus sedes centrales, los bancos no obtienen valor de uso de los activos de sus balances y están obligados a perseguir un rendimiento monetario. Greenlaw, Hatzius y sus coautores contrastan la respuesta de los hogares y de las instituciones financieras:

Respecto a las fluctuaciones en el patrimonio neto, los intermediarios financieros reaccionan en forma muy diferente a como lo hacen los hogares o las empresas no financieras [...] los hogares tienden a no ajustar drásticamente sus balances de situación como respuesta a los cambios en los precios de los activos. En general, el apalancamiento *cae* cuando los activos totales crecen [...] Sin embargo, la imagen que ofrecen los intermediarios financieros es muy distinta. Hay una relación *positiva* entre los cambios en el apalancamiento y los cambios en el tamaño de los balances de situación. Lejos de permanecer pasivos, los intermediarios financieros ajustan activamente sus balances<sup>38</sup>.

Los autores creen que este comportamiento de los intermediarios financieros supuso una contribución crucial a la burbuja hipotecaria: «En relación con el mercado hipotecario de *subprimes* en Estados Unidos [...] cuando los balances crecen suficientemente deprisa, se concede crédito incluso a los prestatarios que no tienen medios para pagarlo, debido a la extrema urgencia en emplear el excedente de capital. Así quedan sembradas las semillas de la subsiguiente caída en el ciclo del crédito». Pero una vez surgida la contracción, la presión de los balances actúa poderosamente en la dirección contraria y los bancos se ven forzados a acumular caja. Los superapalancados *conduits* y SIV agravaron el problema, al haber sido establecidos con acceso a líneas de crédito automáticas de la institución madre. Greenlaw y compañía lo explican:

Cuando se cerraron las líneas de crédito, el balance forzó a los bancos a empezar a blindarse, haciéndoles reacios a prestar [...] El hecho de que los balances de los bancos no se contrajeran es indicativo de la involuntaria expansión del crédito. Una de las consecuencias [...] fue que los bancos buscaron otras vías de reducir el crédito. Su respuesta natural fue interrumpir, o cortar, el crédito que era discrecional. El atasco en el mercado del crédito interbancario puede ser contemplado como la conjunción de la deseada contracción del balance y el crédito «involuntario» debido al cierre de las líneas de crédito por entidades afectadas<sup>39</sup>.

<sup>38</sup> D. Greenlaw *et al.*, «Leveraged Losses», cit., pp. 25-26.

<sup>39</sup> *Ibid.*, pp. 30, 32-33.

Las presiones de los balances crecieron cuando vencieron los plazos contables. Los auditores de los bancos querían que sus clientes aceptasen importantes reducciones en el valor de esos activos. Pero hacerlo suponía afectar al capital base, lo que, para los más débiles, evocaba el espectro del colapso. A la vez que forcejeaban con la presión del balance en relación a las *conduits*, tenían que estar pendientes de otras amenazas, especialmente las provenientes de un aseguramiento poco convencional.

### *Seguros de bonos*

Una cadena de bancarrotas entre los muy apalancados sería una prueba para el mercado de CDS. Las aseguradoras de bonos municipales, conocidas como *monolines*<sup>40</sup>, gozaban de una calificación «triple A» precisamente por su tradicional especialización. Los fondos de pensiones y otras instituciones habían invertido fuertemente en las *monolines*, con tenencias de hasta 800 millardos de dólares a finales de 2007. Sin embargo, algunos años atrás las *monolines* se habían diversificado, asumiendo el aseguramiento de bonos de empresas, además de los municipales, mientras trataban de mantener que su seguro de «sólo bonos» era de riesgo limitado<sup>41</sup>. La exigua capitalización de las grandes aseguradoras de bonos minaba su credibilidad, a pesar de sus pasadas calificaciones. La búsqueda de rendimientos más interesantes les había conducido a ramas del aseguramiento empresarial y financiero que presionaban sobre su base de capital. Un inversor institucional se quejaba de que Ambac, una *monoline* con patrimonio inferior a los 5 millardos de dólares, aseguraba la deuda de California, la sexta mayor economía del mundo<sup>42</sup>. Si las *monolines* perdían sus deseadas calificaciones «triple A» se elevaría fuertemente el coste de su capital. Consiguieron escapar de ser degradadas por medio de discretas inyecciones de capital organizadas por algunos de sus clientes, bancos incluidos. Los accionistas sufrieron la pérdida, pero se había conjurado la perspectiva del colapso. Es posible que la Reserva Federal ayudase a promover esta salida, como indudablemente hizo con la venta de Bear Stearns. La salvación de Bear Stearns y Countrywide por medio de absorciones fue un éxito tanto para los tenedores de bonos como para las agrupaciones de empresas que habían asegurado esos bonos<sup>43</sup>. Es más, cuando una empresa se asoma a la bancarrota, los tenedores de bonos y los

---

<sup>40</sup> Las *monoline insurance companies* son empresas de seguros que garantizan el pago puntual del principal y de los intereses de los bonos emitidos por un agente económico o institucional cuando éste se convierte en moroso; normalmente prestan servicios a un solo tipo de emisores. [N. del T.]

<sup>41</sup> Saskia Scholtes y Gillian Tett, «Casualties and Shipwrecks' Warning for Credit Markets», *Financial Times*, 11 de enero de 2008.

<sup>42</sup> William Gross, «Rescuing Monolines Is Not a Long-Term Solution», *Financial Times*, 8 de febrero de 2008.

<sup>43</sup> Gretchen Morgenson, «In the Fed's Cross-Hairs. Exotic Game», *The New York Times*, 23 de marzo de 2008.

accionistas pueden tener intereses muy diferentes: un rescate a precio de saldo puede penalizar a los accionistas, pero deja a los tenedores de bonos relativamente ilesos.

Hemos visto que el *boom* de la titulización ayudó a maquillar el estancamiento económico o la caída de las comisiones bancarias procedentes de créditos a empresas y suscripciones (de IPO, emisión de derechos, etc.) en 2001 y después. Es más, los bancos, ayudados por su papel en la titulización y venta de todo tipo de derivados de crédito, incluidos CDO respaldados por hipotecas, consiguieron beneficios crecientemente elevados hasta el estallido de la crisis de crédito. Eso fue así tanto para los históricos bancos de inversión como para los bancos comerciales, aunque en el periodo final de la desregulación tal distinción estaba desapareciendo. Un contraste añadido era que los bancos de inversión eran *prime brokers*—esto es, prestaban diversos servicios de gestión y financiación, especialmente a los *hedge funds*— y se involucran masivamente en operaciones en nombre propio para obtener un beneficio [*proprietary trading*], arriesgando su propio dinero, aunque con procedimientos que son a menudo difíciles de captar. Donde las operaciones de banca comercial resultan importantes, como sucede en JP Morgan Chase, los balances de situación tienden a ser más fuertes (y de ahí su capacidad para absorber Bear Stearns). Sin embargo, los derivados de crédito resultaban atractivos para los dos tipos de entidades financieras, contribuyendo a difuminar la distinción entre ellas.

### *Casandras y otros*

Warren Buffett advirtió en 2002 de que los derivados eran «armas financieras de destrucción masiva». En una carta a los accionistas de Berkshire Hathaway admitió que el principal negocio de Berkshire, el reaseguramiento, era conceptualmente cercano al uso de derivados, siendo estos últimos sopesadas apuestas sobre un esquema de acontecimientos futuros similar al que realiza cualquier aseguradora. Subrayó que hay riesgos ampliamente compartidos en el mundo de los derivados y que «no hay ningún banco central cuya tarea sea evitar el efecto dominó en las caídas de seguros o derivados». También hizo la siguiente observación:

Mucha gente sostiene que los derivados reducen los problemas sistémicos, en tanto que los participantes que no pueden soportar ciertos riesgos adquieren la capacidad de transferirlos a brazos más fuertes [...] A escala micro, lo que dicen es frecuentemente cierto. Es más, en Berkshire a veces yo participo en transacciones de derivados a gran escala, para facilitar algunas estrategias de inversión. Charlie [Munger] y yo creemos, sin embargo, que a escala global es peligroso, y cada vez más. Un número relativamente pequeño de intermediarios en derivados que, además, comercian intensamente entre sí, ha llegado a concentrar una gran cantidad de riesgo. Las dificultades de uno podrían infectar rápidamente a los otros. Además, estos intermediarios están fuertemente participados por otras empresas no intermediarias, algunas de las cuales [...]



están tan interrelacionadas que podrían tener problemas simultáneamente como consecuencia de un único acontecimiento [...] Los vínculos, cuando aparecen súbitamente, pueden desatar serios problemas sistémicos<sup>44</sup>.

Buffet se quejaba de que la forma en que los bancos contabilizan sus tenencias de derivados era completamente impenetrable y se burlaba de los requerimientos de transparencia que se les exigían. La revolución de los derivados, desde esta perspectiva, era el paso más decisivo hacia la desregulación. Buffet tenía claro también que los bancos estaban acibillados por los problemas de principal-agente<sup>45</sup>.

Les puedo asegurar que los errores de acomodación [es decir, los errores cometidos «marcando a mercado»] en el negocio de los derivados no han sido simétricos. Casi invariablemente han favorecido, o al intermediario que esperaba una comisión multimillonaria, o al director ejecutivo que quería poder informar de «ganancias» impresionantes, o a ambos.

Alan Greenspan, cuyo trabajo consistía en seguir tales problemas, prefirió continuar como animador principal de la industria de servicios financieros. Dirigiéndose a la Futures Industry Association, en marzo de 1999, insistía en que cualquier nueva regulación de los derivados «sería un gran error»: «Los esquemas reguladores de la medida del riesgo», añadía, «son más simples y mucho menos finos que los [propios] modelos de medición del riesgo de los bancos»<sup>46</sup>. Esta visión estaba en línea con la derogación de la Glass-Steagall Act en aquel año y la aprobación de la Futures Modernization Act patrocinada por los congresistas Gramm, Leach y Bliley y entrada en vigor durante el mandato del presidente Clinton en 2000. Cuando Greenspan publicó sus memorias, explicó lo siguiente: «Yo era consciente de que relajar las exigencias para conceder préstamos hipotecarios a prestatarios de *subprimes* aumentaba el riesgo financiero [...] Pero creía, entonces como ahora, que los beneficios de aumentar la propiedad de viviendas merecían el riesgo»<sup>47</sup>. En las fechas en que esto se publicaba, el espejismo de la «extensión de la propiedad de viviendas» estaba empezando a desvanecerse, amenazando el «espléndido nuevo mundo» de productividad creciente y desempleo e inflación bajos.

Algunos de los colegas de Greenspan, sin embargo, estaban alarmados por su visión de caballero andante respecto a la bola de deuda. Ned

<sup>44</sup> Warren Buffett, «Letter to the Shareholders of Berkshire Hathaway», 2002, p. 14, disponible en la página web de Berkshire Hathaway.

<sup>45</sup> El problema «principal-agente» trata de las dificultades que surgen en condiciones de información incompleta y asimétrica cuando un «principal» contrata a un «agente», y de los mecanismos que se pueden utilizar para tratar de alinear los intereses de ambos. [N. del T.]

<sup>46</sup> Nelson D. Schwartz y Julie Creswell, «What Created This Monster?», *The New York Times*, 23 de marzo de 2008.

<sup>47</sup> Alan Greenspan, *The Age of Turbulence. Adventures in a New World*, Nueva York, 2007, p. 233 [ed. cast.: *La era de las turbulencias*, Barcelona, Ediciones B, 2008].

Gramlich, un gobernador de la Reserva Federal, indagó sobre el planteamiento del presidente en 2000 y después elaboró una detallada acusación en la que se preguntaba por qué los supersofisticados productos hipotecarios estaban siendo presentados como valiosos para los pobres<sup>48</sup>. Otros profesionales relacionados con el sistema de la Reserva Federal estaban también preocupados. En 2004, la Reserva Federal publicó un trabajo de Michael Gibson en el que subrayaba la vulnerabilidad de los CDO al clima empresarial. Podrían descomponerse muy rápidamente si una ráfaga recesiva sopla sobre el interconectado flujo de pagos<sup>49</sup>. Los reguladores estadounidenses parecían ignorar los grandes problemas de las interrelaciones y el riesgo de correlación. Sin duda, eran reacios a atraer públicamente la atención sobre los riesgos que corrían los bancos, sus SIV y sus aseguradoras, o sobre las conexiones entre ellos. Los inversores, grandes o pequeños, no tenían un método viable para hacer frente a las interrelaciones o al riesgo de correlación de morosidad, porque el aseguramiento, con un coste de 400 puntos básicos, barrería cualquier beneficio en la tenencia de tales activos. Como hemos visto, muchos fondos de pensiones públicos evitaban deliberadamente los CDO y CDS, una de las razones por las que los bancos fueron pillados con tanto *stock* en sus manos. Los gestores de tales fondos tienden a ser prudentes y a prestar atención a los avisos de comentaristas informados.

Dos hombres que estaban bien situados para haber podido anticipar tales problemas no fueron capaces de hacerlo: Robert Rubin y Henry Paulson. Rubin era un respetado director del Citi y podría haber asegurado una menor exposición a instrumentos arriesgados. Estuvo en la vanguardia de la revolución financiera de la década de 1980, cuando contrató los mejores evaluadores de riesgo para Goldman Sachs, con quien trabajaba entonces. Henry Paulson, como jefe de Goldman, se aseguró de que el banco saliera casi indemne de la debacle de las *subprime*. Y, sin embargo, en el Tesoro no tomó ninguna medida, pública o efectiva, para evitar la catástrofe. ¿Había aspectos del problema que simplemente eludían estos superinteligentes y bien informados financieros? ¿O estaban ciegos por su fe en el mercado o en la capacidad de la comunidad financiera para autoregularse?

## II. LA NIEBLA DE LA FINANCIARIZACIÓN

La debacle de las *subprimes* y sus secuelas arrojan luz sobre la financiarización. Cuando se encuentran adecuadamente integradas en estructuras de

<sup>48</sup> Edmund Andrews, «Fed and Regulators Shrugged as Subprime Crisis Spread», *The New York Times*, 18 de diciembre de 2007. El último aviso de Ned Gramlich se produjo en una presentación en la conferencia Jackson Hole de la Reserva Federal, en agosto de 2007, poco antes de su muerte.

<sup>49</sup> Michael S. Gibson, «Understanding the Risk of Synthetic CDOS», Federal Reserve Working Paper No. 36, Washington DC, 2004.

control social, las finanzas pueden ayudar a asignar capital, facilitar la inversión y homogeneizar la demanda. Pero si no son responsables y no están reguladas, se convierten en dueñas del proceso de reasignación y pueden arramplar con la parte del león de las ganancias que ellas mismas hacen posibles, incluidas ganancias anticipadas antes de que se hayan confirmado. El problema se agrava cuando los intermediarios financieros proliferan y sacan ventaja de las asimetrías en el acceso a la información y de los desequilibrios de poder. Tales distorsiones se multiplican conforme la financiarización avanza. Crece cuando la lógica de las finanzas se hace ubicua, alimentando la cosificación de cualquier aspecto de la vida y del curso de la vida (préstamos para estudiantes, bonos para niños, hipotecas, hipotecas inversas, deuda de tarjetas de crédito, seguros sanitarios, fondos de pensiones individualizados)<sup>50</sup>. La financiarización impulsa también a las empresas a primar las funciones financieras y a verse a sí mismas como una colección de activos de ocasión que, cuando las circunstancias cambian, tienen que ser desmontados y reconfigurados. Mientras que se intenta que el individuo se vea a sí mismo como una unidad de coste y beneficio con dos piernas, la empresa es simplemente un ensamblaje accidental que hay que estar continuamente redefiniendo en respuesta a las señales del mercado.

El recurso al «apalancamiento» en un mundo financiarizado supuestamente capacita a los individuos y a las empresas para desembarazarse del «riesgo no rentable» y a maximizar resultados. Mientras que la palabra «deuda» tiene un halo negativo, «apalancamiento» lo tiene positivo. Es más, ahora se usa a menudo como verbo, como si usáramos una palanca para que nuestros activos alcanzasen las estrellas. Olvidando que la palanca de Arquímedes necesitaba un punto de apoyo, los ingenieros financieros aspiran a mover el mundo sin afianzar la tierra en la que se apoyan. En su filosofía, todo lo que está fijo se disuelve en el aire. Esto les proporciona cierta visión del interior del mundo capitalista, pero ninguna medida de sus límites. En las condiciones contemporáneas del capitalismo, especialmente de un capitalismo gris acribillado por vínculos defectuosos entre directivos y operadores, la financiarización resulta altamente destructiva.

En las décadas de 1950 y 1960 se produjeron dos procesos que alimentaron la financiarización: nuevos principios para el crédito al consumo, y el alza de las finanzas institucionales y la gestión de fondos. En el periodo de posguerra, los comerciantes e industriales estadounidenses construyeron un mundo nuevo de créditos renovables y «cuentas en opciones», que culminó finalmente en la tarjeta de crédito<sup>51</sup>. El crecimiento del crédito al consumo se hizo pronto vital para el éxito de una amplia gama de negocios. La Commercial Credit Corporation (CCC) ofreció sus servicios a los

<sup>50</sup> Randy Martin, *The Financialization of Daily Life*, Filadelfia, 2002, y R. Blackburn, *Age Shock*, cit., pp. 29-74.

<sup>51</sup> Véase Louis Hyman, «Debtor Nation. How Consumer Credit Built Postwar America», Harvard University PhD 2007, cap. 6. El fenómeno fue anticipado por la *Monthly Review*, cuyo temprano interés en el endeudamiento personal reflejaba el análisis que se puede encontrar en el ya

comerciantes que carecían de los conocimientos, o del capital, necesarios para poner en marcha sus propias actividades crediticias. General Electric ofrecía financiación a los compradores de su variada gama de bienes de consumo duraderos, poniendo las bases para el surgimiento del poderoso GE Capital, responsable del 42 por 100 de los beneficios del grupo en 2000. General Motors expandió su General Motors Acceptance Corporation (GMAC) de finales de los años 1960, el brazo armado que aportaba casi la mitad de los beneficios de todo el grupo a finales del siglo. Louis Hyman concluye: «Más que impuestas a los consumidores y a los minoristas por los bancos, las prácticas crediticias gotearon *hacia arriba* sobre las instituciones financieras, a medida que los comerciantes llegaban al límite de su capital»<sup>52</sup>. Diners Club, American Express y Visa recogieron y desarrollaron unas prácticas crediticias que ya estaban establecidas.

La poderosa tendencia hacia la financiarización se ponía también de manifiesto en el crecimiento de la inversión institucional (fondos de pensiones, seguros, fondos de inversión y bolsas de estudio). Es más, eran éstos, a menudo, los que suministraban el capital necesario para financiar los nuevos créditos, con distintos intermediarios financieros obteniendo comisiones generosas tanto de los gestores de los fondos como de los prestamistas. En los siglos XIX y XX, las cooperativas, las cooperativas de vivienda [*housing associations*] y las aseguradoras, organizadas en una auténtica base «mutual» (esto es, propiedad de sus miembros, no de accionistas privados), consiguieron reducir los costes de la intermediación reduciendo los intermediarios financieros. Pero la revolución del consumo de las décadas de 1950 y 1960 fue dirigida por comerciantes minoristas a gran escala y por sus bancos. En las últimas décadas, muchas auténticas mutuas fueron marginadas o desmembradas, no recibiendo sus miembros más que una modesta compensación en el momento de la privatización.

### *Modelos teóricos*

El auge financiero se vio acompañado por una revolución en la teoría financiera que fue abanderada tanto por aquellos que aconsejaban a los inversores institucionales como por los departamentos de economía, ya que la mayoría de estos últimos no estaban demasiado interesados en el día a día de las finanzas. El desorden global y los avances informáticos de mediados de la década de 1970 dieron alas a una nueva teoría de la economía financiera y a la práctica de la ingeniería financiera. Economistas y profesionales de las finanzas incubaron los principios y métodos de aquélla, sintiéndose atraídos por las nuevas condiciones del crédito e ideológica-

---

clásico trabajo de Paul Baran y Paul Sweezy, *Monopoly Capital*, Nueva York, 1966, en el que se sostenía que el capitalismo estadounidense estaba afectado por sobreproducción. Para un estudio más reciente, véase John Bellamy Foster, «The Household Debt Bubble», *Monthly Review* LVIII, 1 (mayo de 2006).

<sup>52</sup> L. Hyman, «Debtor Nation», cit., cap. 6, p. 3.

mente hostiles al mundo bien ordenado del *boom* de la posguerra, con sus regulaciones gubernamentales, su gerencialismo, la jerarquía de las grandes empresas y los crecientemente influyentes gestores de fondos. Fischer Black (1938-1995), que se movió tanto en el mundo financiero como en la academia, fue el miembro teóricamente más fértil y ambicioso de la emergente escuela. Por un lado, Black fue coinventor de uno de los instrumentos financieros más intensivamente utilizados del mundo, la fórmula Black-Scholes de fijación de precios de las opciones, y, por otro, intentó llegar a un nuevo modelo de equilibrio.

A mediados de la década de 1960, el Investment Company Institute (ICI), un consorcio de gestores de fondos, solicitó a Fischer Black que elaborase un documento que pudieran presentar en las próximas audiencias del Congreso, que demostrase que los gestores de fondos estaban haciendo un buen trabajo para sus clientes (fondos de pensiones, bolsas de estudio e inversores en fondos de inversión). En colaboración con dos académicos, Michael Jensen de Chicago y William Sharpe de Seattle, Black inició un trabajo que iba a redefinir el «modelo de precios de activos de capital», sentar las bases para el mecanismo de fijación del precio de las opciones de Black y Scholes y hacer ganar a sus otros colaboradores, Myron Scholes y Robert C. Merton, el premio Nobel de Economía de 1997<sup>53</sup>. Sin embargo, para disgusto de sus patrocinadores, Black y sus asociados, después de analizar décadas de movimientos de los precios de las acciones, no encontraron evidencia de que los gestores de fondos añadiesen nada al valor de sus activos. (El ICI omitió esta embarazosa conclusión en la versión publicada)<sup>54</sup>.

Los «ingenieros financieros» determinaron con gran precisión la contribución hecha por cada gestor en beneficio del precio de las acciones extrayendo del movimiento del precio aquellos movimientos que se debían a cambios globales en la bolsa o en el sector correspondiente. Llegaron a la conclusión de que, por término medio, la mitad del movimiento en el precio de la acción no se debe a características de la empresa o del sector, sino que refleja tendencias generales del mercado, y coligieron que las tendencias del sector explicaban el 10 por 100 de los cambios de precios. La lógica de este planteamiento dio lugar a múltiples índices de acciones, para permitir a los inversores decidir sus movimientos para protegerse del riesgo y asegurarse la recompensa. Éste fue el origen del arbitraje del riesgo, o la explotación de activos devaluados como consecuencia de operaciones de mercado como las OPA hostiles<sup>55</sup>. Black insistió en que el inversor prudente debe encontrarse ampliamente diversificado y no admitir «riesgo no recompensado». Estas claves de la inversión financiera tienen dimensiones

<sup>53</sup> Para la gestación y el significado de Black-Scholes, véase Donald MacKenzie, «An Equation and its Worlds», *Social Studies of Science* XXXIII, 6 (diciembre de 2003), pp. 831-868.

<sup>54</sup> Perry Mehrling, *Fischer Black and the Revolutionary Idea of Finance*, Hoboken, NJ, 2005, pp. 60-64.

<sup>55</sup> Un ejemplo es John Paulson (sin relación alguna con Henry), maestro del arbitraje de riesgos. Mientras que el arbitraje de riesgos generalmente se centra en un único acontecimien-

inesperadas. Para Black, la diversificación debía extenderse tanto en el tiempo como dentro del universo de activos disponibles en el momento. El mismo activo nominal no era el mismo tres días o tres años después, porque, como afirmó el filósofo griego hace mucho tiempo, no podemos beber dos veces la misma agua en el mismo río.

Pero la importancia dada por Black a la diversificación longitudinal apoyaba también la «protección dinámica», en la que la cartera de valores está continuamente reevaluándose y recomponiéndose. La aversión al riesgo no recompensado puede incentivar tanto a intentar eliminarlo (protegiéndose contra los riesgos de divisas, inflación o tipos de interés) como a buscar continuamente riesgos que puedan acarrear beneficios. Esta idea está frecuentemente en la base del planteamiento del «apalancamiento con cualquier cosa». Apalancar los activos de una cartera permite una mayor diversificación; mientras sigue invirtiendo en un conjunto de activos, el inversor puede hipotecarlos y establecer derechos sobre otro conjunto, quizá comprando una opción o tomando posiciones a corto. Tales procedimientos pueden, además, minimizar los impuestos.

El respeto que Black sentía por las «fuertes fuerzas económicas» que llevan por sí mismas al inevitable equilibrio general hizo de él un crítico tanto de monetaristas como de keynesianos. La política monetaria era siempre impotente frente a los cambios en lo que la gente quiere. Black estaba a favor de la «banca sin control», incluso del abandono de todos los coeficientes de caja. En «Banking and Interest Rates in a World Without Money» invocaba las ventajas de un sistema bancario pasivo, citando a James Tobin respecto al efecto de que, en tal mundo, «la economía real marcaría el paso del sector financiero, sin *feedback* en la otra dirección»<sup>56</sup>.

Black teorizó sobre las «hipótesis de mercados eficientes», según las cuales los precios de mercado reflejan toda la información disponible en un momento dado. La versión que él aceptó fue, sin embargo, la siguiente:

Podríamos definir un mercado eficiente como aquél en el que el precio está dentro de un intervalo del valor de factor 2, es decir, el precio es más de la mitad del valor y menos de dos veces el valor [...] Según esta definición, creo que todos los mercados son eficientes casi todo el tiempo. «Casi todo» significa al menos el 90 por 100<sup>57</sup>.

---

to, Paulson avanzó un paso más en 2005: viendo los precios de las viviendas, las hipotecas y las CDO como una burbuja gigante, estableció dos prudentísimos *hedge funds* cuyo valor creció desde alrededor de 30 millones de dólares en 2006 hasta más de 4 millones a principios de 2008 (George Soros también estuvo acertado, apoyando a Paulson en 2007). Gregory Zuckerman, «House Money. How Trader Made Billions on Subprime Downturn», *The Wall Street Journal*, 16 de enero de 2008.

<sup>56</sup> Fischer Black, «Banking and Interest Rates in a World Without Money. The Effects of Uncontrolled Banking», en F. Black, *Business Cycles and Equilibrium*, Oxford, 1987, pp. 1-19.

<sup>57</sup> Fischer Black, «Noise», *The Journal of Finance* XLI, 3 (1986), pp. 539-543.

Muchas personas considerarán que unos parámetros tan amplios representan un concepto de eficiencia muy laxo. Pero a Black le gustaban las aproximaciones (el mismo modelo Black-Scholes no pretende conseguir una gran exactitud). Para Black, el precio de mercado oscilaba alrededor del precio de eficiencia, de la misma manera que los economistas marxistas consideran que el precio de mercado oscila alrededor del valor. Aún más, la idea misma de que precio y valor reflejan el «tiempo de trabajo socialmente necesario» supone una notable aproximación a la eficiencia<sup>58</sup>.

Black sigue siendo una figura contradictoria y enigmática. Llevó más lejos que nadie un modelo de equilibrio que trata a los seres humanos como soportes de «capital humano» que deben maximizar sus rendimientos. Perry Mehrling explica que experimentó con dietas, sexo y drogas en su persecución de esta idea. Fue el apóstol del apalancamiento porque creía que sólo los endeudados estaban centrados en la consecución del equilibrio solicitado (desconcertantemente, este concepto funciona más bien como la acumulación en la concepción marxista). En su búsqueda de la diversificación, alternaba periodos en la academia con otros de trabajo en Wall Street. Pero cuando fue abordado por el Chicago Board con la idea de basar el mercado de derivados en su fórmula de precio de opciones, se negó a involucrarse y observó: «Las opciones son un emocionante juego de apuestas y el Chicago Board Options Exchange quiere actuar como casa de apuestas y llevarse su parte. No hay nada malo en ello, pero si vamos a permitir esta forma de juego, parece lógico que se le impongan unos impuestos tan fuertes como los que recaen sobre las apuestas en las carreras de caballos»<sup>59</sup>.

### *Riesgos e incertidumbres*

La ciencia financiera cuantitativa adelantada por Black quería conocer siempre el peor de los escenarios posibles (¿cuánto se perdería en el caso de un colapso continuado del mercado?). Los bancos a los que la crisis crediticia ha vencido por goleada utilizaban sofisticadas medidas para estimar su *Value at Risk* (VaR)<sup>60</sup>. Tales medidas han sido arrasadas por los vendavales financieros, ya que no son capaces de reaccionar ante lo inesperado e incitan a la réplica o al refuerzo de acontecimientos adversos. Muchos años de baja volatilidad llevaron a resultados bajos del VaR. La alimentación de esos sistemas con malas noticias propiciaba señales de venta que agravaban los peligros que el indicador había señalado inicial-

<sup>58</sup> Véase Slavoj Žižek, «The Parallax View», *NLR* 25 (enero-febrero de 2004) [ed. cast.: «La perspectiva *parallax*», *NLR* 25 (marzo-abril de 2004), Madrid, Ediciones Akall].

<sup>59</sup> Citado en P. Mehrling, *Fischer Black*, cit., p. 138.

<sup>60</sup> *Value at Risk* (VaR) es una medida estadística que con un solo dato resume el riesgo de un valor, o cartera de valores, de generar pérdidas derivadas de movimientos normales de mercado. [N. del T.]

mente<sup>61</sup>. El *crash* de 1987 había puesto de manifiesto problemas similares con programas informáticos de simulación de compraventas.

El paciente afligido no es siempre el mejor juez. Los reguladores con acceso a un VaR mejor construido podían actuar más racionalmente que quienes se sentían presionados por una marea de falta de liquidez. No sería difícil acercar el balance de situación visible al real, exigiendo que se publicaran los niveles de VaR aprobados por los consejos de administración y se presentaran públicamente todos los pasivos exigibles a las empresas asociadas. Los archivos de la SEC muestran que los VaR subyacentes en la actividad de compraventa de los mayores bancos de inversión se doblaron entre mayo de 2006 y noviembre de 2007<sup>62</sup>. En los últimos años, como hemos visto, los bancos de Wall Street se han sentido obligados a asumir más riesgos con sus propios recursos por la contracción en los ingresos financieros, que, a su vez, era un reflejo de la baja inversión que se registraba en la economía estadounidense. No sólo patrocinan *hedge funds* sino que empiezan a parecerse a ellos, en cuanto que usan su posición como *prime brokers* para apalancar sus apuestas y ejercer arbitraje.

La crítica liberal austriaca al socialismo ha insistido en la irracionalidad de los «precios administrados», porque los administradores podrían no conocer nunca la multitud de apuestas puntuales que podrían echar abajo cualquier conjunto de precios comparativos. Los practicantes de las finanzas cuantitativas creen que el modelo de Black-Scholes-Merton de valoración de opciones ha abierto un nuevo camino para la valoración, posibilitando la asignación de precios válidos a los productos financieros. El prestigio de este instrumento estableció un precedente para la valoración al margen de la cotización pública (directa, de institución a institución) de las ventas de los derivados. Como explica MacKenzie:

Muchos de los instrumentos comercializados en este mercado están altamente especializados y, en ocasiones, no tienen un precio líquido o fácilmente observable. Sin embargo, tanto sus vendedores (generalmente bancos de inversión) como, al menos, los compradores más sofisticados, pueden calcular a menudo precios teóricos, obteniéndose así un «precio justo» de referencia<sup>63</sup>.

El modelo teórico convencía a los compradores de CDO de que habían pagado el precio adecuado, a pesar de la ausencia de un mercado, de la

---

<sup>61</sup> Véase Gillian Tett, «Volatility Wrecks Financial World's Value at Risk Models», *Financial Times*, 12 de octubre de 2007. Véase también Boris Holzer y Yuval Millo, «From Risks to Second-Order Dangers in Financial Markets. Unintended Consequences of Risk-Management Systems», *New Political Economy* X, 2 (2005). Los autores ofrecen ejemplos del *crash* de 1987 y del colapso de LTCM. Jérôme Kerviel, el desafortunado «Che Guevara de las finanzas», muestra algo similar cuando sostiene que las enormes pérdidas de Société Générale reveladas el 24 de enero reflejaban la excesivamente precipitada liquidación de sus posiciones.

<sup>62</sup> D. Greenlaw *et al.*, «Leveraged Losses», *cit.*, p. 32.

<sup>63</sup> D. MacKenzie, «An Equation and its Worlds», *cit.*, p. 855.



misma manera que aparentemente tranquilizaba a los bancos su propia falta de implicación directa.

En condiciones capitalistas «grises», los conceptos y las técnicas de los ingenieros financieros empiezan a minar y corromper el mecanismo del mercado. Parte del problema es que esas técnicas se usan a menudo para convencer a jugadores no tan bien informados, para evitar impuestos o para promover una reorganización constante de los activos. Como muestra la actual crisis, pueden incluso confundir a los impostores. En cierta medida, el fallo está en el abuso de técnicas financieras, más que en las técnicas en sí. El horizonte a corto plazo de las entidades financieras, su falta de compromiso con los colectivos de trabajadores y su proclividad a que se produzcan abusos por parte de los *insiders* son todas características típicas del capitalismo vigente. Más ampliamente, el inversor institucional de hoy (capitalismo «gris») ha tolerado o generado malas prácticas financieras vestidas a menudo con la jerga de analistas cuantitativos e ingenieros.

### *Derivados y fraude*

Un mercado bursátil bien regulado es una fuente increíble de información para todos los participantes en el mercado. Genera, segundo a segundo, datos referentes al volumen y al precio de los elementos comercializados, y sus reglas de funcionamiento registran la identidad de compradores y vendedores. Las hazañas analíticas de los economistas financieros estaban basadas también en esos datos. Y aun así, el advenimiento de las finanzas estructuradas generó un volumen gigantesco de relaciones directas entre instituciones cuyos detalles eran conocidos únicamente por quienes participaban en ellas. Las transacciones que eludían el mercado bursátil superaban, a finales del siglo, a las que se realizaban en las bolsas, y condujeron a éstas a agilizar procedimientos para seguir siendo competitivas. Aquí tenemos tanto la causa como el efecto del colapso crediticio y la última ironía de la cruzada occidental para mercantilizar el globo. Una gran ola de titulización dirigida a convertir hasta el proyecto menos prometedor o la ambición personal más íntima en un bien comercializable consiguió sumergir los principales mercados del mundo bajo una avalancha de títulos sin contenido y sin precio. La niebla del capital gris descendió sobre los distritos financieros, envolviendo a los grandes bancos y dificultando la visión de inversores y reguladores.

Para entender el capitalismo de hoy necesitamos el análisis financiero, pero el fenómeno de la financiarización absorbe oxígeno de la atmósfera. Privatiza información que debería ser pública, de la misma manera que comercializa la vida de cada día y promueve un modelo de «destrucción no creativa» en la que empresas y equipos de trabajo se ven continuamente desmantelados y recompuestos para sacar ventaja de transitorias ganancias de arbitraje. Además de ayudar a las instituciones financieras a jugársela a sus propios clientes, las técnicas de financiarización permiten al gran capital (grandes empresas e individuos muy ricos) evadir impuestos y esquil-

mar las tenencias de los pequeños accionistas. Obsérvese que la mayoría de los fondos de pensiones y organizaciones de caridad, aunque no los fondos de inversión estadounidenses, tienen limitada por reglas fiduciarias la exposición muy alta a *hedge funds* o derivados exóticos. Otro corolario de la proliferación de la financiarización es que las regulaciones que gobiernan la creación de crédito fueron, primero, relajadas y, después, casi enteramente ignoradas. La expansión temeraria del crédito ha sido desde hace mucho un camino de rosas hacia la crisis y el colapso financieros<sup>64</sup>.

El despegue de la financiarización que se produjo con posterioridad a 1972 coincidió con avances informáticos y con el descubrimiento de nuevas técnicas matemáticas para la valoración de las opciones y la construcción de derivados. En un primer momento, tales técnicas fueron empleadas principalmente para reducir la incertidumbre y limitar el riesgo de la moneda. Pero poco después resultó claro que los *swaps* derivados podrían ser empleados para confundir a autoridades tributarias y accionistas. La ingeniería financiera podía convertir un tipo de flujo de renta en otro, o un activo en renta, o justo al revés, reduciendo o evitando impuestos. Los derivados también podían ser empleados para refinar las técnicas de la gestión de fondos y las estrategias para fusiones y adquisiciones.

Los fondos de pensiones más responsables evitan los programas de ingeniería y se mantienen pegados a estrategias de inversión a largo plazo. Pero emplean derivados para limitar sus posiciones. Aunque muchos productos financieros no tienen propósito útil alguno, no debemos esperar el rechazo generalizado de todas las opciones y derivados. En lugar de ello, será necesario distinguir, como intenta el IRS, entre los contratos de derivados que realmente tratan de limitar riesgos y aquellos otros cuya única lógica es engañar a las autoridades tributarias y confundir a indefensos accionistas. Ya hay llamadas a favor de una regulación y registro adecuados de estos instrumentos y del «sistema bancario en la sombra» en su conjunto. Hace falta más y mejor regulación, pero ¿será suficiente con la regulación? Vale la pena recordar que la financiarización nació en un mundo fuertemente regulado y que algunas de sus técnicas estaban diseñadas para frustrar y vencer a los reguladores, de la misma manera que otras estaban dirigidas a aflorar «valor».

### *Lecciones de la década de 1930*

La burbuja accionarial de los años 1920, y los hundimientos de los bancos del año 1929 y siguientes, propiciaron una ola de regulaciones entre

---

<sup>64</sup> El papel de los derivados en la generación de excedentes de crédito y del fracaso financiero ha sido bien explicado por Salih Neftci, «FX Short Positions, Balance Sheets and Financial Turbulence», cit. Obsérvese, sin embargo, que Neftci sostiene que, adecuadamente regulados, los derivados tendrían su función en un sistema financiero sano.

las que se incluye la aprobación, derogada por Clinton en 1999, de la Glass-Steagall Act en 1933. Durante un periodo muy largo, aproximadamente entre 1929 y 1972, el ámbito de la financiarización fue limitado, primero por la aguda contracción financiera de la Gran Depresión y después por la extensiva coordinación del sistema de Breton Woods y, más generalmente, por la economía de posguerra<sup>65</sup>.

El papel central de los bancos y el papel de los bonos hipotecarios en la crisis actual tienen un misterioso parecido con el comienzo de la Gran Depresión. Joseph Schumpeter subrayó cómo la caída de los precios de los inmuebles en Florida precipitó el colapso de la burbuja centrada en bonos hipotecarios. Para Schumpeter, la caída de la bolsa tuvo una importancia secundaria comparada con el impacto sobre los bancos, lo cual reflejaba a su vez la existencia de una burbuja crediticia. Schumpeter subrayó también que el *crash* de 1929 mostraba las características clásicas de un «ciclo de Juglar». Llamados así por el historiador económico Clément Juglar, esos ciclos empezaban con crisis financieras devastadoras y hambrunas de crédito, para exigir después su terrible peaje a la industria y a la agricultura. Schumpeter ya era consciente del papel específico que representaba la inversión inmobiliaria en las turbulencias económicas: «No hay nada con más probabilidades de producir procesos depresivos acumulativos que el compromiso de un gran número de hogares con un negocio fuertemente financiado por los bancos comerciales»<sup>66</sup>.

En esta época también se han desplomado los instrumentos especulativos financieros basados en hipotecas inmobiliarias, con Florida de nuevo como epicentro. A pesar de muchas incógnitas, es razonable suponer que el PIB estadounidense va a sufrir un estancamiento más que un hundimiento como el que se registró en la década de 1930. Sin embargo, la pérdida en términos de PIB potencial podría ser importante: Greenlaw y sus colegas estiman, conservadoramente, que se situará entre el 1 y el 1,5 por 100, como hemos visto. Hasta ahora, tanto políticos como reguladores han intentado controlar la crisis animando a los bancos a buscar sus propias soluciones, en lugar de diseñando nuevos instrumentos de regulación. El gobierno de Brown se lo pensó durante seis meses, antes de decidirse a nacionalizar Northern Rock. En Estados Unidos, ni la Reserva Federal ni el Tesoro se han mostrado decididos a desenmascarar las pérdidas y recapitalizar las instituciones afectadas. Incluso Herbert Hoover creó la Reconstruction Finance Corporation, una agencia diseñada para revitalizar activos amenazados que, finalmente, contribuyó notablemente a hacer despegar la economía estadounidense.

---

<sup>65</sup> Gérard Duménil y Dominique Lévy, «La finance capitaliste», en Suzanne de Brunhoff *et al.*, *La finance capitaliste*, París, 2006, pp. 131-180.

<sup>66</sup> J. A. Schumpeter, *Business Cycles* [1939], Filadelfia, 1982, vol. 2, pp. 747-748. Schumpeter intenta explicar la gravedad del *crash* de 1929 a partir de la conjunción de los ciclos de Juglar, Kitchen y Kondratiev.

La respuesta del *New Deal* a la crisis incluyó también, además de la Glass-Steagall Act, el establecimiento de la Home-Owners Loan Corporation (HOLC) en 1933, la introducción de la Securities and Exchange Commission en 1934, la aprobación de la Social Security Act en 1935 y el establecimiento de la Federal National Mortgage Association, ahora familiarmente conocida como Fannie Mae, en 1938. Mientras que el propósito de HOLC era detener el creciente número de embargos, Fannie Mae estaba diseñada para asegurar y subvencionar hipotecas inmobiliarias preferentes. La HOLC compraba hipotecas impagadas a los bancos y ofrecía a los prestatarios condiciones de pago más favorables. En dos años, la HOLC había recibido 1,9 millones de solicitudes de propietarios de viviendas en dificultades y renegoció con éxito un millón de hipotecas. Cerró en 1951, después de la cancelación de la última hipoteca de 1936<sup>67</sup>. Mientras HOLC negociaba con los prestatarios de *subprimes*, Fannie Mae hacía más fácil y barato a los prestatarios preferentes conseguir una hipoteca, usando su garantía federal y su carácter de institución libre de impuestos para organizar un mercado hipotecario secundario que suscribiera cualquier hipoteca residencial hasta cierto valor. La garantía y la exención de impuestos posibilitaron a Fannie Mae endeudarse a tipos baratos que transmitía a los prestatarios individuales. Esta desmercantilización parcial del mercado de la hipoteca residencial resultó muy exitosa. En 1968, Fannie Mae fue semiprivatizada y autorizada a recibir capital de inversores, pero mantuvo su garantía federal y siguió estando exenta de impuestos. Las subvenciones le facilitaron financiar el proceso por el que, en los siguientes cuarenta años, más de 50 millones de familias adquirieron la propiedad de sus hogares. Sin embargo, la semiprivatización puede ser considerada ahora como un gran error, ya que permitió a las dos empresas respaldadas por el gobierno asumir cantidades excesivas de deuda en su intento de garantizar el valor y aumentar los ingresos<sup>68</sup>. Pero, realmente, el problema general, que se ha manifestado también en la privatización de tantas sociedades inmobiliarias británicas que previamente tenían un carácter más mutualista, es la animadversión que suscitan incluso las pautas sociales de comportamiento parcialmente desmercantilizado y la pasión irracional por el modelo de la empresa privada.

### III. FUSIÓN

En agosto de 2007, el malestar causado por el hundimiento de los instrumentos con base hipotecaria se había extendido a todo el grupo de los

<sup>67</sup> Alan Blinder, «From the New Deal, a Way Out of a Mess», *The New York Times*, 24 de febrero de 2008. Este planteamiento supone el rescate financiero de bancos culpables de malvender y que deberían verse obligados a pagar por ello, de lo que se habla más adelante.

<sup>68</sup> Ronald Utt, «Time to Reform Fannie Mae and Freddie Mac», Heritage Foundation, Backgrounder 1861, junio, 2005. Utt propuso la retirada de la garantía federal y la exención de impuestos para permitir que Fannie y Freddie se «concentraran [...] en titular las hipotecas residenciales en competencia libre y abierta con el sector privado». Véase también Manuel Aalbers, «The Financialization of the Home and Mortgage Crisis», *Competition and Change* XII, 2 (junio de 2008).

CDO, y eso fue lo que dio lugar a la «crisis crediticia». Finalmente se comprendió que esos increíblemente complicados instrumentos financieros constituían una parte importante del conjunto total de activos de las instituciones financieras. Los *hedge funds* también los habían encumbrado, pues nunca recelaron de su calidad ni cuestionaron las finanzas estructuradas. Sabían que no había un mercado activo de derivados, pero creían en el valor de su modelo y en el aseguramiento que conllevaban. En algunos casos, incluso en los más afectados, los mismos *hedge funds* eran escisiones planeadas de bancos de inversión que les suministraban crédito para sus *margin calls*, que siempre cuentan con un margen mínimo garantizado.

Parte del problema con los CDO es que los salarios pagados a los empleados de banca y abogados financieros se van en la operación en su conjunto, gestionando miles de hipotecas, pero no en investigar cada una de ellas<sup>69</sup>. La escasez de títulos disponibles y las restricciones prácticas para detallar el contenido de los contratos de CDO llevaron, en algunos casos, a los llamados protocolos y a pagos en efectivo por valores inferiores al importe protegido. En otro informe para la Reserva Federal, de octubre de 2007, Michael Gibson empezaba por subrayar los beneficios de los derivados de cualquier tipo y a continuación hacía una lista de los múltiples riesgos que emanaban de su compleja e intrincada secuenciación y coordinación<sup>70</sup>.

El colapso del valor de los CDO y las dudas respecto a la cobertura de los CDS reflejaban más la desconfianza mutua entre los tenedores de los títulos que una simple incomprensión. La crisis crediticia fue un resultado de las justificadas dudas de cada banco respecto a los demás, así como de la calidad de los activos subyacentes. Los bancos sabían cómo evaluar los problemas de los CDO, porque habían ayudado a definir estos instrumentos. Sus doctores en Finanzas tenían suficiente información para saber, fuera cual fuera su complejidad, lo dudoso de tales activos a pesar de su calificación de triple A. Eran conscientes de que el miedo al contagio se cobraría su peaje sobre los títulos, incluso sobre algunos que, en la plenitud de los tiempos, habrían sido buenos y que los seguros en que se encontraban envueltos podrían desintegrarse justo cuando resultasen necesarios. La crisis de crédito ha cobrado su peaje a los títulos hipotecarios y al concepto mismo de CDO y CDS, lo que dará lugar a actitudes más cautelosas pero no eliminará las transacciones con derivados, que son demasiado útiles al sistema financiero y están demasiado ampliamente difundidas dentro de él como para que vayan a ser fácilmente abandonadas. El nominal total de CDS es de no menos de 48 billones de dólares, o tres veces el tamaño del PIB de Estados Unidos (aunque muchos

---

<sup>69</sup> Satyajit Das, «How Supposed Risk Hedgers Could Become Risk Creators», *Financial Times*, 6 de febrero de 2008. Véase también Robert Cookson y Gillian Tett, «Pressure Builds Over CDS Settlements», *Financial Times*, 21 de febrero de 2008.

<sup>70</sup> Michael S. Gibson, «Credit Derivatives and Risk Management», FEDS Working Paper No. 47, Washington DC, 2007.

se solapen y cancelen uno a otro, haciendo mucho menor el total real). La emisión de CDO en los últimos cinco años fue de más de 1,6 billones de dólares, mientras que los títulos financieros restantes totalizaban los 10,8 billones.

La Reserva Federal ha ofrecido mayor liquidez a los bancos, pero es muy probable que el problema de éstos sea la solvencia y no la liquidez. El trabajo de Greenlaw y sus coautores explica que:

Las inyecciones de liquidez por el banco central constituyen una invitación a los intermediarios financieros para que «expandan» sus balances de situación endeudándose con el banco central para continuar así la cadena del crédito. Sin embargo, una institución apalancada que sufre escasez de capital es incapaz de aceptar tal invitación. El reconocimiento de su renuencia es la clave para entender el desorden que se ha extendido al mercado interbancario<sup>71</sup>.

Estos autores admiten que los bajos tipos de interés al estilo estadounidense ayudan a los bancos al permitirles renegociar sus préstamos a tipos más favorables, pero que no conducen a nuevos préstamos.

Si los bancos más importantes se vieran obligados a reducir el valor contable de sus CDO en 50 céntimos por dólar, se hundiría su patrimonio y se situarían, técnicamente, en bancarrota. Entre los bancos que se encuentran en esta situación están Citigroup, Merrill Lynch, Lehman Brothers y Morgan Stanley, pero es probable que también haya otras sorpresas. Por supuesto que no se permitirá la quiebra de ningún gran banco: las autoridades montarán rescates, participaciones mayoritarias y fusiones. En lugar del duro trato concedido a Enron y Worldcom, veremos el «socialismo para banqueros» cuando se movilicen fondos públicos para recuperar entes financieros demasiado grandes para permitir su hundimiento. El rescate de Bear Stearns fue duro para los accionistas, pero no para los tenedores de bonos ni para sus compradores. JP Morgan, el comprador, es el beneficiario de una garantía de la Reserva Federal sobre 29 millardos de dólares en activos propiedad de Bear. Durante las semanas siguientes al rescate, la Reserva Federal prestó una cantidad similar, en forma confidencial, a otros bancos, con títulos de categoría 3 como garantía colateral. La principal alternativa a la inyección de fondos públicos serían nuevas entradas provenientes de fondos de inversión soberanos.

En conjunto, a principios de 2008 había hasta 900 millardos de dólares en lotes de vulnerables CDO que incluían grandes cantidades de *subprimes*, de «Alt A» y de deuda de mayor calidad. Estos activos tienen valor, pero su importe preciso es difícil de conocer porque sólo pueden ser vendidos con un descuento absurdo. Algunos obtendrán enormes beneficios adquiriendo «activos enfermos» devaluados, pero ¿cómo separar las buenas

<sup>71</sup> D. Greenlaw *et al.*, «Leveraged Losses», cit., p. 43.

apuestas de las losas muertas? En un intento de reequilibrar las carteras, algunos bancos han recurrido al intercambio de derivados para conseguir una combinación supuestamente más ventajosa.

Las pérdidas que se han apuntado los bancos afectan a sus accionistas y a algunos *juniors* del sector. Las acciones han caído en un 25 por 100, por término medio, aunque algunos títulos han perdido mucho más valor. Sin embargo, los ejecutivos sénior, responsables de que los accionistas hayan sufrido pérdidas tan cuantiosas, han seguido siendo recompensados con retribuciones suculentas concedidas por domesticados consejos de dirección. Los directores ejecutivos de dos bancos de Wall Street dejaron sus empleos en 2007 rapiñando pródigas recompensas por su fracaso: 160 millones de dólares para Stanley O'Neal, de Merrill, y 90 millones para Charles Prince, de Citigroup. En el rescate de Bear Stearns, los accionistas se quedaron con un valor de 10 dólares por acciones que el año anterior valían 170. La tercera parte de las acciones del banco era propiedad de sus trabajadores, muchos de los cuales, además, puede que pierdan su puesto de trabajo. Los miembros del consejo sufrieron grandes pérdidas en sus tenencias, pero seguirán siendo hombres ricos, dado que, durante la gran bonanza de los CDO, en la que su banco desempeñó un papel líder, habían ganado decenas o incluso centenares de millones en comisiones y bonificaciones.

Los banqueros sénior y de nivel medio siguieron recibiendo imponentes retribuciones a pesar de los malos resultados. Morgan Stanley anunció una pérdida de 9,4 millardos de dólares en el último trimestre de 2007, pero aun así aumentó el tamaño de su fondo para bonificaciones en un 18 por 100, con el argumento de que las pérdidas se habían concentrado en las finanzas estructuradas y no debían frustrar la recompensa de las que seguían siendo rentables. La masa salarial se sitúa generalmente en el 50 por 100 de los ingresos de un banco de inversión. En 2007 esa proporción se elevó fuertemente, llegando, en algunos casos, a situarse cerca del 100 por 100<sup>72</sup>.

Los accionistas de los bancos han sufrido pérdidas muy importantes. El mayor accionista de Citigroup es el inversor saudí príncipe Alwaleed, cuyos explosivos activos petrolíferos compensan sus pérdidas bancarias. Pero indudablemente hay elementos de los fondos de pensiones y algunos pequeños inversores que sí habrán notado el dolor. Puede que sus tenencias de CDO no hayan sido excesivas, pero al tener que invertir en todo el merca-

---

<sup>72</sup> Raghuram Rajan, «Bankers' Pay Is Deeply Flawed», *Financial Times*, 9 de enero de 2008. Respecto a los directores ejecutivos y los «problemas de agencia» de los gestores de fondos, véanse R. Blackburn, *Age Shock*, cit., pp. 164-165; Michael Useem, *Investor Capitalism*, Nueva York, 1996; John Bogle, *The Battle for the Soul of Capitalism*, New Haven, 2005; Nomi Prins, *Other People's Money*, Nueva York, 2004, y Yally Avrahampour, «Agency, Networks and Professional Rivalry. The Valuation and Investment of UK Pension Funds (1948-2006)», PhD, University of Essex, 2007.

do en aras de la diversificación, tienen participaciones en muchas instituciones financieras. Un informe afirmaba que los fondos de pensiones perdieron 110 millardos de dólares sólo en el primer trimestre de 2008<sup>73</sup>. En 2007, 116 fondos iniciaron procesos judiciales contra sus gestores, por pérdidas que iban del 28 al 84 por 100 en inversiones supuestamente seguras. State Street, que gestiona 2 billones de dólares de fondos de pensiones, ha reservado ya 618 millones para hacer frente a demandas legales<sup>74</sup>.

Las víctimas más directas de la crisis han sido los entre dos y tres millones de tenedores de hipotecas (o sus arrendatarios) que han perdido, o van a perder, sus hogares. Las mujeres jóvenes, los afroamericanos y otras minorías están fuertemente representadas. La crisis de crédito profundiza una recesión que reduce los salarios y contrae el mercado de trabajo; que hará que los créditos a estudiantes sean más caros y difíciles de obtener, y que está ralentizando muchas mejoras municipales, incluida la construcción de viviendas sociales. A largo plazo, pueden producirse algunos hechos beneficiosos, en tanto que se ha puesto de manifiesto cómo las aseguradoras y las agencias de calificación de riesgos juntas han cobrado de más a las municipalidades por el aseguramiento de sus bonos. Y la crisis afecta a muchos fuera de Estados Unidos, particularmente a la altamente financiarizada economía inglesa<sup>75</sup>. El peligro a la vista es una mezcla de recesión diferida, como la de Japón en la década de 1990, hasta que se purguen del sistema las pérdidas bancarias, y una fractura más amplia, como la de la crisis asiática en 1997-1998. Al ser una convulsión originada por el «capitalismo anglosajón» de carácter financiero, tendrá carácter propio. Japón no tiene industrias deslocalizadas, una tasa de ahorro negativa ni está infectado por unas finanzas estructuradas de valor improbable e imposible de establecer.

### *Gambitos del Tesoro*

Desde el principio de la crisis, Henry Paulson ha insistido primordialmente en urgir a los bancos, aseguradoras de bonos y otras instituciones financieras a buscar sus propias soluciones. Pero no ha tenido mucho éxito. Así, las súper SIV que endosó en septiembre de 2007 tuvieron que ser abandonadas en enero de 2008. El 28 de enero, Hugo Dixon se preguntaba en *The Wall Street Journal*, «Is Anybody in Charge? [¿Hay alguien al mando?]<sup>76</sup>. Días después, Paulson aseguraba a Charlie Rose, entrevistador

<sup>73</sup> Andrew Sheen, «Funds Lose \$110 billion in a Month», *Global Pensions*, 1 de febrero de 2008.

<sup>74</sup> Vikas Bajaj, «State Street Corp is Sued Over Pension Fund Losses», *The New York Times*, 4 de enero de 2008.

<sup>75</sup> Alex Frangos, «Credit Losses Stall Affordable-Housing Projects», *The Wall Street Journal*, 18 de marzo de 2008; Julie Creswell y Vikas Bajaj, «States and Cities Start Rebelling on Bond Ratings», *The New York Times*, 3 de marzo de 2008; Alistair MacDonald y Mark Whitehouse, «London Fog. Credit Crunch Pounds UK Economy», *The Wall Street Journal*, 7 de febrero de 2008.

<sup>76</sup> *The Wall Street Journal*, 28 de enero de 2008.



de televisión, que estaba trabajando en un nuevo esquema de regulación general que comprendería las hipotecas en su origen, la titulización, los ratios de activos bancarios, los instrumentos fuera de balance, la transparencia y la composición y venta de derivados. Cuando se publicó, en marzo, se vio que no había perdido su fe en que la comunidad financiera debía autorregularse, o al menos fingir que lo hacía. El plan exigía alguna transparencia a los bancos de inversión y a los *hedge funds*, pero no establecía poder de regulación. La crisis crediticia ha provocado emergencias en las que han tenido que intervenir el Tesoro y la Reserva Federal, pero, en la medida de lo posible, esas intervenciones han sido vestidas de autoayuda y autorregulación. Y eso aun cuando la absorción de Bear Stearns por JP Morgan sólo se produjo porque la Reserva Federal asumió un riesgo de 29 millardos de dólares de aquél, con la autorización del secretario del Tesoro. La venta de Bear Stearns a precio de saldo supuso negociar con un banco irritante y poco apreciado que se había negado a participar en el rescate de LTCM en 1998, y dejó sin respuesta las dudas respecto a la suficiencia del grado de capitalización que señalaba obstinadamente a otras instituciones de Wall Street.

La Reserva Federal ha reducido fuertemente los tipos de interés a corto plazo, supuestamente como forma de estimular la economía estadounidense. Pero su preocupación principal es el bienestar, la supervivencia incluso, de las instituciones que conforman el corazón del sistema financiero. Los bancos son siempre lentos a la hora de transmitir a los consumidores las bajadas en los tipos de interés<sup>77</sup>. Bancos capaces de endeudarse presentando las más débiles garantías al 2,25 por 100 de interés siguieron cargando más del 6 por 100 incluso a las hipotecas de perspectivas más sólidas.

No es ninguna revelación que hay mucha vida fuera del alcance de las finanzas cuantitativas, pero que sus especialistas hayan confundido tan estrepitosamente el riesgo relativo es extraño. Así, Matthew Rothman, doctor por Chicago y director de estrategias patrimoniales en Lehman Brothers Holdings, declaraba después de unos cuantos días malos en agosto de 2007: «El miércoles es el tipo de día que la gente de Quant Land recordará durante mucho tiempo. Acontecimientos que según los modelos sólo deberían suceder una vez cada 10.000 años se dieron una vez al día durante tres consecutivos»<sup>78</sup>. De hecho, Benoît Mandelbrot había sido tradicionalmente escéptico, mientras que Nassim Nicholas Taleb<sup>79</sup>, bróker él mismo, advirtió que las finanzas cuantitativas tienen puntos negros en lo que se refiere a *fat tails* [colas gruesas] y «acontecimientos de cisne negro», esto es, acontecimientos imprevisibles que provocan un impacto fuer-

<sup>77</sup> Floyd Norris, «An Effort to Stem Losses at Citigroup Produces a Renewed Focus on Risk», *The New York Times*, 16 de enero de 2008.

<sup>78</sup> Kaja Whitehouse, «“Quant” Expert Sees a Shakeout for the Ages», *The Wall Street Journal*, 14 de agosto de 2007.

<sup>79</sup> Véase Nassim Nicholas Taleb, *Fooled by Randomness*, Nueva York, 2004, y *The Black Swan*, Nueva York, 2007 [ed. cast.: *El cisne negro*, Barcelona, Paidós, 2008].

te en un sistema y que son difíciles de prever. Fisher Black escribió un artículo sobre «los agujeros de Black-Scholes» y otro sobre cómo aprovecharlos<sup>80</sup>. Un agujero de Black-Scholes es aquel que asume una distribución normal y se desequilibra ante una cola gruesa. Con los datos financieros se presenta a menudo un problema de tamaño de la muestra, que no resulta suficientemente grande como para captar la varianza en un periodo significativo de tiempo. En una perspectiva a largo plazo, la información disponible basada en la información financiera de hoy es muy limitada; y si se excluye el futuro, es imposible estimar si la cola es gruesa o no. Mientras que Fischer Black sabía que el elemento tiempo puede resultar devastador para la teoría financiera, la mayoría de los economistas cuantitativos creen ingenuamente en una simple tasa numérica de descuento que puede ser empleada para calcular el valor actual de una corriente futura de renta o de pagos. Este proceso amortiguador, que se da también en la contabilidad que sigue el criterio del «valor actual de mercado» y del «valor justo de mercado», elimina las características más perturbadoras: el futuro es impredecible y, a la vez, arrastra el pasado con él.

La financiarización estimula a los hogares a comportarse como empresas, a las empresas a comportarse como bancos, y a los bancos a hacerlo como *hedge funds*. Pero, ¿cuál es, entonces, el sino de los *hedge funds*? ¿Cómo podemos saber cuándo tienen éxito? La frecuencia relativa de las «distribuciones de Taleb» en los mercados financieros hace muy difícil para expertos institucionales o inversores individuales valorar los resultados de los *hedge funds*. En esos mercados, en cualquier año, existe una alta probabilidad de conseguir buenos resultados y una probabilidad baja de altas pérdidas. Pero si se consideran veinte años, la probabilidad se eleva a niveles en los que quizá uno de cada diez o, incluso, uno de cada cinco de tales fondos desaparece del mapa. El gestor del *hedge fund* cobra el 2 por 100 del valor del fondo cada año y el 20 por 100 de la ganancia anual de capital. Incluso gestores de fondos que han desaparecido, seguirán siendo muy ricos después de veinte años. La crisis de crédito ha hundido ya varios *hedge funds* famosos e inspirado dudas radicales respecto a su fórmula misma. Martin Wolf cita un estudio que muestra la dificultad de diseñar incentivos que estén realmente en línea con los intereses de los inversores:

Las posibilidades obvias incluyen la recompensa de los gestores sobre los resultados finales, forzándoles a mantener una cuantiosa participación en el capital o estableciendo penalizaciones para malos resultados. Ninguna de estas soluciones resuelve el problema de distinguir suerte de habilidad. La primera impulsa a los gestores a asumir riesgos considerables cuando se encuentran cerca del límite con el que se inician los beneficios. Y los efectos de la segunda alternativa pueden ser evitados por aquéllos tomando posiciones en derivados, que pueden ser difíciles de controlar. Finalmente, incluso bajo la apa-

<sup>80</sup> Fischer Black, «The Holes in Black-Scholes», *Risk* 1 (marzo de 1988).

rentemente atractiva alternativa final, resulta que cualquier cláusula de penalización retroactiva suficientemente severa como para mantener alejados a los malos gestores descorazona también a los buenos<sup>81</sup>.

Hay una pregunta que sigue pendiente: ¿cuándo, y con qué extensión, la crisis financiera se va a convertir en crisis de la economía real? Después de seis meses de cuasi-parálisis, la economía estadounidense seguía creciendo y la Bolsa de Nueva York parecía negarlo. Había señales de rémora en el paso, pero estaban agravadas más que causadas por la crisis crediticia. Después de todo, había sido la bancarrota inmobiliaria la que había propiciado la crediticia, no al revés. Un tema recurrente al escribir sobre la economía estadounidense a partir de 2001 ha sido el bajo nivel de inversión interior y la caída de los préstamos bancarios a instituciones no financieras. En su lugar, las instituciones financieras se prestaban mutuamente y comerciaban entre ellas. Greenlaw, Hatzius y sus colegas han explicado cómo los «aceleradores financieros» de balances de situación apalancados transmiten *shocks* de un interconectado sector financiero a otro, intensificando las pérdidas<sup>82</sup>. Durante un tiempo, lo que quedaba de la economía real pudo andar renqueando, ya que no dependía del crédito financiero. Pero, ¿y la «cola gruesa» de las empresas fuertemente apalancadas? Puede que no sean más que el 5 por 100 del total, pero su hundimiento podría iniciar una nueva ronda de devaluaciones del valor de las mismas. En abril de 2008, el FMI planteó educadamente la cuestión de la bancarrota, cuando afirmó que su estimación de 945 millardos de dólares en pérdidas «sugiere tensiones potenciales añadidas sobre el capital bancario y nuevas devaluaciones [...] combinadas con pérdidas para las instituciones no bancarias [...] el peligro es que puedan producirse nuevas reverberaciones que vuelvan a incidir sobre el sistema bancario mientras continúe el desapalancamiento»<sup>83</sup>.

#### IV. ABORDANDO LA CRISIS DE CRÉDITO

El colapso de la burbuja hipotecaria y el daño que ha causado tanto al sistema financiero como a la economía real muestran el fracaso del capitalismo anglosajón con su desregulación, privatización y su creencia en la alquimia de la financiarización. Mientras que hay partes del sistema bancario opaco que no tienen objetivos útiles y podrían ser simplemente eliminadas, otras funciones son potencialmente útiles y podrían ser realizadas por un ente público responsable. Los bancos están cerrando sus SIV, pero la ley que les permite esconder pasivos fuera del balance de situación sigue en vigor.

<sup>81</sup> Martin Wolf, «Why Today's Hedge Fund Industry May Not Survive», *Financial Times*, 19 de marzo de 2008. Véase también Dean Foster y Peyton Young, «Hedge Fund Wizards», *The Economists' Voice* V, 2 (2008), y «The Hedge Fund Game», Oxford University Economics Department Discussion Paper No. 378, enero, 2008.

<sup>82</sup> D. Greenlaw *et al.*, «Leveraged Losses», cit.

<sup>83</sup> FMI, *Global Financial Stability Report*, cit., p. X.

Las autoridades de Estados Unidos y Reino Unido han movilizado importantes recursos para rescatar a los bancos de su propia locura, y el rescate puede estar lejos de haber terminado. Los hogares y las instituciones financieras siguen bajo el peso de la deuda, que puede hundirlos. Los bancos necesitarán apoyo si tienen que desapalancar reorganizando su negocio y recuperando solvencia. El uso de recursos públicos para conseguirlo tendría que tener un precio, si no pretende provocar una repetición de tal comportamiento (riesgo moral, como lo llaman los economistas). Las empresas financieras que se beneficien de la intervención pública, como hizo JP Morgan, podrían ser obligadas a emitir títulos preferentes a favor de un fondo público que, en Estados Unidos, podría ser la red de fondos en fideicomiso de la Seguridad Social a escala de cada Estado, o una nueva red regional social de fondos. Dado que todos se han beneficiado de los bajos tipos de interés, se podría exigir que todos colaborasen. Podría imponerse una nueva tasa sobre el capital para prevenir la aparición de nuevas burbujas. Si la recaudación se redistribuyera desde los que reportan dividendos hacia un fondo que reinvirtiera orientado al futuro, se ayudaría a contener presiones inflacionistas.

Otra área que necesita reformas es la contabilidad, dominada por sólo cuatro grandes empresas, y las normas contables, donde el planteamiento del «valor actual de mercado» ha sido procíclico, al impulsar el ciclo de subidas y bajadas. Una agencia pública de auditoría y normas contables diversificadas podrían controlar los problemas de un sector en el que los auditores están con excesiva frecuencia conchabados con los auditados<sup>84</sup>. Asimismo hay razones para permitir sólo a los expertos de entes públicos funcionar como *hedge funds* y convertir instituciones que no cotizan en mercados públicos [*private equity*] en instituciones cotizadas en tales mercados [*public equity*]. Otro modelo que se podría considerar es el de la Reconstruction Finance Corporation (RFC), una entidad pública que funcionó durante los años 1932-1946. Invirtió en total alrededor de 39,5 mil millones de dólares (cerca de 4 billones a precios de hoy) para combatir la recesión y, después de 1940, organizar la producción de guerra. Creó un entramado de nuevas instalaciones productivas, adquiriendo participaciones en el capital como compensación. Esta empresa se liquidó en 1946 porque estaba teniendo demasiado éxito; fue presentada como una institución antiestadounidense y muchos de sus mejores ejecutivos fueron perseguidos como espías soviéticos<sup>85</sup>.

Otro ejemplo de mecanismo de rescate es la Resolution Trust Corporation (RTC) creada por el Congreso de Estados Unidos en 1989. Esta entidad usó dinero federal para rescatar la tocada Savings and Loan. La RTC asumió la propiedad de todos los activos, vendiéndolos una vez que el mer-

<sup>84</sup> He escrito más sobre estos temas en *Age Shock*, cit., pp. 285-292.

<sup>85</sup> James Olson, *Saving Capitalism. The Reconstruction Finance Corporation and the New Deal, 1933-1940*, Princeton, 1988.

cado se recuperó. La RTC realizó una importante inyección de fondos federales, pero finalmente se autoliquidó: funcionaba, pero su éxito se convirtió en un medio opaco de subvencionar al sector bancario<sup>86</sup>. Habría sido mejor que tanto la RFC como la RTC hubieran seguido siendo instituciones públicas, ayudando a diversificar el panorama económico y a mantener niveles adecuados de inversión y seguridad. Los gastos de recapitalización no deberían ser considerados como parte de las operaciones corrientes del presupuesto, sino de las operaciones de capital.

Jean-Charles Rochet señala el éxito del planteamiento noruego frente a su crisis bancaria en 1988-1992. Tres de los mayores bancos del país fueron nacionalizados y sus accionistas expropiados. La rehabilitación de los bancos tuvo tanto éxito que, cuando fueron finalmente revendidos al sector privado, el Estado obtuvo un beneficio significativo<sup>87</sup>, una parte del cual, al menos, fue canalizada hacia los dos fondos públicos de pensiones del país, uno de los cuales se dedica a inversiones en la economía local.

Más generalmente, la vieja fórmula angloamericana de la deuda pública es inadecuada en un mundo asediado no sólo por el «riesgo» individual sino por «*shocks* comunes» como el cambio climático, el envejecimiento y las turbulencias del mercado, como han reconocido incluso algunos de los Estados más conservadores y prudentes cuando constituyen «fondos de futuro» y fondos de inversión soberanos. El inminente gobierno laborista de Australia ha anunciado que continuará construyendo el «fondo de futuro». Noruega, Singapur, Corea del Sur y China son otros ejemplos. El ministro noruego de Economía insiste en que el fondo de pensiones público, con activos de 35 millardos de dólares, persigue una agenda «ética» y «un alto grado de transparencia en todos los aspectos de su funcionamiento». Tiene «horizontes de inversión a largo plazo», evita «apalancamientos» y añade liquidez al mercado. El fondo evita «posicionamientos políticos o decisiones de inversión politizadas»:

Promovemos las bases éticas disponiendo de los derechos de propiedad y excluyendo del fondo a las empresas. Cuando es posible impulsar a una empresa a que emplee sistemas que reducen el riesgo de infracciones éticas, la opción que preferimos es el uso del derecho de propiedad<sup>88</sup>.

Hoy en día muchos fondos del sector público e innumerables fondos sociales prefieren «comprometerse», presentando mociones en las asambleas generales de accionistas sobre cuestiones relativas a determinados procesos industriales peligrosos, a la negación de los derechos de los trabajadores o a los salarios y pagas exorbitantes percibidos por los ejecutivos en

<sup>86</sup> Joseph Stiglitz y Bruce Greenwald, *Towards a New Paradigm in Monetary Economics*, Cambridge, 2003.

<sup>87</sup> J.-Ch. Rochet, *Why Are There So Many Banking Crises?*, cit., pp. 29-30.

<sup>88</sup> Kristin Halvorsen, «Norway's Sovereign Fund Sets an Ethical Example», *Financial Times*, 15 de febrero de 2008.

lugar de limitarse simplemente a boicotear la tenencia de las acciones de las compañías en las que invierten. Hay que ser cuidadoso y no exagerar lo que se puede conseguir por esta vía y, aún menos, proponerla como alternativa a campañas populares, legislación y acciones sindicales. Sigue siendo capitalismo de Estado y está, generalmente, muy alejado de rendir una responsabilidad real. Pero en las arenas de los mercados de capital financiarizados, movedizas y pérfidas, los fondos de inversión soberanos han sido un factor de estabilidad. Dado este potencial, hay muchas razones para sostener que deberían ser financiados mediante levadas regulares sobre el capital, con la ventaja añadida de que éstas podrían contrarrestar, como señaló Schumpeter, las burbujas económicas<sup>89</sup>.

La corriente nacional de regulación que surgió en la década de 1930 y fue globalmente coordinada por el sistema de Breton Woods tiene que ser revisada y extendida a escala internacional. Keynes y Dexter White desearon siempre que el FMI y el Banco Mundial tuvieran mayores poderes, para evitar, por ejemplo, que un país mantuviera superávits durante mucho tiempo. En el contexto de la crisis actual, esas instituciones, cada una de ellas con una nueva dirección, intentarán, indudablemente, intervenir. Las cláusulas de Basilea II que permiten a los bancos usar sus propios modelos de valoración tienen que ser anuladas.

John Eatwell y Lance Taylor estuvieron cierto tiempo insistiendo en la necesidad de una «Autoridad Financiera Mundial»<sup>90</sup>. Los acontecimientos han confirmado sus avisos de que el sistema financiero internacional estaba haciéndose peligrosamente volátil. En un trabajo sobre este tema, Jane D'Arista ha insistido en la necesidad de lo que llama un «marco macro-prudente», que asegure las aportaciones para pensiones en lugar de las instituciones financieras<sup>91</sup>. En otros momentos ha escrito sobre la necesidad de un nuevo sistema de reserva, que tenga en cuenta el diferencial de las operaciones financieras e insista en que todas las entidades que las realicen mantengan reservas adecuadas. D'Arista sostiene, en términos

---

<sup>89</sup> En los primeros años de posguerra, el ministro japonés de Economía adoptó con éxito la leva sobre el capital de Schumpeter para absorber beneficios de guerra y contener la inflación. Véase Barry Eichengreen, «The Capital Levy in Theory and Practice», en Rudiger Dornbusch y Mario Draghi (eds.), *Public Debt Management. Theory and History*, Cambridge 1990, pp. 191-220. En *Age Shock* (cit., pp. 263-310) sostengo que la mejor forma actual de leva sobre el capital es una versión más suave basada en las ideas de Rudolf Meidner, que exige que todas las empresas donen cada año acciones a una red de fondos sociales regionales. Véase también R. Blackburn, «A Global Pension Plan», *NLR* 47 (septiembre-octubre de 2007) led. cast.: «Un plan de pensiones global», *NLR* 47 (noviembre-diciembre de 2007), Madrid, Akall.

<sup>90</sup> John Eatwell y Lance Taylor, *Global Finance at Risk. The Case for International Regulation*, Nueva York, 2000. Véanse también las contribuciones a J. Eatwell y L. Taylor (eds.), *International Capital Markets*, cit.

<sup>91</sup> Jane D'Arista, «Including Pension Funds in the Macro-Prudential Framework», presentado en la conferencia del Center for Economic Policy Analysis, 10-11 de septiembre de 2004, New School for Social Research, Nueva York.

que se podrían aplicar a cualquier banco central o a una autoridad internacional, que

crear un sistema de reserva que extienda la influencia de la Reserva Federal a todo el sistema financiero en su conjunto exige que las reservas emitidas y mantenidas por las instituciones financieras sean pasivos del banco central. Desplazar las reservas al pasivo de los balances de situación de las instituciones financieras permitiría a la autoridad monetaria crearlas o extinguirlas tanto en empresas bancarias como financieras no bancarias<sup>92</sup>.

Joseph Stiglitz ha identificado también debilidades fundamentales en el régimen financiero global actual<sup>93</sup>. Ha llegado el momento de reexaminar la útil lista de propuestas de Walden Bello y otros realizada tras la crisis asiática de 1997-1998<sup>94</sup>. Ahora es algo generalmente aceptado que los paraísos fiscales permiten a empresas e individuos ricos burlarse de la imposición y la regulación de cada país. La demanda del gobierno alemán para obtener información de Liechtenstein muestra nuevos planteamientos. En términos más amplios, hay que encajar también las instituciones financieras a escala Estados y regiones.

La solución a los grandes problemas arriba señalados no es abandonar el dinero o las finanzas, sino integrarlas en un sistema adecuadamente regulado, para transformar progresivamente la naturaleza real de empresas y bancos en términos tanto de propiedad como de funcionamiento. Y crear una red global de fondos sociales, financiados tal como plantea Meidner, y un sistema global de regulación financiera. El sistema bancario «en la sombra» tiene que pasar a estar bajo control, y tiene que haber nuevos principios que sean respetados por todos los que ofrecen derivados para la venta. Estos últimos son producto de la inteligencia humana y no deben ser temidos como fuerzas extrañas. Pero hay que hacer visible y transparente su funcionamiento. George Soros pide una «cámara de compensación o de cambio, con una estructura de capital sana y requerimientos estrictos sobre sus márgenes, a la que habría que someter todos los contratos existentes y futuros»<sup>95</sup>. Quizá habría que establecer una red global de Consejos de Derivados de propiedad pública, que gozase del monopolio del comercio de derivados.

<sup>92</sup> J. D'Arista, «Broken Systems», cit., p. 14. Véase también J. D'Arista, «Rebuilding the Transmission System for Monetary Policy», Financial Markets Center Report, Howardsville, VA, noviembre, 2002.

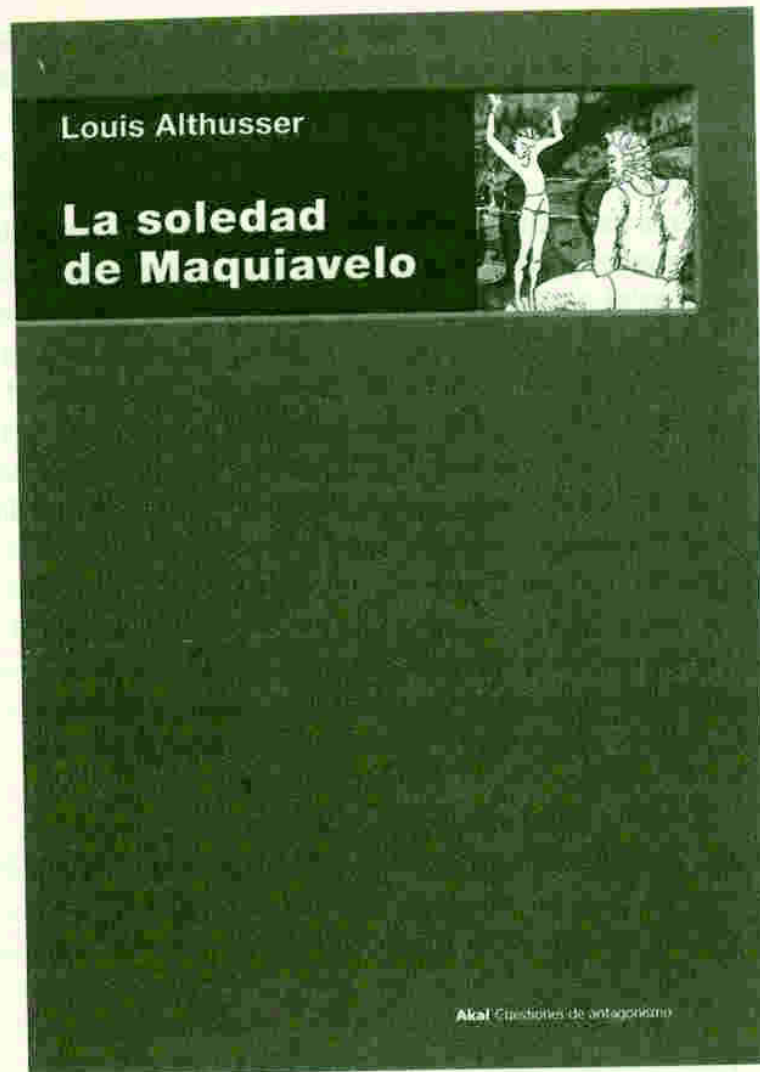
<sup>93</sup> Joseph Stiglitz, *Globalization and its Discontents*, Nueva York, 2002, y *The Roaring Nineties*, Nueva York, 2003; J. Stiglitz y B. Greenwald, *Towards a New Paradigm in Monetary Economics*, cit.

<sup>94</sup> Walden Bello, Nicola Bullard y Kamal Malhotra (eds.), *Global Finance. New Thinking on Regulating Speculative Capital Markets*, Nueva York, 2000. Se vuelven a oír argumentos de hace unos años en favor de los controles sobre el capital e impuestos sobre transacciones financieras. Véase Dani Rodrik y Arvind Subramanian, «Why We Need to Curb Global Flows of Capital», *Financial Times*, 26 de febrero de 2008.

<sup>95</sup> George Soros, «The False Belief at the Heart of the Financial Turmoil», *Financial Times*, 3 de abril de 2008.

Los costes actuales y potenciales de la crisis crediticia son ya enormes, pero deben ser considerados una parte del más amplio malestar del capitalismo financiarizado, con sus lúgubres desigualdades, salarios congelados y pérdida de protección social. Los desequilibrios globales hacen de China, Japón y Alemania los primeros exportadores mundiales de capital, mientras los pobres del mundo pelean para hacer frente a precios crecientes de alimentos y energía. Se está fraguando la que puede ser la peor crisis que ha afectado al capitalismo mundial desde el periodo de entreguerras. El prestigio de las instituciones capitalistas ha sufrido ya un fuerte golpe y sufrirá más cuando la crisis alcance a la economía real. Pero sólo acciones prácticas, radicales y renovadoras para controlar las perversas consecuencias de la crisis pueden impedir la aplicación de grandes dosis de esa medicina capitalista que, para muchos, será peor que la enfermedad financiarizada que se trata de curar.





## Índice

### Presentación

1. Sobre la objetividad de la historia. Carta a Paul Ricoeur (1955)
  2. Recensión del libro de Raymond Polin, *La politique morale de John Locke* (1960)
  3. Filosofía y ciencias humanas (1963)
  4. Sobre el *Contrato social* (1967)
  5. Lenin y la filosofía (1968)
  6. La filosofía como arma de la revolución (1968)
  7. Elementos de autocritica (1972)
  8. Defensa de Tesis en la Universidad de Amiens (1975)
  9. Historia terminada, historia interminable (1976)
  10. Prefacio al libro de Gérard Duménil, *Le concept de loi économique dans «Le capital»* (1977)
  11. ¡Por fin la crisis del marxismo! (1977)
  12. El marxismo como teoría «finita» (1978)
  13. El marxismo hoy (1978)
  14. Soledad de Maquiavelo (1977)
- Bibliografía esencial de Louis Althusser

## MACAO, COLONIA CASINO

En la sofocante tarde del Primero de Mayo de 2007 tuvo lugar en las calles de Macao una nada habitual manifestación en la que participaron obreros de la construcción, funcionarios locales y otros trabajadores\*. Miles de manifestantes tomaron las calles portando pancartas con una gran variedad de lemas (contra la corrupción, por el derecho a la vivienda y la mejora de los niveles de vida, contra el trabajo ilegal) y gritando consignas que exigían la dimisión del jefe del Ejecutivo de Macao, Edmund Ho Hau-Wah. Aunque la marcha había sido organizada por una coalición de seis pequeños sindicatos, en su transcurso se incorporaron a ella numerosos simpatizantes. En el cruce de la Avenida do Coronel Mesquita y la Avenida de Almeida Ribeiro, justo en el corazón de la ciudad colonial portuguesa, se inició una polémica con la policía sobre el recorrido a seguir que finalmente estalló en multitud de algaradas en el transcurso de las cuales un policía disparó cinco tiros y un ciudadano resultó herido de gravedad<sup>1</sup>.

Las protestas evidenciaban las tensiones sociales provocadas por el espectacular crecimiento económico de Macao, que, paradójicamente, está mucho más inmerso en los circuitos del capital global desde que su soberanía fue devuelta a la China continental en 1999. La inversión extranjera ha penetrado en profundidad, procedente en su mayoría de operadores de casinos extranjeros que han protagonizado una fenomenal expansión del sector del juego en el territorio. Macao es el único lugar de la República Popular China donde las apuestas son legales y, en una cruda demostración del principio «un país, dos sistemas», desde 2001 las autoridades chi-

---

\* Este artículo es una versión revisada de un artículo originalmente publicado como «Macao's Neocolonialism» en la revista taiwanesa *Si-xiang* [Reflexión] 7 (noviembre de 2007). Quiero mostrar aquí mi agradecimiento a Wang Chaohua y Chien Yung-xiang por la ayuda que me han prestado en diversos aspectos de este texto.

<sup>1</sup> Al día siguiente, el diario favorable al gobierno de Pekín *Macau Daily* trató de infravalorar la violencia policial y, en su lugar, condenó la manifestación por tratar de «perturbar el orden económico y social de Macao así como su imagen». Las organizaciones empresariales y culturales también reprocharon a los manifestantes su intento de «crear turbulencias» y «dividir al gobierno y al pueblo».

nas han abierto la región a los empresarios estadounidenses del juego. Macao tiene en la actualidad casi tantos casinos como Las Vegas y recientemente ha rebasado a esta ciudad en términos de ingresos<sup>2</sup>. El auge de los casinos ha tenido un amplísimo impacto sobre el paisaje, el tejido social, la vida económica y la cultura popular del territorio, transformándolo de un enclave colonial en lo que Steve Gin, empresario de casinos de Las Vegas, ha denominado «el lugar en el que se están produciendo los cambios más espectaculares del planeta»<sup>3</sup>.

Situado en la boca del delta del río de la Perla, 32 kilómetros al oeste de Hong Kong, y limitado al norte por la provincia de Guangdong, el territorio comprende la península de Macao y las islas de Taipa y Coloane, unidas con el continente por tres puentes, cada uno de ellos de poco más de 1,5 kilómetros de longitud. El centro histórico portugués mantiene el aroma luso, con sus calles adoquinadas, su plazas con columnatas, sus iglesias y viviendas pintadas de verde y amarillo pastel, que conviven con los monumentos chinos: el templo de A-Ma o las puertas de piedra labrada. Sin embargo, gran parte de esta pintoresca arquitectura colonial ha quedado sumergida bajo la ola de construcciones en altura tales como hoteles de lujo, edificios de apartamentos, complejos de entretenimiento y enormes centros comerciales que han crecido como setas por todo el territorio, acabando con bellas perspectivas visuales como la del faro del siglo XIX situado en la colina de Guia. Estos proyectos implacables han ampliado la superficie de territorio edificable: la ensenada marítima que antiguamente separaba Taipa y Coloane es hoy en día una manga de tierra llamada el *Strip* de Cotai, moldeada ex profeso a imitación de la principal vía pública de Las Vegas y en la que se encuentran en construcción 20.000 habitaciones hoteleras.

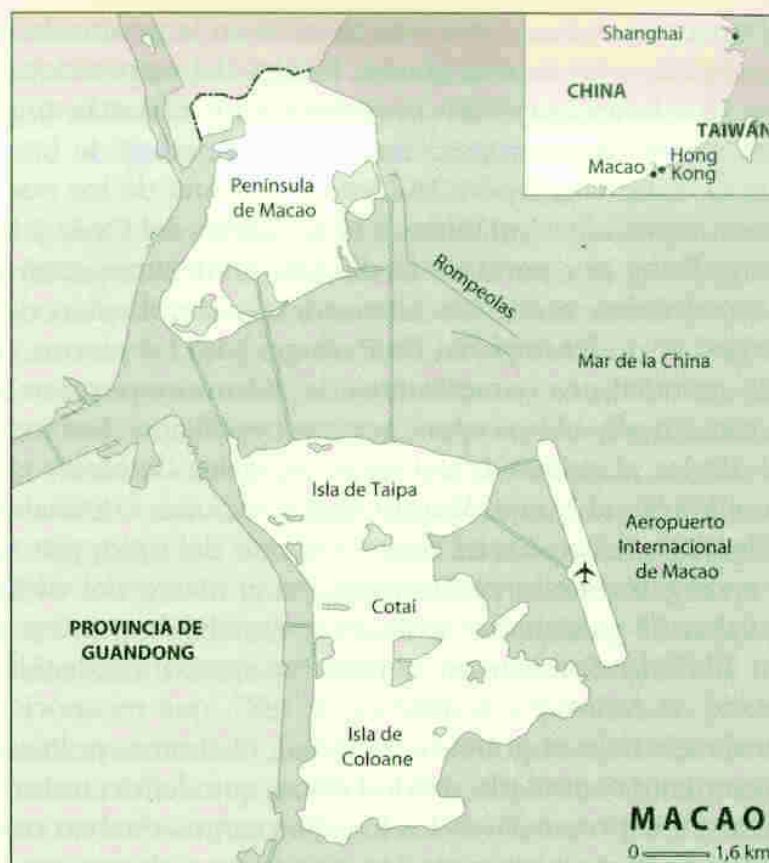
Tal como parecen indicar las protestas del Primero de Mayo, los beneficios de este rápido crecimiento están lejos de haberse repartido equitativamente entre los 540.000 residentes de Macao<sup>4</sup>. Entre los trabajadores locales, que se sienten traicionados por el proceso liberalizador, parece estar germinando cierta radicalización, en forma de un movimiento espontáneo que defiende la protección de los derechos sociales y revela algunas de las tensiones estructurales que definen la reorientación de China hacia el mercado capitalista mundial. La descolonización tuvo lugar de la mano de la expansión capitalista impulsada por las elites nacionales y fue sancionada por

---

<sup>2</sup> Macao obtuvo casi 7 millardos de dólares en 2006; en 2007, los impuestos sobre el juego supusieron el 71 por 100 de los ingresos del gobierno local. Véase «Government rakes in record 28.5 billion patacas in gaming taxes», *Macau Post Daily*, 18 de enero de 2008; «Macao surpasses Las Vegas in earnings», *China Daily*, 18 de noviembre de 2006.

<sup>3</sup> «Macao's gaming win swells», *Las Vegas Review-Journal*, 24 de enero de 2007.

<sup>4</sup> Según una estimación reciente, la población de Macao es en un 96 por 100 china. Los filipinos son la segunda comunidad en número con cerca de un 2 por 100 (unas diez mil personas). También hay unos 8.000 habitantes procedentes de la población originaria de Macao descendientes de matrimonios mixtos entre portugueses, chinos y otros habitantes nativos de las colonias del sur y el Sudeste asiático; y unos 1.800 portugueses. Véase el *Macau Daily Post*, 12 de febrero de 2008.



el viraje pro mercado de Pekín. A este respecto, resulta muy apropiado acudir al diagnóstico de Fanon y Memmi sobre la neocolonización de África tras la independencia para lograr una comprensión de la formación del Macao poscolonial, pues en este proceso parecen estar en juego tanto las fuerzas tradicionales como las nuevas, las internas como las externas<sup>5</sup>. De manera excepcional, tres procesos se han solapado en la transformación de Macao desde su entrega a China: el complicado legado de la Guerra Fría y el colonialismo en Asia oriental; el explosivo crecimiento de la industria del entretenimiento global, alimentado por los flujos de capital desregulados y que deja tras de sí nuevas desigualdades sociales, y las profundas y enraizadas contradicciones del proyecto modernizador chino. El resultado ha sido una solución poscolonial marcada tanto por muchos de los problemas que acosan el dinámico desarrollo de la República Popular China, como por las limitaciones y condiciones específicas de Macao.

### *Inicios imperiales*

Durante los últimos dos siglos, las apuestas han sido la fuente de ingresos más importante de Macao. Después de que en 1557 los comerciantes por-

<sup>5</sup> Frantz Fanon, *The Wretched of the Earth*, Nueva York, 2004 [ed. cast.: *Los condenados de la tierra*, México DF, FCE, 1965]; Albert Memmi, *Decolonization and the Decolonized*, Minneapolis, 2006.

tugueses obtuviesen el derecho a permanecer en la península mediante el pago de un alquiler a los representantes locales del emperador chino, el territorio empezó a funcionar como un centro comercial más amplio, un núcleo para las actividades europeas en Asia y un puesto de intermediación en el comercio chino con Japón. La forzosa apertura de los puertos chinos a los intereses mercantiles británicos tras la Guerra del Opio y la cesión en 1842 de Hong Kong por parte de la dinastía Qing supusieron que Macao dejase de ser el único centro de almacenaje y distribución de la región. Cuando declinó el poder imperial de Portugal bajo las nuevas condiciones del mercado mundial, los comerciantes de Macao empezaron a dedicarse al juego, la esclavitud y el opio para generar beneficios<sup>6</sup>. Por medio del «comercio culí» de las postrimerías del siglo XIX, miles de esclavos fueron exportados anualmente al Nuevo Mundo; organizaciones criminales chinas recibieron el lucrativo negocio del procesamiento del opio; por su parte, las *triadas*<sup>7</sup> se encargaron de la prostitución, en el marco del código colonial que la regulaba. El gobernador portugués expidió la primera licencia de apuestas en 1847. La dominación portuguesa quedó fortalecida con la firma del Tratado de Amistad y Comercio en 1887, que reconocía su soberanía en el enclave<sup>7</sup>. Bajo el gobierno colonial, el sistema político de Macao estaba estrictamente controlado desde Lisboa, que definía todas las decisiones y políticas de importancia; todos los altos cargos estaban ocupados por portugueses, y la participación de los ciudadanos chinos era extremadamente limitada. Este tipo de gobierno no se modificó ni durante la Segunda Guerra Mundial, cuando la neutralidad de Portugal permitió una «amistosa» presencia japonesa, ni tras la proclamación de la República Popular China en 1949, momento en que el territorio se convirtió en un enclave de intensa rivalidad entre los comunistas y el Kuomintang.

La situación sólo se alteró durante el levantamiento anticolonial de 1966 con el llamado Incidente 12-3. Cuando la policía de Macao reprimió violentamente a una organización vecinal favorable al gobierno de Pekín que reclamaba la construcción de una escuela en la isla de Taipa, las protestas, lideradas por comunistas inspirados en parte por la Revolución cultural del continente, se extendieron por las comunidades chinas. El 3 de diciembre la represión policial desencadenó un tumulto en el curso del cual los manifestantes echaron abajo estatuas coloniales, tomaron por asalto el ayuntamiento de la ciudad y destruyeron documentos gubernamentales. Las auto-

<sup>6</sup> Geoffrey C. Gunn, *Encountering Macau. A Portuguese City-State on the Periphery of China, 1557-1999*, Boulder, Col., Westview Press, 1996.

<sup>7</sup> Triada es un término genérico para designar a ciertas organizaciones criminales de origen chino que tienen su base en Hong Kong, Taiwán, China continental, así como ramificaciones entre sectores de las diversas diásporas Han. Entre sus actividades se encuentran el tráfico de drogas, asesinatos a sueldo, blanqueo de dinero, apuestas, prostitución, extorsión, así como, más recientemente, el pirateo de *software*, CD y DVD. Estos grupos están conectados jerárquicamente con otros únicamente por uno de sus integrantes, lo que dificulta enormemente las investigaciones policiales. [N. de la T.]

<sup>7</sup> El tratado fue ampliado por el gobierno del Kuomintang en 1928.

ridades coloniales intervinieron militarmente, ocho personas fueron asesinadas y miles resultaron heridas. Bajo la creciente presión, tanto de la población local china como del gobierno del continente, el gobernador portugués se vio obligado a echarse atrás y a disculparse formalmente.

Como resultado, la escena política sufrió una transformación radical: los aliados de la República Popular China en la colonia se vieron muy fortalecidos, mientras que todas las agrupaciones del Kuomintang fueron oficialmente clausuradas<sup>8</sup>. Los grupos afines al gobierno de Pekín, incluidas las organizaciones empresariales y los sindicatos, constituyeron una amplia e interclasista alianza que llegó a controlar la sociedad civil<sup>9</sup>. Esta unión, apoyada por el Partido Comunista Chino, expresión de la retórica nacional desarrollista, cosechó una cierta legitimidad en el periodo de la descolonización como contrapeso al dominio colonial. Éste estaba caracterizado por la burocracia, la corrupción y la falta de responsabilidad, con un gobernador, nombrado por el presidente de Portugal, con mano libre para administrar Macao sin ninguna legitimidad otorgada por la población.

Tras el derrocamiento de Caetano en 1974, Lisboa concedió ciertas libertades políticas a Macao, y en 1976 constituyó una dócil y en gran medida amañada Asamblea legislativa. Aunque la nueva administración parecía ofrecer al territorio más autonomía política, en realidad supuso la incorporación de la elite china al régimen colonial<sup>10</sup>. Por su parte, Pekín restó importancia a su antigua reclamación de soberanía sobre Macao, encantado de usar el territorio como punto de contacto con el mundo exterior y aliarse con Estados Unidos en contra de la «revisionista» Unión Soviética. En aquel momento, China «hizo lo posible por que Macao y Hong Kong no figurasen en la lista, elaborada por Naciones Unidas, de colonias que debían obtener la autodeterminación, condición previa imprescindible para efectuar los movimientos políticos necesarios para recuperar los últimos territorios chinos bajo administración extranjera»<sup>11</sup>.

A mediados de la década de 1970 se produjo la reconciliación diplomática entre China y Portugal, y, como consecuencia de ella, un acuerdo tácito en virtud del cual Macao se situaba bajo soberanía china y administración portuguesa. Este acuerdo sentó las bases para la Declaración Conjunta Chino-Portuguesa de 1987, en la que se acordó que la soberanía se transferiría a la República Popular China en 1999. La consecuencia de este acercamiento

<sup>8</sup> Véase Wu Zhiliang, *Macau's History of Political Development*. Shanghai, 1999; Tan Zhiqiang, *Macau's Sovereignty 1553-1593*, Taipei, 1994. Sobre la influencia de la Revolución cultural del continente sobre la insurgencia, véase la publicación del *Macau Daily, Opposing the Sanguinary Atrocities Perpetrated by the Portuguese Imperialists in Macau*, Macao, 1967.

<sup>9</sup> Lo Shenghua, *Study of Macau's Associations in the Transitional Era*, Taishan, 2004.

<sup>10</sup> Lo Shiu-hing, «Aspects of Political Development in Macau», *China Quarterly* 120 (1989), p. 849.

<sup>11</sup> Citado en G. C. Gunn, *Encountering Macau*, cit., p. 157. Sobre la estrategia de Pekín sobre Macao, véase la obra de Yang Tianze et al., *Macau 1999*, Pekín, 1998, pp. 153-180.

fue que los grupos locales chinos se hicieran menos combativos y más colaboradores con las autoridades coloniales. El coste a largo plazo fue una profunda despolitización, que redujo la participación ciudadana: no sólo las disidencias y debates democráticos se convirtieron en impensables en el seno de los grupos afines al gobierno de Pekín, sino que los intentos más serios de reflexionar sobre el colonialismo y el capitalismo fueron aplastados en nombre de la seguridad y la estabilidad. En este sentido, la identidad nacional abandonada por estos grupos degeneró en lemas vacíos, pantallas que no sirvieron sino para favorecer los intereses de las elites.

### *Transiciones*

En las décadas de 1970 y 1980 Macao se benefició brevemente del desarrollo del trabajo intensivo de las manufacturas orientadas a la exportación. Las tarifas preferenciales de Estados Unidos y la mano de obra barata atrajeron a los empresarios de Hong Kong a la península, de manera que en 1984 las manufacturas pasaron a representar el 36 por 100 del PNB. Pero los vientos cambiaron con la apertura de China al capital extranjero, lo que tuvo como consecuencia una profunda reestructuración de la economía de la región. Macao quedó debilitada por rivales que ofrecían una estructura de costes más competitiva. Las fábricas se trasladaron al delta del río de la Perla y al Sudeste asiático, donde el coste de la mano de obra era mucho menor. En Macao, un gran número de trabajadores se vieron empujados a empleos cada vez más precarios y el peso del sector del juego volvió a crecer.

Los primeros derechos de monopolio sobre las apuestas fueron concedidos a la empresa Tai Heng en 1937, aunque el sector no se industrializó completamente hasta 1962, momento en el que la Sociedade de Turismo e Diversões de Macao (STDM) se hizo cargo del monopolio. Esta empresa era gestionada conjuntamente por hombres de negocios de Hong Kong y Macao, y su dirección se hallaba en manos del magnate Ho Hung-Sun, más tarde conocido como «el rey de los casinos». La STDM inauguró su buque insignia, el casino-hotel Lisboa, en el que introdujo juegos occidentales y flotas de transbordadores que atraían cada año a millones de jugadores y turistas de Hong Kong a Macao. La STDM se convirtió rápidamente en la mayor empresa privada del enclave, y sus pagos en concepto de impuestos sobre el juego, que supusieron cerca de la mitad del presupuesto anual del gobierno en la primera parte de la década de 1990, representaban un tercio del PNB de Macao<sup>12</sup>. Aunque la licencia de la STDM expiraba en 1986, fue prorrogada hasta 2001 por las autoridades portuguesas, medida que no contó con la aprobación ni de los notables locales ni de Pekín y que causó gran desagrado en ambos.

<sup>12</sup> Huang Qichen y Zheng Weiming, *Four Hundred Years of the Macau Economy*, Macao, 1994.

A finales de la década de 1990, el dominio de la economía de la ciudad por parte de la STDM se había convertido en una importante fuente de descontento hacia el saliente gobierno colonial. Para muchos, los casinos de Stanley Ho encarnaban la rampante corrupción y el fracaso de las autoridades para enfrentarse con el crimen organizado. Multitud de asesinatos e incendios se perpetraban en los márgenes de la industria del juego, y los casinos de la STDM estaban «rodeados de prestamistas, traficantes de fichas de juego, oportunistas y otros elementos parasitarios» cuya feroz competencia desembocaba con frecuencia en ajustes de cuentas<sup>13</sup>. Según un estudio efectuado en 1998, el 60 por 100 de los encuestados afirmaban que el deteriorado orden social era el problema más grave del momento. Una aguda caída en la inversión en los inicios de la crisis financiera asiática trajo consigo una severa recesión y alimentó el resentimiento hacia el decrepito orden colonial. En este contexto, la perspectiva de la unión con China se contemplaba con esperanzas; de hecho, muchos vieron la entrega en 1999 como una oportunidad para terminar con el estancamiento económico del enclave. A diferencia de lo que ocurría en Hong Kong, la vuelta de Macao a la patria era en general bienvenida, en la creencia de que Pekín colaboraría en su «modernización».

El presidente nombrado por Pekín en diciembre de 1999, Edmund Ho Hau-Wah, no tardó en beneficiarse de sus relaciones sociales locales: su padre, Ho Yin, había sido un rico hombre de negocios y un banquero considerado por muchos como el gobernador «oficioso» de Macao. Fundador del banco Tai Fung, Ho Yin también desempeñó un importante papel en las protestas de 1966 contra el gobierno colonial. Al iniciar su mandato, Edmund Ho consolidó su legitimidad ascendiendo a los chinos autóctonos a puestos gubernamentales, al tiempo que, trabajando codo con codo con los órganos de seguridad del continente, actuó drásticamente contra el crimen organizado y las bandas. Otra medida de carácter instrumental fue la presencia del Ejército Popular de Liberación para afianzar la nueva «estabilidad».

Aunque el atractivo popular de Ho se basaba en el lema «el gobierno de Macao para el pueblo de Macao» (*aoren zhi ao*), el sistema político resultó tan poco democrático como su predecesor colonial. Al igual que el gobernador bajo la ley colonial, el jefe del Ejecutivo estaba investido de amplios poderes (revocar leyes, disolver la Asamblea y definir la agenda legislativa) y era responsable únicamente ante Pekín. Su nombramiento fue aprobado por un comité favorable a dicho gobierno y constituido por líderes empresariales, sindicatos y otros grupos sumisos. Su «elección de camarilla» (*xiao quanzi xuanju*) garantizaba que las fuerzas progubernamentales controlasen la arena política, abriendo paso a las reformas de mercado sin resistencia por parte de la Asamblea legislativa<sup>14</sup>.

<sup>13</sup> «Casinos battle to shed sleazy image», *South China Morning Post*, 20 de diciembre de 2000.

<sup>14</sup> Bill K. P. Chou, «Interest Group Politics in Macau after Handover», *Journal of Contemporary China* 4, 43 (2005); *Macau Monthly* 127 (abril de 2007); Yang Yunzhong, «Legislation and Legislature», *Journal of Macau Studies* 37 (2006).



La política económica de Ho se centró en la creación de condiciones favorables para la inversión extranjera. La reducción de los impuestos y los generosos préstamos a los empresarios ayudaron a atraer miles de millones de dólares de capital extranjero, lo que estimuló las tasas de crecimiento, que alcanzó el 29 por 100 en 2004. Ho deseaba convertir el enclave en un centro del comercio y la actividad financiera entre la República Popular China y los mercados de habla portuguesa de África y América Latina, y estrechar los vínculos con el turismo y el comercio con el continente. Unos diez millones de turistas chinos han visitado Macao en los últimos cuatro años. Gracias al incremento del empleo y a una mejora significativa en el control del orden público, la Administración de Ho disfruta de inmensa popularidad: en 2004 una encuesta de opinión mostró un apoyo de un 70 por 100.

No obstante, la cuestión más apremiante de la agenda política desde la entrega del enclave es la liberalización del sector del juego. En este caso, la Administración de Ho manipuló exitosamente la animadversión popular hacia la STDM presentando la liberalización y la inversión extranjera como una panacea: los operadores extranjeros de los casinos ayudarían a modernizar la gestión de aquéllos, a mejorar la calidad del sector de las apuestas, a restaurar el orden público, a diversificar la economía, a crear más empleo y a aumentar las ganancias del gobierno a través de los impuestos sobre las apuestas. Las anticuadas y sórdidas salas de Macao se transformarían en atracciones a la última moda, lo que conduciría a un auge del turismo que convertiría la ciudad en una metrópolis internacional capaz de competir en el mercado mundial.

A pesar de que se escucharon algunas voces que alertaban acerca de los posibles problemas de seguridad que podrían resultar de tales cambios en la industria del juego, fueron pocos los que se opusieron al proyecto liberalizador de Ho. Con un apoyo unánime por parte de su círculo político, intentó asegurarse el apoyo de Pekín a sus descaradas medidas de reestructuración de los casinos. En el aniversario de la entrega del enclave, en diciembre de 2000, Ho presentó su proyecto ante el presidente Jiang Zemin y el primer ministro Zhu Rongji. Ambos se mostraron de acuerdo con aquél, al tiempo que le aseguraron que las empresas chinas del continente tendrían prohibido el establecimiento en el mercado de apuestas de Macao. La aprobación por parte del gobierno chino suponía superar el obstáculo más crítico para que el capital internacional fuese autorizado a operar en el territorio. En julio de 2001, la Asamblea legislativa de Macao aprobó una ley que acabó con las concesiones monopolísticas y abrió el plazo para conceder tres licencias. A esta licitación se presentaron veintiuna empresas procedentes de Estados Unidos, Australia, Hong Kong, Malasia, Gran Bretaña y Taiwán. El 8 de febrero de 2002, el monopolio de la STDM llegó formalmente a su fin cuando el gobierno anunció quién había obtenido las concesiones: Gin Resort, propiedad del magnate de las apuestas de Las Vegas Steve Gin; Galaxy Casino, en parte propiedad de Sheldon Adelson, el rey de los casinos estadounidenses, y el potentado

inmobiliario Lui Chi Woo; y la Sociedade de Jogos de Macao, propiedad de Stanley Ho (SJM). Las licencias quedaban garantizadas por un máximo de veinticinco años y no se especificaba cuántos casinos podía abrir cada concesionario. Esta novedosa configuración liberalizada del sector del juego abrió paso a una radical transformación de Macao y a su efectiva recolonización por parte de los capitalistas de los casinos.

### *Las Vegas en China*

«Nunca antes tantas marcas comerciales conocidas se habían reunido en el mismo lugar y en el mismo momento para crear un destino turístico internacional de la noche a la mañana», alardeaba Bill Weidner, presidente de Las Vegas Sands<sup>15</sup>. Desde el momento en que empezó a operar en mayo de 2004 el Sands Macau, el casino de Sheldon Adelson, de 93.000 metros cuadrados y valorado en 240 millones de dólares (primer casino del enclave cuya propiedad no corresponde a Stanley Ho, y primera empresa estadounidense de apuestas en China), el paisaje urbano de Macao, su tejido social, sus condiciones de trabajo, su estructura empresarial y su cultura popular fueron por completo transformados. Los megacasinos y torres hoteleras se han expandido por toda la península de Macao, Taipa y Coloane, y los promotores, agencias y agentes inmobiliarios se han entregado a la especulación. Con los casinos estadounidenses ha llegado la cultura empresarial mercantil y el consumismo, que ha penetrado en todas las esferas de la vida social y ha sumergido a los ciudadanos-súbditos de Macao en las funciones culturales e ideológicas del mercado.

La apertura de Macao es considerada como «el acontecimiento de mayor importancia para los operadores de Las Vegas en los últimos 25 años debido al tamaño del mercado potencial»<sup>16</sup>. Adelson anunció que «esto es el principio de una nueva era, no sólo para Macao sino para toda la región del Pacífico asiático», subrayando que su visión de futuro era «transformar Macao en el Las Vegas asiático»<sup>17</sup>. El Venetian Macao, segundo gran casino y complejo hotelero, abrió sus puertas en agosto de 2007. Su similitud con el complejo Venetian de Las Vegas es muy llamativa. Construido por 20.000 millones de dólares en el terreno ganado al mar del *Strip* de Cotai, incluye góndolas que flotan junto a una réplica de la plaza de San Marcos y el Campanile, y plazas flanqueadas por *boutiques*. «¿Dónde se dan cita el *glamour* y el romanticismo?», se pregunta la página web del hotel; «¿Dónde se dan cita el capricho y la emoción? ¿Dónde se dan cita la pasión y el lujo?». Steve Gin, que afirma que Walt Disney es uno de sus grandes inspiradores, declaró a los periodistas que le «resultó fascinante la posibilidad de

<sup>15</sup> «Hotel chains gamble on Macau», *Las Vegas Review-Journal*, 18 de marzo de 2005.

<sup>16</sup> «A pair of Strip megadeals lead the year in Las Vegas business», *Las Vegas Review-Journal*, 28 de diciembre de 2004.

<sup>17</sup> «Stanley Ho steals competitor's limelight», *South China Morning Post*, 19 de mayo de 2004; «Macau constructs "Adult Disney World"», *Sing Tao*, 5 de abril de 2006.

crear una tierra de fantasía o una realidad alternativa» en «un pequeño rincón del extranjero que se convertirá para siempre en Las Vegas»<sup>18</sup>.

En respuesta a este desafío, el consorcio de casinos de Stanley Ho está adoptando poco a poco un estilo más estadounidense en sus operaciones. En diciembre de 2007 abrió el Fisherman's Wharf, el primer parque temático de Macao, que ocupa la línea de costa entre el muelle de los *ferrys* y el casino Sands. Además de un volcán artificial, dispone de edificaciones que abarcan un desconcertante despliegue de estilos: un anfiteatro romano, casas de ladrillo estilo holandés, un casino de estilo babilónico, un pueblo africano y un centro comercial estilo dinastía Tang. Pero a pesar del empeño de Ho por desarrollar al menos algunas atracciones que no tengan que ver con el juego, su imperio de casinos está disolviéndose a gran velocidad bajo la presión de sus rivales estadounidenses: desde la apertura de los complejos de Sands y Wynn, la cuota de mercado de la SJM ha descendido vertiginosamente. Hay quien prevé una reducción al 25 por 100 de la misma en 2009, desde su pico del 60 por 100 alcanzado en 2006<sup>19</sup>. En 2007 las ganancias del Venetian superaron ligeramente las de SJM, lo que constituyó «la primera vez que la empresa de Ho perdió su liderazgo entre los operadores de casinos de Macao»<sup>20</sup>.

Tanto la dimensión como la velocidad de crecimiento de la expansión de los casinos de Macao resultan muy llamativas. A finales de 2007, el territorio albergaba 4.375 mesas de juego (un 50 por 100 más que el año anterior) y 13.277 máquinas tragaperras (el doble que en 2006). Las ganancias obtenidas a través de los impuestos casi se han doblado entre 2004 y 2006. En 2007 la parte de los ingresos gubernamentales procedentes de los impuestos sobre el juego se incrementaron hasta alcanzar el 71 por 100<sup>21</sup>. Este vertiginoso éxito condujo a los adláteres de Adelson a expresar confiadas predicciones que trasladaron a los periodistas afirmando que «el mercado de apuestas de Macao generaría suficiente crecimiento como para asegurar bastantes ganancias para todos los operadores de casinos» y que «al menos se crearían diez Las Vegas en Asia»<sup>22</sup>.

Además, la expansión del mercado ha sido apuntalada por los términos en que se concedieron las tres licencias de juego. En primer lugar, éstas pueden escindirse en sublicencias, de acuerdo con las peticiones de los fundamentalistas del mercado, según los cuales «lo peor que puede hacer Macao

<sup>18</sup> «Glittering prize», *Hong Kong Mail*, 9 de febrero de 2002; «Las Vegas coming to Macau», *South China Morning Post*, 9 de febrero de 2002; «Las Vegas legend promises to take enclave by storm», *South China Morning Post*, 9 de febrero de 2002.

<sup>19</sup> Tan Haoguang, «Morgan Stanley downplays SJM», *Xin Bao*, 21 de febrero de 2007.

<sup>20</sup> «SJM holds 40 per cent market share in 2007», *Macau Post Daily*, 7 de enero de 2008.

<sup>21</sup> «Government rakes in record 28.5 billion patacas in gaming taxes», *Macau Post Daily*, 18 de enero de 2008.

<sup>22</sup> *South China Morning Post*, 19 de mayo de 2004; «Casino boom may roll across Asia», *Shanghai Daily*, 25 de agosto de 2006.

es continuar limitando el número de licencias». Según afirma un entusiasta de este sistema, un mercado del juego sin limitaciones «estimulará la competitividad y la creatividad [...] y el espectáculo resultante será la única oportunidad que tendrá Macao de convertirse en el destino global de apuestas que desean las autoridades»<sup>23</sup>. La llegada de los tres operadores de casinos en 2002, con un firme apoyo por parte de la Administración de Ho, fue en realidad el cambio que propició el rápido crecimiento del actual abanico de operadores. A finales de año, Adelson se separó como una sublicencia del consorcio del Galaxy Casino de Lui Chi. En 2004 el consorcio de entretenimiento estadounidense MGM constituyó una empresa conjunta de 1.000 millones de dólares con la hija de Stanley Ho, Pansy, para abrir un gran casino en la península de Macao, y poco después Wynn Resorts vendió una subconcesión de 900 millones de dólares al operador de casinos PBL, controlado por el hombre más rico de Australia, Ferry Packer, que por su parte estableció una empresa conjunta con Melco, gestionada por el hijo de Stanley Ho, Lawrence. Un segundo rasgo de las licencias es que no ponen límite al número de casinos de cada concesionario (o subconcesionario); los operadores «negocian directamente con el gobierno la adquisición de futuros proyectos de casino», negociación a la que la administración de la ciudad parece siempre dispuesta<sup>24</sup>.

El *boom* de la construcción de casinos ha supuesto un fértil terreno para la corrupción, cuya modalidad más habitual es la concesión de suelo, otorgado a los promotores inmobiliarios en reuniones a puerta cerrada entre éstos y el gobierno. La política de ordenación del territorio de Macao obliga a que los solares sean cedidos durante periodos limitados y por medio de ofertas públicas; hasta la fecha, todos menos dos de los 300 solares adquiridos desde 1999 han sido adquiridos de manera privada, aunque con la aprobación del jefe del Ejecutivo, quien ha argumentado que los «precios podrían elevarse demasiado si se utilizase el sistema de pujas» en caso de que los solares se vendiesen en subastas abiertas<sup>25</sup>. En todo caso, han sido los promotores inmobiliarios y los operadores de casinos los beneficiados por este tipo de transacciones: a pesar de la enorme lista de espera para las viviendas públicas del populoso distrito del norte, una de las primeras medidas de la Administración de Ho fue suspender todos los proyectos de vivienda pública. En su lugar, la generosidad gubernamental se ha prodigado con las concesiones a los juegos de azar, que han obtenido terrenos muy por debajo de los precios del mercado. En 2005, por ejemplo, un solar en el *Strip* de Cotai, originalmente calificado como zona para uso universitario, fue recalificado para albergar el proyecto de un casino a un precio muchísimo más bajo. Otra controversia surgió en marzo de 2006, después de que las autoridades muni-

<sup>23</sup> «The scramble to gamble», *The Standard*, 24 de diciembre de 2004.

<sup>24</sup> «Melco shares soar 26 per cent on casino rights deal», *The Standard*, 11 de marzo de 2006.

<sup>25</sup> «Prompt action sought to cool Macau market», *South China Morning Post*, 23 de noviembre de 2005.

cipales concedieran un inmenso terreno a una empresa que a su vez, y tan sólo un mes más tarde, vendió el 80 por 100 a otra empresa por un precio nueve veces mayor que la cantidad original. A pesar de que el gobierno ha prometido combatir la corrupción, son muchos los que creen que el escándalo que rodea al asistente más cercano a Edmund Ho, el secretario de Transporte y Obras Públicas Ao Man-Long (responsable de varios proyectos controvertidos, como la inversión de 4.000 millones de patacas, unos quinientos millones de dólares, en instalaciones para los Juegos de Asia Oriental de 2005), es tan sólo la punta del iceberg<sup>26</sup>.

### *Convulsiones sociales*

En 2004, en el marco de las celebraciones por el quinto aniversario de la entrega de Macao, el presidente chino Hu Jintao se deshizo en alabanzas hacia Macao como modelo de reunificación. Pero las altas tasas de crecimiento desvían la atención de una serie de trastornos estructurales que han alimentado el resentimiento entre la gente. La expansión del sector del juego ha generado no sólo una corrupción rampante, sino también una cada vez más amplia brecha entre los ricos y los pobres. El coeficiente de Gini<sup>27</sup> en Macao aumentó del 0,43 en el periodo entre 1998 y 1999 a aproximadamente un 0,48 en 2006. La distribución de los ingresos está completamente desequilibrada, puesto que el 20 por 100 de los hogares obtiene la mitad de toda la renta. A pesar de que en 2006 el PNB per cápita de Macao sobrepasó al de Hong Kong, aproximadamente el 70 por 100 de la población con empleo gana menos que la renta media<sup>27</sup>. Los magnates como Sheldon Adelson han obtenido amplios beneficios: la revista *Forbes* le situaba en 2006 entre las seis personas más ricas del mundo, con una fortuna personal estimada en 20.000 millones de dólares en 2007, bastante por encima de los 3.000 de 2004, cuando el Sands Macau inició su andadura.

La liberalización del sector de las apuestas ha producido una amplísima demanda de mano de obra, que ha abandonado los negocios locales, los pequeños establecimientos comerciales y los restaurantes, y que debe enfrentarse con alquileres cada vez más altos en medio del *boom* inmobiliario. Los adolescentes y los estudiantes universitarios abandonan los estudios cada vez más pronto, atraídos por los altos salarios iniciales abonados a los crupieres.

<sup>26</sup> Para un análisis de los casos de corrupción oficiales en la actualidad, véase *New Macau* 33 (enero de 2007).

<sup>27</sup> El coeficiente de Gini es una medida de la desigualdad ideada por el estadístico italiano Corrado Gini. Normalmente se utiliza para medir la desigualdad en los ingresos, pero puede utilizarse para medir cualquier forma de distribución desigual. El coeficiente de Gini es un número entre 0 y 1, en donde 0 se corresponde con la perfecta igualdad (todos tienen los mismos ingresos) y 1 se corresponde con la perfecta desigualdad (una persona tiene todos los ingresos y los demás ninguno). [N. de la T.]

<sup>27</sup> *Survey and Report on the Present Working Conditions of Macau Employees*, Macao 2005, p. 57; «Macao must deal with casino-boom wealth gap», *South China Morning Post*, 2 de mayo de 2007.

Más de 45.000 personas (incluidos 17.000 crupieros) del total de 300.000 trabajadores de Macao están directamente empleados en los casinos, un 50 por 100 más que el año pasado. Si se incluye la industria del entretenimiento y servicios relacionados, la proporción se eleva al 36 por 100, porcentaje al que hay que añadir el 13 por 100 empleado en la construcción<sup>28</sup>.

No obstante, los puestos de responsabilidad están a menudo ocupados por ciudadanos procedentes de Estados Unidos, Hong Kong, Australia y otros lugares, lo que crea en el sector una brecha salarial entre autóctonos y expatriados, de modo que los trabajadores no residentes tienen ganancias medias cercanas a las 22.000 patacas (unos 2.800 dólares al mes), un 150 por 100 más que los autóctonos. Además, la creciente demanda de mano de obra de los sectores de los casinos y la construcción ha conducido a una gran afluencia de trabajadores no residentes procedentes del continente y de Hong Kong. Para aliviar la carencia de mano de obra y al mismo tiempo ahorrar costes, contratistas y subcontratistas emplean a numerosos trabajadores irregulares procedentes de los sectores de población desempleada de las provincias de Guangdong y Fujian. Deseosos de trabajar por la mitad de lo que cobran los trabajadores locales, lo más frecuente es que acudan al tajo de noche para evitar las inspecciones. En 2005, el trabajo de los extranjeros representaba aproximadamente el 60 por 100 de toda la población empleada; informes más recientes sugieren que podría haber hasta 100.000 trabajadores irregulares en Macao, lo que supone un quinto de la población del territorio<sup>29</sup>. Al incluir a los trabajadores no locales en las estadísticas oficiales, las autoridades han logrado manipular los datos del desempleo, que supuestamente descendió al 4 por 100 en 2006, partiendo de un 6 por 100 en 2003. No obstante, la masiva importación de mano de obra no local ha creado un cierto descontento en la población local, pues su percepción es que los extranjeros roban las oportunidades de empleo y que ése es el motivo por el que se ven forzados a aceptar trabajos temporales. A pesar del *boom* inmobiliario, muchos participantes en las manifestaciones del Primero de Mayo reclamaban que se asegurase a los trabajadores de la construcción locales diez días de trabajo al mes.

Los economistas y la prensa local han actuado conjuntamente para desactivar el descontento en la clase trabajadora al presentar como la causa de los problemas de Macao la escasez de talento local y de trabajadores «cualificados», lo cual obliga a la importación de mano de obra de otro lugar. Se convence a los residentes de que el empeoramiento de sus condiciones de vida es necesario para que la ciudad «mantenga su nivel de desarrollo económico» y «participe en la competición internacional»<sup>30</sup>. Los sindicatos se han mos-

<sup>28</sup> «Visa laws fuel labour crisis», *South China Morning Post*, 30 de noviembre de 2007; «Salaries up 15.5 per cent in third quarter», *Macau Post Daily*, 21 de noviembre de 2007; «Gaming industry employs 45,000, nearly 15 per cent of labour force», *Macau Post Daily*, 4 de octubre de 2007.

<sup>29</sup> «Macau boom poses boon or bane dilemma», *The Straits Times*, 30 de agosto de 2007.

<sup>30</sup> Véase, por ejemplo, «He Chaoqiong: Macau residents' quality needs to be improved», *Macau Daily*, 28 de junio de 2007.

trado incapaces de proteger a sus afiliados de los estragos causados por las fuerzas del mercado. La Federación de Sindicatos y Asociaciones de Vecinos, organizaciones afines al gobierno de Pekín, están subvencionadas por el gobierno, y sus cuadros a menudo son nombrados miembros de los cuerpos legislativos o administrativos. Estos sindicatos se han esforzado por salvar al gobierno y evitar que sus bases participasen activamente en movimientos sociales de carácter crítico. Esta despolitización de la clase obrera organizada y su manifiesta incapacidad para encarar las enraizadas desigualdades sociales han empujado a los trabajadores y a los activistas sociales a constituir diversos movimientos de autoprotección, tales como los que estaban detrás de las protestas del Primero de Mayo.

Mientras tanto, sectores importantes de la población de Macao han sido excluidos incluso del trabajo precario. Los habitantes del masificado y paupérrimo distrito del norte que limita con el puesto de control de Macao-Zhuhai, en su mayoría inmigrantes que llegaron desde Guangdong y Fujian en las décadas de 1980 y 1990, luchan por permanecer por encima del umbral de la pobreza. Los trabajadores mayores, muchos de los cuales trabajaban en las industrias textiles de la ciudad antes de que éstas fuesen deslocalizadas y establecidas en el continente, han sido desplazados a los márgenes del enclave y han sufrido un agudo descenso en sus medios de vida desde la reestructuración neoliberal de Macao. Con la subida de los precios de la propiedad inmobiliaria, de los alquileres y con el encarecimiento del coste de la vida (la inflación se ha incrementado desde el 1 por 100 en 2004 hasta el 5,4 por 100 en 2006), los desempleados urbanos pobres se han visto forzados a ganarse la vida traficando cada día con comida y mercancías entre Macao y Zhuhai. Incluso a pesar de la avalancha de ingresos procedentes del juego, la Administración de Ho trata de eludir toda responsabilidad en la lucha contra la pobreza; el discurso oficial ha naturalizado las crecientes brechas sociales al entenderlas como las transitorias e inevitables fases de la «modernización» de la ciudad.

### *¿Recolonización?*

La trayectoria de Macao desde la entrega ha sido conformada por el oportuno principio de «un país, dos sistemas», que ha facilitado la profundización en la reorientación capitalista de China junto con la racionalización del *status quo* en el territorio. El periodo iniciado en 1999 no ha engendrado cambios fundamentales en la lógica de las relaciones de poder coloniales, sino que ha sido testigo de las crecientes desigualdades bajo el gobierno de las elites locales en alianza con el capital trasnacional. Con una clara limitación de los derechos democráticos y la libertad de prensa, no ha habido muchas oportunidades para contestar al orden casino-capitalista. Pero el vertiginoso desarrollo ha agotado los recursos sociales que antes servían para modelar el consenso popular, y la frontera política ha empezado a mutar, pareciendo emerger nuevos problemas y contradicciones. A las protestas del Primero de Mayo de 2007 han seguido diversas movilizaciones po-

pulares que contestan el régimen neoliberal. El 1 de octubre de 2007 (Día Nacional de la República Popular China) los activistas locales organizaron una espectacular marcha lenta en automóvil en protesta contra la nueva ley de tráfico que penaliza con severidad las faltas relacionadas con el aparcamiento. El 20 de diciembre, en el octavo aniversario de la entrega de Macao, unos 2.000 manifestantes tomaron parte en las concentraciones callejeras que reclamaban democratización y justicia social; a diferencia de lo que había ocurrido en otras ocasiones, a esta marcha se unieron cientos de jóvenes que reclamaban libertad de expresión y prensa, y la elección del jefe del Ejecutivo por sufragio universal.

Estas movilizaciones son la evidencia de una nueva cultura de oposición que brota en medio de estos veloces cambios sociales. Esto ha dado lugar a debates sobre temas tales como los derechos de los trabajadores y de los ciudadanos, la pobreza, la desigualdad y el papel del gobierno municipal, desplegados en las páginas del dominante *Macau Daily* y del *Journal of Macau Studies* de la Universidad de Macao. Las movilizaciones para proteger la rica herencia arquitectónica de Macao (como el faro de Guia) también han llamado la atención sobre los efectos de la desenfadada fiebre de la construcción<sup>31</sup>. Sin embargo, hasta la fecha, los debates que protagonizan el discurso de los intelectuales tanto locales como del continente han estado dominados por la retórica acerca del libre mercado y la «sociedad armoniosa» animada por Pekín, según cuyo análisis la liberalización económica conducirá automáticamente al progreso social<sup>32</sup>. Sin embargo, la aplicación abstracta del modelo occidental es sobre todo útil para impedir cualquier análisis histórico de las condiciones sociales actuales; además, el discurso sobre la «sociedad armoniosa» tiene su origen en el deseo de neutralizar o reprimir las potenciales turbulencias que podrían causar los movimientos populares<sup>33</sup>. Ambos pueden pretender obstaculizar las experiencias de los trabajadores que han estado en el centro de las recientes protestas y oscurecer las condiciones que han hecho de la descolonización un proceso de recolonización que ha transformado el enclave en la nueva capital del juego en Asia oriental, mientras subordina a su población aún más a la suerte del mercado.

<sup>31</sup> Sobre las movilizaciones recientes, véase *Yazhou Zhoukan* 21, 18, 13 de mayo de 2007.

<sup>32</sup> Por ejemplo, el estudioso de Hong Kong Yu Yongyi (Herbert Yee) ha sostenido recientemente que el capital extranjero «contribuye a la construcción de una sociedad equitativa, abierta y justa» que permitirá a Macao «transformarse de una sociedad cerrada y conservadora en una abierta y libre». Véase *Vakio Daily*, 5 de febrero de 2007.

<sup>33</sup> Véase la serie de artículos sobre el «desarrollo armonioso» y el «cambio y la responsabilidad» publicados entre 2006 y 2007 en el *Journal of Macau Studies* 34, 38, 39 y 40. La ola de protestas en apoyo del movimiento de Tiananmen en 1989, que fue crucial para la democracia participativa de Macao en las postrimerías del periodo colonial, ha sido completamente borrada de estos análisis. Respecto a los ejemplos de estudio que importan el concepto euro-estadounidense de sociedad civil a Macao, Pan Guanjin, «The impact of social movements on the democratic polity», *Macau Daily*, 16 de mayo de 2007; Qi Jin, «Refusing populist words and deeds, deepening civil-society construction», *Macau Daily*, 30 de mayo de 2007.





## Índice

### INTRODUCCIÓN

- I. Rodríguez Zapatero, secretario general del PSOE
- II. Un nuevo proyecto socialista. El republicanismo
- III. La obra de gobierno. El republicanismo en la práctica. El desarrollo de la libertad como no dominación. La regeneración democrática. Balances
- IV. La reforma territorial. El federalismo y el patriotismo constitucional. La cuestión nacionalista. El Estatuto catalán y la irrupción de Ciutadans. Los demás estatutos
- V. La crispación en los grandes temas de la legislatura. Los procesos electorales. La política exterior
- VI. Las elecciones generales del 9-M de 2008

### ANEXO. LEYES PROMULGADAS DURANTE LA LEGISLATURA

### ÍNDICE DE NOMBRES

*MADE IN USA\**

De todas las instituciones de la posguerra que se muestran ante la opinión pública, la Organización de Naciones Unidas es la que probablemente presenta una bibliografía más pobre. Con la excepción de dos lúcidos estudios sobre su fundación, el primero de Robert Hilderbrand, *Dumbarton Oaks* (1990), y el segundo de Stephen Schlesinger, *Act of Creation* (2003), dos trabajos rigurosos de sendos historiadores de la diplomacia, existe poco o nada de interés sobre una organización que ha demostrado ser un cierto tipo de sumidero intelectual, donde se mezclan las deprimentes memorias interesadas de los que fueron sus funcionarios y las soporíferas loas de un surtido de admiradores de las universidades. Este pobre balance tiene su explicación: la ONU es una entidad política que carece de voluntad propia. Si dejamos a un lado sus agencias especializadas, la mayor parte de las cuales desempeñan actividades prácticas de una u otra clase, el centro de la institución, es decir, la Asamblea General y el Consejo de Seguridad, es un aparato de legitimación y no de elaboración de políticas. Las decisiones a las que llega la organización son esencialmente ornamentos que reflejan las relaciones de poder existentes en un momento determinado. Casi por definición, cuando lo que está en juego es solamente la legitimación, el grado de eufemismo y mistificación de todas las partes será muy elevado. Como era previsible, así ha sucedido con Naciones Unidas.

Los lectores que se aproximen a los trabajos de James Traub, *The Best Intentions. Kofi Annan and the UN in the Era of American World Power*, y de Stanley Meisler, *Kofi Annan. A Man of Peace in a World of War*, tienen por ello razones para esperar lo peor. Pero aunque en algunos aspectos esas expectativas se cumplen con creces, en otros, ambos libros, obra de periodistas, arrojan más luz sobre Naciones Unidas de la que normalmente cae sobre ella. El propósito de los dos es franco: ofrecer una estampa del último secretario general para la devoción pública. En ello, *The Best Intentions* no se puede superar. Para Traub, Kofi Annan es «el africano amable y comprensivo, con la perilla de plata y los atribulados ojos ama-

---

\* Originalmente publicado en *The Nation*, 2 de abril de 2007.

rillentos», «el secretario de Naciones Unidas por excelencia», «quizá la figura más popular que nunca haya ocupado el cargo», la personificación de «la modestia y la seriedad moral», «el más cortés de los hombres», que, para empezar, «me recibía con una gran sonrisa y un formidable apretón de manos, un gesto hogareño que salía de su alma», y que «pocas veces dejaba de preguntarme por mi mujer, mi hijo y mis padres».

Sin embargo, a pesar de su modestia, «aceptó su celebridad» valerosamente, convirtiéndose «en algo nuevo en la historia de la ONU: un portavoz de la humanidad a quien el esmoquin le sentaba de maravilla», zambulléndose en el «torbellino social» con una mujer «como él, tranquila, serena, profundamente gentil», que tenía el «mismo aura de bondadosa sencillez». Juntos ofrecían un espectáculo cautivador: «Kofi y Nane, los dos enormemente atractivos, con una modestia que desarmaba, el uno pequeño y negro, la otra alta y rubia, hacían una pareja resplandeciente; proyectaban un cierto tipo de *glamour* moral». Meisler también se explaya sobre el estatus de Annan como «una estrella notable de la sociedad de Nueva York», que sale a cenar y acude a fiestas tres veces por semana. Pero aunque el autor rechaza la psicología, por otro lado recurre a ella en monótonos pasajes en los que intenta «analizar por qué las palabras del secretario general a menudo parecen tan elocuentes. Utiliza un lenguaje sencillo con frases cortas que brillan con claridad y nunca desentonan por un resbalón gramatical. Su tono mesurado tiene una suave cadencia. Su utilización de las palabras es sutil y cuidadosa. Nunca adopta poses, y, lo que es más importante, proyecta un aire de sinceridad que no puede ser fingido».

Indudablemente, adulaciones de esta clase son en parte un pago por el acceso. Annan invitó a Traub a asistir a sus conferencias y a acompañarle en sus viajes, hablando con él «con regularidad y con sinceridad». Meisler nos dice que el secretario general «me ayudó enormemente haciendo llegar a amigos y colaboradores que este proyecto tenía su bendición», aunque, por otra parte, tampoco eran una ayuda despreciable sus quince años de intimidad con el jefe de prensa de Annan, Fred Eckhard, un personaje único en su especie habida cuenta de que era «completamente incapaz de tergiversar», que sólo sabía «presentar la verdad con todos sus matices». Adentrándose en cada uno de estos dos trabajos, queda claro que semejantes efusiones son una compensación a la que los autores se ven obligados. Realmente, cuanto más se aleja la imagen de la realidad, más forzada y empalagosa se vuelve.

Los hechos de la carrera de Annan están suficientemente claros, y en la práctica ninguno de los dos autores descubre nada nuevo. Hijo de un responsable de Unilever en la Ghana colonial, académicamente poco brillante, fue descubierto por un ojeador de la Fundación Ford y enviado a Minnesota para estudiar economía en una universidad local. Según nos explica Traub, allí aprendió algo de valor más duradero. «Annan se quedó convencido de las virtudes del capitalismo y del modelo estadounidense.» Quizá por ello, la Fundación Carnegie le envió al Graduate Insti-

tute of International Studies en Ginebra, donde fracasa en obtener alguna graduación y acepta un trabajo de nivel bajo en la Organización Mundial de la Salud. Durante los siguientes veinte años, fue ascendiendo poco a poco por el entramado burocrático de la ONU, con un periodo en el MIT para adquirir conocimientos de administración, hasta acabar aterrizando en el Departamento de Servicios de la Secretaría General de Naciones Unidas a principios de la década de 1980. Desde allí, poco antes de la llegada de la Administración Clinton, fue escalando posiciones hasta convertirse en el número dos del Departamento de «Asuntos Especiales», con responsabilidades en Oriente Próximo y África. Cuando Washington presionó a la ONU para que enviara tropas a Somalia, su jefe superior se opuso a la misión. Annan se alineó con la posición de Estados Unidos, su jefe fue debidamente apartado y, en febrero de 1993, Annan se hizo cargo de todas las llamadas operaciones de mantenimiento de la paz.

Un año más tarde, en enero de 1994, recibía un comunicado urgente de Roméo Dallaire, el teniente general canadiense a cargo de las fuerzas de la ONU en Ruanda. Dallaire le advertía de la inminente carnicería que amenazaba a la población tutsi y le explicaba que pensaba intervenir para apoderarse de los depósitos de armas de los hutus. Annan no solamente se negó a autorizar ninguna medida para evitar el desencadenamiento del genocidio, sino que además se aseguró de que el comunicado que advertía de lo que se avecinaba no llegara al Consejo de Seguridad. En la masacre resultante murieron aproximadamente 800.000 tutsis. Si consideramos las consecuencias, la culpabilidad de Kurt Waldheim por ocultar su actuación en los Balcanes como oficial de inteligencia al servicio de los nazis resulta insignificante. Annan permaneció impassible hasta que resultó demasiado poco político negar algún remordimiento. El alcance de su arrepentimiento se resume en lo que mucho más tarde manifestaría a Traub. «A posteriori, y esto forma parte de la cultura de esta institución, deberíamos haber utilizado a los medios con más agresividad, haber expuesto la situación para que ellos la vieran. Claro que en aquel momento esta organización era tímida en la utilización de los medios.» Léase: no me echéis la culpa, yo soy el que se ha hecho amigo de los medios. Arendt hubiera podido decir algo sobre estas banalidades.

Sin embargo, lejos de ser un impedimento, su actuación en relación a Ruanda era de algún modo un requisito para su futuro ascenso. La Administración Clinton se preparaba para intervenir en los Balcanes y no estaba dispuesta a permitir que las matanzas en África distrajeran a la opinión pública sobre Bosnia, donde las muertes, aunque elevadas, no se podían comparar de ningún modo con lo que sucedía en Ruanda. Pero los intereses estratégicos, por no hablar del color de la piel, convertían a la región en un asunto completamente distinto. Como recogía en aquel momento un informe del Pentágono sobre Ruanda: «Actuar con cuidado. El servicio jurídico del Departamento de Estado estaba preocupado por los acontecimientos. El descubrimiento del genocidio podría realmente obligar al gobierno de Estados Unidos a "hacer algo"». Clinton y Albright na-

turalmente no hicieron nada. Cuando, por el contrario, pasaron a la acción en Bosnia durante el verano de 1995, Annan surgió a la vida y, a requerimientos de Albright y sin consultar al secretario general, Boutros-Ghali, autorizó el comienzo de los bombardeos de la OTAN sobre las posiciones serbias. Esta diligencia lo llevó lejos. Boutros-Ghali, antiguo ministro egipcio de Asuntos Exteriores del régimen de Mubarak, uno de los clientes más leales de Estados Unidos, había irritado a Washington con una creciente falta de deferencias, arrastrando los pies en Bosnia y hablando demasiado de África. Su mandato tenía que renovarse el siguiente año y para entonces la Administración Clinton estaba decidida a desplazarlo y colocar a Annan en su lugar. Los capítulos más valiosos de los libros de Traub y Meisler describen cómo se realizó todo eso.

Pocos meses después de que Annan diera la luz verde a las operaciones en Bosnia, en Washington un equipo de funcionarios dirigidos por Albright se encontraba trabajando en un plan secreto para dar un golpe en la ONU: la Operación Orient Express. Annan, como candidato designado por Estados Unidos, era evidentemente parte del plan. Boutros-Ghali contaba en el Consejo de Seguridad con el apoyo de todos los miembros excepto Estados Unidos, que lo vetaba. Después de siete votaciones y tras la incesante presión de Albright, todos los Estados excepto Francia llegaban a la conclusión de que «no ganaban nada bloqueando los deseos de un personaje tan poderoso». Resultó decisiva la habilidad de Washington para llamar al orden a Rusia, saltándose a su ministro de Asuntos Exteriores y presionando directamente sobre Yeltsin. Una vez que tuvo en el bolsillo el voto ruso, Francia cedió y Annan se encontró el camino despejado.

Washington no ocultó su satisfacción. Para James Rubin, asistente de Albright, la ONU tenía ahora un secretario general capaz «de comprender la importancia de la cooperación con la primera potencia mundial». Más explícitamente todavía, otro de los artífices de la Operación Orient Express, el funcionario del Consejo de Seguridad Nacional, Robert Orr, explicaba que «muy pocos secretarios generales han trabajado con los militares estadounidenses. Ahora nos encontramos en una era en la que los militares estadounidenses van a ser una parte importante de la ecuación. Se necesitaba un secretario general que comprendiera que los militares estadounidenses no son el enemigo». O más lacónicamente, «Kofi podía hacerlo», y Annan debidamente lo hizo. Cuando la OTAN atacó Yugoslavia en la primavera de 1999 y bombardeó Kosovo, en flagrante violación de la Carta de la ONU, el secretario general, lejos de condenar la acción de Estados Unidos y sus aliados, proclamó al mundo que era un acto legítimo. Con actuaciones como ésta, aunque «se granjeó la cólera de los países en vías de desarrollo al rechazar el anticolonialismo en favor de principios morales apreciados por Occidente», obtuvo grandes elogios y, lo que no fue una sorpresa, el premio Nobel de la Paz.

La invasión de Iraq representó una prueba más difícil. Annan había encabezado el régimen de sanciones y en 1988 no había puesto reparos a la

Operación Zorro del Desierto, la campaña de cuatro días de bombardeos que dirigió Clinton. Cuando la Administración Bush empezó a reclamar la guerra con la Resolución 1441, que declaraba el incumplimiento de Iraq de todas las resoluciones anteriores sobre desarme, Annan pasó a la acción presionando a todos los miembros del Consejo de Seguridad para que votaran a favor, telefoneando personalmente al presidente sirio Bashar Assad para garantizar que no hubiera una simple abstención. La unanimidad quedó asegurada, pero una nueva dificultad surgió en el paso siguiente. Francia comunicó a la Casa Blanca que, aunque no podía aceptar una segunda resolución del Consejo de Seguridad autorizando explícitamente el ataque a Iraq y que implicara a su país, no tenía ninguna objeción a una invasión de Estados Unidos basada en la interpretación estadounidense de la Resolución 1441, el camino que venía impulsando Cheney dentro de la Administración. Pero Blair, que quería unirse al ataque, insistió en que era necesaria una segunda resolución que le amparara de las críticas internas, y obtuvo el apoyo de Powell para un inútil intento de superar un veto francés dentro del Consejo de Seguridad. Semejantes hipocresías mutuas pusieron a Annan en una embarazosa posición. Haber bendecido en 1999 la guerra de los Balcanes era una cosa, entonces Occidente estaba unido en torno al ataque sobre Yugoslavia, pero ahora todas las apariencias mostraban la división de Occidente. ¿Qué tenía que hacer? Según cuenta Traub, solamente con que Francia hubiera cambiado de opinión todo se podría haber arreglado: «Annan hubiera aceptado, quizá incluso abrazado, una resolución autorizando la guerra siempre que el Consejo la hubiera respaldado con firmeza». Pero la unanimidad quedaba lejos y el abrazo estaba fuera del alcance. La Operación Libertad para Iraq se puso en marcha. En marzo de 2003, «la conmoción y el pavor» cayeron sobre Bagdad.

Annan, consciente de que sus inspectores habían vuelto sin ninguna evidencia de la existencia de armas de destrucción masiva en Iraq —el pretexto de la guerra— y de que su propia posición quedaría debilitada por un ataque que abriera una brecha entre Estados Unidos y los aliados de Occidente, mostró su tristeza ante este desafortunado giro de los acontecimientos, pero se abstuvo de condenar una invasión que, al igual que en Kosovo, se había saltado al propio Consejo de Seguridad, lo que de cualquier forma hacía que no estuviera en posición de poder hacerlo. Sin embargo, una vez que Iraq fue ocupado, se apresuró en facilitar el respaldo de la ONU que, con carácter retroactivo, pedían Bush y Blair. En mayo, a requerimientos de Annan, el Consejo de Seguridad ratificó la ocupación angloamericana de Iraq, aprobando por unanimidad la Resolución 1483 que respaldaba la Administración Provisional de la Coalición, encabezada por Paul Bremer, y se comprometía a que la ONU desempeñara un «papel vital», como pretendían la Casa Blanca y Downing Street. Rice y Powell ya habían elegido al funcionario de la Secretaría que querían para el trabajo, Sergio Vieira de Mello, el comisario de Derechos Humanos. Vieira de Mello se mostraba poco dispuesto a ir, pero tuvo una audiencia con Bush y Annan le acabó despachando. Al llegar a Bagdad, la tarea de Vieira de Mello era ayudar a que Bremer levantara una marioneta de conse-

jo asesor que diera a las fuerzas angloamericanas una fachada local. «En el transcurso de seis semanas, convenció a las poco dispuestas figuras dirigentes para que se identificaran con el régimen estadounidense» y apremió a Bremer para que «cambiara el nombre de la Administración de la Coalición por el más digno de Consejo de Gobierno, aunque permaneciera sin poder». Traub señala que «esto es lo que Annan tenía en la cabeza cuando defendía un papel serio para Naciones Unidas».

Inevitablemente, la propuesta de crear una red de colaboradores con la ocupación convirtió a Vieira de Mello en un objetivo de la insurgencia iraquí. En agosto, en el ataque más rentable desde el punto de vista político, Vieira de Mello y su equipo fueron aniquilados por un camión bomba. Annan, que lo había enviado a la muerte, no se echó para atrás. Para incredulidad de sus colaboradores y furia de sus subordinados, su determinación en cumplir su deber para con Bush y Blair lo llevó a negarse a retirar de Bagdad a la misión de la ONU. Hizo falta otra bomba un mes más tarde para que cambiara de opinión y retirara del país al personal de la ONU. Pero su compromiso de proporcionar cobertura a la ocupación no cambió. Unos meses más tarde, Lakhdar Brahimi, el ministro de Asuntos Exteriores argelino, en el momento cumbre de la anulación de las elecciones y de la represión militar de 1991-1992, fue enviado a Iraq como representante especial de Annan, con la esperanza de que pudiera repetir su actuación de hilvanar un régimen colaborador con Estados Unidos, como había hecho en Afganistán. Brahimi salió con vida, pero su misión no tuvo más éxito que la de Vieira de Mello, acabando con la humillación de tener que anunciar que Iyad Allawi, colaborador de la CIA auspiciado por Estados Unidos, sería el encargado de presidir la nueva democracia iraquí. Allawi duró menos de un año en el cargo.

En Occidente, arrinconado por un reportero de la BBC, Annan se veía finalmente obligado a admitir, después de continuas preguntas, que la invasión de Iraq era ilegal, «si así se quería considerar». Lo poco que él la consideraba de este modo, se podía ver en la misma entrevista con un patético lapsus. Preguntado si no estaba «preocupado por que Estados Unidos se estuviera convirtiendo en un incontrolable poder unilateral», Annan replicaba: «Creo que al final todo el mundo está llegando a la conclusión de que debemos trabajar junto a nuestros aliados». Nuestros aliados. La identificación con Estados Unidos no se podía efectuar con menos inocencia.

Annan acabó su mandato devaluado por el escándalo cuando se reveló que su hijo Kojo había recibido una comisión de 450.000 dólares por ayudar a dar a Cotecna, una compañía con sede en Suiza, un contrato de inspección bajo el programa de Petróleo por Alimentos incluido en el régimen de sanciones contra Iraq. Annan, negando cualquier conocimiento del contrato, encargó su defensa al bufete que había llevado la de Clinton en el asunto Jones-Lewinsky para protegerse de los cargos de corrupción. La Comisión Volcker que creó Annan para investigar la especulación con el programa de Petróleo por Alimentos se vio obligada a investigar el asunto.

Quedó establecido que Annan se había reunido con los ejecutivos de Cotecna, uno de los cuales testificó diciendo que ciertamente habían llegado a discutir con él el contrato de la ONU, y que los documentos habían sido rápidamente destruidos por uno de sus colaboradores. Volcker, cuyo sentido de solidaridad con la casa iba acompañado de una sorprendente utilización del lenguaje, llegaba a la conclusión de que la evidencia de que Annan conociera el contrato que su hijo había facilitado, era «razonablemente no suficiente», una fórmula en la que la fuerza del adverbio destruye la negación del adjetivo. ¿Qué hubiera sido «razonablemente suficiente»? Incluso periodistas comprensivos como Traub y Meisler apenas pueden ocultar su opinión sobre este veredicto. Sin embargo, cualquiera que crea que Clinton contó la verdad sobre Paula Jones puede pensar que Annan también la contó sobre Cotecna. En cualquier caso, sería injusto juzgar el balance político por semejante episodio. Annan no se benefició personalmente y la corrupción del asunto era una nimiedad en comparación con la enormidad moral de las propias sanciones.

¿Cuál es la conclusión que uno saca de su carrera política en conjunto? Annan nunca fue un personaje fuerte o una figura independiente. Como burócrata de la ONU, evidentemente tenía su parte de vanidad y ambición, pero probablemente no fue mayor e incluso en algunos casos fue menor que la de otros. No hay razones para suponer que su americanismo fuera un puro cálculo, un medio de promocionarse; pertenecía a su formación. Alcanzó puestos relevantes como criatura de la Administración Clinton, manteniendo lazos que lo arrojaron hasta el final. Aunque personalmente fuera cariñoso con Bush y Blair, nunca tuvo un entendimiento comparable con la Administración republicana, que al mismo tiempo desconfiaba de él. Cuando fue atacado por el escándalo del programa de Petróleo por Alimentos, la camarilla demócrata que lo había aupado lo apoyó. La campaña fue dirigida por Richard Holbrooke, que impuso los cambios en su entorno que se consideraron necesarios para salvarlo. Sin embargo, lo que es realmente sorprendente del mandato de Annan como secretario general no son tanto sus características personales como la naturaleza del círculo que lo rodeaba. Desde el principio fue abrumadoramente angloamericano, salpicado con personajes de áreas anglófonas del Primer y Tercer Mundo, Canadá, Pakistán, India, Gambia, formados como el propio Annan en Estados Unidos. Ni un simbólico francés, ni ruso, chino o japonés. Ni siquiera un alemán o un italiano cerca de él. La procedencia de figuras como Robert Orr, cabeza de la «planificación estratégica», que venía del propio Consejo de Seguridad Nacional de Washington; de Louise Fréchette, vicesecretaria de la ONU, llegada del Ministerio de Defensa en Ottawa, y, descendiendo por el escalafón, de los teóricos de la intervención humanitaria como John Ruggie y Michael Doyle, que procedían de Harvard y Princeton, habla por sí misma.

Pero habida cuenta de que el trabajo real de Naciones Unidas es la confección no de acciones sino de legitimaciones, las dos figuras clave eran los ventrílocuos que escribían los discursos y artículos, puliendo la imagen



retórica del secretario general, algo de lo que Annan estaba necesitado, dada su extrema sequedad expresiva. Esta pareja fueron Edward Mortimer y Nader Mousavizadeh, procedentes del *Financial Times* y *The New Republic* respectivamente. No resulta sorprendente que muchos de los pronunciamientos de Annan, aplaudidos por su elocuencia por colegas afines en Occidente, fueran poco más que versiones grandilocuentes de editoriales de estos periódicos, cuyo perfil político necesita de pocos comentarios. Mortimer, con un origen eclesial elevado en Inglaterra, fue el fundador del Comité Internacional por un Iraq Libre junto a Ahmad Chalabi. Meisler nos cuenta que las relaciones entre ambos eran lo suficientemente estrechas como para que Chalabi le informara confidencialmente, por adelantado, de la corrupción relacionada con el programa de Petróleo por Alimentos. Traub dice que Mousavizadeh, editor de *The Black Book of Bosnia*, aunque técnicamente danés, era «esencialmente estadounidense y, como Ruggie, no podía considerar el Derecho internacional como el *súmmum* de todas las cosas». Más tarde Mousavizadeh fue elegido Dirigente Global del Mañana, por el World Economic Forum en Davos, donde Ruggie una vez había llevado a Annan como «el primer secretario general que hablaba en el cónclave anual del capital». Mousavizadeh actualmente decora con su presencia la firma Goldman Sachs, probablemente esperando puestos más elevados.

Pocos episodios resultan más reveladores del papel desempeñado por este dúo anglo-estadounidense que la manera por la que el mundo llegó a considerar legítimo el ataque de la OTAN sobre Yugoslavia en 1999. Annan, sin saber cómo reaccionar, tuvo que ser dirigido por sus mentores para emitir las palabras de absolución. Rechazando el primer borrador que Annan había recibido, en el que se lamentaba el desencadenamiento de la guerra, Mortimer y Mousavizadeh le presentaron su propio documento elogiando el ataque. De acuerdo con Traub, «Mortimer dice que, cuando le entregó la nueva versión, Annan la contempló fijamente y finalmente dijo: “Ésta es la declaración más difícil que he tenido que hacer como secretario general”, y a continuación accedió a firmarla».

En su segundo mandato, con las dificultades de la crisis del programa de Petróleo por Alimentos, Annan fue convocado por Richard Holbrooke a su residencia en el Upper West Side para un encuentro privado al que asistían Orr, Ruggie y Mousavizadeh, así como otros tres representantes demócratas. Allí Annan fue obligado a despedir a elementos indeseados y a aceptar una supervisión más competente en la persona de Mark Malloch Brown, un antiguo periodista de *The Economist* cuyo mayor éxito era haber sido el asesor de campaña de Gonzalo Sánchez de Lozada, un dirigente boliviano tan odiado por la población por su empeño neoliberal y su sometimiento a Washington que acabó teniendo que huir del palacio presidencial en helicóptero y refugiarse en Miami. Sin un murmullo, Annan lo aceptó como poder en la sombra. Holbrooke lamentó que las noticias del acuerdo hubieran salido a la luz. «La intención era mantenerlo confidencial. Nadie quería dar la impresión de un grupo de extraños, to-

dos ellos estadounidenses, dictando qué hacer al secretario general». Aparentemente, las impresiones lo son todo.

Esquemáticamente, dentro de una historia con matices, ha habido tres periodos diferentes en la historia de Naciones Unidas. Como ha mostrado Stephen Schlesinger con admirable abundancia de detalles, desde su nacimiento la organización fue una creación de Estados Unidos: el resultado de la visión de Roosevelt del mundo de la posguerra, en el cual la URSS y Gran Bretaña mantendrían esferas delimitadas de influencia dentro de un orden internacional cuyo poder determinante sería Estados Unidos. La conferencia de fundación en San Francisco fue meticulosamente controlada y coreografiada por Washington, con unidades especiales de la inteligencia militar que interceptaban todos los telegramas de y para los delegados de la Asamblea, el FBI siguiendo sus movimientos sobre el terreno y un gran bloque de países satélites de América Latina asegurando la mayoría cuando se sometían los asuntos a votación. La complicidad soviética se compró con promesas de no interferir en el este europeo, junto a un aguado derecho de veto en el Consejo de Seguridad. Con el establecimiento de su sede en Nueva York, donde la vigilancia sería permanente y con una gran mayoría de miembros, principalmente europeos y latinoamericanos, a disposición de Washington, la ONU era un infalible decorado de la voluntad estadounidense, cuyo primer secretario, Trygve Lie, incluso colaboró con el FBI para purgar su propio equipo. Durante más de veinte años, Estados Unidos nunca tuvo que enfrentarse a ningún veto dentro del Consejo de Seguridad, habida cuenta de la coincidencia de sus resoluciones con la voluntad de Washington. Los hitos de Naciones Unidas en este periodo son la aprobación de la creación del Estado de Israel (se asignó al tercio judío de la población más de la mitad del territorio sobre el que actuaba el Mandato sobre Palestina, un plan de Ralph Bunche, el «escritor mercenario en la sombra», como se describía a sí mismo, de Naciones Unidas encargado de redactar el plan de partición y que fue introducido en la Asamblea General por Estados Unidos recurriendo a todos los sobornos y chantajes a su disposición); la facilitación de una bandera de conveniencia para la intervención de Estados Unidos en la guerra civil coreana, donde solamente la entrada en el conflicto de China impidió un éxito total, y el establecimiento de la dictadura de Mobutu Sese Seko en el Congo, después de que Hammarskjöld y sus consejeros estadounidenses se hubieran confabulado con el asesinato de Patrice Lumumba.

La descolonización provocó la multiplicación de los Estados miembros del Tercer Mundo y acabó con la utilización sin trabas de la ONU por Estados Unidos. La resolución de la Asamblea General de diciembre de 1960, en la que se hacía un llamamiento en favor de la independencia de las colonias y que tuvo la oposición de Estados Unidos, Gran Bretaña, Francia, Bélgica, España, Portugal y África del Sur, marcó el ocaso del imperialismo europeo. En Oriente Próximo, la guerra preventiva lanzada por Israel en 1967, con el pretexto de la petición de El Cairo de que abandonaran el país las fuerzas de la ONU estacionadas en el lado egipcio de la

frontera desde el ataque que desencadenaron en 1956 Gran Bretaña, Francia e Israel (naturalmente, no las había en el lado israelí; ¿por qué debería haberlas en el lado de los agresores?), fue un punto de inflexión para la opinión árabe. En el Sudeste asiático, la ofensiva del Tet de 1968 animó la oposición al poder de Estados Unidos por todo el Tercer Mundo, y un grupo de 77 ex colonias empezaron por primera vez a ofrecer resistencia dentro del organismo. La retrasada incorporación de la República Popular China en 1971 –para enfurecimiento de Washington– antes de que Nixon visitara Beijing, provocó escenas de regocijo en la cámara dejando claro que la Asamblea General había escapado al control de Estados Unidos.

El primer veto que recibió Estados Unidos se había producido poco antes con su defensa del régimen racista de Ian Smith en Rhodesia. Desde entonces, en una inversión completa del modelo respecto al periodo anterior, Estados Unidos ha vetado más de 80 resoluciones de Naciones Unidas, muchas de ellas críticas con Israel, otras con África del Sur y no pocas con sus propias actuaciones en Nicaragua y otros lugares, y que fueron producto de la conjunción entre el Tercer Mundo y el bloque soviético en las décadas de 1970 y 1980. El profundo desagrado de la ONU ante el Derecho estadounidense, que persiste en la actualidad, procede de estos años. A diferencia de la primera etapa de la historia de la institución, sin embargo, esta segunda fase fue, desde el punto de vista práctico, un ejercicio de futilidad. No había ningún riesgo de que Estados Unidos sufriera contratiempos en Israel, Corea o Congo. Washington no caía en ninguna emboscada en una estructura que él mismo había creado, como le había sucedido a la URSS más de una vez. Estados Unidos permaneció siendo el dueño de lo que podía hacer la ONU, por muchas resoluciones inútiles que se aprobaran en la Asamblea General o que se llevaran al Consejo de Seguridad para morir allí. En estas décadas no hubo resoluciones significativas dentro de la ONU. En el limbo resultante sólo quedan gestos simbólicos, como la denuncia del sionismo como una forma de racismo.

Este periodo llegó a un final precipitado en 1990 con la desintegración del bloque soviético y el colapso de la URSS el año siguiente. En 1989 Estados Unidos, en unión de Gran Bretaña y Francia, tuvo que vetar una resolución que condenaba la invasión estadounidense de Panamá. A principios de 1991 se podía desencadenar la Guerra del Golfo con el consentimiento soviético y la participación árabe, bajo la cobertura de una resolución deliberadamente vaga del Consejo de Seguridad, aprobada con una abstención. La victoria en la Guerra Fría, el derrumbe de la URSS y el simultáneo eclipse en el Tercer Mundo del nacionalismo en favor del liberalismo, supuso que a partir de entonces Estados Unidos alcanzara la cota de poder más alta dentro de la ONU, mayor incluso de la que había tenido en el periodo de la posguerra y que descansaba en la complicidad tácita o explícita de Rusia y China. La etapa de Annan fue el producto de este cambio. La multiplicación de las misiones de paz de la ONU en la

década de 1990, descargando al imperio estadounidense de tareas de vigilancia y de menor importancia estratégica, fue otra de las consecuencias.

La superioridad no significa omnipotencia. Estados Unidos no puede contar con una legitimación de sus actuaciones por adelantado. Pero cuando existe necesidad de ella, la legitimación a posteriori siempre llega sin dificultad, como ha demostrado la ocupación de Iraq. Lo que queda categóricamente excluido es la oposición activa de la ONU a cualquier iniciativa significativa de Estados Unidos. Un Consejo de Seguridad y mucho menos un secretario general que condenen una actuación de Estados Unidos es algo totalmente impensable. Ban Ki-moon, cuya designación requirió del consentimiento de China, puede mantener un perfil más discreto que Annan, pero su papel no es muy diferente. El dominio de Estados Unidos sobre la organización no se ha relajado, como puede comprobarse con las recientes resoluciones sobre Líbano e Irán, que para Estados Unidos han sido muy fáciles de obtener. Regularmente se escuchan las ansiosas voces de la opinión liberal preocupada por que la organización pueda volverse irrelevante si el «unilateralismo» de Bush continúa, y que lastimeramente apelan desde la izquierda para defender a la ONU de la distorsión de Washington. Pueden estar tranquilas. El futuro de Naciones Unidas está a salvo. Continuará siendo, como se pretendía desde el principio, un mecanismo auxiliar de la Pax Americana.



CLACSO

DONACION INSTITUCIONAL  
A BIBLIOTECAS DE  
CENTROS AFILIADOS



Xaquín López

# Las fronteras se cruzan de noche

FOCA

*Las fronteras se cruzan de noche* es un duro y tenso relato periodístico donde se denuncia el tráfico de niños en el Golfo de Guinea. La ruta de la esclavitud infantil dibuja una siniestra línea paralela a la costa. En su origen se encuentran la poligamia y la extrema pobreza de la zona.

El viaje de esta nueva forma de esclavismo empieza en los poblados de Benín, un pequeño país de África occidental, y termina en las plantaciones de cacao de Costa de Marfil y en las canteras de Nigeria. Niños de hasta cinco años están condenados a recolectar habas de cacao en mitad de la selva marfileña o a cavar zanjas en las canteras de Abeokuta. Niños para los que, en pleno siglo XXI, palabras como infancia, educación o familia apenas son algo más que una lejana utopía.

## IMPUNIDAD SOBERANA<sup>1</sup>

En la última década, el filósofo del Derecho afincado en Florencia Danilo Zolo se ha convertido en uno de los críticos más consecuentes e informados de la doctrina del «militarismo humanitario» posterior a la victoria occidental en la Guerra Fría. Su último libro *La giustizia dei vincitori* analiza la reformulación del estatus legal de la guerra y propone una genealogía de los tribunales internacionales «desde Nuremberg hasta Bagdad» en que se ha materializado. En cierto sentido, el libro puede considerarse el último de una trilogía que comienza con *Cosmopolis. La prospettiva del governo mondiale* (1995) y continúa con *Chi dice umanità. Guerra, diritto e ordine globale* (2000). El propio Zolo ha descrito *Cosmopolis* —una crítica panorámica del cosmopolitismo liberal y del universalismo jurídico— como una forma de sobreponerse a la perplejidad y la desazón que le produjeron las laudatorias de Norberto Bobbio a la Operación Tormenta del Desierto en tanto que punta de lanza de un nuevo orden legal internacional fundado sobre los derechos humanos y del individuo. En *Chi dice umanità* extendió su análisis al conflicto de Kosovo, incluyendo un descarnado relato de la actuación en La Haya, bajo la responsabilidad de Carla Del Ponte, del Tribunal Yugoslavo de Delitos de Guerra en clara connivencia política y financiera con la OTAN. Asimismo, realizaba una rigurosa disección de las disquisiciones de Habermas y de otros autores sobre el cosmopolitismo ético.

Si bien las relaciones entre la guerra y el liberalismo ocupan un lugar cardinal en sus escritos más recientes, Zolo ha mostrado una gran preocupación por cuestiones más amplias acerca del Derecho y el poder desde los inicios de su trayectoria intelectual. Nacido en 1936 en la ciudad croata de Rijeka —posteriormente rebautizada como Fiume bajo el control italiano—, estudió jurisprudencia y trabajó como asesor del alcalde democristiano de Florencia Giorgio La Pira, vehemente defensor del desarme durante la Guerra Fría. En la década posterior, Zolo evolucionaría hacia posturas más cercanas al marxismo de G. Della Volpe y escribiría de manera pro-

---

<sup>1</sup> Danilo Zolo, *La giustizia dei vincitori. Da Norimberga a Bagdad*, Roma, Editori Laterza, 2006, 194 pp. led. cast.: *La justicia de los vencedores. De Nuremberg a Bagdad*, Madrid, Trotta, 2007.

lija sobre Derecho, criminología y política. En el clima político de creciente tensión y terrorismo existente a finales de la década de 1970, defendió el mantenimiento de la legalidad democrática –*garantismo*– frente al continuo recurso por parte del gobierno, con el apoyo del PCI, a leyes de emergencia. A lo largo de este periodo, Zolo realizó importantes trabajos sobre el Derecho burgués y el «decaimiento del Estado», entre los que destaca *Stato socialista e libertà borghesi* (1976). Sus críticas inmanentes al enfoque excesivamente rousseauniano e incompleto que el marxismo clásico aplicaba al Derecho y al Estado, presagiaban su acercamiento durante la década de 1980 a la teoría social y política alemana y anglosajona, de autores como Giddens, Hirst y Beck. Es entonces cuando Zolo desarrollaría lo que denominó una teoría realista de la democracia que pretendía trascender el vocabulario legitimador del consenso parlamentario –derechos, soberanía, deliberación, representación– para estudiar el funcionamiento real del sistema de gobierno liberal. Su interés por las ideas de Otto Neurath y Niklas Luhmann se veía reflejado, respectivamente, en *Reflexive Epistemology* (1986) y *Democracy and Complexity* (1987).

Asimismo, a diferencia de la mayoría de los autores de ciencias sociales anglosajones y alemanes, Zolo reaccionó ante las guerras de la década de 1990 adoptando una postura crecientemente incisiva y crítica respecto al orden liberal internacional. Todos sus trabajos desde *Cosmopolis* en adelante combinan un persistente –aunque no siempre explícito– ímpetu pacifista con un realismo multidimensional que abarca no sólo lo tocante al poder político estatal sino también aspectos etológicos de la agresividad humana, debates antropológicos en torno a las diferencias culturales y la importancia capital de las desigualdades económicas y la explotación. Inicialmente, la obra de Zolo estaba dominada por una nota trágica –como atestigua la propuesta de un «pacifismo débil» planteada en *Cosmopolis*– que recordaba en gran medida el diálogo epistolar mantenido entre Freud y Einstein acerca de la guerra. No obstante, a medida que en el discurso oficial han ido cuajando las argucias legitimadoras del expolio y la brutalidad, los trabajos de Zolo han adquirido un tono más acerado. Así pues, *La giustizia dei vincitori* –un potente y articulado *J'accuse* contra la manipulación del Derecho internacional como instrumento del poder estadounidense– puede considerarse a día de hoy su denuncia más incisiva de la politización de la justicia. Esta obra constituye, al mismo tiempo, una introducción detallada e históricamente erudita a la instrumentación del sistema y un ataque sin tregua a la impunidad de los «señores de la paz».

Tal como sugiere el título de su libro, la tesis central de Zolo descansa en que la legislación internacional vigente, aclamada por los teóricos liberales del cosmopolitismo –Bobbio, Habermas, Ignatieff, etc.– como dominio de la imparcialidad y el universalismo, genera en realidad una forma de justicia asimétrica y retributiva de la que sistemáticamente queda excluida la consideración de los crímenes cometidos por los vencedores. *La giustizia dei vincitori* recoge una selección de ensayos reelaborados y de aportaciones que desarrollan estudios anteriores de Zolo para abordar una

amplia variedad de temas, desde la primera formulación de los «crímenes de guerra» hasta la doctrina de la guerra preventiva, el imperio o el terrorismo. Si bien los siete capítulos del libro pueden considerarse trabajos independientes, todos giran en torno a la tesis central del mismo, esto es, que bajo la pátina de humanitarismo que caracteriza la «criminalización» de la guerra subyace la instrumentación del Derecho internacional y de las instituciones legales de acuerdo con los intereses de un orden mundial desigual e injusto dominado por Estados Unidos, cuya esencia condensara un juez indio disconforme con el Tribunal Militar de Tokio de 1946 al observar que «sólo las guerras perdidas constituyen crímenes internacionales».

El punto de partida de Zolo se encuentra en la reflexión que Carl Schmitt recoge en *El nomos de la tierra* referida a que la ilegalización de la agresión entre Estados que inicia el «cosmopolitismo wilsoniano» de la Sociedad de Naciones supuso en realidad el primer paso hacia prácticas bélicas cada vez más inhumanas y fuera de toda restricción. Zolo sugiere que, en opinión de Schmitt, la Primera Guerra Mundial había supuesto el final del sistema del *ius publicum europaeum* heredado de la Paz de Westfalia y basado en la igualdad entre Estados soberanos, y el reconocimiento del *iustus hostis* o enemigo legítimo. El nuevo orden mundial retomaba la doctrina escolástica cristiana de la «guerra justa», que, a su vez, era una reelaboración de la «guerra santa» israelita, con sus implicaciones ético-políticas. Puesto que la paz mundial quedaría hipotéticamente garantizada por una ubicua Sociedad de Naciones, la guerra pasaba a definirse como crimen internacional. Crimen que se podía imputar con la misma facilidad a un individuo que a un Estado, tal como demuestran los llamamientos a «juzgar al Káiser» tras la Primera Guerra Mundial. Basándose en la periodización establecida por Schmitt, Zolo elabora una genealogía del Derecho internacional en el siglo xx y su evolución desde el concepto de *iustus hostis* hasta la consideración del agresor como criminal y la consecuente extensión del ámbito legal más allá de jurisdicciones territoriales. En este marco, el orden posterior a Westfalia legitima el embate sin trabas contra aquellos que en adelante pasan a definirse como enemigos de la humanidad. El universalismo ético que en un principio se encarnó en la Sociedad de Naciones demuestra así su incapacidad o su nula voluntad a la hora de erigir instituciones globales verdaderamente imparciales para la aplicación del Derecho más allá de las jurisdicciones nacionales soberanas. En definitiva, aquel universalismo original acabará suscribiendo una visión maniquea de los conflictos, articulada en términos de «humanidad *versus* barbarie», al servicio de las potencias dominantes.

A continuación, *La giustizia dei vincitori* pasa a examinar la corrupta amalgama de triunfo legal y militar que supuso el Tribunal Militar Internacional de Nuremberg. En contra de la extendida visión de los juicios de Nuremberg como un modelo de virtudes, Zolo considera esta institución el paradigma de la justicia de los vencedores. Tal como él señala, el Tribunal se constituyó en virtud del Acuerdo de Londres firmado por las po-



tencias del bando aliado el 8 de agosto de 1945, dos días después del bombardeo de Hiroshima y dos antes del de Nagasaki. Sin embargo, los autores de aquel desastre nuclear no serían juzgados en Nuremberg, cuya jurisdicción se limitó al Estado derrotado. En este caso, al igual que en el más mediatizado si cabe Tribunal de Tokio, Zolo destaca de qué modo la doble moral exonera a los vencedores de todo delito cometido –ya sea de *ius ad bellum*, el recurso a la guerra, o de *ius in bello*, la conducta durante la guerra–, a la vez que persigue los del enemigo mediante procedimientos que violan una miríada de principios legales, desde el *habeas corpus* y el derecho a apelar a las reglas de la evidencia hasta el de no retroactividad de las normas. En opinión de Zolo, el modelo de Nuremberg se ajusta a la definición de Otto Kirchheimer de la «justicia política», en la que las funciones diferenciales de la justicia y la política se ven anuladas y el proceso penal se caracteriza por «la teatralidad propia de la política, la personalización y estigmatización del enemigo, y la legitimación procesal del sacrificio expiatorio». Las potencias vencedoras garantizaron su propia impunidad mediante la designación de los jueces y los fiscales entre sus propias filas, sin aspiración alguna de imparcialidad. Jueces a cuya entera discreción quedaban sometidos los derechos de los acusados. Las sentencias dictadas contenían un valor ejemplarizante y punitivo evocador de las modalidades bíblicas de castigo expiatorio.

Por otra parte, los «crímenes de agresión» que Nuremberg se empleó tan a fondo en castigar quedaron llamativamente poco definidos. Zolo señala que la ausencia de una definición operativa de la agresión a lo largo de todo el texto de la Carta de las Naciones Unidas deja en manos del Consejo de Seguridad, a tenor del artículo 51, decidir qué actos son susceptibles de ser considerados como tal. En cuanto a la eficacia del establecimiento del crimen de agresión para prevenir este tipo de guerra –considerada la «violación más grave del Derecho internacional», dado que, de acuerdo con los jueces de Nuremberg, «condensa en sí todo el mal existente»–, Zolo apunta que basta recordar la guerra estadounidense contra Vietnam o la invasión soviética de Afganistán para evaluar los resultados. La misma doble moral del vencedor impregna la legislación internacional sobre los territorios ocupados, recogida en la Cuarta Convención de Ginebra de 1949. A pesar de que a menudo las ocupaciones militares de territorios son consecuencia de una guerra de agresión previa –véanse los casos de Kosovo, Iraq, Líbano o Palestina–, el artículo 64 permite al país invasor derogar las leyes locales si fuera necesario para proteger la seguridad de los ocupantes. Tal como observa Zolo:

[...] en virtud de una especie de mágica transubstanciación normativa, si la agresión armada deriva en una efectiva ocupación militar, sus autores quedan exonerados de manera automática de cometer la «violación más grave del Derecho internacional» y las consecuencias de la misma, legitimadas.

No en vano, una de las características estructurales de tal ordenamiento legal será la soberana exención de las grandes potencias, como se mani-

fiesta, por ejemplo, en el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, en cuya estructura fosilizó la correlación de fuerzas de los ganadores de la Segunda Guerra Mundial.

Zolo repasa en detalle las críticas de las que en su momento fue objeto el Tribunal de Nuremberg por parte de sus contemporáneos, principalmente las vertidas por Hannah Arendt y por el eminente jurista austriaco Hans Kelsen. Arendt había expresado sus dudas acerca de la motivación de los vencedores al señalar que los delitos de agresión que se imputaban a los acusados no habían sido definidos como tales –por ejemplo, en el Pacto de Kellogg-Briand de 1928– en el momento de ser cometidos. Las críticas de Kelsen, en consonancia con su influyente obra *La paz por medio del Derecho*, eran todavía más punzantes, ya que, en su opinión, Nuremberg estaba tan plagado de defectos que, lejos de servir como modelo, debía instituirse, cual pecado original, como referente negativo. De hecho, el modelo instaurado por el Tribunal de Nuremberg permanecería en cuarentena durante los cincuenta años de la Guerra Fría. Habría que esperar hasta la década de 1990 para que fuera resucitado, a iniciativa de unos nuevos vencedores a escala global, en forma de tribunales *ad hoc*, como el Tribunal Penal Internacional para la ex Yugoslavia, establecido en La Haya en 1993, o el Tribunal Penal Internacional para Ruanda en Arusha, Tanzania, en 1995. Tres años más tarde fueron aprobados los estatutos de funcionamiento de una instancia penal internacional de carácter permanente que se establecería en La Haya en 2003 bajo el nombre de Corte Penal Internacional. Asimismo, proliferaron una serie de instancias jurisdiccionales mixtas –en Camboya, Sierra Leona, Kosovo y Timor Oriental– en las que se atribuía a jueces internacionales la aplicación de la legislación nacional. Finalmente, en 2003, fue establecido en Bagdad el Tribunal Especial Iraquí.

El Tribunal para Yugoslavia –que ya retratara en detalle en *Chi dice umanità*– sirve a Zolo de perfecto ejemplo ilustrativo del modelo de Nuremberg. Constituido por el Consejo de Seguridad a iniciativa del gobierno de Clinton, que además asumió buena parte de su financiación, transgredía una por una todas las reglas destinadas a garantizar la imparcialidad. Los fiscales eran estrechos colaboradores de la OTAN en contacto personal con el comandante supremo aliado de la OTAN en Europa y con el secretario general de la ONU para todo lo relativo a las «modalidades de cooperación y asistencia». Las tropas de la IFOR y la SFOR, ambas dependientes de la OTAN, asumieron funciones propias de un cuerpo de policía judicial realizando investigaciones, registros y arrestos. El bombardeo al que durante 78 días la OTAN sometió en 1999 a lo que quedaba de Yugoslavia –la «violación más grave del Derecho internacional»– quedó al margen de todo proceso penal. La jurisdicción del Tribunal se extendió con carácter retroactivo a los Estados constitutivos de Yugoslavia desde 1991. Para seleccionar a los acusados, desempeñaron un papel igual de importante los criterios estrictamente jurídicos y la presión mediática para asegurar que se conseguía el deseado efecto político-teatral. A pesar de

haber sido nombradas por Naciones Unidas, la relación entre las potencias ocupantes y las fiscales Louise Arbour y Carla Del Ponte difería muy poco de la que vinculaba con los aliados a sus homólogos en Nuremberg Robert Jackson, Hartley Shawcross, François de Menthon y Roman Rudenko, destacada figura de los juicios públicos estalinistas.

Entretanto, el Tribunal para Ruanda se reveló como un estrepitoso fracaso. Tras seis años de funcionamiento, 120.000 detenidos pendientes de juicio aún languidecían en condiciones miserables. Finalmente, el Tribunal fue sustituido por el sistema tradicional de administración comunitaria de justicia conocido como *gacaca*. Por otra parte, la Corte Penal Internacional representaba la excepción que confirma la regla de la impunidad soberana. En lugar de orquestar su organización, en esta ocasión el gobierno estadounidense se empleó a fondo en sabotearla. En virtud de una resolución del Consejo de Seguridad de Naciones Unidas consiguió garantizar la exclusión de sus tropas del ámbito jurisdiccional de la CPI y a renglón seguido procedió a celebrar distintos acuerdos bilaterales de impunidad con los países que habían ratificado sus estatutos en los que éstos se comprometían a no someter a ciudadanos estadounidenses ante la Corte. Al mismo tiempo, el Congreso de Estados Unidos aprobó la denominada Ley de «Invasión de la Haya» o para la Protección del Personal Militar Estadounidense de 2002, que autorizaba el uso de la fuerza para liberar de las celdas de la CPI a personal estadounidense y de determinados países aliados. Hasta la fecha, la CPI no ha celebrado ningún juicio.

A su vez, como no podía ser de otro modo, el Tribunal Iraquí sería constituido por Estados Unidos como una instancia judicial de ámbito explícitamente «nacional». No obstante, tal como señala Zolo, comparte muchas de las características del modelo internacional de Nuremberg. La competencia de este Tribunal fue establecida por el Consejo de Gobierno iraquí, órgano carente de atribuciones legislativas, designado por la Autoridad Provisional de la Coalición bajo el mando del gobernador militar estadounidense Paul Bremer. Los jueces se eligieron conforme a criterios puramente políticos, sin una mínima pretensión de imparcialidad, y actuaron de acuerdo a unos estatutos previamente redactados por juristas estadounidenses. El juicio de Saddam Hussein «reprodujo y radicalizó la lógica de estigmatización y *vendetta* punitiva que fue la nota dominante de los juicios de Nuremberg». De este modo, al quedar reducido a una mera «dramatización propagandística de la Justicia», no prestó ningún servicio a la democratización de Iraq.

A través del análisis de estos tribunales, así como de las intrincadas justificaciones de la imposición en 1991 de «zonas de exclusión aérea» para Iraq, Zolo rastrea el desarrollo de una política de intervención humanitaria desprovista de todo apoyo normativo o institucional. Inextricablemente vinculada a la financiación y a la ideología de sus promotores atlánticos, esta política se traduce en argumentos *ad hoc* y *ad hominem* que no hacen sino reproducir las desigualdades de poder e influencia que ope-

rán a escala global. A este respecto y siguiendo el hilo de las críticas vertidas por Kelsen contra el Tribunal de Nuremberg –compartidas por Arendt y por Hedley Bull en *Anarchical Society*–, Zolo ve en la aplicación del Derecho internacional una continuación de la agresión por otros medios, que está en las antípodas de la justicia imparcial. Así pues, «el inspirador mensaje kantiano y kelseniano de alcanzar *la paz mundial a través del Derecho mundial*, con su promesa de garantizar el fin de la guerra a través de instrumentos jurídicos e instituciones universalistas», deviene, en manos de las grandes potencias, un instrumento de lo que Hans Morgenthau llamó «el cosmopolitismo de la Santa Alianza».

Zolo retrata con crudeza la hipocresía con que la selectiva criminalización de la guerra se armoniza con la normalización de las agresiones perpetradas por las grandes potencias, aunque a menudo éstas se traduzcan en conflictos no declarados o guerras de baja intensidad. Convertida en un instrumento al servicio de una globalización de signo estadounidense, la guerra se justifica a través de un universalismo jurídico y humanitario de cuya incoherencia también se ocupa Zolo. «De Nuremberg a Bagdad», la jurisdicción internacional sobre los crímenes de guerra ha sido históricamente atribuida a los vencedores, y el crimen de agresión nunca ha recibido un tratamiento procesal susceptible de ser universalizado. Los vencedores, por lo tanto, han conservado en todo momento su inmunidad fundamental y son los únicos con derecho a establecer los términos en que se debe entender la universalidad legal, además, por supuesto, de la política y moral.

Zolo desentraña cuidadosamente los vínculos existentes entre la ideología humanitaria y unas intervenciones militares que, presentándose como la expresión de una moral universal, vienen escapando a cualquier tipo de supervisión legal o normativa. Así, lo que a primera vista parece un loable empeño humanista –consistente en defender los derechos humanos y del individuo por encima de la soberanía estatal en el ámbito internacional– se acaba convirtiendo en argumento incontestable para emprender guerras sin control legal o diplomático alguno. En ausencia de un verdadero orden mundial humanitario que avale su postura, los defensores del pacifismo jurídico –como Kelsen, Bobbio, Rawls o Habermas– justifican la existencia de un poder militar y político totalmente fuera de la ley en nombre de un ideal de los derechos humanos aderezado con cierto realismo sancionador. Así pues, aunque Occidente presenta toda su fuerza militar «como el brazo armado de Amnistía Internacional», su burla del principio de soberanía en favor del incontestable argumento de «defender los derechos humanos» sirve para enmascarar lo que de hecho implica la afirmación de la soberanía ilimitada de una sola potencia. En este sentido, y pese a todas las diferencias que los separan de tales puntos de vista, los pacifistas jurídicos se terminan alineando con autores que, como Michael Walzer, tratan de revivir aquellas nociones de «guerra justa» más o menos inherentes a la política exterior estadounidense. En opinión de Zolo, la consecuencia final se reduce a una suerte de «monoteísmo imperial» según el cual la guerra se basa en principios «fundamentalista-humanitarios».

En el desarrollo de su crítica, Zolo rebate audazmente a Bobbio e Ignatieff apoyándose en las dudas expresadas por estos mismos autores en torno la coherencia filosófica del universalismo de los derechos humanos que proponen. No obstante, su argumentación no siempre resulta convincente. Por ejemplo, cuando Zolo enfrenta a Ignatieff con sus mismos argumentos, da un paso más al denunciar la «intolerancia, la agresividad y la negación de la diversidad cultural y de la complejidad del mundo» que, de acuerdo con Zolo, caracteriza a todos los universalismos.

En ocasiones, esta tendencia a culpar al propio universalismo jurídico en lugar de a su instrumentación política conduce a Zolo a tratar como una manifestación de dogmatismo etnocéntrico en materia de derechos lo que en realidad no son sino instrumentos del poder de Occidente. Este dogmatismo podría contrarrestarse, a su modo de ver, mediante el reconocimiento y la regulación –a través instituciones multilaterales– de la pluralidad de las constelaciones culturales y normativas existentes. Así pues, la escasa atención a tales diferencias y a los diversos contextos culturales a menudo se identifica en el análisis de Zolo como el error básico del Derecho internacional vigente en estos momentos. A pesar de prestar atención a los debates actuales en torno a los derechos sociales o colectivos y a la desigualdad económica (abordados a través de los trabajos de Kymlicka y Sen), el realismo de Zolo corre el riesgo de caer en el relativismo cultural cuando hace alusión a la doctrina de los «valores asiáticos» como ejemplo de la necesidad de aceptar la pluralidad normativa en el marco internacional. Zolo parece adivinar en estos valores la expresión natural de cada «cultura» en lugar de considerarlos instrumentos ideológicos de los Estados modernos, comparables a la propia doctrina de la intervención humanitaria. En este sentido, se puede decir que Zolo no se ha desecho del lastre de una idea de la complejidad que todavía diferencia funcionalmente entre lo legal, lo cultural, lo político y lo económico, en vez de tratar estos ámbitos en su imbricación conflictiva y dialéctica. Zolo expresa sus esperanzas de que algún día Europa o China propongan una alternativa de valores pluralista, una apertura hacia un archipiélago de culturas, que también resulta poco convincente. Pues ¿con qué base histórica contamos para suponer que el capitalismo europeo o chino se mostrará más ecuánime que el estadounidense? El problema del Derecho internacional no radica en el «universalismo», sino en el hecho de que su aplicación universal resulta de todo punto imposible en un orden político-económico asimétrico, dado que los Estados más poderosos siempre utilizarán las reglas dictadas por este Derecho para encubrir sus intereses y delimitarán su jurisdicción a la medida de sus necesidades. La lucidez con que se describe el modo en que estos Estados llevan esto a cabo convierte *La giustizia dei vincitori* en una memorable y elocuente contribución.

# REVISIONISMO

ALBERTO REIG TAPIA



V POLÍTICA

FOCA

## PÍO MOA REVISITADO

### Índice

#### INTRODUCCIÓN

- I. El falso revisionismo
- II. Los internautas de Mister Bean
- III. Antológica *anti Moa*
- IV. Preguntas y respuestas
- V. Reescribir la Historia
- VI. Una cuestión personal
- VII. La respuesta «científica» de Moa
- VIII. Moa-Lissenko, vidas ejemplares
- IX. La insoportable levedad de Moa
- X. El fiero teutón y el gallego sabio
- XI. Los años de hojalata
- XII. El pobrecito hablador
- XIII. Amarillo el submarino es...
- XIV. ¿Volver a la carga?

#### EPÍLOGO DEFINITIVO

#### ANEXOS

- I. Denuncia contra Pío Moa
- II. Manifiesto a favor de Pío Moa

#### BIBLIOGRAFÍA

#### EL AUTOR

#### ÍNDICE DE NOMBRES

PROYECTOS DESHONESTOS<sup>1</sup>

Hace 40 años la cuestión de los barrios pobres estaba mucho más de actualidad en Estados Unidos de lo que lo está ahora. Era el periodo de la Guerra Fría, y la propaganda soviética podía sacar provecho de las revueltas urbanas ocurridas a mediados de la década de 1960. Los Panteras Negras organizaron patrullas armadas, establecieron programas de desayunos gratuitos para los escolares y formaron alianzas con bandas urbanas tales como los Blackstone Rangers de Chicago. Los radicales americanos comenzaron a organizarse en los guetos. En 1966 Malcolm X, el hombre que verdaderamente desafió el orden establecido de Estados Unidos, fue asesinado en Nueva York, probablemente con la connivencia de la policía. En medio de los alzamientos que siguieron al asesinato de Martin Luther King el 4 de abril de 1968, el joven líder de los Panteras, Bobby Hutton, murió como consecuencia de los disparos de la policía de Oakland después de rendirse tras el asalto policial que se produjo en la casa donde residía. En diciembre del año siguiente, la policía de Chicago, con el apoyo del FBI, asesinó al dirigente de los Panteras, Fred Hampton, en su cama. Se había abierto la veda de los Panteras Negras, muchos de cuyos integrantes fueron asesinados. Spiro Agnew, el vicepresidente de Nixon, recomendó tomar cierta distancia de la política urbana: «Si has visto una barriada urbana, las has visto todas», afirmaba despreocupadamente. Las opiniones progresistas apuntaban, como era de esperar, en la otra dirección, y así es como ha sido desde entonces.

Cuando finalmente los habitantes de las áreas urbanas degradadas presionaron para llamar la atención pública con motivo de las inundaciones de Nueva Orleans, que les obligaron a refugiarse en los tejados de sus casas y más tarde en los tramos elevados de la Interstate 10, la policía armada bloqueó las vías de salida. Inmediatamente se desplegaron planes para desmontar los grandes proyectos de vivienda pública, derribar los barrios humildes y dispersar a los negros pobres hacia las periferias. En Nueva York, como describía Forrest Hylton en un artículo publicado en *Counter-Punch* –y Deborah y Rodrick Wallace antes que él en *A Plague on Your*

---

<sup>1</sup> Sudhir Venkatesh, *Gang Leader for a Day. A Rogue Sociologist Crosses the Line*, Londres y Nueva York, Penguin, 2008, 320 pp.

*Houses* (1999)—, los organismos municipales, la corporación RAND y los artífices intelectuales de las «reducciones planificadas» conspiraron unidos para «liquidar» barrios enteros e incluso municipios. Entre 1970 y 1980, 1,3 millones de blancos abandonaron la ciudad y alrededor de 600.000 negros y latinos fueron desplazados en su interior, mientras miles de hogares eran confiscados y aplastados bajo los buldóceres o incendiados como parte de los ambiciosos programas de aburguesamiento de esas áreas urbanas. Si a esto le añadimos los desalojos forzosos que ha sufrido la población más pobre durante los últimos 40 años, desde Nueva York y la Costa Este hasta San Francisco y Los Ángeles, pasando por los estados del interior, tendremos una crónica de los desplazamientos forzosos que han afectado a muchos millones de personas y que aún continúan.

Actualmente, en sintonía con este arco histórico, los enormes proyectos conocidos como las Robert Taylor Homes, situadas en los suburbios del South Side de Chicago y escenario donde se desarrolla *Gang Leader for a Day*, de Sudhir Venkatesh, ya no existen. Los buldóceres comenzaron a rodar a principios de la década de 1990, tan sólo 30 años después de que se levantara la miniciudad compuesta por 28 torres de apartamentos. Se construyó siguiendo los principios del movimiento moderno francés, un desierto de bloques de cemento de 3,2 por 3,2 kilómetros sobre cuyos 27.000 habitantes el Departamento de Vivienda de Chicago (Chicago Housing Authority) ejercía muy poca autoridad: un 99,9 por 100 son negros, un 95 por 100 está desempleado y es receptor de prestaciones de la Seguridad Social, y más de un 40 por 100 de hogares está a cargo de madres solteras. La monografía pintoresca y cordial de Venkatesh no es sino una instantánea como las que aparecen sujetas con postes junto a las autovías estadounidenses allí donde ha muerto alguna persona como consecuencia de un accidente de camión o de coche. No se trata de los recuerdos de un habitante de los Proyectos, sino de los de un sociólogo que se topó con ellos a comienzos de la década de 1990, cuando atravesaban su fase terminal: peligrosos y mugrientos, controlados por bandas de narcotraficantes y donde la policía hacía acto de presencia principalmente para aceptar sobornos o para extorsionar a las bandas a punta de pistola.

Nacido en Madrás y crecido en el sur de California, en un ambiente académico de clase media acomodada, Venkatesh inició su doctorado en Sociología en la Universidad de Chicago en 1989. La figura dominante en el departamento durante aquella época era William Julius Wilson, conocido por sostener en libros como *When Work Disappears* y *The Truly Disadvantaged* que, en contraposición a las descripciones de los negros de los guetos habituales en los bestiarios de la extrema derecha que aludían a déficits psicológicos, intelectuales e incluso genéticos, el problema esencial era el trabajo. Sin trabajos estables y bien pagados, cualquier comunidad se desmoronará y los negros se llevarán la peor parte.

Venkatesh se aburrió pronto de analizar minuciosamente series de datos y anhelaba dedicarse a estudiar a la gente pobre de carne y hueso. En el



caso de la Universidad de Chicago, al igual que sucede en otros campus estadounidenses prestigiosos, había gente negra, desesperadamente pobre y lista para ser estudiada a tan sólo unas pocas calles de distancia. Wilson estaba iniciando una considerable y novedosa investigación y pidió a Venkatesh que elaborase un cuestionario y empezase a entrevistar. Para los colegas que deambulaban por los huecos de las escaleras de los Proyectos vendiendo crack y ahuyentando a la competencia, Venkatesh debió de representar una extraña visión: un muchacho alto, de piel oscura, con una coleta y una camiseta teñida, recuerdo de su filiación cultural *Deadhead*, blandiendo un sujetapapeles de investigador y preguntando «¿Qué tal es ser negro y pobre?». Piensan que pertenece a una banda mexicana o árabe y lo retienen hasta que el jefe de la banda, J. T., un estudiante que ha abandonado la universidad y tiene dotes de organizador, examina las referencias académicas de Venkatesh, sus orígenes y, acto seguido, anuncia que puede quedarse por allí, situando así a Venkatesh en una senda que lo llevaría posteriormente a las universidades de Harvard y Columbia. Sus 10 años de investigación sobre las Robert Taylor Homes han producido ya dos obras académicas formales: en 2000, *American Project. The Rise and Fall of a Modern Ghetto*; y en 2006, *Off the Books. The Underground Economy of the Urban Poor*; así como un documental, *Dislocation*, en 2005. Ese mismo año hizo una aportación muy destacada en el capítulo 3 («Why Do Drug Dealers Still Live with Their Moms?») del superventas de Steven Levitt y Stephen Dubner *Freakonomics*, que aborda la economía de la venta minorista de crack.

Venkatesh apenas esboza en una o dos frases cómo logró exactamente ganarse la confianza de J. T. y otras personas poderosas de los Proyectos, como la presidenta de la comunidad de vecinos, la señora Bailey. En consonancia con este estilo lacónico y sobrio —a veces uno tiene la sensación de que es un libro escrito con cierta prisa—, tampoco hace alusión a la cuestión de su propio origen étnico, pero es obvio que ayudó el hecho de que no fuera blanco. En cualquier caso, la personalidad relajada que llevó a J. T. y a otros a confiar en el joven Sudhir surge nítidamente en sus descripciones, cordiales e imparciales al mismo tiempo, de la vida en el suburbio y de las interminables batallas que libran los más pobres para llegar enteros hasta el final del día. Su mirada india, lacónica, le permite esbozar con vivos detalles la actividad emprendedora que bulle en las Robert Taylor Homes.

Los Proyectos parecen cobrar vida en las descripciones oblicuas que presenta Venkatesh: los huecos de las escaleras empapados de orín, habitados por ocupantes ilegales y por donde se pasean las prostitutas; los lóbregos pasillos exteriores de los edificios de 16 plantas azotados por el viento invernal de Chicago; los hospitalarios apartamentos donde unas madres heroicas crían a sus hijos y llenan el plato de Sudhir de comida *soul* mientras él escribe sus notas. Su posición es genuinamente respetuosa. Los miembros de la banda no son los «superdepredadores» demonizados por los criminólogos de derechas, que dominaban las discusiones sobre los guetos y

sobre la postura que debía adoptar el sistema de justicia respecto a las bandas a final de la década de 1980 y durante la de 1990. Son seres humanos con escasas opciones. «Quieres entender cómo vivimos los negros en los Proyectos», le dice la señora Bailey a Venkatesh. «Por qué somos pobres. Por qué tenemos tanta delincuencia. Por qué no podemos alimentar a nuestras familias. Por qué nuestros hijos no encuentran trabajo cuando se hacen adultos. Entonces tendrás que estudiar a los blancos».

Sin adoptar pose alguna de afrenta moral, el mérito particular de Venkatesh es haber comprendido cómo el edificio funciona como una empresa colectiva; cómo la gente verdaderamente desesperada exprime cien dólares al mes reciclando basura; cómo las prostitutas cobran sus servicios. La oportunidad que se le presentó, como un regalo inesperado, de acceder a la contabilidad de la banda gestionada concienzudamente por T-Bone, el contable de J. T., representó un auténtico golpe de buena suerte. Gracias al cuaderno de T-Bone estableció exactamente cuánto ganaban los vendedores de droga más jóvenes del ejército de J. T., los Black Kings: el salario mínimo, de ahí la necesidad de vivir con sus madres. El propio J. T. estuvo ganando entre 30.000 dólares anuales y un máximo de 100.000 dólares anuales en su mejor momento. Los libros registraban metódicamente las sumas extorsionadas a los comerciantes locales, a los ocupantes ilegales o a las prostitutas. Venkatesh explica cómo el extenso suburbio estaba en realidad gobernado por innumerables *quid pro quos* y por complicados contratos que, al no estar escritos y puesto que sus habitantes no tenían acceso al imperio de la ley, se hacían respetar empleando la amenaza o el ejercicio directo de la violencia.

Adoptando una postura moderada y cándida de inocentón de la Costa Oeste en el Chicago más siniestro, Venkatesh deja saber al lector desde el principio que efectivamente fue testigo más o menos mudo de asuntos turbios, inicialmente cuando J. T. golpea a un ocupante ilegal de avanzada edad llamado C-Note que se niega a dejar de arreglar un coche en una zona que la banda quiere utilizar para jugar al baloncesto:

«Te lo he dicho, negro», dijo J. T., su rostro casi rozando el de C-Note, «pero no me escuchas, ¿verdad?» Parecía exasperado, pero su voz tenía también un tono siniestro que no había escuchado nunca antes. «¿Por qué lo pones más difícil?», empezó a abofetear a C-Note a un lado de la cabeza, gruñendo a cada bofetada, mientras la cabeza de C-Note iba de atrás para adelante como un juguete [...] después, los esbirros de J. T. lo tiraron al suelo. Se turnaron para darle patadas, uno en la espalda y otro en el estómago [...]

C-Note tardó dos meses en recuperarse de la paliza. Venkatesh escribe unas páginas más tarde:

J. T. y yo reanudamos nuestra relación normal [...] Yo me guardaba mis preguntas [...] Aunque no estaba en absoluto cómodo viendo cómo los drogadictos fumaban crack, el asunto de C-Note me dio mucho más que pensar. Era

un hombre mayor, con mala salud; no estaba en condiciones de defenderse frente a hombres que le doblaban en tamaño y tenían la mitad de años, hombres que, casualmente, también llevaban pistolas [...] Pero no hice nada, me avergüenza reconocer que no le planteé la cuestión a J. T. hasta que transcurrieron unos seis meses, e incluso en ese momento lo hice con cautela.

Esta cuestión sobre el observador/participante se abre camino en el libro con gran inseguridad. Los asesores académicos de Venkatesh le advierten de que presenciar actividades delictivas puede acarrear una citación o incluso cargos de complicidad criminal. Otros etnógrafos más experimentados le previenen contra una implicación excesiva hacia sus sujetos. El instinto emprendedor del propio Venkatesh le lleva a reivindicar con demasiada estridencia la originalidad de sus métodos de investigación (esto es, la observación directa de la gente pobre), así como a concebir el nada convincente capítulo que da título a su libro, *Gang Leader for a Day* [Jefe de la banda por un día]. De más está decir que Venkatesh no era nada parecido. Bajo la mirada vigilante de J. T. y sus lugartenientes, se le autorizó a tomar algunas decisiones sin consecuencias antes de renunciar al rol imaginario.

Como participante, Venkatesh toma la increíble iniciativa de desvelar a J. T. y a la señora Bailey los ingresos reales que le han revelado los estafadores de poca monta, las prostitutas y demás actores marginales cuya confianza se ha ido ganando a lo largo de los años. Al enterarse de que no han declarado unos pequeños beneficios, J. T. y la señora Bailey montan en cólera e inmediatamente les castigan por ello, con lo cual Venkatesh se atrae el bien merecido recelo de sus antiguos informantes. A pesar de que se muestra arrepentido durante varias páginas, nunca llega a explicar esta conducta vergonzosa, y uno sólo puede concluir que fue el orgullo del analista empresarial lo que le llevó a actuar de este modo. No fue capaz de resistirse a presumir de sus hallazgos ante J. T. y la señora Bailey.

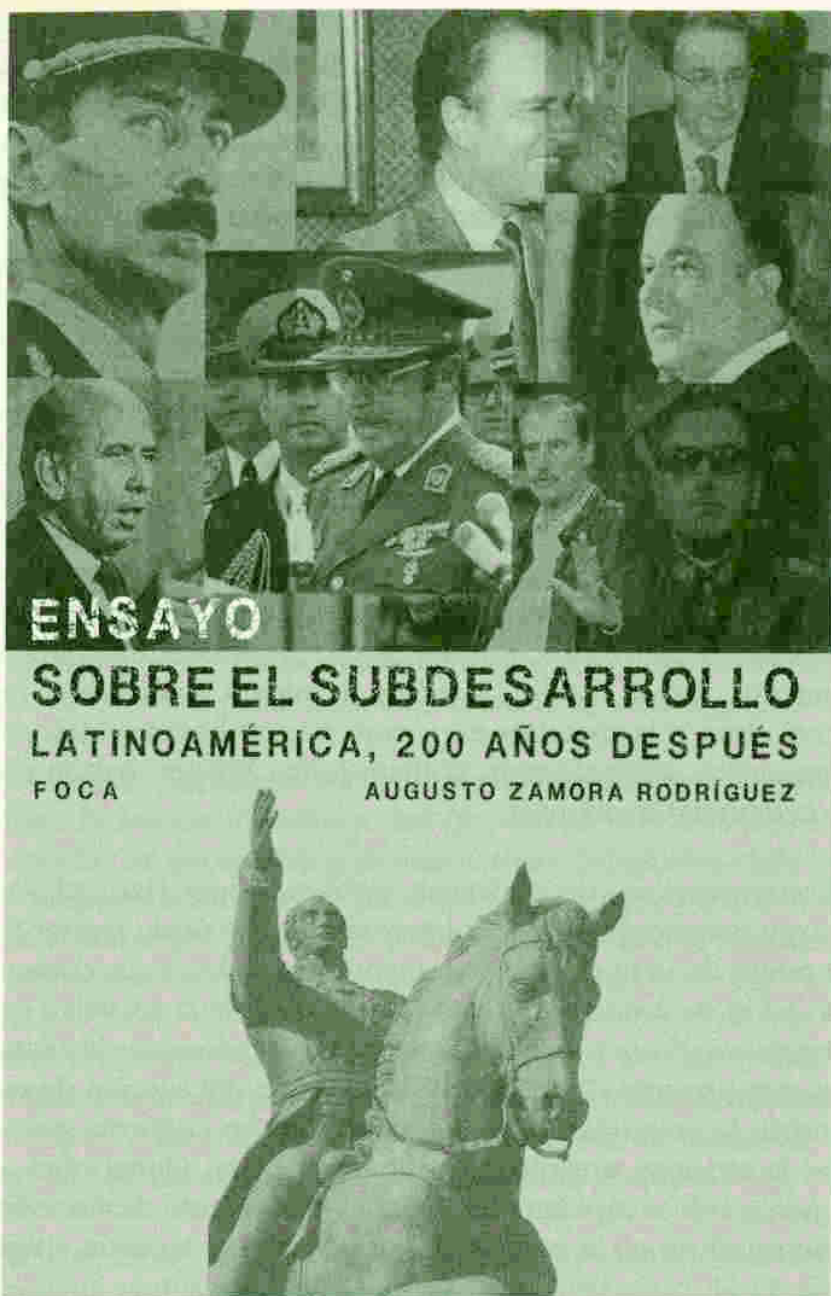
La historia apenas sí se desliza sigilosamente en el libro. Los viejos hombres negros recuerdan con nostalgia los días de los Panteras Negras, que ofrecían al gueto servicios sociales y políticas incendiarias. Una mujer mayor, Cordella Levy, recuerda cómo las mujeres solían llevar una vida social en los Proyectos antes de que desaparecieran las oportunidades de acceder a un empleo local digno y surgieran las bandas vinculadas a las drogas, imponiendo el nexo del dinero y el imperio de la fuerza como motor de las relaciones sociales. «Era un tiempo para las mujeres», afirma Levy, «un lugar para las mujeres. Los hombres lo echaron todo a perder.» Esto nos lleva de nuevo a hombres jóvenes como J. T., que golpea brutalmente a C-Note. Finalmente, Venkatesh le pregunta por qué y J. T. le contesta: «C-Note estaba desafiando mi autoridad [...] Había negros observándome y tenía que hacer lo que tenía que hacer». La sensación de inseguridad y transitoriedad —en el empleo, en las relaciones, en el alojamiento y en la propia vida— que imbuye las vidas de los más pobres se pone de manifiesto en los últimos capítulos del libro de Venkatesh. Ya se ha programado la demolición de las Robert Taylor Homes y el impe-

rio de J. T. yace entre los escombros mientras una ofensiva federal está llevando a muchos de los Black Kings a la cárcel. Por otra parte, se comenta con ilusión que se van a poner en marcha nuevas y mejores oportunidades de vivienda para los residentes desplazados, pero la realidad es que les aguarda el mismo destino que a los pobres de Nueva Orleans: un triste exilio en alojamientos sórdidos y remotos o en parques de caravanas, desarraigados de cualquier lazo familiar, mientras los viejos Proyectos son demolidos para dejar paso al aburguesamiento del barrio.

Venkatesh dice que T-Bone fue condenado a 10 años por tráfico de drogas y que murió en prisión. (Ofreció una explicación algo diferente en *Freakonomics*.) J. T. sale del negocio de la banda, pero su peluquería fracasa. Creía que iba a convertirse en el héroe del libro de Venkatesh, pero es de suponer que a estas alturas ya se habrá dado cuenta de que el autor se había reservado este papel para sí mismo, alardeando en la última página de ser un «sociólogo deshonesto, que quebranta las convenciones y desacata las reglas». Por supuesto, la picaresca le ha venido estupendamente y *Gang Leader for a Day* terminará probablemente siendo adaptado al cine. Y la moraleja es... pero no, no hay moralejas como las que el supervisor de Venkatesh, William Julius Wilson, habría escrito sobre cómo combatir la pobreza.

Los dos libros anteriores de Venkatesh, publicados por Harvard, son menos glamurosos y sustancialmente más interesantes que *Gang Leader for a Day*. Desde el punto de vista político son menos apagados y sus contenidos tienen como telón de fondo el racismo institucional de la sociedad estadounidense. *American Project* es el precursor cuasiacadémico de *Gang Leader for a Day*, con una introducción de Wilson y una útil sección de notas y citas que sitúan la investigación de Venkatesh en un contexto menos vulgar que el del jactancioso «sociólogo deshonesto» de su última obra, cuya genealogía nos conduce rápidamente hasta el «economista deshonesto» Steven Levitt pavoneándose en la portada del exasperante y también vulgar *Freakonomics*. El libro de Venkatesh *Off the Books* constituye una semblanza muy interesante de 10 bloques del South Side de Chicago y presenta un material valioso sobre la política municipal relativa a los pobres urbanos. Entre las páginas más memorables del libro destacan las que dedica a las discusiones sobre el impacto limitado del alcalde Harold Washington, así como la simpática historia de los pastores comunitarios.

Por el contrario, el Venkatesh de *Gang Leader for a Day* es un buscavidas que espera quizá alcanzar el estrellato pop-sociológico. No obstante, sigue siendo una monografía interesante con un aire absolutamente moderno aunque bastante frío, muy parecido al nuevo nombre que recibe el desarrollo de uso mixto y edificios bajos que ha reemplazado a las Robert Taylor Homes, que eran llamadas así por el nombre de un defensor de la vivienda digna para los negros de Chicago durante la década de 1940. La nueva zona se llama «Legends South» [El sur de las leyendas].



En América Latina, desde la independencia, el periodo colonial ha sido utilizado por las oligarquías gobernantes como fuente de todos los males que aquejan a sus respectivos países, en un ejercicio consciente de manipulación que ha hecho que la historia latinoamericana, de tan deformada, se aproxime más a la mitología que al relato verídico de los hechos realmente acontecidos.

De esos mitos y de sus consecuencias trata este libro, que, como el dios Jano, tiene un rostro que mira al pasado y otro que mira al futuro. Se han evitado, en lo posible, las conclusiones y las recetas, pues no existen de carácter general, aunque, como cuando se construye una casa, hay pasos, pesos y materiales que no pueden evitarse sin riesgo de que haya derrumbe.

A los pueblos latinoamericanos hasta el derecho de la memoria se les ha negado. El presente trabajo trata, en la medida de lo posible, de marcar un nuevo rumbo que ayude a corregir esta situación.

IDEOLOGÍAS ATLÁNTICAS<sup>1</sup>

El espíritu de la ofensiva globalizadora de Clinton en la década de 1990, como el de la oleada de desregulación y privatización en la que se fundamentó, fue irreflexivamente captado por la tesis del «fin de la historia» de Francis Fukuyama. En su opinión, el mundo había llegado a un punto donde ya no podía surgir ninguna alternativa creíble a la operación conjunta de democracia liberal y economía capitalista. En consecuencia, cualquier forma de resistencia a la preeminencia de Occidente en el ruedo geopolítico carecía, de partida, de legitimidad histórica; asimismo, la gente a lo largo del planeta haría mejor en olvidarse del cambio social. Por ello, la globalización podría traer consigo la intervención humanitaria sin un mandato de la ONU, una misión mundial para la OTAN y nuevos pasos hacia la sustitución de la Seguridad Social por *workfare* [sistema de prestaciones sociales condicionadas]. Bajo el mandato del sucesor de Clinton, Washington entonó otro cantar: la teoría del «choque de civilizaciones» de Samuel Huntington afirmaba que se estaban detectando unas divisiones geopolíticas mucho mayores que las de la Guerra Fría bajo los escombros del desplome soviético. Si Occidente había de mantener su predominio mundial, tendría que sortear desplazamientos tectónicos a partir de fuentes religiosas y éticas milenarias, y, más concretamente, hacer frente a un desafío «confuciano-islámico».

Algunos aspectos de este enfoque, así como preocupaciones más terrenales, guiaron las desastrosas intervenciones de la Administración Bush en Afganistán e Iraq, con el apoyo inquebrantable de Downing Street. No obstante, el grado en el que las repercusiones de la cruzada anglo-norteamericana han minado la coherencia de la política exterior estadounidense está ilustrado por el hecho de que a China, un adversario clave para Huntington, aún no se le ha sometido al pleno impacto de la presión occidental. A la República Popular China se le ha permitido desarrollar su economía industrial hasta un punto en el que las contradicciones internas en las áreas de oferta de mano de obra y de contaminación –más

---

<sup>1</sup> Walter Russell Mead, *God and Gold: Britain, America and the Making of the Modern World*, Londres, Atlantic Books, 2007, 449 pp.

que en las relaciones internacionales— están forzando una ralentización. Sin embargo, para los ideólogos estadounidenses, como Thomas Friedman planteó en 2006 en un artículo de *The New York Times* titulado «Compiendo con China»:

Cuando se escriba la historia de [la presente] era, la tendencia que los historiadores citarán como la más importante no serán el 11-S y las invasiones estadounidenses de Afganistán e Iraq. Será el auge de China e India. Cómo se acomoda el mundo a estas potencias emergentes y cómo Estados Unidos gestiona las oportunidades económicas y los desafíos que plantean, es la tendencia mundial aún más importante a tener en cuenta.

Se infiere, entonces, que Estados Unidos tiene que lograr salir de alguna forma de su actual confrontación con el mundo islámico si se quiere mantener la preeminencia del Occidente angloparlante y su control de los resortes de la economía capitalista mundial.

No son sólo los intelectuales políticos quienes piensan así. En casa, el gobierno de Bush ha generado una amplia oposición que se alimenta de más cosas que la sola aversión a la guerra en Iraq. Existe la impresión generalizada, que cobra fuerza a diario en las gasolineras del país, de que la época de preponderancia de Estados Unidos en el mundo se acerca a su fin y de que el *american way of life* está extraordinariamente mal preparado para lidiar con los desafíos urgentes, entre ellos el cambio climático. Este sentimiento general está propulsando la campaña de Obama para ganar la nominación demócrata de 2008. En el momento en que escribo, los Clinton aún tienen algunas bazas más que jugar, entre ellas los aproximadamente 800 delegados que la maquinaria del partido añadirá a los que se hayan ganado con las primarias. Sin embargo, hay algo fuera de lo común respecto a Obama y tal vez no sea una coincidencia que él, y no Hillary, haya recibido la mayoría de las donaciones de universidades prestigiosas (Harvard, California) y de las empresas orientadas al futuro como Google, mientras que los tradicionales seguidores de los demócratas en Wall Street todavía están haciendo sus apuestas.

Hasta ahora, Obama ha hablado principalmente de «esperanza» y de «cambio», aunque parece el candidato mejor situado para apelar a un sentimiento de justicia social y con el mayor potencial para movilizar al tradicional 40-50 por 100 no votante del electorado. Su campaña aún no ha logrado desarrollar una postura coherente en política exterior que pudiera encajar en un programa ideológico más amplio. Sin embargo, sólo a través de un proyecto así puede la clase dirigente intentar asimilar las aspiraciones de la sociedad estadounidense, conectarlas con los intereses de las empresas y las preocupaciones vinculadas a la propiedad de la capa alta de esa sociedad, y traducirlo todo en una estrategia que refuerce la hegemonía de Estados Unidos en casa y en el extranjero. Cualquier posibilidad de esperanza o cambio estará siempre hipotecada a ese propósito primordial.

En *God and Gold. Britain and America and the Making of the Modern World*, Walter Russell Mead no oculta el hecho de que aspira a ser un espíritu conductor en la formulación de tal programa, hacia el cual pretende atraer a un electorado que no forma parte de la base tradicional demócrata: los cristianos evangélicos de Estados Unidos. Mead llega a sus conclusiones gracias a un amplio análisis histórico de la configuración sociopolítica determinante de nuestros días: el Occidente angloparlante, concebido a un tiempo como progenitor, fruto y guardián del capitalismo liberal, una formación cuya legitimidad está de momento más allá de toda duda. En esta exposición, las virtudes de la angloesfera nacen, al modo weberiano, de la Reforma inglesa, que engendró un pueblo «individualista y optimista», caracterizado por una combinación dinámica de profunda piedad personal y apertura social hacia el cambio económico, cultural y político. Con todo, el desafío futuro consiste en integrar el espíritu tolerante del intelectual protestante Reinhold Niebuhr. Si se garantizara al mundo islámico un espacio para respirar, una postura más comedida permitiría a Occidente reagruparse y reposicionarse para una nueva ronda de lo que Mead llama «la revolución permanente» del sistema capitalista, que tan buen servicio le ha prestado durante tanto tiempo.

*God and Gold*, pues, no es tanto una obra académica como una contribución a un consenso estratégico, cuyo anclaje en el sistema existente nunca se menciona, y menos aún se cuestiona. En sus anteriores trabajos, *Power, Terror, Peace and War* (2005) y *Special Providence. American Foreign Policy and How it Changed the World* (2001), Mead se había postulado a sí mismo como un ideólogo nacional que intentaba articular una fórmula coherente para una política exterior estadounidense patriótico-internacionalista, dentro de la cual «la economía, la moralidad, la democracia» serían asuntos centrales. En *Special Providence* ésta se contrapuso explícitamente a los males del «realismo continental» de Kissinger, que había sido responsable de los fracasos de los gobiernos de Nixon y Ford, y que, afortunadamente, abandonaron Carter y Reagan. La validación ideológica del concepto de una política exterior estadounidense como tal es inherente a este plan; a Mead le preocupa que las masas se queden demasiado atrás con respecto a sus líderes en este asunto y que tengan una lamentable tendencia a ver las intervenciones en el extranjero como «poco estadounidenses». Sus libros aspiran a mostrar su necesidad. *Special Providence* ofrece una especie de currículo común para la educación cívica estadounidense, que delinea lo que Mead llama las cuatro escuelas básicas –hamiltoniana, wilsoniana, jeffersoniana, jacksoniana– de una larga tradición estadounidense en política exterior, desafortunadamente subordinada al «realismo continental» durante la Guerra Fría. La presente necesidad de una fórmula popularmente accesible en política exterior se expone en detalle: «es probable que los futuros sacrificios de sangre, dinero y bienestar sean [...] más formidables que ninguno de los anteriores». Mead, como Fukuyama, Huntington, etc., pretende ser un intelectual orgánico de la clase dominante estadounidense, alguien que piensa en el futuro para articular, aunque sea provisionalmente, la forma en que se puede dotar de una política coherente a una coalición de fuerzas sociales.



La reseña de una obra de este tipo está obligada a señalar que, cualesquiera sean sus méritos intelectuales, tenemos ante nosotros un argumento confeccionado en beneficio de patrocinadores que, como Thomas Ferguson describe en *Golden Rule*, pueden desempeñar un papel importante en decidir las candidaturas y, con frecuencia, en los resultados reales de las elecciones. Como investigador sénior en política exterior en la cátedra Henry A. Kissinger del Council of Foreign Relations (CFR), es competencia de Mead esbozar una posible línea de actuación para el papel de Estados Unidos en el mundo. Dicha planificación política no se desarrolla de forma aislada: el CFR está muy interconectado con organizaciones transnacionales como el Club Bilderberg, el Foro Económico Mundial y la Comisión Trilateral, además de una completa lista de fundaciones y consorcios que financian propuestas individuales. Tanto la obra de Fukuyama como la de Huntington fueron patrocinadas por la omnipresente Fundación Olin, un baluarte de la revolución reaganiana con conexiones militares, que data del imperio de la pólvora Olin Industries; la hospitalidad dispensada a Fukuyama por la Corporación RAND o el respaldo dado a Huntington por la Fundación Smith-Richardson, otro pilar de la derecha estadounidense, deben necesariamente plantear la pregunta de si Fukuyama se ocupa verdaderamente de Hegel o si la obra de Huntington pasa la prueba de la precisión historiográfica.

Entre los patrocinadores de *God and Gold* están el Pew Forum on Religion and Public Life, la Fundación Woodcock y la Fundación Henry Luce. Al igual que John Locke en su día discutió primero sus ideas con lord Shaftesbury, Mead se ha beneficiado de los puntos de vista de George Soros y otros, como evidencian la página de agradecimientos y su discusión sobre la «sociedad abierta». No obstante, los Pew de Filadelfia ocupan el puesto de honor. Son presbiterianos fundamentalistas que se dedican principalmente al negocio del petróleo y (una vez más) forman parte del núcleo del electorado de la derecha estadounidense. Aun así, su imperecedero interés en la religión ha avanzado con los tiempos, y el tratamiento que Mead ofrece del tema debe contrastar con lo que la familia está acostumbrada a oír de Billy Graham. Las conclusiones del Pew Research Center de que la aventura iraquí ha incrementado enormemente las simpatías hacia Bin Laden en el mundo islámico al tiempo que ha generado un rechazo hacia la «guerra contra el terror» anglo-estadounidense resuenan sin duda alguna en el libro.

Desde los días de Walter Lippman, el hecho de presentar consejos estratégicos en un *best seller* se ha utilizado como forma de lograr una acogida más amplia. También *God and Gold* se erige como la versión popularizada de su propio mensaje. Títulos de capítulos como «Ricitos de oro y Occidente», «La morsa y el carpintero» —Gran Bretaña y Estados Unidos patrullando las playas de su «imperio marítimo liberal»—, «El giroscopio y la pirámide», etc., nos dan el tono de la obra. Estos préstamos de Lewis Carroll y otros clásicos infantiles no contribuyen necesariamente a aclarar las dimensiones estratégicas de las fuerzas sociales analizadas, ni se acomodan

fácilmente con las vastas citas de Milton, Dryden, Longfellow y otros a través de las cuales el autor trata de captar la esencia de las actitudes anglosajonas que analiza. El punto de partida de Mead es el tema principal del discurso de Cromwell al Parlamento en 1656: «¿Quiénes son nuestros enemigos y por qué nos odian?». Desde su perspectiva, «una guerra innecesaria y escasamente planeada en Iraq» ha «debilitado seriamente» el respaldo de la opinión pública a la alianza atlántica. La falta de sensibilidad de Bush y Blair, «entonando beaterías sobre los derechos individuales, las virtudes de la política económica liberal, la necesidad de levantamientos revolucionarios de las masas en el mundo árabe y los principios universales de la ley moral», sólo han empeorado las cosas:

El sistema marítimo tiene intereses que requieren un continuado e incluso más profundo compromiso de Estados Unidos en Oriente Próximo, pero la relación histórica del sistema marítimo con los árabes hace dicho compromiso muy difícil de sostener. No hay forma de avanzar sin un acercamiento mucho más profundo entre Estados Unidos y el mundo árabe, y dicho acercamiento no puede tener éxito a menos que el Carpintero aprenda a hablar menos y a escuchar más.

Las recomendaciones de Mead sobre cómo reducir la retórica combativa se centran en los escritos de Niebuhr, acertadamente ensalzados por George Kennan, artífice de la estrategia de contención de la Guerra Fría, como «el padre de todos nosotros». Mead cree que gracias al concepto de pecado de Niebuhr se puede integrar a los cristianos evangélicos en la masa crítica que apoya el necesario giro en la política exterior estadounidense. En su clásico *Moral Man and Immoral Society* de 1932, Niebuhr sostenía que el sucumbir a lealtades de grupo hace a la gente mucho más propensa «al pecado» de lo que lo sería en un ámbito individual. Este punto de vista estaba seguramente inspirado tanto por la orientación estato-corporativista de los años de entreguerras como por la política exterior, pero en el contexto de los primeros años de la Guerra Fría se podía usar para contener las demandas de rectitud por parte de Occidente que podrían, de otra manera, haber desencadenado una confrontación nuclear. De hecho, Mead interpreta así el argumento de Niebuhr: «Cuanto mayor y más fabulosa es la abstracción menos críticos somos con las afirmaciones y menos necesidad sentimos de reconocer las demandas justas de aquellos que pertenecen a facciones rivales».

En el ámbito de la religión se puede desarrollar con facilidad una arrogancia moral incontrolada; pero de acuerdo con Mead, el segmento más ruidoso de la opinión religiosa en Estados Unidos, los protestantes evangélicos, tiene «la presencia y el poder para crear una significativa masa nueva de opinión pública que sea sensible a los ideales de Niebuhr». Al tiempo que su movimiento ha ido ganando terreno durante décadas, más intelectuales maduros y serios han empezado a destacar desde sus filas; tales figuras pueden contribuir a una amplia coalición que se aparte del fanatismo liberal-imperial hacia una política nueva, que reconozca la legitimidad de las demandas planteadas por los intelectuales islámicos, puesto que,

durante toda la historia contemporánea, sus sociedades han estado sometidas al despotismo y la agresión imperiales. Mead pasa rápidamente por el encuentro entre la cristiandad y el mundo musulmán, y expone algunos hechos aleccionadores. Durante la retirada del Imperio otomano de los Balcanes en el periodo de 1912-1920, dos tercios de la población musulmana de la región –el 27 por 100 del total– fueron desplazados, expulsados o asesinados; uno de cada cinco turcos descende de refugiados balcánicos hoy en día. Desde las cruzadas, los árabes, turcos y musulmanes se han sentido, en general, objetivo de Occidente; «ningún rincón del mundo islámico estaba o está a salvo de este implacable asalto». El estudio de Mead parece detenerse, sin embargo, en 1924. La suerte de los palestinos –algo más pertinente que la caída del Imperio otomano– no se menciona. Apenas hay un susurro sobre el apoyo incondicional de Estados Unidos a la ocupación israelí y el asentamiento de Cisjordania; «imperfecto» es el adjetivo más duro que se atreve a utilizar para hablar de Israel. De hecho, la prosa por lo general enérgica de Mead se retuerce en eufemismos en este delicado tema: «debemos asumir las muy complejas formas en que nuestro apoyo a Israel afecta al modo en que los árabes interpretan los motivos y las acciones estadounidenses», sugiere; una minimización de la cruda realidad del conflicto palestino-israelí que socava totalmente su súplica de un «entendimiento» niebuhriano hacia el mundo islámico como la mejor manera de mantener las estructuras del poder anglo-estadounidense en el mundo, el garante del sistema marítimo.

¿Cuáles son los rasgos perdurables de este sistema? Los Estados que componen el Occidente angloparlante (como nos informa el prefacio a la edición británica) no marchan necesariamente al unísono, pero «tienden a alcanzar semejantes, si no idénticas, conclusiones sobre lo que debe hacerse» desde una perspectiva de mayor duración: «desde la Revolución Gloriosa de 1688 que instauró el gobierno parlamentario y protestante en Gran Bretaña, los anglo-estadounidenses han estado en el bando de los vencedores en todos los conflictos importantes». La visión maniquea desde la que se emprendieron y lucharon estas guerras, se muestra aquí tal cual es. Las palabras de Woodrow Wilson, en vísperas de las negociaciones de Versalles, en 1918: «Hay una gran corriente de fuerza moral que recorre el mundo, y todo hombre que se oponga a dicha corriente caerá en desgracia», pueden sugerir ecos actuales en los temas de la campaña de Obama. Sin embargo, como con toda razón subraya Mead, estas proclamas de una purificación espiritual final llevada a cabo por el poderío militar de Estados Unidos y sus aliados han fracasado notablemente en la construcción de una paz duradera. El solemne anuncio del «fin de la historia» resulta siempre prematuro a medida que afloran nuevos retos. Con todo, la capacidad de adaptación ha permitido al Occidente anglófono retomar la iniciativa en todas las ocasiones hasta el momento, y el objetivo más importante de *God and Gold* consiste en explicar por qué esto es así.

De acuerdo con Mead, es la capacidad para reescribir, en cada coyuntura, una nueva versión operacional de la verdad eterna para ajustarse a las

nuevas circunstancias lo que ha permitido al mundo atlántico liberal restablecer su hegemonía frente a adversarios aferrados a principios más rígidos. Si este talento natural se está desperdiciando, ahora que la «guerra contra el terror» está reprimiendo a la disidencia en el corazón de las sociedades anglófonas, queda por ver. No obstante, en cierto modo el libro de Mead atestigua la persistente capacidad para resucitar de los desastres en política: en esta ocasión, de las debacles de Bush-Blair en Afganistán e Iraq, Guantánamo y Belmarsh. La sección central del libro, «Actitudes anglosajonas», se explaya en torno a los orígenes de esta capacidad para recuperarse de las catástrofes inminentes y triunfar. Aquí Dios lleva la voz cantante, si bien de una forma sorprendentemente «deísta», permitiendo a sus verdaderos creyentes ser flexibles en el seguimiento de la fe. De hecho, si existe un fundamentalismo en movimiento en la sociedad anglófona, reside en la interpretación pragmática de los mandamientos más sagrados más que en su estricta observancia. Mead se centra en el cristianismo, pero la inferencia de que éste es un modo de pensar más amplio nunca se pone en duda. Mito y religión, al igual que poesía y teoría, son superestructuras conceptuales sobre un sustrato instintivo. Sin ellos, la sociedad humana hubiera carecido de la capacidad de trazar un plan de acción más allá de los instintos primarios de solidaridad y continuidad. La religión (en la definición de Henri Bergson usada por Mead) puede, o bien operar en una sociedad cerrada, como un conjunto de normas estático, o bien en una sociedad abierta, como parte del aparato que capacita a sus miembros para ajustarse al cambio.

En la historia contemporánea, la sociedad abierta de Popper ha sido la sociedad moldeada por el capitalismo. En verdad, al igual que al modo capitalista de producción le precedió la actividad mercantil en las ciudades-Estado del norte de Italia y en las redes comerciales de la Liga Hanseática, la sociedad abierta también tuvo sus precursores. «Sin embargo, la forma de sociedad abierta que apareció en los Países Bajos y el mundo angloparlante fue más sólida, expansiva y longeva que las sociedades abiertas de épocas históricas anteriores.» Esto se vincula al abrazo del capitalismo y se expresa en lo que Bergson denominó religión dinámica. Mientras sería de esperar que una sociedad abierta produjera entendimiento y que este entendimiento luego se expresara en secularización, el hecho paradójico es que «los países que en la mayoría de los aspectos son los más altamente modernizados, si seguimos cualquier definición que se apoye en el progreso económico y tecnológico –Gran Bretaña en el siglo XIX y Estados Unidos hoy–, son considerablemente más religiosos que la mayoría». La piedad anglófona, por lo tanto, ha coexistido desde el principio con el escepticismo y el relativismo histórico, desde el Acta de Supremacía que fundó la Comunión Anglicana en 1534. Su primer arzobispo, Thomas Cranmer, lo expresó al señalar que «nunca hubo nada tan bien concebido o tan seguramente establecido por el hombre que no se hubiera corrompido con la edad y el paso del tiempo». De ahí que, en palabras de Mead, «hayan coexistido dos ideas en tensión creativa durante quinientos años en la angloesfera. Por una parte, Dios existe y revela su volun-

tad en lo que se refiere a las normas morales y doctrinas religiosas a los seres humanos; por otra, la comprensión humana de tales revelaciones siempre es parcial y está sujeta a cambios».

Ésta podría haber sido la receta para un éxito duradero si se hubiera aplicado de forma serena y no hubiera sido corrompida por la ostentación de los anglosajones de ser el pueblo elegido. Así, el secretario del Tesoro de Polk declaró que, surgieran los obstáculos que surgieran, a la postre «el predominio de nuestro ascendente anglo-celta-sajón-normando guiará a las naciones [hacia] esta gran confederación [que] finalmente abarcará todo el mundo habitado». Aun así, como analiza Mead en el capítulo titulado «Los protocolos de los viejos sabios de Greenwich», aunque se puede distinguir un conjunto de principios comunes, nunca ha habido un plan maestro explícito.

Al hacer lo que llega de forma natural, al seguir la lógica de su geografía, su cultura y su sociedad, los británicos y los estadounidenses dieron con una forma de administrar sus asuntos en el mundo que les aseguró una forma de poder mundial flexible y duradero adecuado a sus circunstancias, mientras que les deparó un conjunto de tareas y conflictos menos dificultoso que los que habían afrontado otras potencias destacadas.

Estas otras potencias sólo pudieron reaccionar con un resentimiento envidioso, nacido de la frustración. En la parte más burda del libro, un capítulo titulado «Cómo nos odian», se agrupa a Adolf Hitler y «Karl Marx, Charles Baudelaire y el papa Pío IX» en un mal afinado coro antioccidental, mientras que a Martin Heidegger, quien en algún momento firmó sus cartas con «Heil Hitler», se le presenta como exclusivamente consumido por el antiamericanismo. Cosa que le hizo «popular durante mucho tiempo entre los comunistas occidentales» vía Jean Paul Sartre, antes de convertirse en «una nueva moda en el Oriente Próximo musulmán entre aquellos que encuentran en su fuerte antiamericanismo un instrumento útil». Y continuando en esta línea, casi todo se supone tan profundamente arraigado en el conocimiento común que no se necesitan referencias.

Lo que queda es la percepción de que la sociedad anglófona fue infaliblemente ortodoxa en el entendimiento práctico de su más sagrado mandamiento. Sus principios operacionales hicieron que incluso sus oponentes más sofisticados parecieran fosilizados, anclados sin remedio en el pasado. Como anticipando la comprensión de la física moderna, una distinción entre fenómenos de superficie cambiantes cuya observación depende del modo de medición, y una realidad más profunda que se escapa a una verdadera comprensión, ha caracterizado históricamente a la mentalidad angloparlante. El propio capitalismo es descrito operando a través de una estructura por capas parecida: el vertiginoso entrecruzamiento de acciones innovadoras, aparentemente anárquicas, dirigidas a asegurar la ventaja competitiva, esconde un conjunto de reglas básicas que permanece inmutable. El ejemplo de Mead de cómo la cría de gambas destruye

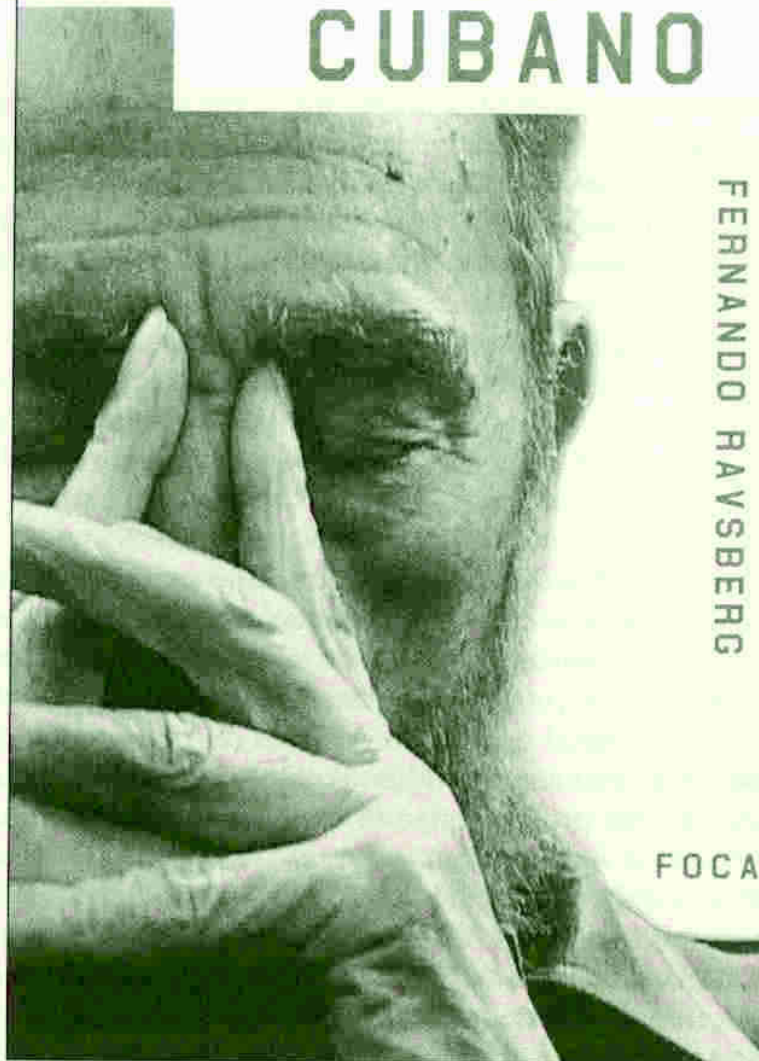
las ciénagas de los manglares del Sudeste asiático para abastecer la demanda insaciable de Estados Unidos –y a la larga, se destruye a sí misma también– es un revelador ejemplo de la total irracionalidad de la racionalidad subjetiva impulsada por el mercado, aunque el autor no iría tan lejos.

La cultura política de la sociedad anglófona tampoco parece vinculada a nada fijo; funciona casi ingravidamente, como «un conjunto de valores políticos que pueden acomodar los conflictos de intereses opuestos sin saltar por los aires». El sistema de partidos, su forma manifiesta, aporta sólo el formato para alcanzar una flexibilidad duradera. «Las tensiones entre clases se pueden airear y acomodar; tras una edad dorada de magnates desaprensivos, un impuesto sobre la renta progresivo puede, si lo quiere la mayoría, equilibrar la balanza social.» No hay forma de que un Estado rival que pretenda igualar los logros de Occidente imponiendo un control central para guiar el esfuerzo, pueda beneficiarse de tal falta de una dirección firme.

Una vez más el autor deja sin explicar cómo, bajo estos fenómenos de superficie, la realidad subyacente es una estructura de clases en gran medida inmutable en sus normas básicas. Por consiguiente, estamos leyendo fórmulas ideológicas en proceso de gestación, no ciencia social. No sólo es mala suerte para Mead que, poco después de que escribiera que «los grandes países angloparlantes [...] han tenido los fuertes y flexibles mercados financieros que proporcionan la mayor prosperidad», una crisis financiera se burle de estas mismas palabras. La desenfrenada corrupción en los circuitos globales de capital-dinero se concentró en Wall Street y en la City de Londres, lo que revela que la crisis no se puede atribuir por más tiempo a políticas hipotecarias temerarias. Hay contradicciones estructurales internas en funcionamiento que fueron identificadas por autores más críticos desde la década de 1980 en adelante. Es aquí, en la llegada conjunta de la crisis financiera, en la aceleración del desgaste de la preeminencia geopolítica del Occidente angloparlante y en la amenazadora catástrofe medioambiental, donde se ponen de manifiesto los límites del escenario ofrecido por *God and Gold*. No obstante, si la premisa principal de Mead es válida, otros en Occidente propondrán alternativas muy pronto.

EL ROMPECABEZAS

# CUBANO



FERNANDO RAVSBERG

FOCA

## Índice

PRÓLOGO, por J. M. Martín Medem

### INTRODUCCIÓN

- |                         |                        |
|-------------------------|------------------------|
| I. Abuelos              | XII. Huracanes         |
| II. Ayuda internacional | XIII. Información      |
| III. Corrupción         | XIV. Macroeconomía     |
| IV. Cuba-EEUU           | XV. Migración          |
| V. Cultura              | XVI. Niños             |
| VI. Derechos humanos    | XVII. Otros            |
| VII. Disidentes         | XVIII. Provincias      |
| VIII. Drogas            | XIX. Religión          |
| IX. Economía familiar   | XX. Salud pública      |
| X. Fidel Castro         | XXI. Sociales          |
| XI. Gays                | XXII. El Raulismo      |
|                         | XXIII. Fidel se retira |

**Movimientos antisistémicos**, I. Wallerstein, G. Arrighi, T. K. Hopkins.  
Las fuerzas políticas que han modificado la trayectoria del capitalismo analizadas en todo el arco de su existencia histórica.

**Las verdades nómadas & *General Intellect*, poder constituyente, comunismo**, Antonio Negri y Felix Guattari.

Análisis de los cambios experimentados por las formas de producir y por la composición de clase de la fuerza de trabajo desde 1968 hasta la actualidad.

**El largo siglo xx. Dinero y poder en los orígenes de nuestra época**, Giovanni Arrighi.

Estudio magistral del capitalismo como sistema histórico dotado de una coherencia temporal y espacial en la sucesión de sus diversos ciclos sistémicos de acumulación.

**Nazismo y clase obrera**, Sergio Bologna.

Análisis de la clase obrera alemana durante la República de Weimar y de las formas políticas concomitantes que condicionaron su oposición al nazismo.

**La izquierda contraataca. Conflicto de clases en América Latina en la era del neoliberalismo**, James Petras.

Situación de la izquierda latinoamericana en los albores del nuevo siglo y análisis del ataque neoliberal a las condiciones de vida de las sociedades de América Latina.

**La apuesta por la globalización. La geoeconomía y la geopolítica del imperialismo euro-estadounidense**, Peter Gowan.

Análisis del comportamiento de los mercados financieros durante los últimos veinticinco años y de las opciones geopolíticas de las potencias capitalistas dominantes.

**Spinoza subversivo**, Antonio Negri.

Spinoza como teórico de la democracia radical y del antagonismo de la nueva composición de clase.

**Obreros y capital**, Mario Tronti.

La teoría del antagonismo de clase de la fuerza de trabajo colectiva explotada en el capitalismo globalizado y las líneas de fuga para su constitución revolucionaria.

**Marx más allá de Marx. Cuaderno de trabajo sobre los *Grundrisse***, Antonio Negri.

Lectura de los *Grundrisse* de Marx como texto revolucionario que coloca el antagonismo de clase en el centro del proceso de reproducción capitalista.

**Caos y orden en el sistema-mundo moderno**, Giovanni Arrighi y Beverly Silver.

Análisis del comportamiento de la empresa, de los sistemas financieros, de la fuerza de trabajo y de las distintas hegemonías a lo largo del capitalismo histórico.



**La posmodernidad y sus descontentos**, Zygmunt Bauman.

La fenomenología de las formas de existencia de los sujetos de las sociedades posmodernas: capitalismo desregulado y mutación de la subjetividad.

**1968. Una revolución mundial** (obra multimedia: CD-ROM/libro), M. Bascetta, S. Bonsignori, S. Petrucciani, F. Carlini.

El año 1968 como crisol de los comportamientos antagonistas que maduran en la actualidad narrada a través de textos, material filmico e imágenes de archivo.

**El nuevo espíritu del capitalismo**, Luc Boltanski y Ève Chiapello.

Estudio de las modificaciones de las formas de trabajo y de justificación social de las nuevas pautas de explotación y legitimación del capitalismo actual.

**Brigadas Rojas**, Mario Moretti (entrevistado por Rossana Rossanda y Carla Mosca).

Crónica de la experiencia de la lucha armada en Italia durante la década de los setenta analizada como expresión política de la fuerza de trabajo social.

**Demarcaciones espectrales. En torno a *Espectros de Marx*, de Jacques Derrida**, Michael Sprinker (ed.).

Reflexión sobre las relaciones existentes entre marxismo y deconstrucción, y sus posibles puntos futuros de convergencia teórica y política.

**Espacios de esperanza**, David Harvey.

La producción de espacio como dinámica esencial de reproducción del orden capitalista dominante y de la gestión de la fuerza de trabajo y de la producción de riqueza.

**El trabajo de Dionisos**, Antonio Negri y Michael Hardt.

Análisis de las modificaciones experimentadas por la teoría constitucional y del Estado en los tiempos del capitalismo posmoderno y globalizado.

**Historias locales/diseños globales. Colonialidad, saberes subalternos y pensamiento fronterizo**, Walter D. Mignolo.

La colonialidad del poder como elemento clave para comprender el comportamiento del capitalismo histórico analizado desde una perspectiva no eurocéntrica.

**La expansión económica y la burbuja bursátil**, Robert Brenner.

La burbuja bursátil y el comportamiento de la economía estadounidense durante la década de los noventa analizados a partir de las variables sistémicas del modo de producción capitalista.

**Imagen y realidad del conflicto palestino-israelí**, Norman G. Finkelstein.

Minucioso análisis de la historiografía que ha conformado la interpretación predominante del enfrentamiento que asola Palestina durante los últimos cincuenta años.

**Marx dentro de sus límites**, Louis Althusser.

Reflexiones cruciales sobre los límites políticos de la epistemología marxiana concebidos para posibilitar el desencadenamiento de la próxima explosión creativa del paradigma marxista.

**El sitio de los calcetines**, Christian Marazzi.

El lenguaje convertido en instrumento de producción de la intelectualidad de masas y los nuevos modelos de subjetividad proletaria analizados a contrapelo del nuevo paradigma productivo del *general intellect*.

**La forma-Estado**, Antonio Negri.

Anatomía del Estado y de la Administración pública como dispositivos de captura y gestión del antagonismo y la lucha de clases en la época de la constitución política del sujeto hiperproletario global.

**Capitalismo histórico y movimientos antisistémicos**, Immanuel Wallerstein.

Exuberante caja de herramientas para comprender el funcionamiento del capitalismo global, sus tendencias estructurales y las posibles estrategias para transformarlo radicalmente por los movimientos antisistémicos.

**Los libros de la autonomía obrera**, Antonio Negri.

La gramática del antagonismo que definió la estación más productiva de la lucha de clases del laboratorio político italiano durante la década de 1970. Libro de culto de la constitución del sujeto productivo antagonista.

**El nuevo imperialismo**, David Harvey.

Análisis de las nuevas formas que está asumiendo el capitalismo contemporáneo para proseguir la acumulación de capital a escala global mediante la producción selectiva de plusvalor, espacio y territorio.

**La fábrica de la estrategia: 33 lecciones sobre Lenin**, Antonio Negri.

Exquisito estudio sobre el pensamiento de Lenin escrito al calor de las luchas de la década de 1970, que difracta la misteriosa curva de la recta leninista en un apasionante haz de modelos posibles de constitución antagonista útiles para pensar la política del presente y del futuro.

**Maquiavelo y nosotros**, Louis Althusser.

Estudio del pensamiento de Maquiavelo como teórico de la invención de la política en el vacío provisional de la constitución del sujeto revolucionario, y como analista de los avatares del acontecimiento de su emergencia como fuerza histórica transformadora.

**Repetir Lenin**, Slavoj Žižek.

Reflexiones sobre la vigencia política de Lenin en las sociedades posmodernas contemporáneas a contrapelo de las formas de codificación cultural que tienden a neutralizar la acción política mediante la hipertrofia de las cuestiones culturales e identitarias.

**Mujeres, raza y clase**, Angela Y. Davis.

Estudio clásico de la parábola del feminismo negro en una sociedad racista, clasista y sexista como revulsivo tonificante para analizar en toda su complejidad las relaciones de poder y explotación realmente existentes.

**Fuerzas de trabajo. Movimientos obreros y globalización desde 1870**, Beverly J. Silver.

Este libro explora cómo la lucha de clases y el conflicto obrero han estallado indefectiblemente allí donde el capital ha intentado recrear condiciones más propicias de explotación tanto en los países desarrollados como en las economías del Sur global.

**Europa y el Imperio**, Antonio Negri.

Europa teorizada como espacio político de referencia elemental para los movimientos sociales y para los nuevos sujetos productivos de la sociedad del conocimiento y reflexiones sobre la invención de una nueva política radicalmente transformadora.

**La destrucción de los judíos de Europa**, Raul Hilberg.

Estudio magistral del conjunto de procesos económicos, sociales, jurídicos y culturales que posibilitaron que el nazismo destruyese a una parte de sus ciudadanos e intentase construir un orden brutal de explotación racial en Europa.

**Metamorfosis**, Rosi Braidotti.

Crítica feminista de la posmodernidad construida a partir de una original lectura de la diferencia sexual inspirada en Deleuze e Irigaray y fundamentada en la apuesta por construir una nueva concepción de la política.

**La política económica de Clinton y el declive de la economía estadounidense**, Robert Pollin.

Análisis de las opciones económicas de Clinton –y de su continuidad por Bush– y de su efecto multiplicador de las desigualdades y de los desequilibrios tanto en la sociedad estadounidense como sobre la economía mundial.

**Bienvenidos al desierto de lo real**, Slavoj Žižek.

Texto chispeante sobre el cierre de las posibilidades de enunciación de la realidad política contemporánea y sobre las complicidades de la *intelligentsia* occidental con la legitimación y mantenimiento del orden existente.

**Parecon. La vida después del capitalismo**, Michael Albert.

Reflexiones sobre cómo pensar la organización económica tras el fin del capitalismo para posibilitar una economía sostenible, viable socialmente e innovadora desde el punto de vista empresarial.

**Más allá de *El capital***, Michael A. Lebowitz.

Análisis de las implicaciones del libro sobre el salario que Marx no llegó a escribir y de su importancia para pensar una teoría de las luchas, de la subjetividad antagonista de la fuerza de trabajo y de la invención de nuevas formas de acción política.

**Discurso sobre el colonialismo, Aimé Césaire.**

Formidable alegato contra el colonialismo y el racismo practicados secularmente por Occidente para explotar a los pueblos no blancos y reflexión meditada sobre las consecuencias de la invisibilidad de tales comportamientos para la cultura occidental.

**Fábricas del sujeto / ontología de la subversión, A. Negri.**

Cuadernos de trabajo filosófico en torno a los conceptos de antagonismo y subsunción real escritos durante los últimos veinticinco años al hilo de las transformaciones subjetivas, sistémicas y epistemológicas registradas en las sociedades capitalistas.

**Nazismo y revisionismo histórico, Pier Paolo Poggio.**

Indagación sobre el hilo negro del revisionismo histórico que pretende reescribir la modernidad en clave conservadora y reaccionaria para extirpar del imaginario social la posibilidad de pensar una política radical.

**La crisis de las clases medias, Sergio Bologna.**

Análisis de la expansión del trabajo autónomo y de la descentralización productiva así como de las implicaciones políticas de tal transformación, en un contexto de subordinación creciente de los trabajadores al poder de mando del capital.

**El asalto a la nevera, Peter Wollen.**

Estudio minucioso del movimiento moderno y de sus avatares como propuesta crítica y subversiva de los códigos estéticos e imaginarios contemporáneos e indagación sobre las formas que están poniendo en tela de juicio el predominio cultural occidental.

**Espacios del capital, David Harvey.**

Análisis de la dinámica capitalista como forma de producción de espacio y de configuración del territorio en el marco de la reproducción del capitalismo global, y estudio del espacio como componente esencial de las estrategias de dominación.

**De la esclavitud al trabajo asalariado, Yann Moulier Boutang.**

Reconstrucción exhaustiva de la economía política del trabajo dependiente a lo largo de la historia del capitalismo, mostrando que el trabajo asalariado ha sido más la excepción que la regla y señalando las estrategias de fuga como vector esencial para comprender la fisiología de este sistema.

**Privatizar la cultura, Chin-tao Wu.**

Análisis exhaustivo de cómo la ola de privatización que afectó a las economías nacionales durante las décadas de 1980 y 1990 se conjugó en la esfera de la cultura y del arte, y cómo ello ha afectado al carácter democrático de nuestras sociedades.

**Espéculo de la otra mujer, Luce Irigaray.**

Libro clásico sobre cómo se ha definido el falocentrismo y la diferencia sexual en el psicoanálisis y en la cultura occidental y sobre cómo se ha declinado a partir de esos estratos un modelo sexual y discursivo en las sociedades contemporáneas.

**Palestina/Israel: un país, un Estado,** Virginia Tilley.

Estudio sobre la imposibilidad de optar por la solución de dos Estados en Palestina y reivindicación enérgica de un solo Estado laico, democrático y no confesional para resolver el conflicto palestino-israelí antes de que la situación acabe en la catástrofe.

**Breve historia del neoliberalismo,** David Harvey.

Análisis de las vicisitudes del neoliberalismo como estrategia de reestructurar la economía global durante las últimas tres décadas y de multiplicar la intensidad de la explotación capitalista en la economía global.

**Adam Smith en Pekín,** Giovanni Arrighi.

Estudio magistral de las opciones geoeconómicas y geopolíticas del capitalismo global y de las posibilidades de acción donde los movimientos antisistémicos en el actual escenario de caos sistémico en el que el eje de la acumulación de capital y la crisis de hegemonía se desplazan hacia el este y el sur de Asia.

**Descartes político,** Antonio Negri (en prensa)

La política de clase de la burguesía emergente analizada en las categorías filosóficas del pensador que inauguró la modernidad. Análisis de la política de lo razonable estudiada a contrapelo de la neutralidad espuria de la razón neutral de la dominación burguesa.

**Economía política de la turbulencia global,** Robert Brenner (en prensa).

Soberbio estudio de cómo se ha comportado la economía-mundo capitalista durante los últimos 50 años a partir del análisis de sus variables sistémicas de funcionamiento, de los límites intrínsecos del actual modo de producción y de sus tendencias a la crisis.

**Arqueologías de futuro,** Fredric Jameson (en prensa).

Fascinante reflexión dotada de creatividad torrencial en torno a las potencialidades y recursos del pensamiento utópico a la hora de imaginar futuros políticos posibles que hoy parecen condenados a la derrota dada la correlación de fuerzas existentes, pero que definirán los parámetros de lo necesario en los próximos años.

# New Left Review

## BOLETÍN DE SUSCRIPCIÓN

### NÚMEROS ATRASADOS

Indique los números que desea recibir .....

*Precio unitario:*

14,20 € - Península y Baleares

22,81 € - Europa

13,65 € - Canarias

24,79 € - Resto de países

### SUSCRIPCIÓN

*Precio de la suscripción:*

76,68 € - Península y Baleares

128,69 € - Europa

73,73 € - Canarias

140,57 € - Resto de países

Sí, deseo suscribirme a *New Left Review* por un periodo de un año: 6 números (**periodicidad bimestral**) a partir del n.º .....

Apellidos..... Nombre.....

Calle ..... N.º ..... Escalera ..... Piso ..... Puerta .....

Localidad ..... Provincia..... C.P. .... País .....

NIF ..... Profesión ..... Teléfono ..... e-mail .....

### FORMA DE PAGO ESPAÑA

Talón nominativo adjunto a nombre de Foca, Ediciones y Distribuciones Generales, S.L.

Giro postal n.º ..... de fecha .....

Tarjeta Visa ..... Caducidad .....

Domiciliación bancaria

--	--	--	--

ENTIDAD

--	--	--	--

OFICINA

--	--

CONTROL

--	--	--	--	--	--	--	--	--	--	--	--	--	--	--	--

NÚM. CUENTA

### FORMA DE PAGO EXTRANJERO

Giro postal n.º ..... de fecha .....

Tarjeta Visa ..... Caducidad .....

Firmado:

**Remitir a:**

**Foca, Ediciones y Distribuciones Generales, S.L.**

**Sector Foresta, 1**

**28760 Tres Cantos-Madrid**

**Teléfono: 918 061 873**

**Fax: 918 044 028**

**e-mail: pedidos.foca@akal.com**



14,20 €

